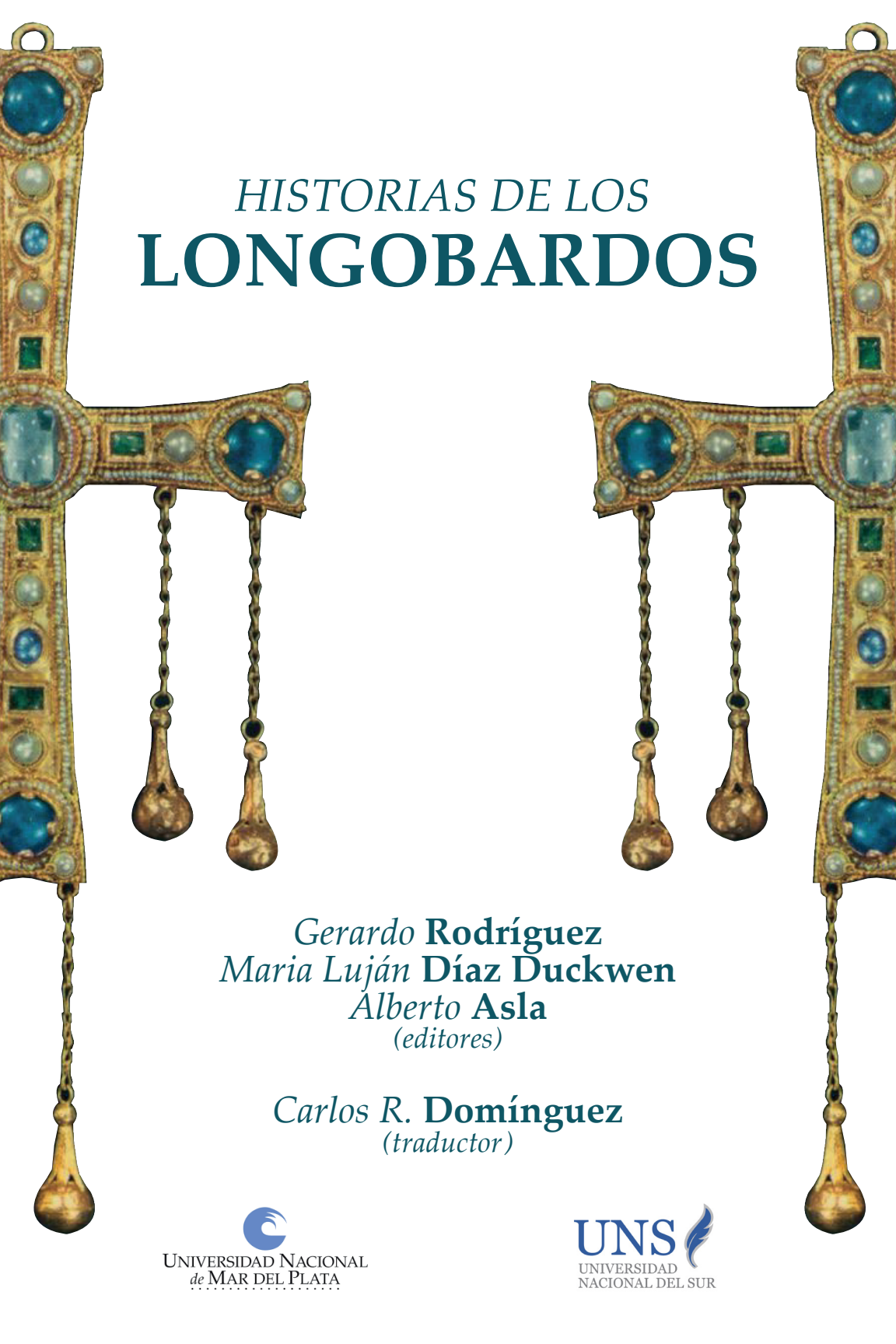




HISTORIAS DE LOS **LONGOBARDOS**

Gerardo Rodríguez
Maria Luján Díaz Duckwen
Alberto Asla
(editores)

Carlos R. Domínguez
(traductor)

HISTORIAS DE LOS
LONGOBARDOS

HISTORIAS DE LOS
LONGOBARDOS

Gerardo Rodríguez
Maria Luján Díaz Duckwen
Alberto Asla
(editores)

Carlos R. Domínguez
(traductor)

Mar del Plata y Bahía Blanca
2023

Grupo de Investigación y Estudios Medievales
Facultad de Humanidades – UNMdP
Centro de Estudios e Investigaciones de las Culturas Antigua y Medieval
Departamento de Humanidades – UNS



Historias de los longobardos / Pablo Diácono; Andrés de Bérghamo; Etchemperto de Benevento; edición de Gerardo Fabián Rodríguez; María Luján Díaz Duckwen; Alberto Asla. - 1a ed. - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata. Facultad de Humanidades; Bahía Blanca: Centro de Estudios e Investigaciones de las Culturas Antigua y Medieval - Departamento de Humanidades - Universidad Nacional del Sur, 2020. 2ª ed. 2023

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Carlos Rafael Domínguez

ISBN 978-987-544-947-3

1. Historia Medieval. I. Rodríguez, Gerardo Fabián, dir. II. Díaz Duckwen, María Luján, dir. III. Asla, Alberto, dir. IV. Domínguez, Carlos Rafael, trad. V. Título
CDD 940

Edición, diseño y maquetación: Ma. Emilia García Miranda
(maria.garcia.294@mi.unc.edu.ar) y Lucas L. Salcedo (lucas.salcedo@mi.unc.edu.ar)
Edición y corrección de textos: Viviana Talavera
(<https://www.facebook.com/alcachofacorrectora>)

Imagen tapa: TESORO DEL DUOMO. CROCE DI AGILULFO (VI SEC.), MONZA.
Imagen tomada de https://www.europeana.eu/es/item/22/_5553

Primera edición: 31 de enero de 2023
ISBN: 978-987-544-947-3

GLEM

ÍNDICE

Historias de los longobardos <i>de Alberto Asla, María Luján Díaz Duckwen y Gerardo Rodríguez</i>	5
Historia de los longobardos <i>de Pablo Diácono</i>	20
LIBRO I.....	20
LIBRO II	46
LIBRO III.....	65
LIBRO IV.....	88
LIBRO V	115
LIBRO VI.....	140
Historia <i>de Andrés de Bérgamo</i>	169
Historia de los longobardos de Benevento <i>de Etchemperto</i>	186

Historias de los longobardos

Alberto Asla / María Luján Díaz Duckwen / Gerardo Rodríguez

El pueblo lombardo, o también denominado longobardo, en alusión a las características barbas largas que utilizaban los reyes germánicos, tiene en sí una doble marca: haber sido para Italia uno de los grupos más violentos que penetró y habitó en ella, así como haber sido una de las pocas posibilidades ciertas de unificación de la península itálica, esto último si no se hubiese contado con la intromisión de los francos. Este grupo germano formó parte de las oleadas invasoras de los siglos VI y VII, es decir, tres siglos después de iniciado el raid germánico, en palabras de Musset la tercera oleada, lo cual permite hablar de la poca conexión que había tenido con la civilización romana.

Provenientes de Escandinavia, dato que puede corroborarse en las fuentes legislativas, los conocimientos que se conservan son pocos: por un lado, Tácito los nombra en una feroz batalla contra Tiberio a orillas del Elba; luego, aparecen nuevamente en las fuentes a mediados del siglo II en Panonia romana; finalmente, Procopio los ubica, varios siglos después, en Italia. En tanto, junto a gépidos y hérulos compartieron la convivencia de la zona del Danubio en los Balcanes occidentales que Justiniano les había confiado con posterioridad a que Teodorico el Grande abandonara la zona para ir a Italia.

Durante 535 y 553, Italia en manos de los ostrogodos sostuvo un frente con los bizantinos de Justiniano, que al final se hicieron de la zona definitivamente en 554. Esto significó reubicar a la antigua elite romana en sus antiguas posiciones de predominio económico y social que había quedado sumamente deteriorada. La entrada de los lombardos en el territorio comienza cuando fueron llamados para ayudar en la lucha contra el emperador. Esto dio el marco para una penetración autorizada que se tornará

permanente con el tiempo y con su conversión al cristianismo arriano. Sin embargo, consecutivamente, luego de pasar un breve tiempo como federados del ejército de Justiniano, el rey Alboíno decidió conquistar Italia en mayo de 568. Su expansión y sometimiento incluyó a Aquileia, algunos *castella* del Véneto, la llanura del Po y Milán, más tarde Pavía y de aquí, al seguir hacia el sur atravesando los Apeninos, llegaron a Toscana y el Lacio bloqueando Roma por tierra; al oeste, por los Alpes, azotaron zonas de la Galia; hacia el sudeste rodearon Rávena por el sur y se asentaron en lo que serían los futuros ducados de Benevento y Espoleto, hasta Campania en 578.

Este tiempo no fue de gran coherencia interna, sin embargo, consiguió la conquista de buena parte de Italia y a la vez consolidar el poder longobardo. Como vemos, los principales asentamientos fueron en ciudades relevantes que además estaban dispuestas a lo largo de vías frecuentadas por el tráfico comercial, así como lugares elevados y asentamientos rurales ubicados en tierras fértiles. Todo esto a pesar de que la coordinación real fue débil. En este sentido lo que se obtuvo de este período es un complejo mosaico de territorios bizantinos y longobardos. Aunque también fue el momento de mayor convivencia con los romanos y de una paulatina ósmosis poblacional, reforzando el poder de los duques y de la nobleza germana.

Este tiempo de expansión lombarda perduró hasta el año 650 y tuvo su capital en Pavía. Fue un tiempo en que Italia vio compartido el poder con las autoridades bizantinas, por un lado, que mantuvieron las zonas del exarcado de Roma, el ducado de Nápoles, sur de Italia y de Sicilia. Por otro lado, los longobardos tuvieron un período regido por el rey Alboíno (568-572) y luego un tiempo en que los duques se hicieron cargo de sus administraciones regionales (572-584). Sin embargo, fue muy complicado para este pueblo la concreción de un reino unificado. Excepcional fue la experiencia del reinado de Agiulfo (591-615), un duque que alcanzó el trono

luego de entablar una alianza y casarse con la princesa bávara Teodelinda. Se puede ver en estos años la toma de decisiones políticas concientes que procuraron consolidar el poder monárquico más allá del linaje personal a partir de la utilización de conceptos y vocablos propios del modelo helenístico-cristiano de soberanía imperial. Esto permitió alejarse del condicionamiento de la tradicional asamblea militar y además superar una caracterización puramente étnica de la autoridad real buscando una definición territorial que sea aceptable para los súbditos romanos. El hijo y heredero de Agiulfo recibió el título de *rex totius Italiae* en lugar del de *rex Langobardorum*, fue bautizado al cristianismo y la ceremonia de coronación fue en el interior del circo de Milán con una ceremonia de imitación imperial. Mantuvieron una relación epistolar con el papa Gregorio Magno que intentó girar la controversia acalorada que había habido entre ambos actores, siendo propiciatoria la figura de Teodelinda a partir de su catolicidad y de la búsqueda de paz que inspiró. Sin duda, fue un tiempo en que pragmáticamente se consolidó el poder, incluyendo el dominio sobre duques longobardos que se habían manejado con anterioridad casi en completa libertad.

La continua reacción de los grupos aristocráticos lombardos, que privilegiaban los valores tribales tradicionales, hacían hostil los intentos de que la monarquía se legitime en su poder. Rotario (636-652) pudo marcar otro paso hacia un poder hegemónico en Italia septentrional. Supo aprovechar las vicisitudes bizantinas con el avance islámico y con la enemistad surgida con el papado, así como la debilidad circunstancial del reino franco que continuamente se encontraba amenazando de ataque por el norte la península, incorporando por conquista la costa de Liguria. Su fama la debe a la sanción del reconocido “Edicto de Rotario”, un código legal aprobado hacia 643-44 que reconoce muchas de las normas de convivencia y tradiciones jurídicas de raigambre germánica aunque evidenciándose ciertas influencias

bizantinas del código justiniano. Más allá de las discusiones acerca de la incumbencia territorial que tuvo la fortaleza judicial y legislativa de la monarquía se evidencia en esta decisión.

Asimismo, la presencia y hegemonía de ducados estratégicos permitieron la alternancia de duques que ocuparon el trono real, tal como ocurrió con el de Benevento, Grimoaldo (662–671), que en 662 desbancó a los herederos monárquicos, o bien los duques del Friuli, aunque por un breve período con Ratchis y su sucesor Astolfo, entre 744 y 756. Podemos concluir que las consecuencias fueron un reino aleatorio, si bien parecía una experiencia inevitable, y una constante lucha entre las aristocracias tribales lombardas.

Desde 663 hubo un último intento bizantino de recuperar la posesión de por lo menos algunos de los territorios italianos ocupados por los lombardos, puntualmente en Puglia y Benevento. El mismo emperador Constantino II arribó a estas zonas; sin embargo, su asesinato en 668 por un hombre de su séquito confirmó que era imposible volver a poseerlas. Por otra parte, en esta segunda mitad del siglo VII, hubo una actitud hacia la Iglesia católica en la que los monarcas abrazaron el catolicismo. La cuestión religiosa fue un tema importante para todos los reinos romano-germánicos, pues la primera conversión al arrianismo de estos pueblos confrontaba directamente con las elites romanas y, en este caso, con el papado claramente. El catolicismo que aportó Teodelinda a fines del siglo VI no aseguró su continuidad, y su marido mismo siguió siendo arriano, así como la corte de Pavía en tiempos de Rotario entre otros. Recién se hace definitivo a partir de Ariperto I (653–661), y continúa con Pertarito (671–688) y Cunipert (686–698) asemejando a Arioaldo (625–636). Los monarcas buscaron apoyarse en la Iglesia para reforzar su poder frente a los duques. Finalmente hubo un sínodo en Pavía en 698 que marcó la unión de la Iglesia italiana septentrional con el Papado. Esto estuvo acompañado por una fundación de nuevas iglesias y monasterios por iniciativa directa y luego su protección.

El mantenimiento de este sostén eclesiástico permitió el avance del reino longobardo durante el siglo VIII. La dinastía bávara fue corrida y el rey que se destacó en esta primera parte fue Luitprando (712-744), llevándolo a su madurez. Los edictos que legisló muestran la territorialidad lograda en una unidad social y cultural longobarda. En ellos aparece el papel trascendente que consiguió la iglesia en su interior a partir por ejemplo del derecho de asilo y las muchas facilidades para los donativos a la misma. Con la situación presente parecía indudable la total hegemonía y dominio longobardo sobre Italia.

Este tiempo confirmó la lejanía del poder bizantino sobre la península con la ruina de Justiniano II, las leyes contra el culto a las imágenes que agredían al papado y a toda la iglesia italiana y una serie de impuestos altos en las ciudades de la Pentápolis y del Exarcado produjeron una rebelión contra el gobierno bizantino. Así la situación, los papas se convirtieron en los defensores de la independencia de Italia. Luitprando anexó los ducados de Benevento y Espoleto y luego llegó a un acuerdo con el papa Zacarías (741-752) en que respetaría la independencia de Roma y de Rávena. Sin embargo, las circunstancias del papado fueron cambiando hacia una progresiva cercanía con los francos. Aunque la tregua fue renovada en 752, el papa Esteban (752-757) había solicitado ayuda al rey franco Pipino II el Breve (752-768) que detuvieron la expansión longobarda en dos ocasiones y lo obligaron a devolver territorios que habría donado Constantino durante el Imperio.

Los días del reino longobardo estaban contados. Solo faltaba que un rey poderoso se enfrentara con ellos. La oportunidad surgió cuando el rey Desiderio (757-774) atacó en 772 Roma. Así, el sucesor de Pipino, Carlomagno (768-814) lo depuso en 774 y lo envió al monasterio de Corbie; seguidamente asumió él mismo la corona longobarda en Pavía.

Si hemos de marcar algunas características del pueblo lombardo podemos hablar brevemente de las cuestiones

judiciales. Reyes y duques seguían ejerciéndola y los primeros se aseguraban que sus criterios se respetaban, en todo caso enviaban a los *missi* –emisarios de la corte real– para dirimir las disputas surgidas o investigar casos más difíciles. Generalmente en Pavía, o bien Benevento o Espoleto eran las ciudades donde se emitían veredictos de justicia. Los ceremoniales reales no tuvieron la gran escala que se manifestó en el reino visigodo, si bien la escritura fue una herramienta fundamental de gobierno.

Otro rasgo que podemos destacar es la situación de la aristocracia longobarda. La mayoría contaba con una fortuna limitada a unas cuantas propiedades, muchas veces dentro de un ejido urbano, salvo algunas pocas familias ducales del noreste. Esto también explica la poca capacidad de armar a un ejército poderoso que tenía este pueblo y la satisfacción manifestada por los regalos, aunque fueran modestos, de la monarquía. En las primeras generaciones, los reyes no cobraban impuestos manejándose con la práctica política basada en la tierra.

En cuanto al aspecto material, las ciudades longobardas no sobresalían. Básicamente contenían monasterios de fundación reciente, iglesias y las cuestiones de intercambios eran de corte local. Los territorios bizantinos tuvieron algunas características particulares, como lo fueron la riqueza y la complejidad de su sociedad. La iglesia tenía un mayor protagonismo político, tanto con el papado de Roma como en ciudades como Rávena y Nápoles. En tanto, algunas de las provincias derivaron hacia una dependencia real durante el siglo VIII, por ejemplo, Venecia se transformó en verdaderamente autónoma. En tanto Roma siguió siendo por mucho la ciudad más importante de Italia, incluida la zona del Lacio. Los papas mantuvieron un papel preponderante en su desarrollo religioso, pero también con intereses político-religiosos centrados en Oriente. En el siglo VI, momento en que se disolvió el senado romano, el papa se erigió como la principal autoridad encaminada a gobernar la ciudad. La riqueza de la ciudad y de los propios santos padres, junto a todo su ceremonial

cercano al bizantino, hizo que se mantuviera una infraestructura notablemente compleja, aunque siempre tenemos que ceñirlo al círculo local.

Los tres autores que abordamos en esta obra brindaron, sin lugar a dudas, un panorama de aquellos tiempos pero además, nos muestran las estructuras e imaginarios de este pueblo y sus costumbres. De diferentes estratos sociales y regiones, su complementariedad historiográfica nos brinda herramientas incluso para otras zonas geográficas del territorio europeo.

Paulo Diácono, el escritor longobardorum

A semejanza de lo que en otros reinos romanogermánicos había ocurrido, el longobardo tuvo su propio escritor de historia de *origo gentis*. Surgido del propio seno de su pueblo, la noble ascendencia de Paulo Warnefrido se remontaba a tiempos en que su tatarabuelo Leupquis viajó de Panonia a Italia con el rey Alboíno. Se conocen a sus antecesores y a su familia cuyo padre se denominó Warnefrido y su madre Teodelinda, los cuales dieron vida a Paulo, a un hermano, Ariquis, y a una hermana que eligió los hábitos monásticos.

Su nacimiento transcurrió entre 720 y 730 en Cividale del Friul, y también allí pasó su infancia junto a quien sería posteriormente rey, el pequeño Ratchis. Su educación es probable que estuviera ligada a una escuela obispal, donde fue formado en las letras latinas y algo de griego. Esta primera formación fue continuada en la corte real de Pavía que entre 740 y 750 fue profundizando en el dominio de la lengua latina, algunos conocimientos jurídicos y una mayor amplitud de la literatura antigua, mayormente cristiana si bien incorporando de forma paralela la pagana, cuyo respeto se manifestó en una actitud abierta hacia la misma.

Pablo alcanza en este tiempo el grado de diácono en la misma Pavía, incorporándose luego también a la vida monástica, la

cual elige seguir en el cenobio benedictino de Montecassino en el ducado de Benevento. Las dudas de los estudiosos contemporáneos en torno a esta última decisión son muchas, algunos la atribuyen al retiro del rey Ratchis (749) al mismo monasterio en este tiempo, o bien a las lealtades políticas que habrían entrado en contradicción con la fe religiosa de Paulo, también a la entrada de los francos a Italia en 774 o la represión antifrancia del año siguiente.

Se incorporó a la corte nuevamente cuando fue convocado para educar a la princesa Adelperga, hija del rey Desiderio y esposa del duque beneventano. Este tiempo resultó fructífero en tanto fue de reflexión acerca de su pueblo, sus orígenes, su identidad y su posible futuro, y en los cuales comenzó a plasmar una serie de obras que lo confirman en el lugar de escritor, tales como poemás y la *historia romana*. Esta última consistió en una extensión del *Breviario* de Eutropio, reelaborado e incorporando datos y correspondencias cronológicas tomadas de la historia sagrada, se recurrió a la *Chronica* de Jerónimo, también a Orosio, Jordanes, algo de Próspero de Aquitania y a Beda. Puede agregarse que su redacción fue muy diferente a la de sus antecesores con una forma más neutral y menos apasionada e incorporando a Italia en el marco de esta nueva historia de Roma.

Una década después entró Carlomagno a Italia, convocado por el Papado, y eliminó el reino de Pavía. Esto dio inicio a una etapa en la que nuestro autor se vio incluido en el proyecto de renacimiento carolingio que se había iniciado en tierras francas. La ocasión de que fuera conocido surgió a causa de un poema que hizo llegar al gran Carlos intentando interceder por su hermano que tiempo atrás había intentado sublevarse y fue castigado con el destierro. Como consecuencia fue llevado a la corte real, allí participó de la escuela palatina y de la vida cultural, quizá también de la organización de la enseñanza. Se conoce la escritura de epitafios dedicados a familiares del rey y

la composición de los *Gesta episcoporum Mettensium*, encargado por el arzobispo de Metz.

Luego de estos años, que se extendieron entre 782 y 787, se le concedió el permiso para dirigirse a Montecassino desde donde reanudó sus relaciones con los príncipes del Benevento y a la vez mantuvo sus colaboraciones con Carlomagno. Compuso su *Homiliario*, el *Epítome* a la obra de Festo, un comentario a la Regla de San Benito y la *Vita beati Gregorii papae*, junto a un *Ars Minor* basado en la obra de Donato. Y es precisamente en estos momentos donde inicia su obra cumbre, la *Historia langobardorum*. Otras obras conforman su obra literaria, pues fue poeta consumado durante su estancia en Benevento, también hizo versos en la corte carolingia o bien los epitafios en honor a santos y a personajes ilustres. Referidas a su historia íntima y familiar se conoce los *Verba tui famuli* (*Carm.* XI), realizados en dísticos elegíacos en favor de su hermano.

Al escribir la historia del pueblo longobardo es cuando le llega la muerte, dejándola inconclusa. Se desconoce el momento exacto del deceso pero se supone que no fue muy posterior al año 787. La *Historia langobardorum* recuperó orígenes míticos y llegó hasta el gobierno de Luitprando, en ella se puede leer 70 años de la trayectoria germana, tanto fuera como dentro de Italia. Sus apoyos intelectuales fueron los de Casiodoro, Jordanes, Gregorio de Tours y Beda, es decir, remite a una historia nacional con inspiración cristiana centrada en su pueblo. Fue el texto de mayor relevancia y trascendencia y será el que le otorgará la fama que se amplificará a lo largo del medioevo.

Andrés de Bérghamo

Andrés de Bérghamo fue un escritor que vivió a mediados del siglo IX, y que fue de importancia debido a que continuó con la *Historia de los longobardos* de Pablo Diácono

Nada se sabe respecto a su vida y sus actividades, a excepción de lo que menciona en su obra. Era de Bérgamo y presbítero, muy posiblemente del alto clero: en agosto de 875 participó, junto con su obispo Garibaldo, el arzobispo de Milán, Ansperto, y con el obispo de Cremona, Benedetto, del enterramiento del cuerpo del emperador Ludovico II de Brescia en Milán, y cuyo traslado del cuerpo hizo que pasara por la diócesis de Bérgamo.

La *Historia* de Andrés, cuyo primer capítulo está dedicado al compendio de la obra de Paolo Diacono, narra los acontecimientos posteriores a la muerte de Liutprando y se detiene abruptamente tras la muerte de Carlos el Calvo (6 de octubre de 877). Andrés demuestra conocer muy superficialmente los últimos tiempos de los lombardos, y muy poco sobre Pipino y Carlomagno, para quienes se refiere sobre todo a través de la tradición oral; sin embargo, es una fuente segura de acontecimientos posteriores, en particular de aquellos sucedidos a partir de la época de Ludovico II, de la que evidentemente fue contemporáneo.

Cabe señalar que Andrés refleja el común de los escritos de su tiempo al no establecer ciertas estructuras de historiador, pero ciertamente es imposible que las tenga ya que no lo era; su interés estaba en los acontecimientos vistos por sí mismos y con respecto a Italia, mientras que no hay lugar para aquellos referidos al resto de Europa, como por ejemplo la coronación de Carlomagno, mientras que si se detiene en la batalla de Fontanet en 841, claro señalando la desaparición de los carolingios sobre la península italiana.

En esta tesitura, Andrea no guarda medida en elogiar al rey Bernardo, en quien se haría eco del cariño y la nostalgia de la tradición popular italiana. Si bien esta hipótesis es sugerente, cabe señalar que la valoración histórica que se le dará a la figura del rey Bernardo es aún dudosa y el verdadero significado de su rebelión contra Luis el Piadoso es controvertido.

Respecto al estilo y el lenguaje del cronista podría decirse que el primero es crudo, el segundo confuso haciendo que en varios

pasajes la lectura se vuelve incomprensible, dando a entender, que Andrés poseía una cultura literaria modesta, incluso en las referencias eclesiásticas.

Etchemperto

Etchemperto fue un monje escritor y poeta del siglo IX, aunque se desconoce la mayoría de sus datos biográficos.

La primera vez que el autor dice algo sobre sí mismo es en el capítulo 46 de su Historia donde, después de haber narrado el ataque repentino realizado con el apoyo de milicias napolitanas por el príncipe de Capua, recuerda que en esa ocasión él también fue hecho prisionero, despojado de todas las posesiones que tenía desde la infancia y deportado a Capua el 23 de agosto 881. En sus palabras puede verse la humillación y la vergüenza sufrida en aquella ocasión, pero sobre todo la amarga alusión a la humillante marcha realizada entonces a pie, empujada por las salas a horcajadas sobre el vencedor, para cubrir la distancia hasta Capua. De ellos, sin embargo, parece legítimo sacar algunas conclusiones en el contexto biográfico: cuando, en el verano de 881, Pandonolfo de Capua dio su golpe de Estado, en ese entonces, Etchemperto que ya era adulto, tenía su residencia en el *castrum Pilanum* ya que aún no había entrado en el sacerdocio. Desconocemos los motivos y el momento en que maduró y puso en práctica esta decisión: no sabemos si esto fue antes del saqueo y destrucción de la famosa abadía operada por los sarracenos el 4 de septiembre. 883, o posteriormente, cuando esa comunidad se refugió en Teano inicialmente, y luego en Capua. Sin embargo, es cierto que ya a mediados de la novena década del siglo, cuando la lucha por la dominación sobre Terra di Lavoro fue la más encarnizada entre napolitanos y capuanos, parece ser un miembro importante de la comunidad casinesa, como evidenció en un episodio de su obra.

En 886 se le encomendó la tarea de conducir, junto con un preceptor, un convoy de tres vagones, que debía transportar una gran cantidad de víveres desde Teano hasta Capua. Cerca de Anghiena la pequeña columna fue bloqueada por una unidad de soldados griegos que lucharon al servicio del obispo y duque de Nápoles Atanasio II: él y un "preceptor" fueron obligados a desmontar y hechos prisioneros; la carga fue confiscada, junto con las monturas. A costa de una gran suma de dinero, los hombres y sólo cinco de sus caballos pudieron ser redimidos más tarde; pero Etchemperto y el "preceptor" tuvieron que completar el viaje a pie hasta Capua. Hacia comienzos de 887, todavía desempeñó un papel destacado cuando Atenolfo di Teano, después de tomar posesión de Capua, después de esa fecha no se conoce nada más.

La *Historia Langobardorum Beneventanorum*, que abarca los años 787 a 889, narra hechos fundamentales para la historia de la Italia medieval, especialmente con referencia a los acontecimientos del Sur. Las luchas entre los francos y los lombardos de Benevento; los asedios longobardos de Nápoles y Amalfi; la ruptura de la unidad de Benevento; las incursiones sarracenas; el descenso al sur de Italia de Ludovico II; las luchas dentro del condado de Capua y la afirmación de la dinastía de los Capua; la exaltación del capuano Atenolfo contra el duque Atanasio, obispo de Nápoles, pero también su equivocación, común a todos los enemigos de la orden casinesa, al menos en los juicios de los historiadores benedictinos.

Al comienzo de su *Historia* podemos descubrir el componente autobiográfico individualizador, intermitente pero vital, que recorre toda la obra. Pablo Diacono –se dice–, hombre de gran sabiduría, narra de forma sucinta pero concisa, simple y aguda, los episodios referentes al origen de los lombardos, la figura de Gambara y sus dos hijos, Ibor y Aione, hasta el reinado de Rachi. Pablo contó su peregrinaje desde Escandinavia a Panonia y, de allí, a Italia.

Junto a esta ilustre tradición, Etchemperto coloca la necesidad de su propio testimonio, tan impregnado de dolor, dedicado a la historia de los lombardos residentes en Benevento: una historia “pequeña” frente a la historia “mayor” de Pablo, historia en la que nada es loable y digno para este pueblo suyo. No su dominio, sino su declive; no felicidad, sino miseria; no triunfo, sino ruina; historia que cuenta no cómo progresaron los lombardos, sino cómo cayeron; no cómo derrotaron a otros pueblos, sino cómo fueron abrumados y derrotados por otros que ha visto y oído.

La Historia se interrumpe con la promesa de contar las hazañas de Guido y Berengario. Pero ya no pasa nada y Etchemperto desaparece silenciosamente, como oscuramente había aparecido en el escenario de la historia.

Fuentes

BETHMANN, Ludovico et WAITZ, Georgio (eds.), *Monumenta Germaniae Historica inde ab anno Christi quingentesimo usque ad annum millesimum et quingentesimum. Scriptores rerum Langobardicarum et Italicarum saec. VI-IX*, Hannoverae, impensis bibliopolii Hahniani, 1878, pp. 12-187, pp. 221-230 y pp. 234-264.

Historia de los longobardos, de Pablo Dácono, introducción, traducción y notas de Pedro Herrera Roldán, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006.

Bibliografía

AZZARA, Claudio, *I longobardi*, Bolonia, Il Mulino, 2015.

AZZARA, Claudio, *Le leggi dei Longobardi. Storia, memoria e diritto di un popolo germanico. A cura di Claudio Azzara e Stefano Gasparri*, Roma, Viela, 2005.

BERTO, Luigi Andrea (ed.), *The Little History of the Lombards of Benevento by Erchempert: A Critical Edition and Translation of 'Ystoriola Longobardorum Beneventum degentium'*, Londres y Nueva York, Routledge, 2021.

BERTO, Luigi Andrea (ed.), *Franks and Lombards in Italian Carolingian Texts. Memories of the Vanished*, Londres y Nueva York, Routledge, 2021.

BERTO, Luigi Andrea, *Ethnic Identity, Memory, and Use of the Past in Italy's 'Dark Ages'*, Londres y Nueva York, Routledge, 2022.

BROGGIOLO, Gian Pietro, "El territorio italiano en época longobarda", *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna* 37/38, 2004-2005, pp. 75-94.

BROWN, Thomás, "Byzantine Italy, c. 680-c.876", en Rosamond McKitterick, *The New Cambridge Medieval History*, Vol. II c. 700-c.900, Cambridge, 2008, pp. 320-348.

DELOGU, Paolo, "Lombard and Carolingian Italy", en Rosamond McKitterick, *The New Cambridge Medieval History*, Vol. II c. 700-c.900, Cambridge, 2008, pp. 290-319.

- FISCHER DREW, Katherine, "Introduction", en *The Lombard Laws*, Translated with an Introduction by Katherine Fischer Drew, Filadelfia, University of Philadelphia, 1996.
- GARCIA MORENO, Luis A., *La construcción de Europa. Siglos V-VIII*, Madrid, Síntesis, 1998.
- GASPARRI, Stefano, *Italia longobarda. Il regno, I Franchi, il papato*, Roma y Bari, Laterza, 2012.
- GASPARRI, Stefano, "Roma y los longobardos", *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna* 37/38, 2004-2005, pp. 31-48.
- GASPARRI, Stefano. "The Fall of the Lombard Kingdom: Facts, Memory and Propaganda", en *Atti Del Seminario Di Poggibonsi*, 16-18 Febbraio 2006, Turnhout, Brepols, 2008, pp. 41-65.
- HEATHER, Peter, *Emperadores y bárbaros. El primer milenio de la historia de Europa*, Barcelona, Crítica, 2010.
- GOFFART, Walter, *Narrators of Barbarian History (A.D. 550-800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon*, Princeton, Princeton University Press, 1988.
- HERRERA ROLDÁN, Pedro, "Introducción", en Pablo DIÁCONO, *Historia de los longobardos*, Introducción, traducción y notas de Pedro Herrera Roldán, Universidad de Cádiz, 2006, pp. 11-58.
- POHL, Walter, "Frontiers in Lombard Italy: The Laws of Ratchis and Aistulf", en POHL, Walter, WOOD, Ian y REIMITZ, Helmut (eds), *The Transformation of Frontiers. From Late Antiquity to the Carolingians*, Brill, Leiden-Boston, 2001, pp. 117-142.
- POHL, Walter, "The Empire and the Lombards: Treaties and Negotiations in the Sixth Century", en POHL, Walter (ed.), *Kingdoms of the Empire: The Integration of Barbarians in Late Antiquity*. Brill, 1997, pp.75-133.
- WALLACE-HADRILL, John, *The Barbarian West. The Early Middle Ages, a.d. 400-1000*, Harper and Row, New York, 1962.
- WICKHAM, Chris, *Early Medieval Italy, Central Power and Local Society, 400-1000*, Londres, MacMillan Press, London, 1981.
- WICKHAM, Chris. *El legado de Roma. Una Historia de Europa de 400 a 1000*, Barcelona, Pasado y Presente, 2012.

Historia de los longobardos

Pablo Diácono

LIBRO I

1. Las zonas septentrionales, cuanto más alejadas están del calor del sol y más heladas por el frío de las nieves, son tanto más saludables para el cuerpo humano y más aptas para favorecer la fecundidad de los pueblos; como por el contrario, las regiones meridionales, por estar más cerca de la vehemencia del sol, siempre son pródigas en enfermedades y menos aptas para la procreación de los mortales. Por ello sucede que tantos pueblos se originen bajo el polo septentrional, de manera que a toda aquella región desde el Tanais hasta Occidente, aunque allí a cada uno de esos lugares se los denomine con sus propios nombres, no obstante y no sin mérito se la llame con el vocablo general de Germania; si bien los romanos, cuando ocuparon esas regiones, denominaron Germania Superior e Inferior a las dos provincias ubicadas al otro lado del Rhin. Desde esta populosa Germania, innumerables turbas de cautivos con frecuencia llevados violentamente, son vendidos por dinero en los pueblos meridionales. Muchos pueblos han salido también de esa región, que cría tantos mortales que apenas puede alimentarlos, y, que han asolado no sólo la región de Asia, sino sobre todo a Europa, que está contigua a ellos. Esto lo atestiguan por todas partes las ciudades destruidas por toda Iliria y Galia, principalmente las de la mísera Italia, que ha experimentado la crueldad de casi todos esos pueblos. Los godos y vándalos, rugios, hérulos y turcilingios, como también otras bárbaras y feroces naciones que han salido de Germania. Asimismo, el pueblo de los winilos, esto es, de los longobardos, que posteriormente gobernó Italia con felicidad y que originalmente procede de pueblos germanos, si bien se

asegura que las causas de su emigración fueron otras, provino de la isla llamada Escandinavia.

2. Plinio Segundo también hace mención de esta isla en los libros que compuso sobre la naturaleza de las cosas. Esta isla, pues, como nos lo refirieron quienes la han recorrido, no está situada realmente en el mar, sino rodeada por las olas marinas que ciñen las tierras a causa del poco declive de las playas. Los pueblos establecidos en ella, habiéndose propagado tanto que ya no les era posible habitarla juntos, dividieron toda la multitud en tres partes, como se cuenta, y averiguaron por sorteo qué parte de ellos debía abandonar la patria y buscar nuevas residencias.

3. Así pues, los que la suerte había señalado para marcharse del suelo nativo y buscar empeñosamente tierras extranjeras, a las órdenes de dos jefes, a saber, Ibor y Aión, que eran hermanos y más aventajados que otros por su floreciente juventud, emprenden el camino para buscar las tierras donde pudieran habitar y establecer sus residencias, despidiéndose al mismo tiempo de los suyos y de la patria. La madre de estos jefes se llamaba Gambara, mujer de ingenio agudo y de prudente parecer; de cuya sabiduría no poco confiaban en los asuntos dudosos.

4. De ninguna manera creo que esté fuera de lugar alterar por un instante el orden de la narración y comentar brevemente un milagro que todos tienen por notable y que aún hoy se narra en Germania, así como algunas otras cosas. En los extremos confines de Germania, a la orilla del océano, se ve una caverna bajo un elevado peñasco, donde siete hombres, desde tiempo inmemorial descansan adormecidos por un largo sopor, no sólo con sus cuerpos ilesos, sino también con sus vestimentas, perduran a través de tantos años sin sufrir alteración alguna, por eso son venerados entre esas indóciles y bárbaras naciones; por

lo que respecta a su vestimenta parecen romanos. Habiendo querido alguien, movido de codicia, desnudar a uno de ellos, al instante, según se dice, sus brazos se secaron y su castigo amedrentó a los demás, para que nadie en adelante se atreviera a tocarlos. Se podría pensar con qué finalidad la divina Providencia los conserva durante tantos años. Quizás, algún día, esos pueblos han de salvarse por su predicación, porque no puede pensarse sino que son cristianos.

5. Vecinos al lugar están los escritobinos –así se llama aquel pueblo– quienes, aún en verano no carecen de nieve, y por su entendimiento no se diferencian de las fieras mismas, ya que se alimentan de la carne cruda de los animales salvajes, con cuyas hirsutas pieles confeccionan también su indumentaria. Éstos derivan la etimología de su nombre, de “saltar” según la lengua bárbara. Saltando, pues, con habilidad, cazan las fieras con una madera curvada en forma de arco. Entre ellos hay un animal no muy diferente del ciervo, de cuyo cuero de pelaje erizado, yo he visto un vestido a modo de túnica que llega hasta la rodilla, que, según se dijo, usan los mencionados escritobinos. En esos lugares, alrededor del solsticio estival, durante algunos días y también de noche, se puede ver una brillantísima luz, siendo los días más largos allí que en otra parte; por el contrario, alrededor del solsticio invernal, aunque hay luz diurna, sin embargo, no se ve el sol; los días son muy cortos, más que en cualquier otra parte, y las noches, más largas; porque, como se sabe, cuanto más lejos alguien se retira del sol, tanto más próximo a la tierra aparece el mismo sol y las sombras crecen mucho más en extensión. En Italia, como cuentan los antiguos, a la hora sexta, en proximidad de la Navidad del Señor, las figuras humanas proyectan una sombra de nueve pies. Pero, estando yo en la Galia Belga, en el lugar llamado Thionville, midiendo la sombra de mi estatura descubrí que medía diecinueve pies y medio. Por el contrario, cuanto más cerca del mediodía uno se aproxima hacia

el sol, tanto más las sombras parecen más pequeñas, hasta tal punto que durante el solsticio estival, estando el sol en medio del cielo, en Egipto, en Jerusalén y en sus vecindades, en esos lugares no se perciben sombras. Pero en Arabia, en esa misma época se ve el sol en mitad del cielo hacia la región del Aquilón, y las sombras, al revés, hacia el mediodía.

6. Y no muy lejos de la playa de la que hablamos, hacia occidente, donde la inmensidad del océano se extiende sin fin, hay un profundo abismo de aguas, que llamamos con el conocido nombre de ombligo del mar, que dos veces por día, se dice que absorbe las olas, y, nuevamente las arroja, como se comprueba por todas aquellas costas con las olas que con mucha celeridad van y vienen. Del mismo modo el poeta Virgilio llama a Caribdis abismo o remolino, que él en su poema lo ubica en el estrecho de Sicilia, con estas palabras:

*“Por la derecha acecha Escila, por la izquierda la
implacable Caribdis, y desde lo más profundo del abismo,
por tres veces arrastra inmensas olas hacia la sima, y
de nuevo las levanta hacia el cielo una después de otra,
y la ola golpea las estrellas”.*

Pues bien, se dice que este remolino del que hablamos, con frecuencia arrastra de un modo arrebatado y rápido, y con tanta celeridad las naves, que pareciera imitar el curso de las flechas por el aire, y alguna vez se pierden en aquel horrendo abismo. Otras veces, cuando una y otra vez se han sumergido, devueltas a la superficie por las rápidas moles de agua, se alejan de allí de nuevo tan ágilmente como antes fueron arrastradas. Cuentan que hay un remolino semejante entre la isla de Britania y la provincia Gala; lo cual confirman las costas del Franco Condado y Aquitania, que dos veces por día tan súbitamente se inundan, que, quien se encontrare sólo un poquito dentro de la playa, apenas si podría salir de allí. Se pueden ver los ríos de aquellas

regiones que refluyen en velocísima carrera hacia la fuente y que por el espacio de muchas millas las aguas dulces de los ríos se convierten en saladas. De la costa del Franco Condado dista aproximadamente la isla Evodia. Allí, como lo confirman sus habitantes, se escucha el murmullo de las aguas que se vierten en la misma Caribdis. He oído decir a uno de los galos más nobles que algunas naves destruidas primero por la tempestad, después fueron devoradas por esta misma Caribdis. Sólo uno de todos los hombres que navegaban en aquellas naves, muertos los demás, mientras nadaba sobre las olas aún con vida arrastrado por la fuerza de las aguas que caían, llegó hasta la boca del desmesurado abismo. Éste, cuando ya percibía claramente aquel caos profundísimo y sin fin, y medio muerto de pavor esperaba ser arrastrado hasta allá, súbitamente, y contra toda expectativa impulsado hacia arriba, quedó sentado sobre una piedra. Habiendo descendido ya todas las aguas que debían refluir, las riberas eran márgenes devastadas; mientras allí descansaba entre tantas angustias, apenas palpitando por la inquietud y el miedo y aguardando la muerte diferida por poco tiempo, vio ahí, de repente que saltaban hacia arriba como grandes montes de agua y que emergían las naves que anteriormente habían sido sumergidas. Y como una de ellas estuviera cerca de él, se aferró con la fuerza que pudo, y sin demora, arrojado velozmente cerca de la costa, pudo evadir el peligro de la muerte tan temida, sobreviviendo para contar poco después su propia aventura. Asimismo se cree que nuestro mar, es decir, el Adriático, que también inunda, si bien menos, las costas de Venecia e Istria, igualmente tenga pequeñas y ocultas hoyas en las que se sorban las aguas refluyentes y de nuevo surjan las que inunden las costas. Dicho esto así sucintamente retomemos el orden de la narración ya comenzada.

7. Así pues, habiendo salido de Escandinavia los winilos con sus jefes Ibor y Aión, llegados a la región llamada Escoringa,

residieron allí por algunos años. En ese tiempo, Ambro y Aso, jefes de los vándalos oprimían con la guerra a algunas provincias vecinas. Éstos enorgullecidos por haber obtenido muchas victorias, envían sus mensajeros a los winilos para que, o les pagaran tributos a los vándalos, o bien, se preparan para la guerra. Entonces Ibor y Aión, con el apoyo de su madre Gambara, deciden, después de deliberar, que era mejor defender la libertad con las armas, que pactar mediante el pago de tributos. Mandan a decir a los vándalos, por medio de sus legados, que ellos lucharían antes que ser sus súbditos. En esa época los winilos estaban todos en la floreciente edad juvenil, pero eran pocos en número, como que sólo eran la tercera parte de los habitantes de una isla de no muy grande extensión.

8. En este lugar, los antiguos refieren una leyenda ridícula: que acercándose los vándalos a Godan le habrían pedido la victoria sobre los winilos, y que él les habría respondido que otorgaría la victoria a aquellos a quienes viera primero al salir el sol. Entonces, se dice, que se acercó Gambara a Freya, esposa de Godan, y que le pidió la victoria para los winilos, y que Freya le habría dado el consejo de que las mujeres de los winilos se arreglaran el cabello suelto sobre su cara a semejanza de barbas, y a primera hora de la mañana estuvieran presentes con los hombres y se colocaran juntamente para que fueran vistas por Godan desde el lugar desde donde solía mirar por la ventana hacia el oriente. Y así ocurrió. Cuando al salir el sol Godan las vio, dijo: “¿Quiénes son éstos de largas barbas?” Entonces Freya lo convenció para que les concediera la victoria a los que les había dado nombre. Y así Godan les concedió la victoria a los winilos. Esto es irrisorio y no hay que tomarlo en cuenta. Pues la victoria no se atribuye al poderío de los hombres, sino más bien, se gobierna desde el cielo.

9. No obstante, es cierto que los longobardos, habiendo sido llamados anteriormente winilos, posteriormente se llamaron con ese nombre por lo largo de sus barbas no tocadas por la navaja. Pues, según su lengua, “*lang*”, significa *larga*, “*bart*”, *barba*. Wotan, al que llaman Godan cambiándole una letra, es el mismo que entre los romanos se llama Mercurio y es adorado como dios por todos los pueblos germanos; el cual, se dice, habitó, no últimamente sino mucho tiempo atrás, en Grecia y no en Germania.

10. Los winilos, pues, también llamados longobardos, comenzada la lucha contra los vándalos, peleando denodadamente porque lo hacían por la gloria de su libertad, consiguen la victoria. Posteriormente sufrieron consternados, pero con buen ánimo, una gran hambruna, en esa provincia de Escoringa.

11. Saliendo de allí, mientras se disponían a transitar por Mauringa, los asipitos les estorban el camino, negándoles absolutamente el tránsito por sus territorios. Viendo, pues, los longobardos el gran número de los enemigos y no atreviéndose a pelear con ellos por lo reducido de su ejército, y en tanto resolvían qué debían hacer, al cabo la necesidad encuentra la solución. Simulan tener en sus campamentos cinocéfalos, esto es, hombres con cabeza de perro. Divulgan entre los enemigos que éstos combaten ferozmente, beben sangre humana, y, en caso de no poder alcanzar al enemigo, se beben su propia sangre derramada. Y para corroborar aún más lo dicho, amplían sus tiendas de campaña y encienden muchas fogatas en el campamento. Los enemigos viendo y oyendo todo esto y creyéndolo, ya no se atreven a intentar la guerra con la que los amenazaban.

12. Sin embargo, había entre ellos un hombre muy fuerte de cuyo vigor confiaban que podrían, sin duda, conseguir lo que querían.

Proponen a este único hombre para que luchara por todos. Mandan a decirles a los longobardos que envíen a uno de los suyos, el que quisieren, para que saliera a pelear en combate singular con aquél; por cierto, con la condición de que si su guerrero obtenía la victoria, los longobardos se apartarían del camino por el que venían; por el contrario, si fuera vencido por el otro, entonces ellos no les prohibirían el paso por su territorio a los longobardos. Y como éstos dudaran a quién de los suyos enviarían contra tan buen guerrero, espontáneamente se ofreció uno, de condición servil, diciendo que él pelearía contra el enemigo que los había desafiado, con la condición de que si vencía al enemigo le quitaran a él y a su familia la marca de la esclavitud. ¿Qué más? Con alegría prometen cumplir lo que había pedido. Enfrentándose al enemigo, luchó y lo venció; consiguió para los longobardos el permiso de paso, y para sí y los suyos los derechos de la libertad tal como había deseado.

13. Así pues, los longobardos llegando finalmente a Mauringa, para poder aumentar el número de sus guerreros otorgan la libertad a muchos que procedían del yugo servil. Y para que su condición de hombres libres pudiera confirmarse, según la costumbre, lo sancionan mediante la saeta, pronunciando al mismo tiempo, ciertas palabras tradicionales para reafirmar el acto. Saliendo, pues, los longobardos de Mauringa, se aproximaron a Golanda donde permanecieron por un tiempo; se dice que posteriormente se establecieron por algunos años en Anthaba y Banthaba, y de igual modo en Burgundaba; podemos pensar que se trata de nombres de comarcas o de ciertos lugares.

14. Muertos, entre tanto, los jefes Ibor y Aión, que habían guiado a los longobardos desde Escandinavia, y hasta ese momento los gobernaban, no queriendo ya, en adelante, los longobardos estar sujetos a jefes, resolvieron nombrar un rey a semejanza de los

demás pueblos. Reinó, pues, sobre ellos, primero Agelmundo, hijo de Aión, de la prosapia de los gungingos, que entre ellos era la más noble. Éste, como cuentan nuestros mayores, ocupó el reino de los longobardos durante treinta y tres años.

15. En ese tiempo, una meretriz dio a luz, en un solo parto, a siete niñitos, y siendo una madre más cruel que las bestias, los arrojó a un estanque para matarlos. Si a alguien le parece imposible esto, revise las historias de los antiguos, y encontrará que no sólo siete, sino más aún, hallará que una mujer en un solo parto haya dado a luz a nueve niños. Ciertamente esto ocurre más aún entre los egipcios. Así pues, sucedió que el rey Agelmundo, estando de viaje, llegó a dicho estanque. Sofrenó su caballo para mirar a los míseros niños, y al darlos vuelta de un lado a otro con la pica que tenía en su mano, uno de ellos con la mano levantada tomó la pica real. El rey, movido de misericordia y admirado profundamente del hecho, le preanuncia un gran futuro. Enseguida ordena que lo saquen del estanque, y entregándoselo a una nodriza manda que lo alimente con sumo cuidado; y le impuso el nombre de Lamisio, porque lo sacó de un estanque, que en su lengua se denomina “*lama*”; habiendo crecido, se convirtió en un joven tan vigoroso que sobresalió como muy buen guerrero, y después de la muerte de Agelmundo gobernó el reino. Cuentan que cuando los longobardos, siguiendo su camino con su rey, llegaron a un río y las amazonas les prohibieron atravesarlo, él luchó con la más fuerte de aquellas nadando en el río, y la mató, y así adquirió para sí mismo la gloria del triunfo y para los longobardos, el paso. Porque entre los dos ejércitos habían acordado que si la Amazona vencía a Lamisio, los longobardos se retirarían del río, pero si por el contrario, era vencida por Lamisio, como sucedió, se les permitiría a los longobardos cruzar las corrientes del río. Por cierto, consta que este relato no está sostenido por la verdad. Pues es evidente a todos los que conocen las historias antiguas, que el pueblo de las

amazonas había sido destruido mucho antes de que esto sucediera; a no ser que, porque no fueron suficientemente conocidos por los historiógrafos los lugares donde se refieren estas gestas, y apenas fueron divulgados por alguno de ellos, pudiera ocurrir que hasta ese momento en ese lugar también hubiera un pueblo de mujeres. Pues, también yo oí contar a algunos que aún hoy existe un pueblo de mujeres en regiones interiores de Germania.

16. Así pues, cruzando el río del que hablábamos, habiendo llegado los longobardos a las tierras de la otra margen, permanecieron allí por algún tiempo. Entre tanto, como no temían ningún contratiempo y no se encontraban vigilantes debido a la larga tranquilidad, la seguridad, que siempre es la madre de las desgracias, les gestó un no pequeño desastre. Una noche, cuando todos libremente descansaban sin cuidado, repentinamente los búlgaros cayendo sobre ellos hieren a muchos, a otros abaten y tan libremente se mueven por el campamento que pueden matar al mismo rey Agelmundo y llevarse a su única hija en condición de cautiva.

17. Recobradas sus fuerzas después de estos contratiempos, los longobardos constituyeron como rey a Lamisio, del cual ya habíamos hablado. Éste, como era impetuoso por su edad juvenil, y suficientemente dispuesto para los combates de guerra, deseando vengar el asesinato de su tutor Agelmundo, dirige sus armas contra los búlgaros. Apenas comenzando el primer combate, los longobardos huyen hacia sus campamentos dándoles las espaldas a sus enemigos. Entonces, viendo esto el rey Lamisio, alzando la voz, comenzó a gritar a todo el ejército que recordaran todos la afrenta sufrida y que ante sus ojos tuvieran presente el deshonor, cómo habían degollado los enemigos a su rey, cuán miserablemente se habían llevado cautiva a su hija que anhelaban como reina. Por último los incitó

a que se defendieran con las armas a sí mismos y a los suyos, diciendo que era mejor perder la vida en la lucha que estar sometidos al escarnio de los enemigos como viles esclavos. Mientras vociferando decía estas y otras cosas semejantes y ya con amenazas, ya con promesas los animaba a soportar el ardor del combate; asegurando que si veía peleando a alguien aún de condición servil le concedería la libertad junto con el botín de guerra; al cabo, por la exhortación y ejemplos del príncipe; que había sido el primero en lanzarse a la lucha, enardecidos, irrumpen sobre los enemigos, pelean ferozmente y abaten a los adversarios con una gran derrota; y finalmente arrebatándoles la victoria a los vencedores vengan tanto la muerte de su rey como sus propias injurias. Se apoderaron de un inmenso botín de los despojos de los enemigos, y, desde ese momento se hicieron más intrépidos para afrontar las vicisitudes de la guerra.

18. Después de esto, muerto Lamisio, que había reinado en segundo lugar, el tercero que ascendió al trono fue Letho; éste, habiendo reinado durante cuarenta años, poco más o menos, dejó como sucesor del reino a Hildeoc, su hijo, que fue el cuarto en orden. Muerto también él, el quinto que recibió el reino fue Gudeoc.

19. En esa época, entre Odoacro, que reinaba en Italia desde hacía ya algunos años, y Feletheo, llamado también Fava, rey de los rugios, ardió el pábulo de grandes disensiones. En aquellos días Feletheo habitaba en la ribera ulterior del Danubio, que el mismo río separa de los territorios de los nóricos. En esa época, en territorio de los nóricos estaba el monasterio del bienaventurado Severino. Éste, dotado de gran santidad por su abstinencia, ya era famoso por sus muchas virtudes. Habiendo habitado en esos mismos lugares hasta el fin de su vida, ahora Nápoles guarda su delicado cuerpo. Frecuentemente aconsejó con palabras celestiales a Feletheo, del que ya hablamos, y a su esposa, llamada Gisa, para que se apartaran de la maldad. A ellos, que menospreciaron sus

piadosas palabras, les predijo mucho antes de que ocurriera lo que después, efectivamente, les aconteció. Odoacro, pues, reunidos los pueblos que obedecían a su mandato, esto es, los turcilingios y los hérulos, y la facción de los rugios que, desde hacía ya tiempo, poseía, como también los pueblos de Italia, marchó a Rugiland y luchó contra los rugios, y los destruyó por completo, y mató, además, a su rey Feletheo; y arrasada toda la provincia, atacando nuevamente a Italia, llevóse consigo una copiosa multitud de cautivos. En ese tiempo, habiendo salido los longobardos de sus territorios, llegaron a Rugiland, que en lengua latina se denomina patria de los rugios, y en ella, como tenía un suelo fértil, habitaron algunos años.

20. Entre tanto muere Gudeoc; a quien sucedió su hijo Clafo. Muerto también Clafo, ascendió al trono su hijo Tatón, en séptimo lugar. Habiendo salido los longobardos también de Rugiland, habitaron en un descampado, que en lengua bárbara se dice “*feld*”. En ese lugar, mientras moraban por espacio de tres años, se originó la guerra entre Tatón y Rodolfo, rey de los hérulos. La causa de la discordia entre ellos, que habían estado unidos anteriormente por pactos, fue la siguiente. El hermano del rey Rodolfo había ido al territorio de Tatón para concertar la paz. Cuando regresaba a su patria, cumplida ya su misión, pasó ante la casa de la hija del rey, llamada Rumetruda. Ella, viendo el número de caballeros y la noble comitiva, pregunta quién podía ser ése, que tenía un séquito tan magnífico. Le contestan que es el hermano del rey Rodolfo, que, terminada su embajada, regresaba a su patria. La doncella envía a alguien para que lo invitara a que se dignara a aceptar una copa de vino. Él, de corazón simple, como había sido invitado, accedió; y como era pequeño de estatura, la joven lo despreció con soberbio desdén profiriendo palabras burlonas con respecto a él. Él, lleno a la vez de vergüenza e indignación, respondió tales palabras que ocasionaron a la doncella mayor confusión. Entonces ella,

enardecida de cólera femenina y no pudiendo reprimir el dolor de su corazón, pretende consumir el crimen que había planeado. Simula paciencia, alegra su semblante y acariciándolo con palabras agradables, lo invita a sentarse, disponiendo que se ubicara en un lugar tal que tuviera a sus espaldas la ventana de la pared. A ésta la había cubierto con un cortinaje precioso, como si fuera en razón de la dignidad del huésped, pero, en verdad, para que no lo alarmara ninguna sospecha, habiéndoles ordenado este monstruo atroz a sus servidores que, cuando ella dijera “sirve” como si estuviera hablándole al copero, ellos lo atravesaran con sus lanzas por la espalda; y así ocurrió; luego que la cruel mujer da la señal, se cumplen sus inicuas órdenes, y él murió cayendo a tierra, traspasado de heridas. Cuando se le anunció esto al rey Rodolfo, deploró la muerte tan cruel de su hermano, y no pudiendo soportar el dolor se enardeció con la intención de vengar la muerte de su hermano, y rompiendo el pacto estipulado con Tatón, le declaró la guerra. ¿Qué más? Los dos ejércitos se encontraron en campo abierto. Rodolfo envía a los suyos a la batalla, mientras él se queda en el campamento, y, no dudando de la esperada victoria, juega en la mesa. En esa época los hérulos estaban ejercitados en tácticas guerreras y ya eran muy famosos por haber provocado la destrucción de muchos pueblos. Éstos, sea por guerrear más libremente, sea por menospreciar las heridas que les pudiera inferir el enemigo, luchaban desnudos, cubriéndose sólo las partes pudendas del cuerpo. Y así pues, su rey confiando ciegamente en ellos, mientras él jugaba seguro en la mesa, manda a uno de los suyos que suba a un árbol, que por casualidad había ahí, para que le comunicara más rápidamente la victoria de los suyos, amenazándolo con que le cortaría la cabeza si le anunciaba que el ejército de los hérulos huía. Éste, como viera que el ejército de los hérulos retrocedía y que era vencido por los longobardos, al ser interrogado con frecuencia por el rey sobre lo que hacían los hérulos, le contestó que luchaban muy bien. Y no atreviéndose a

hablarle, no le descubrió el mal que veía antes de que todos los flancos del ejército tuvieran los enemigos a sus espaldas. Aunque tarde, sin embargo, levantando su voz dijo: “¡Ay de ti, mísera Herolia, que sufrirás la ira del Señor del cielo!”. A estas palabras el rey preocupado preguntó: “¿Acaso huyen mis hérulos?”. Él contestó: “Eso, no yo, sino tú mismo, rey, lo has dicho”. Entonces, como suele suceder en tales circunstancias, el mismo rey y todos los suyos confundidos, en tanto vacilaban qué debían hacer, atacados de improviso por los longobardos caen gravemente heridos. El mismo rey, luchando con todas sus fuerzas aunque inútilmente, fue muerto también. Huyendo, pues, de aquí para allá el ejército de los hérulos, tan grande fue la ira del cielo que cayó sobre ellos, que pensaban que el lino verdeante de los campos era agua donde se podía nadar; y en tanto que a semejanza de nadadores extendían sus brazos, eran asesinados cruelmente por las espadas de sus enemigos. Entonces, conseguida la victoria, los longobardos se reparten entre sí un inmenso botín que hallaron en el campamento. Tatón tomó el estandarte de Rodolfo, que llaman bando, y el yelmo que solía llevar en la batalla. Y desde entonces, tanto decayó el poder de los hérulos, que en adelante no volvieron a tener un rey que reinara sobre ellos. Desde entonces, los longobardos sintiéndose más audaces con su ejército, con el acrecentamiento de los distintos pueblos que habían vencido, comienzan a desear ansiosamente las guerras y difundir por todas partes la fama de su poder.

21. Sin embargo, después de esto, Tatón no disfrutó mucho tiempo el triunfo de la guerra. Pues sobre él cayó Wacón, hijo de su hermano Zuquilon y lo mató. Asimismo Hildequis, hijo de Tatón, luchó contra Wacón; pero vencido por éste, huyó a tierras de gépidos y allí permaneció en condición de exilado hasta el fin de su vida. Por esta causa, desde entonces los gépidos contrajeron enemistad con los longobardos. Por ese

tiempo, Wacón cayendo sobre los suevos los subyugó bajo su dominio. Si alguien estima que esto es erróneo y no la verdad de los hechos, relea el prólogo del edicto que acerca de las leyes de los longobardos compuso el rey Rothari, y en casi todos los códigos hallará escrito esto como nosotros lo insertamos en esta breve historia. Wacón tuvo tres esposas; la primera, Ranicunda, hija del rey de los Turingios; después se casó con Austrigusa, hija del rey de los gépidos, de la que tuvo dos hijas: el nombre de una de ellas era Wisegarda, a quien casó con Teodiberto, rey de los francos; la otra, a su vez, llamada Walderada, se casó con Cusubaldo, otro rey de los francos, quien repudiándola, la entregó en matrimonio a uno de los suyos que se llamaba Garibaldo. La tercera esposa que tuvo Wacón, fue la hija del rey de los hérulos, de nombre Salinga. De ella nació un hijo, que se llamó Waltario, y que, muerto Wacón, reinó sobre los longobardos siendo el octavo rey. Todos estos fueron litingios. Así se llamaba entre ellos cierta noble prosapia.

22. Por su parte, Waltario, habiendo reinado durante siete años, murió. Después de él, Audoin fue el noveno rey que llegó al trono; el cual, después de algún tiempo, condujo a los longobardos a Panonia.

23. Entre los gépidos y los longobardos bien pronto estalla la riña concebida desde tiempo atrás, y en ambos bandos se prepara la guerra. Comenzada la lucha, en tanto los dos ejércitos combatían ferozmente y ninguno de los dos se rendía al otro, sucedió que en la batalla, Alboin, hijo de Audoin, y Turismodo, hijo de Turisindo salieron al encuentro uno contra el otro. A éste, que cayó del caballo, lo mató Alboin hiriéndolo con su espada. Viendo los gépidos que el hijo del rey, de quien había dependido gran parte de la batalla, estaba muerto, al punto desalentados emprendieron la fuga. Los

longobardos los abatieron persiguiéndolos atrozmente; y habiendo caído muchos, regresaron para despojar los cadáveres. Cuando concluida la victoria, los longobardos regresaron a sus reales, sugirieron a su rey Audoin que le celebrara un banquete a su hijo Alboin, por cuya valentía en la batalla habían alcanzado la victoria; a fin de que, así como había sido su par en la batalla, fuera también su compañero en el festín. A los cuales respondiósle Audoin que no podía hacer eso para no contravenir las costumbres del pueblo. “Sabéis – dijo – que entre nosotros no existe la costumbre de que el hijo del rey almuerce con su padre, a no ser que antes reciba las armas de manos de un rey de un pueblo extranjero”.

24. Habiendo oído esto de su padre, tomando consigo sólo cuarenta hombres, Alboin se marchó a la corte de Turisindo, rey de los gépidos, con quien había estado en guerra hacía poco tiempo, y le explicó la causa por la que había ido. Éste, recibéndolo con benignidad, lo invitó a su banquete y lo ubicó a su derecha, donde Turismodo, su hijo, no hacía mucho acostumbraba a sentarse. Entre tanto, mientras se sirven magníficos platos, Turisindo, después de un tiempo, examinando en su mente el asiento de su hijo y recordando su muerte, viendo que en su sitio se sentaba su asesino, exhalando profundos suspiros, no pudo reprimirse sino, por el contrario, al cabo el dolor estalló en una exclamación: “Amable – dijo – es este sitio, pero la persona que lo ocupa causa pesar a mi vista”. Entonces el otro hijo del rey, allí presente, estimulado por las palabras de su padre, empezó a provocar con injurias a los longobardos, diciéndoles que eran semejantes a las yeguas que tienen las patas blancas desde las rodillas, porque ellos usaban calzas desde la pantorrilla a los tobillos: “Malolientes son las yeguas a las que os asemejáis”. A lo que respondió uno de los longobardos: “Ve – dijo – al campo de batalla Asfeld, y allí sin duda podrás averiguar con cuánto vigor pueden cocear estas

yeguas; donde están desparramados los huesos de tu hermano como si fueran los de un vil jumento, en medio del prado”. Oído esto, los gépidos no pudiendo soportar la confusión y furiosamente movidos por la ira, propusieron vengarse de las manifiestas injurias; los longobardos, por su parte, dispuestos a la lucha echaron mano a las empuñaduras de sus espadas. Entonces, levantándose de la mesa, el rey se puso en medio y detuvo la cólera y la lucha de los suyos, amenazándolos con que castigaría al primero que comenzara la riña; diciéndoles que no sería una victoria agradable a Dios si alguien en su propia casa asesinara a su huésped. Así pues, apaciguaba la disputa, continuaron el festín, ya sin interrupción, con ánimos alegres. Y tomando Turisindo las armas de su hijo Turismodo, se las entregó a Alboin y lo hizo volver incólume y pacíficamente al reino de su padre. Vuelto a casa de su padre Alboin fue su comensal. Mientras alegre gustaba de los regios manjares con su padre, refirió ordenadamente todo lo que les había pasado en el palacio de Turismodo, entre los gépidos. Los presentes se maravillan y celebran la audacia de Alboin, y no menos alaban la fidelidad de Turisindo.

25. En esta época gobernaba felizmente el Imperio romano, el emperador Justiniano augusto. Él no sólo llevó a cabo con éxito guerras, sino también fue digno de admiración en asuntos civiles. Por medio del patricio Belisario venció con intrepidez a los persas, y por el mismo Belisario al pueblo de los vándalos, capturado su rey Gelismerlo los persiguió hasta aniquilarlos, y restituyó toda África al Imperio romano, después de noventa y seis años. También con las fuerzas de Belisario, venció al pueblo de los godos en Italia, capturando a su rey Witichis. Después de esto, con el maravilloso poder del ex cónsul Juan sometió a los mauritanos, que infestaban el África, y a su rey Antalan. De modo semejante mediante el derecho de guerra también sometió a otros pueblos. Por esta razón, por todas estas victorias mereció

adoptar el sobrenombre de Alamánico, Gótico, Franciscano, Germánico, Ántico, Alánico, Vandálico y Africano. También corrigió con admirable concisión las leyes de los romanos, que se caracterizaban por sus excesivos detalles e inútiles diferencias. Pues todos los decretos de los príncipes, que estaban distribuidos en muchos volúmenes, los redujo a doce libros, y ordenó que ese volumen se llamara Códice Justiniano. También redujo las leyes de cada uno de los magistrados o jueces, cuya extensión alcanzaba casi dos mil libros, al número de cincuenta libros, y a ése lo denominó con el título de código de los digestos o pandectas. Compuso, también, los cuatro libros de las instituciones en los cuales concisamente se contiene el texto de todas las leyes. Además ordenó que el código de las nuevas leyes, que él había establecido, redactado en un volumen, se denominara Novela. El mismo príncipe también erigió, dentro de la ciudad de Constantinopla, un templo, que en griego se denomina *Agia Sophia*, esto es, Santa Sabiduría, a Cristo, el Señor, que es la sabiduría de Dios Padre. La arquitectura del templo tanto se distingue de todos los demás edificios, que en todo el orbe de la Tierra no se podría encontrar otro similar a éste. Pues este príncipe era católico por su fe, recto en su obrar, justo en sus juicios; y por ello todo le sucedía para su bien. En su tiempo, Casiodoro ilustró a Roma con su ciencia humana y divina; él, entre muchas otras cosas que escribió de manera excelente, con su autoridad publicó especialmente temás desconocidos sobre los salmos. Primeramente fue cónsul, después senador, posteriormente, monje. También, en este tiempo, el abad Dionisio, que estaba en Roma, realizó el cómputo de la fecha de Pascua con admirable argumentación. Asimismo, en esa época, en Constantinopla, Prisciano de Cesarea investigó asuntos desconocidos, por decirlo así, del arte de la gramática; y, nada menos que Arator, subdiácono de la Iglesia romana, maravilloso poeta, escribió en versos hexámetros los hechos de los Apóstoles.

26. En esos mismos días, el bienaventurado Benito, padre y prior del distrito de Subiaco, que dista de Roma cuarenta millas, y, posteriormente en el castillo de Casino, llamado la Fortaleza, brilló por los inmensos méritos de su vida y por sus virtudes apostólicas; cuya vida, como es sabido, escribió el bienaventurado papa Gregorio, empleando en sus diálogos un lenguaje muy cuidado. Yo también, con mi poco ingenio, compuse de este modo dísticos referidos a cada uno de sus milagros en metro elegíaco, para honrar a un padre tan grande:

*¡Oh San Benito! ¿Dónde comenzaré a relatar tus triunfos?
¿De dónde empezaré a hablar del cúmulo de tus virtudes?
¡Salve, bienaventurado padre, que te muestras por tus méritos,
resplandeciente luz del mundo! ¡Salve, bienaventurado padre!
¡Oh Nursia, aplaude a un hijo tan preclaro;
que trae el cielo a la tierra! ¡Oh, Nursia, apláudelo!
¡Oh gloria juvenil, que aventaja a los ancianos y trasciende
sus años por sus costumbres! ¡Oh gloria juvenil!
¡Oh paraíso, tu flor desdeñó las flores del mundo!
¡Oh paraíso, tu flor despreció las riquezas de Roma!
La nodriza trajo la criba rota con su corazón triste;
la nodriza contenta se llevó la criba arreglada.
Teniendo un nombre en Roma, apartó al estudiante de los sabios;
lleva la riqueza de la piedad, teniendo un nombre en Roma.
Las cuevas alejadas de todos los mortales resuenan con tus alabanzas;
oh Cristo, las cuevas por ti conocidas, resuenan con tus loas.
Infatigablemente sufres, durante tres años, fríos, nieves, vientos.
Por amor de Dios desprecias fríos, vientos, nieves.
Le agrada el engaño digno de veneración, se prueban los hurtos
de la piedad. Le agrada el engaño digno de veneración con el que
se convertía en un santo.
Hay ricos manjares, pero ahí está, amoratado.
Solamente la fe nutricia le indica los manjares sagrados.
Ritualmente cumple los sacrificios a Cristo que acomoda su oído,
alimentando al que ayuna; ritualmente le cumple los sacrificios.
Los curiosos porquerizos llevan ricos alimentos a las grutas;
con sus corazones alegres le llevan rico sustento.*

El fuego es consumido por el fuego, mientras las espinas desgarran sus miembros; el fuego de la carne es consumido por el fuego celestial.

El inicuo veneno oculto es descubierto por el sabio desde lejos; el inicuo veneno oculto no soporta las armas de la cruz.

Ligeros azotes rectifican con moderación la mente que divaga; alejan la peste que lo rodea, ligeros azotes.

Un torrente de agua perenne mana del mármol natural; un torrente de agua perenne riega los áridos corazones.

Te dirigiste a lo profundo del lago, hierro separado del mango; abandonas las alturas, hierro, y te diriges a lo profundo del lago.

Cumpliendo los mandatos paternos corre libremente en el mar; cumpliendo los mandatos paternos corre llevado por las aguas.

El agua le ofrece una senda para cumplir prestamente los preceptos del maestro; el agua le ofrece una senda al caminante que ignora el camino.

Tú también, niño, eres llevado por las olas y no pereces; tú también, niño, eres un testigo veraz.

Los corazones pérfidos gimen agitados por estímulos malignos; los corazones pérfidos gimen por las llamas del Tártaro.

El cuervo le lleva los alimentos ofrecidos por manos benignas; a su mandato, el cuervo aparta lejos de él los alimentos venenosos.

Los corazones santos se afligen por el enemigo caído en la corrupción; los corazones santos se duelen por la falta del discípulo.

Río Liris, que buscas prados apacibles, te acompañan buenos guías; desde el cielo bajarás, río Liris, buscando prados apacibles.

Inicua serpiente, te enfureces despojada de bosques y altares; perdidos tus pueblos, serpiente maldita, te enfureces.

¡Oh tú, pérfido, que sentado obstaculizas el trabajo, apártate; deja que los mármoles se apliquen a las paredes! ¡Oh tú, pérfido, que sentado obstaculizas el trabajo, apártate; te echarán por la fuerza!

Se percibe un fuego voraz que surge de falsas llamas; ni tú ves el fuego voraz, piedra preciosa.

Mientras se levantan las paredes, se desgarran los miembros del hermano; el hermano está feliz, mientras se levantan las paredes.

Los hechos ocultos se clarifican; en claro se ponen los hechos ocultos del regalo aceptado.

¡Cruel tirano! Se rompen las redes de tus fraudes;

pones freno a los impulsos de tu vida, cruel tirano.
 Las altas murallas de Numa no serán derribadas por ningún enemigo; una tempestad, dice, derribará las altas murallas de Numa.
 Eres castigado duramente por el enemigo para que no ofrezcas sacrificios en el altar; ofreces sacrificios en el altar; eres castigado duramente por el enemigo.
 Se sabe que todos los rediles del rebaño se entregaron en manos de los gentiles; el mismo pueblo gentil repara los rediles del rebaño.
 Joven, amigo del engaño, te arrebató la persuasiva hidra;
 joven, amigo del engaño, no eres apresado por la hidra.
 ¡Alma soberbia, haz silencio y no vituperes calladamente al vidente! Todas las cosas le son patentes al vate. ¡Calla, alma soberbia!
 La negra hambre se sacia con el alimento bajado del cielo;
 la negra hambre solamente se sacia con alimentos espirituales.
 Todos los corazones se sorprenden de que estuvieras presente sin el cuerpo; todos los corazones se sorprenden de que profetices lo que has visto.
 Al mandato de su voz no refrenan sus palabras;
 al mandato de su voz huyen de las tumbas.
 Al mandato de su voz, permiten que alguien no sea considerado sagrado; al mandato de su voz, aquel ya no está excomulgado.
 La tierra abierta arroja de su seno el cadáver enterrado;
 a su mandato, la tierra abierta retiene en su seno el cuerpo muerto.
 El pérfido dragón alienta a huir al que huye;
 fija un camino prohibido, el pérfido dragón.
 Un mal fatal abate el honor;
 un mal fatal vaga incontrolado.
 El santo le promete al pobre monedas de oro y no las tiene;
 del cielo recibió el santo monedas de oro.
 ¡Pobre de ti, a quien el veneno de la culebra cambia la piel!
 Recibes la piel incólume, ¡tú miserable!
 Las ásperas piedras agrietan el vidrio, pero no lo pueden quebrar;
 las ásperas piedras conservan el vidrio ileso.
 ¿Por qué, dispensero, temes gastar una gota de la aceitera?
 Mira, las tinajas destilan aceite; ¿por qué temes, dispensero?
 ¿Dónde habrá remedio para ti? ¿Por qué no tienes esperanzas de

sanarte? ¿De dónde obtendrás alivio tú, que siempre temes?
¡Ah, pobre anciano! Recibes un duro golpe;
pero te recuperas con un golpe, pobre anciano.
Las correas bárbaras atan las manos que ignoran el crimen;
pero espontáneamente las correas bárbaras se escapan de sus manos.
Aquel arrogante sobre su caballo grita con voz amenazante;
el que era arrogante sobre su caballo, yace tendido en tierra.
El cuello del padre sostiene los miembros del hijo muerto;
el cuello del padre sostiene a su hijo vivo.
El amor lo vence todo; la hermana obligó al santo con sus lágrimas;
más; el sueño se aparta de sus ojos; el amor todo lo puede.
Gustándole la simplicidad, como la paloma desea las alturas;
penetra hasta los reinos del cielo porque le gusta la simplicidad.
¡Oh muy querido de Dios, para quien todo el mundo está manifiesto,
que examinas lo secreto! ¡Oh tú, querido de Dios!
El globo de fuego lleva por los aires a un navegante justo;
el globo de fuego lleva a quien abrasó el santo amor.
Tres veces llamado se presenta un testigo de esa novedad;
el amado es llamado tres veces por el amor del padre.
Buen guía, anunciando guerras alienta los corazones con tus
ejemplos; eres el primero que te lanzas a la lucha con tus armas,
buen guía, que anuncias guerras.
Enseñando a vivir en comunidad, dio las indicaciones convenientes;
dio esas indicaciones para llegar rápidamente a la vida.
Cantando salmos de continuo, nunca daba descanso al plectro;
cantando salmos sagrados murió, cantando salmos continuamente.
Quienes tuvieron un mismo espíritu en vida, descansan en el mismo
sepulcro; una gloria igual los retiene a quienes tuvieron un
mismo espíritu.
El sendero parece espléndido, rodeado de teas resplandecientes;
por donde asciende el santo luce un sendero espléndido.
Buscando un cerco de piedras, consiguió casualmente la salvación;
evitó el error buscando un cerco de piedras.
Ha compuesto un breve poemita el siervo que espera una recompensa;
desterrado, pobre, débil, ha compuesto un breve poemita.
¡Que sea, ruego, digno de ti, señal del camino celestial!
¡Oh padre Benito, que sea digno de ti!

También compusimos un himno que contiene cada uno de los milagros del mismo padre, utilizando el metro yámbico arquiloqueo, de este modo:

*Hermanos, con el corazón alegre, venid con un canto unísono;
gocemos con las alegrías de esta ínclita festividad.*

*Benito, el padre, mostrando el camino con áurea habilidad,
asciende al reino celestial para recibir el premio de sus trabajos.*

*Brilló como una estrella nueva, alejándose de las nubes mundanas.
En el mismo umbral de la vida, despreció los placeres desu edad.*

*Muy poderoso taumaturgo, inspirado por el Santo Espíritu, brilló por
sus prodigios profetizándole acontecimientos futuros al mundo.*

*Ha de alimentar a muchos; compone la vasija del pan; deseando
la estrecha prisión del esclavo extinguió los fuegos con el fuego.
Quebró la copa del veneno por las armas de la cruz. Disciplinó la
mente divagante mediante un ligero flagelo del cuerpo.*

*Los torrentes se derraman por las rocas. El hierro regresa del abismo.
El obediente corre por las aguas. El niño evita una muerte violenta
con su manto.*

*El mal oculto se hace manifiesto. El ave cumple lo mandado.
La muerte aniquiló al enemigo. El león rugiente murió.*

*La mole inmóvil se vuelve liviana. La hoguera se convierte en
fantasía. La prosperidad se convierte en ruina. Se hace manifiesta la
falta de los que están ausentes.*

*Astuto guía, te apresan. Inicuo amo, huyes. Conocéis el futuro. Los
arcanos, corazón, no los tocas.*

*Los castillos se construyen en los sueños. La tierra vomita cadáveres.
El dragón detiene al fugitivo. El aire llueve monedas de oro.*

El vidrio resiste las rocas. Las tinajas derraman aceite de oliva. Una visión pone en libertad al prisionero. Los cadáveres recobran la vida.

El poder de esa gran lumbrera es vencido por el deseo de su hermana. Quien más ama, puede más que quien decide atravesar el orbe.

Desconocido antes de los siglos, el lucero brilla de noche desde donde se percibe todo el orbe, y el santo es conducido hacia las alturas a través de los rayos de su luz.

Con su plectro como un néctar esclareció cosas maravillosas; puesto que marcó adecuadamente el sendero de la vida santa a sus seguidores.

¡Oh poderoso guía! Hazte presente ante los suspiros de tu grey, que se deslice entre obras buenas cuidándose de la hidra, a fin de que sea fiel seguidora tuya.

Séame permitido contar brevemente lo que el bienaventurado Padre Gregorio no refiere en la biografía de este santísimo padre. Finalmente llegando por divina inspiración desde Subiaco a este lugar, donde descansa, atravesando aproximadamente cincuenta millas lo siguieron volando a su alrededor tres cuervos a los cuales él solía alimentar. A quien, en todo cruce hasta que llegara allá, apareciéndosele dos ángeles en figura de jóvenes le señalaron qué camino debía seguir. En este lugar cierto siervo de Dios tenía entonces su morada; inspirado por Dios le habló de este modo:

“Tú permanece en estos lugares, hay otro amigo”.

Llegando, pues, a Monte Casino se obligó siempre a una gran abstinencia. Pero de modo especial en tiempo de cuaresma, permaneció enclaustrado y alejado del bullicio del mundo. Todo esto lo tomé del poeta Marcos, el cual compuso algunos versos para honrar a este padre que había llegado aquí; no los incluí en

estos libritos para evitar una extensión excesiva. Sin embargo, es cierto que este glorioso padre, llamado por el cielo para esto, llegó a este fértil lugar y al próspero valle que está debajo, para crear aquí una congregación de muchos monjes como ahora existe con la guía de Dios. Dichas rápidamente estas cosas que no se debían omitir, volvamos al relato de nuestra historia.

27. Así pues, Audoin, de quien ya habíamos hablado, rey de los longobardos, tuvo en matrimonio a Rodelinda; la cual dio a luz a Alboin, varón preparado para la guerra y pronto para todo. Murió Audoin, y luego ascendió al trono Alboin, el décimo de los reyes, para gobernar la patria con el consentimiento de todos. Como obtuvo un nombre universalmente famoso y preclaro por su valentía, Clotario, rey de los francos, le concedió en matrimonio a su hija Clotsuinda; ésta engendró sólo una hija de nombre Alpsuinda. Entre tanto murió Turisindo, rey de los gépidos, a quien le sucedió en el reino Cunimundo. Éste deseando vengar las antiguas injurias de los gépidos y quebrantando el pacto con los longobardos, prefirió la guerra a la paz. Alboin concertó un pacto perpetuo con los ávaros, que primeramente se llamaron hunos y posteriormente ávaros, procediendo su nombre del que tenía su rey. Después de esto marchó a la guerra organizada por los gépidos. Cuando éstos marchaban contra aquél desde varios lugares, los ávaros, como lo habían acordado con Alboin, invadieron su patria. Llegando a donde estaba Cunimundo, un mensajero apesadumbrado le anunció que los ávaros habían invadido sus territorios. Él, con ánimo abatido y acosado por las penurias, aconseja a los suyos que en primer término combatieran con los longobardos y si podían vencerlos, después podrían echar fuera de su patria al ejército de los hunos. Luego se da la batalla. Se pelea con todas las fuerzas. Los longobardos resultan vencedores, mostrándose tan crueles en su ira contra los gépidos que los persiguieron hasta su aniquilamiento y de una multitud inmensa apenas si sobrevivió un mensajero. En ese

combate, Alboin mató a Cunimundo; y, cortándole la cabeza, hizo con ella una copa para beber. Este tipo de copa, en su lengua, se llama “*scala*”, en latín se denomina “*patera*”. A la hija de aquél, de nombre Rosimunda, se la llevó cautiva juntamente con una gran multitud de distinto sexo y edad; la tomó por esposa, para su desgracia, como después se comprobó, porque había muerto su mujer Clotsuinda. En esa ocasión los longobardos obtuvieron un botín tan grande que llegaron a tener muchísimas riquezas. Por su parte, el pueblo de los gépidos de tal modo fue diezmado que desde entonces no tuvieron en adelante un rey. Pero todos los que sobrevivieron de la guerra, o fueron subyugados por los longobardos, o, poseyendo hasta ahora los hunos su territorio, gimen sujetos a un duro yugo. Con respecto a Alboin, de tal manera se difundió a lo largo y a lo ancho su famoso nombre, que también hoy, tanto el pueblo de los bávaros como entre los sajones, y aun entre otros hombres que hablan la misma lengua se celebra en sus poemás de gesta su liberalidad, su gloria y la fortuna y valentía de sus batallas. Muchos afirman también que las principales armas en uso hasta ahora fueron fabricadas bajo su orden.

Fin del Libro I

LIBRO II

1. Así pues, como las frecuentes victorias de los longobardos se celebraban estruendosamente por todas partes, Narsés, archivero imperial, que a la sazón estaba al mando en Italia, preparaba la guerra contra Totila, rey de los godos, teniendo como aliados a los longobardos desde hacía mucho tiempo; Narsés envió sus legados a Alboin a fin de que le proporcionara su ayuda cuando luchara con los godos. Entonces Alboin dispuso una tropa selecta de entre sus hombres para que llevaran su ayuda a los romanos contra los getas. Transportados a Italia a través del Adriático, aliados de los romanos entraron en guerra con los godos; éstos fueron exterminados hasta su aniquilamiento juntamente con su rey Totila, en tanto que sus vencedores, honrados con un gran botín regresaron a sus reales. Todo el tiempo en que los longobardos poseyeron Panonia fueron aliados de la República Romana contra sus adversarios.

2. En esa época Narsés también dirigió la guerra contra el general Buccellino. Teodoberto, rey de los francos, después de haber invadido a Italia, al volver a la Galia, lo dejó a éste con el general Amingo para someter a Italia. Buccellino devastó casi toda Italia con sus pillajes y envió abundante botín del despojo de Italia a su rey Teodoberto. Cuando se disponía a pasar el invierno en Campania, fue muerto finalmente en la región llamada Taneto habiendo sido vencido por Narsés en una violenta batalla. Amingo, empero, intentó prestar ayuda a Widin, conde de los godos, que se había rebelado contra Narsés, pero uno y otro fueron vencidos por Narsés. Widin, capturado, fue exiliado y enviado a Constantinopla, pero Amingo, que le había prestado ayuda, fue muerto por la espada de Narsés. El tercero de los jefes de los francos, de nombre Lotario, cuando se proponía regresar

a su patria cargado con mucho botín, también murió de muerte natural, entre Verona y Trento, junto al lago Benaco.

3. Narsés sostuvo un combate singular con Sinduald, rey de los bretones, que era uno de los que aún subsistía de la estirpe de los hérulos, a quienes Odoacro había traído consigo hacía ya mucho tiempo al venir a Italia. Narsés le concedió muchos beneficios a este hombre, que primeramente había sido un fiel adherente suyo; como posteriormente se rebeló con soberbia con el propósito de gobernar, lo venció en la batalla, lo capturó y lo colgó de una alta pica. También en esa época el patricio Narsés conquistó todos los territorios de Italia por medio de Dagisteo, capitán del ejército, hombre vigoroso y buen guerrero. Narsés, primeramente archivero, mereció después el honor del patriciado en mérito a sus cualidades. Era, en efecto, un hombre muy piadoso, católico por su religión, espléndido con los pobres, preocupado por restaurar las basílicas, entregado a vigiliass y oraciones tanto que obtenía mucho más las victorias mediante súplicas a Dios que con las armas de guerra.

4. En sus tiempos hubo una gran peste, especialmente en la provincia de Liguria. Aparecían de improviso manchas en las casas, puertas, vasos o vestimentas, y si alguien quería lavarlas reaparecían una y otra vez. Después de haber pasado un año completo, comenzaron a aparecer en las ingles de los hombres o en otros lugares más delicados tumores a modo de una nuez o dátil, que de inmediato eran seguidos de una convulsión febril intolerable, de modo que en el término de tres días el hombre moría. Por el contrario, si alguien lograba sobrevivir tres días, tenía la esperanza de vivir. Por todas partes había luto, por doquier lágrimas. Como entre el vulgo corría el rumor de que huyendo del lugar evitarían esa calamidad, las casas quedaban abandonadas de sus ocupantes, siendo sus únicos guardianes

los perros. Los rebaños quedaban solos en las praderas, sin pastor. Se podía ver un día las villas y cuarteles repletos de una multitud de hombres, pero al día siguiente, tras la huida, todo quedaba en sumo silencio. Los hijos huían abandonando insepultos los cadáveres de sus padres, los padres olvidándose de sus piadosas entrañas dejaban a sus hijos aún cremándose en la pira. Si por casualidad la antigua piedad impelía a alguien a sepultar a su prójimo, él mismo quedaba insepulto; y mientras prestaba el servicio fúnebre, se moría; mientras se cumplían las exequias, su propio entierro quedaba sin honras fúnebres. Parecía que el mundo había vuelto al silencio original: ninguna voz en el campo; ningún silbido de pastores, ninguna riña de bestias en los rebaños; ningún alboroto entre las aves domésticas. Las mieses, pasado ya el tiempo de la cosecha, esperaban intactas a los segadores; la viña, caídas sus hojas, quedaba intacta con sus radiantes uvas, ya próximo el invierno. En horas del día y de la noche resonaba la trompeta de los guerreros; era oído por muchos como un estruendo de ejército. No había huellas de los que pasaban de un lugar a otro; no se veía a ningún asesino, y sin embargo los cadáveres de los muertos superaban la visión de los ojos. Los lugares campestres se habían convertido en sepultura de hombres, y las moradas humanas, en cuevas de animales. Ciertamente, estos males les ocurrieron sólo a los romanos dentro de Italia y hasta los confines de los pueblos de los alamanes y bávaros. Entre tanto, muerto el príncipe Justiniano, asumió el gobierno Justino, el menor, en Constantinopla. También en estos tiempos, el patricio Narsés, que con cuidado vigilaba todo, condenó con el exilio a Vital, obispo de la ciudad de Altina, quien muchos años antes había huído al reino de los francos, a la ciudad de Innichen, y fue por último arrestado en Sicilia.

5. Por lo tanto, destruido o vencido todo el pueblo de los godos, como se ha dicho, vencidos también, del mismo modo, éstos de

quienes hablamos, Narsés, en tanto que adquiriría mucho oro, plata y riquezas de diversas especies, concitó una gran envidia de parte de los romanos, por quienes mucho había soportado luchando contra sus enemigos. Éstos se dirigieron al emperador Justiniano y a su esposa, Sofía, con estas palabras contra él, diciendo que: “Era más conveniente para los romanos servir a los godos que a los griegos, donde gobierna el eunuco Narsés y nos atormenta con la esclavitud; y esto lo ignora nuestro piadosísimo emperador. O nos libras de sus manos, o ciertamente, nos entregamos nosotros mismos y la ciudad de Roma a los pueblos bárbaros”. Habiendo oído esto Narsés, contestó lacónicamente con estas palabras: “Si obré mal con los romanos, hallaré el castigo”. De tal modo fue el emperador mal dispuesto contra Narsés que de inmediato envió a Italia al prefecto Longino, que obtuvo el puesto de Narsés. Éste, entre tanto, enterado de estas cosas, mucho temió y sobre todo, a tal punto fue amedrentado por la misma emperatriz Sofía, que en adelante no se atrevió a regresar a Constantinopla. Se dice que a él, porque era eunuco, entre otras cosas ella le había ordenado que en el gineceo separara los copos de lana para las doncellas. A estas palabras, se dice que Narsés respondió: que él le urdiría tal tela, que ella misma, mientras viviera, no se la podría sacar. Por consiguiente, atormentado por el odio y el miedo, retirándose a la ciudad de Nápoles de Campania, inmediatamente envió legados al pueblo de los longobardos, ordenándoles que abandonaran los campos pobres de Panonia y que vinieran a tomar posesión de Italia, repleta de todo tipo de riquezas. Y, a la vez, envió muchas clases de frutos y muestras de otros bienes de los que es fértil Italia, a fin de poder convencer sus ánimos para que vinieran. Los longobardos alegremente reciben las gratas noticias que hacía tiempo deseaban, y levantan sus ánimos con la idea de futuros bienes. Inmediatamente en Italia fueron vistos, durante la noche, terribles señales, esto es, aparecieron en el cielo espadas de fuego brillantes con sangre que luego se derramó.

6. Alboin, por su parte, debiendo marchar a Italia con los longobardos, pidió ayuda a sus viejos amigos, los sajones, para apoderarse de la espaciosa Italia con mucha gente. Vinieron a él más de veinte mil sajones con sus esposas y niños para ir a Italia con él, de acuerdo con su voluntad. Enterados de esto Clotario y Sigisberto, reyes de los francos, colocaron a los suevos y otros pueblos en los sitios de donde habían salido los sajones.

7. En esa época, Alboin les concedió sus propios territorios, esto es Panonia, a sus amigos los hunos, con la condición de que si en alguna oportunidad les fuera preciso a los longobardos regresar, pudieran recobrar de nuevo sus tierras de sembradío. Por consiguiente, los longobardos, abandonada Panonia, con sus mujeres y niños, y absolutamente con todos sus utensilios, se apresuran a invadir Italia. Habitaron en Panonia cuarenta y dos años. De allí partieron en el mes de abril, durante la primera indicción, al día siguiente de la santa Pascua, cuya festividad ese año, según el cómputo, fue el mismo 1° de abril, cuando ya habían pasado quinientos sesenta y ocho años desde la Encarnación del Señor.

8. Así, pues, cuando el rey Alboin con todo su ejército y con una abigarrada multitud hubo llegado a las fronteras de Italia, subió a un monte, que surge en esos lugares, y desde allí, según lo que pudo ver, contempló una parte de Italia. Este monte, por este motivo, según se dice, desde ese tiempo se llamó monte del Rey. Cuentan que en ese monte se crían bisontes feroces. Y no es para maravillarse, cuando hasta allí se extiende Panonia en la que abundan estos animales. Finalmente, me contó cierto anciano muy veraz que en este monte había visto un cuero de un bisonte muerto tal, que en él, como decía, hubieran podido tenderse quince hombres, uno al lado del otro.

9. Y desde allí, Alboin habiendo ingresado en el territorio de Venecia, que es la primera provincia de Italia, sin ningún obstáculo; es decir, a los confines de la ciudad, o mejor, villa del Friul, comenzó a pensar a quién debía encomendar de modo especial la primera de las regiones que había conquistado. Toda Italia, que se extiende hacia el sur, o mejor, en dirección opuesta a ellos, está rodeada por las olas de los mares Tirreno y Adriático; por la parte occidental y el norte está tan cerrada en su perímetro por la cordillera de los Alpes, que, a no ser por estrechos pasos y por las altas cumbres de los montes, no podría tener acceso; a la vez, por el lado oriental, que limita con Panonia, tiene un acceso más ancho y muy llano. En tanto Alboin consideraba, como dijimos, muy atentamente a quién debía constituir como jefe en esos lugares, resolvió poner al frente de la población friulana y de toda aquella región a Gisulfo, como cuentan, su sobrino; un hombre capaz para todo servicio, que era jefe de su caballeriza, lo que en su lengua llaman “*marpahis*”. Gisulfo declaró que él no aceptaría el gobierno de esa ciudad y de su pueblo, a no ser que antes se le concedieran las “*faras*”, es decir, las familias o linajes de los longobardos que él quisiera elegir. Y así sucedió, y con la aprobación del rey seleccionó para sí, para que habitaran con él, las prosapias más importantes de los longobardos que había elegido. De este modo aceptó el cargo de jefe. Pidió, además, al rey tropillas de excelentes yeguas, y también en esto fue atendido por la liberalidad de su príncipe.

10. En aquellos días en que los longobardos invadieron Italia, al reino de los francos, dividido en cuatro partes, muerto ya su rey Clotario, lo gobernaban sus hijos. El primero de ellos, Ariberto, tenía su residencia entre los parisienses. El segundo, Guntramno, presidía la ciudad de Orleáns. El tercero, Hilperico, tenía su trono en Soissons, en lugar de su padre Clotario. El cuarto, finalmente, Sigisberto, reinaba en la ciudad de Metz. En este tiempo gobernaba la Iglesia romana un varón santísimo, el papa Benedicto. A la

ciudad de Aquilea y a su pueblo los presidía su patriarca, el bienaventurado Paulo; el cual, temiendo la barbarie de los longobardos, huyó de Aquilea a la isla de Grado y se llevó consigo todo el tesoro de su iglesia. Ese año, en la época más dura del invierno cayó tanta nieve en la llanura cuanta suele caer en los altos Alpes; pero en el verano siguiente hubo tanta fertilidad, como no se recuerda en ningún otro verano. También, en ese tiempo, los hunos, llamados asimismo ávaros, conocida la muerte del rey Clotario, irrumpieron en el reino de su hijo Sigisberto. Él, saliéndoles al encuentro en Turingia, los venció con todo su poder junto al río Elba, y les concedió la paz que le pedían. Con Sigisberto uniós en matrimonio Bruniquelda, que provenía de los hispanos; de ella tuvo un hijo de nombre Childeberto. Nuevamente los ávaros, en esos lugares donde anteriormente habían luchado con Sigisberto, arrollando al ejército de los francos alcanzaron la victoria.

11. Por su parte, Narsés, habiendo regresado de Campania a Roma, allí mismo murió no después de mucho tiempo. Su cuerpo, colocado en un ataúd de plomo, con todas sus riquezas fue trasladado a Constantinopla.

12. Así pues, habiendo llegado Alboin al río Piave, salióle allí al encuentro Félix, obispo de la iglesia de Treviso; a quien el rey, como era muy dadivoso, le concedió todos los bienes de su iglesia, tal como le pedía, y por un rescripto confirmó los pedidos.

13. Ahora bien, así como hemos mencionado a Félix, séanos permitido también recordar algo del venerable y sapientísimo varón Fortunato, quien asegura que Félix fue su compañero. Este Fortunato, de quien hablamos, nació en la región llamada Duplavila; lugar que no dista mucho de la fortaleza de Cenis o de la ciudad de Treviso. No obstante, criado y educado en Ravena,

fue muy docto en el arte de la gramática, la retórica y también de la métrica. Éste, como padecía de un gravísimo mal en sus ojos, y asimismo, Félix, su compañero, igualmente sufriera de sus ojos, ambos acudieron a la basílica de los bienaventurados Pablo y Juan, que está situada en la misma ciudad. En ella, el altar levantado en honor del bienaventurado confesor Martín tiene cerca una ventana, donde hay una lámpara que irradia luz; de cuyo aceite, estos, es decir, Fortunato y Félix, apenas tocaron sus doloridos ojos, de inmediato desaparecido el dolor, alcanzaron la salud que deseaban. Por esta razón Fortunato tanto veneró al bienaventurado Martín que abandonando su patria, poco antes de que los longobardos invadieran Italia, peregrinó hasta la tumba de ese mismo bienaventurado varón en Turín. Cuenta que realizó el camino, como lo refiere en sus versos, saliendo de allí y atravesando los ríos Tagliamento y Reno, y por Osupo y los Alpes Julios, la fortaleza Agunta y por los ríos Drave y Byrro, y atravesando las ciudades de Briones y Augusta, bañada por el Virdo y el Lech. Éste, después de llegar a Turín, de acuerdo con su voto, cruzando la región de los pictavos, permaneció allí y escribió las hazañas de muchos santos, parte en prosa y parte en verso; finalmente, en la misma ciudad, fue ordenado, primeramente, presbítero, después, obispo, y en el mismo lugar descansa en su tumba dignamente honrado. Él compuso en verso heroico la vida del bienaventurado Martín, en cuatro libros, y muchas otras cosas; especialmente los himnos de cada una de las festividades, y principalmente, para cada uno de sus amigos, versos breves en un estilo sereno y culto, no quedando detrás de ninguno de los poetas. Yo, habiendo ido allí para orar, compuse para su tumba este epitafio, a pedido de Apro, abad de ese lugar:

*Preclaro de ingenio, de sentido veloz, de voz suave,
cuya dulce melodía canta muchas páginas.*

Fortunato, cima de los poetas, venerable por tus hazañas,

*nacido en Ausonia, enterrado en esta tierra.
De su boca sagrada aprendimos las hazañas de los primeros
santos: estas hazañas enseñan a aprovechar el camino de la luz.
Feliz de ti, que has adornado la Galia con tantas gemás,
con cuyo resplandor huye la tétrica noche.
He plasmado estos modestos versos en metro popular,
para que no quedara oculto tu honor ¡oh santo! entre los pueblos.
Concédele la gracia a este pobre de que no sea desechado por el
justo juez.
¡Oh santo! Te pido, intercede por mí, por tus eximios méritos.*

Hemos recogido estas pocas cosas acerca de un hombre tan grande, a fin de que sus conciudadanos no ignoraran enteramente su vida; ahora volvamos al hilo del relato.

14. Así pues, Alboin capturó Vicenza y Verona, y las demás ciudades de Venecia, excepto Padua, Montesilica y Mantua. Pues Venecia no sólo consta de las pocas islas que ahora llamamos así -Venecia-, sino que sus confines se extendían desde Panonia hasta el río Ada. Esto está probado en los libros anales, en los que se lee que Pérgamo era una ciudad de las Venecias. Pues también en las crónicas sobre el lago Benaco se lee esto: “Benaco, lago de las Venecias de donde se origina el río Mincio”. Pues los enetos, aunque entre los latinos se les añade una letra, sin embargo, en griego se llaman laudables. Venecia, pues, está unida a Istria, y a una y otra se las considera como una provincia. A Istria, por su parte, se la denomina así por el río Istro (Danubio). Aquella se dice que fue más extensa que ahora, según la historia romana. La capital de esta Venecia fue la ciudad de Aquilea; en cuyo lugar ahora existe Frejus (Foro de Julio), así llamada porque Julio César allí había establecido un mercado.

15. No creo apartarme del asunto si también tratamos brevemente de las demás provincias de Italia. La segunda provincia se denomina Liguria; así llamada por la recolección de legumbres, en

la que es muy fértil. En ella se encuentran Milán y Tesino, que con otro nombre se denomina Pavía. Ésta se extiende hasta las fronteras de los galos. Entre ella y Suabia, esto es la patria de los alamanes, que está orientada hacia el norte, hay dos provincias, esto es, la primera Retia y la segunda Retia, ubicadas entre los Alpes; donde se sabe ciertamente que habitan los réticos.

16. La quinta provincia se denomina Alpes Cóticos, así llamados por el rey Cotio, que vivió en tiempos de Nerón. Ésta se extiende desde Liguria, a sus espaldas, hasta el mar Tirreno; por el lado occidental se junta con las fronteras de los galos. En ésta se hallan las ciudades de Acqui, donde hay aguas termales, Tortona y el monasterio de Bobbio, Génova y Savona. La sexta provincia es Toscana, que así fue denominada del término “*tus*”: *incienso*, por el hecho de que aquel pueblo supersticiosamente solía quemarlo en los sacrificios de sus dioses. Ésta encierra dentro de sí, hacia el norte a Aurelia, por la parte oriental, a Umbría. En esta provincia está ubicada Roma, que desde hace tiempo es la capital de todo el mundo. En Umbría, ubicadas en una de sus partes, se hallan Perusa, el lago Clitorio y Espoleto. Se denomina Umbría por el hecho de haber sobrevivido a pesar de las lluvias, cuando antiguamente una gran inundación devastó a los pueblos.

17. La séptima provincia es Campania; se extiende desde la ciudad de Roma hasta el río Sele de Lucania; en la cual están situadas opulentísimas ciudades como Capua, Nápoles, Salerno. Ella fue denominada Campania por la ubérrima llanura de Capua; el resto, en gran parte es montañoso. Continuando, la octava es Lucania, que tomó el nombre de un cierto bosque, comienza desde el río Sele, con Brescia, que así se la denomina por el nombre de una de sus reinas, hasta el estrecho siciliano a lo largo de las costas del mar Tirreno, se extiende penetrando, como las dos anteriores, el brazo derecho de Italia, en el que se hallan las ciudades de Pesto, Laino, Casiano, Cosenza y Reggio.

18. La novena provincia se encuentra en los Alpes Apeninos; toman su origen donde terminan los Alpes Cóticos. Estos Alpes Apeninos que continúan por el centro de Italia, dividen Toscana de Emilia, y Umbría de Flaminia, donde se hallan las ciudades de Ferroniano, Montebello, Bobbio y Urbino, y también la fortaleza llamada Verona. Los Alpes, pues, fueron denominados Apeninos por los Cartagineses, esto es por Aníbal y su ejército, quienes tuvieron que atravesarlos marchando hacia Roma. Hay quienes dicen que los Alpes Cóticos y los Apeninos forman una provincia; pero a éstos los refuta el relato de Víctor, que llama provincia por sí misma a los Alpes Cóticos. La décima es Emilia, que comenzando desde Liguria, entre los Alpes Apeninos y los afluentes del Po, continúa hasta Ravena. Ella se engalana con opulentas ciudades, a saber: Placencia, Parma, Reggio y Bolonia, y el foro de Cornelio, cuyo castillo se llama Imola. Hubo también quienes afirman que Emilia, Valeria y Nursia constituían una provincia; pero su opinión no puede sostenerse, porque entre Emilia, Valeria y Nursia se encuentran Toscana y Umbría.

19. La undécima provincia es Flaminia, que se halla entre los Alpes Apeninos y el mar Adriático; en la cual se encuentra Ravena, la más famosa de las ciudades y otras cinco, que en griego se llaman Pentápolis. Consta, pues, que Aurelia, Emilia y Flaminia se denominan de ese modo por los caminos que proceden de la ciudad de Roma, y de los nombres de aquellos que los construyeron. Después de Flaminia, la duodécima que aparece es Piceno, teniendo al sur los montes Apeninos, y, de la otra parte, el mar Adriático. Ésta se extiende hasta el río Pescara; en ella se encuentran las ciudades de Fermo, Ascoli, Pinne y Adria, ya consumida por la vejez, que le dio nombre al mar Adriático. Cuando sus habitantes, a causa de los aabinos, se apresuraban a salir de allí, un grifo, “*picus*”, se posó en su bandera, y por este motivo recibió el nombre de Piceno.

20. La decimotercera es Valeria, a la que está unida Nursia; se halla entre Umbría, Campania y Piceno. Ella, por el lado oriental llega a la región de los samnitas. Su parte occidental, que tiene sus comienzos en la ciudad de Roma, desde hace tiempo se denominó Etruria, por el pueblo de los etruscos. Posee las ciudades de Tívoli, Carsoli, Rieti, Forcona y Amiterno, la región de los Marsos y su lago llamado Fucino. Opino que la región de los Marsos también debe encontrarse en la provincia de Valeria, porque en el catálogo de las provincias de Italia no fue descripta por los antiguos; pero si alguien comprobare con razón valedera que ésta es de por sí una provincia, bajo todos los aspectos se ha de aceptar la opinión razonable de éste. La decimocuarta es Samnio, entre Campania y el mar Adriático y la Apulia, comenzando desde Pescara. En ésta se encuentran las ciudades de Teati, Alfidena, Isernia y Samnio destruida por su misma antigüedad, de la cual toma su nombre toda la provincia, y la opulentísima capital de estas regiones: Benevento. Los samnitas tomaron su nombre hace ya tiempo de las lanzas que acostumbraban a llevar, y a las que los griegos llaman “*saynia*”.

21. La decimoquinta de las provincias es Apulia, a la que está anexada Calabria. Dentro de la cual está la región de Salerno. Ésta, por occidente o del lado del viento africano, tiene a Samnio y Lucania, pero del lado del nacimiento del sol, termina en el mar Adriático. Tiene ciudades bastante ricas como Lucera, Siponto, Canosa, Agerencia, Brindisi y Tarento; y del lado izquierdo de Italia, que se extiende unas cincuenta millas, está Otranto, apta para el comercio. A su vez, Apulia se llama así por el desgaste; pues allí el verdor de la tierra se seca con mayor rapidez por los calores del sol.

22. La decimosexta provincia es la isla de Sicilia, que está bañada por el mar Tirreno o Jonio, y que se denomina con el nombre propio del jefe Sículo. La decimoséptima es Córcega; la decimoctava es

Cerdeña. Ambas están cercadas por las olas del mar Tirreno. Además, Córcega se denomina así por su jefe Corso, Cedeña por Sarde, hijo de Hércules.

23. Sin embargo, es cierto que los viejos historiógrafos llamaron Galia Cisalpina a Liguria y parte de Venecia, también a Emilia y Flaminia. Por ello es que el gramático Donato, en su explicación sobre Virgilio dijo que Mantua estaba ubicada en la Galia, y de ahí que en la historia romana se lee que Rímini estaba situada en la Galia; ya que, desde muy antiguo, Breno, rey de los galos, que reinaba en la ciudad de los senones, vino a Italia con trescientos mil galos senones, y la ocupó hasta la Senogalia, que así fue llamada por los galos senones. La causa por la cual los galos vinieron a Italia se dice que fue ésta: Habiendo probado el vino traído de Italia, atraídos por el gran deseo del vino pasaron a Italia. Cien mil de ellos, que marchaban apresuradamente fueron muertos por las espadas de los griegos, no lejos de la isla de Delfos; los otros cien mil, habiendo ingresado en Galacia, primeramente se llamaron galogriegos, pero después, gálatas. Y estos son aquellos, a quienes Pablo, el doctor de los gentiles, les escribió su carta. También, los cien mil galos que permanecieron en Italia construyendo Pavía, Milán, Bérgamo y Brescia dieron el nombre de Galia Cisalpina a la región. Y estos son los galos senones, que antiguamente invadieron la ciudad de Rómulo. Pues así como llamamos Galia Transalpina a la que está del otro lado de los Alpes, así también llamamos Galia Cisalpina a esta parte, que está de este lado de los Alpes.

24. Asimismo Italia, que contiene estas provincias, tomó su nombre de Ítalo, el jefe de los sículos, que la invadió antiguamente. O bien, se llama Italia porque hay en ella grandes bovinos, esto es, becerros. Pues lo que es “*italus*” por abreviatura se llama “*vitulus*” (becerro), aunque añadiendo una letra y cambiando otra. Italia también se llama Ausonia, por

Ausón, hijo de Ulises. Sin embargo, primeramente fue denominada con este nombre la región de Benevento; después comenzó a llamarse así toda Italia. Asimismo Italia se llama Lacio, porque Saturno huyendo de su hijo Júpiter encontró dentro de ella un escondite, “*latebra*”. –Ahora bien, después de haber hablado suficientemente de las regiones de Italia y de su nombre, en cuyo territorio se desarrollan los hechos que estamos contando, volvamos ahora al hilo del relato.

25. Alboin, pues, entrando en Liguria, durante la tercera indicción, el 3 de septiembre, en tiempos del arzobispo Honorato, ingresó en Milán. Después capturó todas las ciudades de Liguria, excepto las situadas a orilla del mar. El arzobispo Honorato, abandonando Milán, huyó a la ciudad de Génova. Asimismo el patriarca Pablo, que había cumplido doce años de sacerdocio, fue arrebatado de esta vida y dejó a Probino para gobernar la iglesia.

26. En esa época la ciudad de Pavía, que soportaba más de tres años el asedio, estando acampado el ejército de los longobardos no lejos de ella en la parte occidental, resistió valientemente. Entre tanto Alboin, movilizados sus soldados, invadió todo hasta Toscana, excepto Roma y Ravena o algunas fortalezas situadas a orillas del mar. En ese momento los romanos no tenían fuerza para poder resistir, porque la peste que sobrevino en época de Narsés había extinguido a muchos en Liguria y entre los venecianos; y después del año del que hablamos, que fue de abundancia, una gran hambruna que vino devastaba toda Italia. Con todo, es cierto que entonces Alboin había traído consigo a Italia a muchos de los distintos pueblos que él mismo u otros reyes habían capturado. Por eso, hasta hoy, las aldeas donde ellos habitan, las llamamos gépidas, gúlgaras, gármatas, panonias, suevas, nóricas, o con otros nombres semejantes.

27. La ciudad de Pavía, después de haber soportado durante tres años y algunos meses el asedio, finalmente se entregó a sus sitiadores, Alboin y los longobardos. Cuando Alboin entraba en ella por la puerta que llaman de San Juan, por la parte oriental de la ciudad, su caballo, que se había desplomado en mitad de la puerta, aunque incitado con espuelas, no obstante ser golpeado de uno y otro lado con golpes de picas, no podía levantarse. Entonces uno de los longobardos así le habló al rey: “Recuerda, señor rey, qué promesa hiciste. Quebranta ese voto tan duro y entrarás en la ciudad. Pues en esta ciudad, el pueblo es verdaderamente cristiano”. Alboin, en efecto, había prometido que mataría con su espada a todo el pueblo, porque no había querido entregarse. Él rompiendo tal voto les prometió el perdón a los ciudadanos; de inmediato incorporándose su caballo entró en la ciudad y cumplió su promesa no infiriéndole daño a nadie. Entonces todo el pueblo acercándose a él, en el palacio que en otro tiempo había construido el rey Teodorico, después de tantas calamidades, confiado ya en la esperanza futura comenzó a levantar su ánimo.

28. El rey, después de reinar en Italia durante tres años y seis meses, fue asesinado por insidias de su mujer. La causa de su asesinato fue ésta. En Verona, estando en un convite más alegre de lo conveniente, ordenó dar a beber vino a la reina en la copa que había hecho confeccionar con el cráneo del rey Cunimundo, su suegro, y la invitó a beber alegremente con su padre. Esto no debe parecerle imposible a nadie, pues digo la verdad en Cristo: yo vi esa copa que el príncipe Ratchis tenía en su mano, cierto día de fiesta, para mostrarla a sus convidados. Rosemunda al advertir el hecho, concibió un dolor tan profundo en su corazón que no lo pudo contener; se enardecía de inmediato con la idea de que vengaría la muerte de su padre con el asesinato de su marido, e inmediatamente concibió el proyecto de asesinar al rey con Helmigiso, que era su escudero, esto es, portador de las

armas del rey y hermano de leche. Éste persuadió a la reina de que asociara al proyecto a Peredeo, que era un hombre muy robusto. Como Peredeo no quería prestarle su consentimiento a la reina, que lo incitaba a cometer un crimen tan atroz, durante la noche ella se colocó ocultamente en el lecho de su doncella, encargada del vestuario, con quien Peredeo solía tener acceso carnal; con lo que Peredeo llegándose ignorando el hecho, durmió con la reina. Y como ella, perpetrado ya el delito, le preguntara a él quién creía que era ella, y él le diera el nombre de su amiga como pensaba, la reina lo tomó diciendo: “No es como piensas, sino que yo soy Rosemunda; por cierto, Peredeo, has cometido una acción tal que, o tú matas a Alboin, o él mismo te matará con su espada”. Entonces él comprendió el mal que había cometido, y quien voluntariamente no lo deseaba, de este modo obligado, consintió en la muerte del rey. Entonces Rosemunda, mientras al mediodía Alboin se entregaba al sueño, ordenando que se hiciera mucho silencio en el palacio y retiradas furtivamente todas las otras armas, ató su espada en la cabecera de su lecho para que no pudiera tomarla ni desenvainarla, y de acuerdo con el parecer de Helmigiso, siendo ella más cruel que una bestia, introdujo al asesino Peredeo. Salido súbitamente de su letargo, Alboin dándose cuenta del mal que lo amenazaba, inmediatamente tendió su mano a la espada, que estando fuertemente sujeta no pudo desenvainar; no obstante, habiendo tomado el escaño de los pies, se defendió con eso por un momento. Pero ¡oh dolor! Un varón que era muy buen guerrero y que contra el enemigo nadie lo superaba en audacia, fue asesinado como si fuera un cobarde y pereció por orden de una mujerzuela, él, que fue famosísimo en la batalla por tantas ruinas de enemigos. Su cadáver fue sepultado, con gran llanto y lamento de los longobardos, debajo de la grada superior de la escalera contigua al palacio. Había sido de estatura alta y apto en todo su cuerpo para luchar. En nuestros días, Giselberto, que había sido duque de Verona, abriendo su

tumba tomó su espada y cuantos adornos suyos fueron descubiertos; el cual, por este motivo, entre hombres necios se vanagloriaba, con su acostumbrada vanidad, de haber visto a Alboin.

29. Así pues, Helmigiso, muerto Alboin, intentó apoderarse de su reino; pero no pudo hacerlo porque los longobardos, muy doloridos por la muerte de aquél, se aprestaban a aniquilarlo. De inmediato, Rosemunda ordenó a Longino, prefecto de Ravena, que rápidamente preparara una nave que los pudiera recoger. Longino, alegre por esta noticia, dispuso velozmente una nave, en la que huyendo de noche se embarcaron Helmigiso con Rosemunda, que ya era su esposa. Y llevándose consigo a Albsuinda, hija del rey, y todo el tesoro de los longobardos, llegaron rápidamente a Ravena. Entonces el prefecto Longino persuadió a Rosamunda para que matara a Helmigiso y se uniera a él en matrimonio. Ella como era proclive a toda perversidad, anhelando ser señora de Ravena, dio su asentimiento para perpetrar tan inmenso crimen. Y mientras Helmigiso se lavaba en el baño, al salir de la bañera le ofreció a beber una copa de veneno, que, según aseguraba, le sería saludable. Él tan pronto como advirtió que había bebido la copa de muerte, con la espada desenvainada sobre ella, obligó a Rosemunda a beber lo que quedaba. Y así, por el juicio de Dios omnipotente, en un mismo momento perecieron estos miserables asesinos.

30. Después de la muerte de éstos, el prefecto Longino envió a Constantinopla, a presencia del emperador, a Albsuinda con los tesoros de los longobardos. Algunos afirman que también Peredeo llegó a Ravena juntamente con Helmigiso y Rosemunda, y que desde allí se dirigió a Constantinopla con Albsuinda y en ese lugar, en un espectáculo popular, en presencia del emperador mató un león de inmenso tamaño. A éste, como cuentan, para que no tramara ningún mal en la

ciudad real porque era un hombre robusto, por orden del emperador se le arrancaron los ojos. Él, después de un tiempo se preparó dos cuchillos; con ellos ocultos en las mangas de sus vestidos, se dirigió a palacio y aseguró que le diría algo de utilidad al emperador si lo llevaban hasta su presencia. El emperador le mandó dos nobles, familiares suyos, para que escucharan sus palabras. Cuando éstos llegaron hasta donde se encontraba Peredeo, él se acercó más a ellos, como si en secreto les fuera a decir algo, y a ambos, con una y otra mano los hirió gravemente con las espadas que tenía ocultas, de modo que enseguida cayeron a tierra y murieron. Así, de un modo no diferente al de aquel Sansón fortísimo, vengó sus injurias, y, por la pérdida de sus dos ojos, mató a dos varones muy útiles para el emperador.

31. En Italia, los longobardos, todos de común acuerdo, erigieron como rey en la ciudad de Pavía a Clef, uno de sus hombres más nobles. Éste exterminó a muchos poderosos varones romanos, con su espada, a otros los expulsó de Italia. Habiendo gobernado su reino con su esposa Másana durante un año y seis meses, fue degollado con una espada por un criado de su séquito.

32. Después de su muerte, durante diez años los longobardos estuvieron sin rey, bajo el gobierno de los duques. Cada uno de ellos poseía su ciudad: Zaban, Pavía; Wallari, Bérgamo; Alichis, Brescia; Evin, Trento; Gisulfo, Cividale. Pero además de éstos hubo otros treinta duques con sus ciudades. En esos días muchos nobles romanos fueron asesinados por su codicia. Los restantes, divididos por los administradores del fisco para pagar a los longobardos el tercio de sus frutos, se convirtieron en tributarios. Por medio de estos duques de los longobardos, al séptimo año del arribo de Alboin y de toda su gente, saqueadas las iglesias, asesinados los sacerdotes, destruidas las ciudades

y exterminados los pueblos, que habían crecido como mieses, Italia fue conquistada casi por completo y subyugada por los longobardos, excepto aquellas regiones que había conquistado Alboin.

Fin del Libro II

LIBRO III

1. Algunos duques longobardos invaden las galias con un poderoso ejército. Su arribo lo previó mucho antes, mediante la revelación del Espíritu Santo, un varón de Dios, Hospicio, que estaba enclaustrado en Niza, y, predijo a los habitantes de la ciudad los males que los amenazaban. Él era, pues, un varón de mucha abstinencia y vida probada; tenía su cuerpo atado con cadenas de hierro y estaba revestido de cilicio; para su comida sólo empleaba pan con algunos dátiles; pero, en los días de cuaresma, se alimentaba con las raíces de hierbas egipcias, las que emplean los ermitaños, que se las proporcionaban los comerciantes. Por su intermedio, el Señor se dignó obrar grandes milagros, que están escritos en los libros del venerable varón, Gregorio, obispo de Tours. Este santo varón predijo la invasión de los longobardos a las galias, de este modo: “Vendrán, dijo, los longobardos a las galias y arrasarán siete ciudades, porque en la presencia del Señor se ha incrementado su maldad; puesto que todo el pueblo se ha entregado a los perjurios, está sometido a hurtos, atento a cometer rapiñas, siempre dispuesto a perpetrar homicidios; en ellos no existe el fruto de la justicia: no se pagan los diezmos, no se alimenta al pobre, no se viste al desnudo, no se hospeda al peregrino. Por eso esta calamidad caerá sobre el pueblo”. Advirtiéndoles también a sus monjes les dijo: “Alejaos de este lugar llevándoos con vosotros lo que tenéis. He aquí, pues, que se aproxima la gente de la que antes hablé”. Más diciéndole ellos: “Santísimo padre, no te abandonaremos”, él les respondió: “No temáis por mí; sucederá, pues, que me injuriarán, pero no me harán daños mortales”.

2. Una vez que se hubieron retirado los monjes, llegó el ejército de los longobardos, que, devastando todo lo que encontraba, se aproximó al lugar donde estaba recluido el santo varón. Él se motró a ellos a través de la ventana de la torre. Ellos, por su parte,

rodeando la torre buscaban la entrada por donde pudieran llegar hasta él; y como no la encontraban, dos de ellos lo descubrieron subiendo hasta el techo, y, viéndolo atado con cadenas y cubierto de cilicio, comentaron: “Éste es un malhechor que ha cometido homicidio, por eso está preso con estas ataduras”. Y llamando a un intérprete le preguntan qué crimen ha cometido para estar sujeto a ese suplicio. Él, por su parte, confiesa ser un homicida y reo de todos los crímenes. Entonces, uno, con la espada desenvainada para cortarle la cabeza, levantó su derecha que quedó suspendida en alto en el mismo golpe, sin poder recogerla nuevamente hacia sí; él, soltando la espada, la dejó caer a tierra. Viendo esto sus compañeros, levantaron su grito al cielo pidiendo con insistencia al santo que les indicara clementemente qué debían hacer. El santo, hecha la señal de la salvación, restituyóle la salud al brazo seco. Por su parte, el Longobardo que había sido curado, convertido a la fe de Cristo, enseguida se hizo clérigo, después monje, y, hasta el fin de su vida, permaneció en el mismo lugar al servicio de Dios. Cuando el bienaventurado Hospicio les predicaba la palabra de Dios a los longobardos, dos duques que lo habían escuchado con veneración volvieron a su patria incólumes, pero algunos que, por el contrario, habían despreciado sus palabras murieron miserablemente en Provenza.

3. Así pues, cuando los longobardos arrasaban las galias, Amado, patricio de Provenza, que obedecía a Gunthramno, el rey de los francos, dirigió su ejército contra ellos, y comenzada la lucha, volvió las espadas y allí fue muerto. Tan gran estrago hicieron los longobardos sobre los burgundios, que no se podría calcular el número de muertos. Y enriquecidos de un incalculable botín regresan a Italia.

4. Cuando ellos se alejaron, Eunio, también llamado Múmulo, convocado por el rey, mereció el honor del patriciado. Más, como los longobardos nuevamente irrumpieron en las galias y

llegaron hasta los Alpes Cóticos, sitio cercano a la ciudad de Embrún, Múmulo puso en marcha su ejército y se encaminó hacia allí con los burgundios. Cercados los longobardos por el ejército, habiendo acortado camino por desvíos de las selvas, cayó sobre ellos y mató a muchos; a otros los capturó y los envió a su rey Gunthramno. Terminada esta acción, también los longobardos retornaron a Italia.

5. Después de esto, los sajones que habían ido a Italia con los longobardos irrumpen en las galias y asientan su campamento dentro del territorio regense, esto es, en el caserío de Establón; en tanto realizaban correrías por las villas de las ciudades vecinas, saqueaban los bienes, tomaban cautivos y devastabanlo todo. Cuando Múmulo se enteró de esto, cayó con su ejército sobre ellos y mató a muchos; en tanto la noche llegaba a su fin, no cesó la matanza. Pues había sorprendido a los hombres desprevenidos y sin pensar en nada de lo que había estado sucediendo. Pero llegada la mañana, los sajones ponen en pie su ejército, preparándose con valentía para la lucha; más, intercambiándose mensajeros, concertaron la paz, y, habiéndole hecho presentes a Múmulo, entregados los prisioneros y todo el botín, se vuelven a Italia.

6. Habiendo regresado los sajones a Italia, tomando consigo sus esposas y niños y todos sus enseres, deciden volver nuevamente a las galias, para que amparados por el rey Sigisberto, con su ayuda pudieran regresar a su patria. Es cierto, sin duda, que estos sajones habían llegado a Italia con sus esposas e hijos a fin de habitar en ella; pero, por lo que se supone, no quisieron estar sujetos a las órdenes de los longobardos; ni siquiera tuvieron permiso de los longobardos de vivir de acuerdo con su propio derecho, y, por eso piensan regresar a su patria. Para entrar en las galias forman, de entre los suyos, dos cuerpos de ejército en forma de cuña; un cuerpo ingresó por la ciudad de Niza; el otro,

por Embrún, regresando por el camino que habían seguido el año anterior. Como era la época de las mieses, cosechaban y molían los granos; comían ellos y daban de comer a sus animales. Robaban ganados y no se abstendían de provocar incendios. Cuando hubieron llegado al río Ródano, para que una vez atravesado, pudieran encaminarse al reino de Sigisberto, salióles al encuentro Múmulo con una poderosa multitud. En esa ocasión, a ellos que estaban muy temerosos ante su vista, se les permitió atravesar el Ródano, después de pagar muchas monedas de oro por su rescate. Mientras se dirigían al rey Sigisberto, en el camino muchos fueron engañados en su negocio vendiéndoles barras de bronce que estaban bruñidas, no sé de qué manera, de modo que parecían oro probado y examinado. De ahí que algunos, seducidos por este engaño, se empobrecieron entregando el oro y recibiendo bronce. Con todo, cuando llegaron a presencia del rey Sigisberto les fue permitido regresar a la región de donde antes habían partido.

7. Cuando llegaron a su patria, hallaron que estaba en manos de los suevos y otros pueblos, como anteriormente señalamos. Rebelándose contra ellos procuraron echarlos y aniquilarlos. Más los otros les ofrecieron un tercio de la región diciéndoles: “Podemos vivir juntos y habitar en común sin choques”. Como ellos de ningún modo aceptasen, les ofrecieron posteriormente la mitad; después, dos partes reservándose para sí sólo la tercera. No obstante, como ellos no lo aceptaban, les ofrecieron juntamente con la tierra todo el ganado, a fin de que suspendieran la lucha. Pero, como ni siquiera aceptaban esto los sajones, exigen un combate y antes de la lucha acuerdan entre sí qué mujeres de los suevos se repartirían; pero no les sucedió como esperaban. Pues trabada la lucha, veinte mil de ellos fueron muertos; de los suevos, empero, perecieron cuatrocientos ochenta, los demás alcanzaron la victoria. Además, seis mil sajones sobrevivientes de la batalla hicieron el voto de no rasurarse la barba ni los cabellos

hasta vengarse de los suevos, sus enemigos. Cuando nuevamente volvieron a la guerra, fueron aplastados con violencia, y, así desistieron de la lucha.

8. Después de esto, tres duques longobardos, esto es: Amo, Zaban y Ródano, invadieron las galias. Tomando el camino de Embrún, Amo llegó hasta Macovilla, ciudad que Múmulo había merecido como obsequio del rey, y allí fijó su campamento; Zaban, por su parte bajando por la ciudad de Deinse, llegó hasta Valence; a su vez Ródano se dirigió a la ciudad de Grenoble. Amo conquistó la provincia de Arlés con las ciudades de su alrededor; y llegando hasta la misma comarca de Lapídeo, cerca de la ciudad de Marsella, asoló todo lo que podía encontrar a su paso; más disponiéndose a sitiar a los Aquenses, habiendo recibido veintidós libras de plata se alejó de ese lugar. También Ródano y Zaban devastaron las comarcas, a las que llegaban, con incendios y robos. Cuando se le hubo comunicado todo esto al patricio Múmulo, llegando con un poderoso ejército, chocó primeramente con Ródano que asolaba a Grenoble, y mató a muchos de su hueste, y al mismo Ródano, herido con lanza, lo obligó a huir a lo alto de los montes. Después de esto, él con quinientos hombres que le quedaron, marchando a través de los desvíos de los bosques llegó hasta donde estaba Zaban, que entonces sitiaba a la ciudad de Valence, y le comunicó todo lo que había sucedido. Cuando juntos llegaron a Embrún, asolando todo a su paso, allí les salió al encuentro Múmulo con un ejército innumerable; entablada la lucha, los venció. Entonces Zaban y Ródano, que regresaban a Italia, llegaron a Segosio, ciudad que a la sazón dominaba Sisinio, general del ejército, de parte del emperador. Presentándose ante él, el servidor de Múmulo, le entregó las cartas que aquél le enviaba, y, le dijo que fuera lo más rápidamente posible. Sabido lo cual, Zaban y Ródano se alejaron inmediatamente de allí hacia sus territorios. Oídas estas cosas, Amo, una vez que hubo recogido todo el botín, se puso en marcha para regresar a Italia; pero al

quedar varadas las naves, abandonando una gran parte del botín, apenas pudo atravesar la senda Alpina con los suyos, y así llegó a su patria.

9. En esos días de la invasión de los francos, Agnani, que está situada encima de Trento en el confín de Italia, se entregó a ellos. Por esta razón, el conde de los longobardos de Lagare, de nombre Ragilo, presentándose ante Agnani la asoló. Cuando éste volvía con el botín, habiéndole salido al encuentro en la comarca Rotaliana el jefe de los francos, Chramnichis, fue muerto con muchos de los suyos. No mucho tiempo después, Chramnichis fue a Trento y la devastó. El siguiente duque de Trento, Evin, le dio muerte junto con sus aliados, en el lugar llamado Salurnis, y recuperó todo el botín que aquél había capturado. Rechazados los francos, recobró el territorio tridentino.

10. En este tiempo, Sigisberto, rey de los francos, fue asesinado por fraude de su hermano Hilperico, con quien había comenzado una guerra; y Childeberto, su hijo aún niño, recibió el reino teniendo a su madre Brunihilda como regente. Asimismo Evin, duque de los tridentinos, de quien ya antes hablamos, tomó como esposa a la hija de Garibaldo, rey de los bávaros.

11. En esta época, en Constantinopla, como anteriormente lo mencionamos, reinaba Justino el menor; un hombre entregado a todo tipo de avaricia, que despreciaba a los pobres y despojaba a los senadores; cuya pasión por la codicia fue tal, que ordenó construir cofres de hierro para acumular los talentos de oro que robaba. También dicen que cayó en la herejía pelagiana. Como él apartó el oído de su corazón de los mandamientos divinos, perdida la facultad de la razón, se enloqueció. Se asoció con el César Tiberio para que gobernara su palacio o cada una de las provincias; un hombre justo, hábil, valiente, sabio, pródigo en las limosnas, equitativo en los juicios, famoso por sus victorias,

y sobre todo, verdadero cristiano. Como éste le daba a los pobres mucho de los tesoros que Justino había acumulado, la emperatriz Sofía lo reprendía porque conduciría al estado a la pobreza, diciéndole: “Lo que yo he acopiado durante muchos años, tú lo despilfarras pródigamente en poco tiempo”. Por su parte, él contestaba: “Confío en el Señor que no le ha de faltar tanto dinero a nuestro fisco como para que los pobres no puedan recibir su limosna o como para no rescatar a los cautivos. Porque éste es el gran tesoro, como dice el Señor: 'Acumulad tesoros en el cielo, donde no los corroe ni el moho ni la polilla, y donde los ladrones no los desentierran ni roban'. Por lo tanto, de eso que nos concedió el Señor, reunamos tesoros en el cielo, y el Señor se dignará aumentarnoslos en este mundo”. Justino, habiendo reinado durante once años, dio fin a la demencia en que había incurrido, finalmente con el término de su vida. En su tiempo, por cierto, se llevaron a cabo las guerras que anticipamos más arriba, dirigidas por el patricio Narsés contra los godos o los francos. Posteriormente, y cuando en tiempos del papa Benedicto, mientras los longobardos asolaban todo a su alrededor y Roma sufría la penuria del hambre, la alivió con el cuidado de su misericordia, mandando a buscar desde Egipto muchos miles de granos en sus naves.

12. Muerto Justino, Tiberio Constantino asumió el Imperio como quincuagésimo rey de los romanos. Como él, según dijimos anteriormente, cuando gobernaba el palacio siendo todavía emperador Justino, todos los días daba abundantes limosnas, Dios le concedió gran cantidad de oro. Paseando por el palacio vio en el pavimento de la casa una lápida marmórea, en la cual había esculpida una cruz del Señor, y dijo: “Con la cruz del Señor debemos proteger nuestra frente y pecho, y he aquí que la pisamos bajo nuestros pies”. Y ordenó que se quitara esa lápida más rápidamente que lo que se tarda en decirlo. Desenterrada y levantada la piedra encontraron, debajo, otra que también tenía

este signo. También ordenó que la quitaran. Una vez retirada la segunda, encontraron una tercera piedra. Cuando, según su orden, ésta también fue quitada, encontraron un gran tesoro que contenía más de mil quintales de oro. Recogido el oro, lo repartió generosamente entre los pobres en mayor proporción aún que la acostumbrada. A su vez Narsés, gobernador de Italia, como en una ciudad italiana tenía una gran mansión, fue con sus muchos tesoros a la ciudad arriba mencionada, y allí, en su casa, ocultamente cavó un gran pozo en el que depositó muchos miles de quintales de oro y plata. Después de asesinar a todos los testigos, confióle estas cosas solamente a un anciano, comprometiéndolo con juramento. Una vez muerto Narsés, el mencionado anciano se presentó ante el César Tiberio y le dijo: “Si en algo me es ventajoso te daré, César, una gran noticia”. A quien él le respondió: “Di lo que quieras; te será ventajoso si nos cuentas algo que nos sea beneficioso”. Repúsole: “Mantengo bien oculto el tesoro de Narsés, que al término de mi vida ya no puedo guardar más”. Entonces el César Tiberio, lleno de alegría, envió a sus criados a dicho lugar. Retirándose el anciano, ellos lo siguieron sorprendidos; llegando al pozo y abierto el mismo, entraron en él. Allí se encontró tanto oro y plata, que durante varios días apenas si podía ser extraído por los que lo transportaban. Él, según su costumbre, casi todo esto lo repartió entre los necesitados mediante una copiosa donación. Cuando éste debía recibir la corona imperial, el pueblo lo esperaba en el lugar donde se desarrollaban los espectáculos circenses según costumbre, mientras le preparaba asechanzas para elevar a la dignidad imperial a Justiniano, sobrino de Justino; él atravesó primeramente los lugares sagrados, llamó después a su presencia al pontífice de la ciudad e ingresó al palacio con los cónsules y prefectos, vestido de púrpura, coronado con la diadema, puesto en el trono, fue confirmado en la gloria del reino con inmensas alabanzas. Lo cual, sabiéndolo sus enemigos y no pudiendo perjudicarlo, porque había puesto su esperanza en

Dios, fueron abrumados con la inmensa vergüenza de la confusión. Sin embargo, pasados algunos días, presentándose Justiniano arrojóse a los pies del emperador, llevándole quince quintales de oro a fin de pedir su gracia; al cual levantándolo, según su acostumbrada clemencia ordenó que se le prestara ayuda en palacio. Más la emperatriz Sofía, olvidándose de la promesa que alguna vez había hecho a Tiberio, intentó ponerle asechanzas. Yendo él a su casa de campo para recrearse, según costumbre imperial, durante treinta días en la época de la vendimia, llamando en secreto a Justiniano, intentó elevarlo al trono. Sabido esto, Tiberio regresó a Constantinopla a toda prisa, y una vez que hubo apresado a la emperatriz, la despojó de todos sus tesoros dejándole solamente el alimento del sustento cotidiano. Y apartados sus criados, púsole otros de sus fieles servidores que le eran adictos, ordenándoles terminantemente que ninguno de los anteriores tuviera acceso a ella. A Justiniano, empero, que sólo fue reprendido verbalmente, después lo amó con tanto cariño que le prometió en matrimonio a su hija para el hijo de él, y, a su vez, le pidió la hija para su propio hijo. Pero este asunto, por causa que desconozco, no se llevó a cabo. Su ejército, comandado por él, sometió poderosamente a los persas, y, al regresar victorioso, trajo con veinte elefantes a la par una cantidad tan grande de botín, que se creería que podría satisfacer la codicia humana.

13. Cuando Hilperico, rey de los francos, le envió sus legados, recibió de aquél muchas joyas, también monedas de oro de una libra cada una, que de un lado tenían el retrato del emperador y escrito en círculos: *DE TIBERIO. CONSTANTINO. PERPETUO. EMPERADOR*, del otro lado tenían una cuadriga y su auriga, con el escrito: *GLORIA. DE LOS ROMANOS*. En su época, el bienaventurado diácono Gregorio, que después fue papa, siendo apocrisario eclesiástico en esa misma ciudad real, compuso libros Morales, y en presencia del mismo emperador

superó a Eutiques, obispo de esa ciudad, que sostenía errores acerca de la resurrección. También en esta época, Farualdo, el primer duque de los habitantes de Espoleto, al invadir a Clase con el ejército de los longobardos, dejó a esa opulenta ciudad despojada y desnuda de todas sus riquezas.

14. Muerto Probino, patriarca de Aquilea, que había gobernado la iglesia durante un año, fue puesto al frente de la misma iglesia el sacerdote Elías.

15. Así pues, Tiberio Constantino, después de gobernar el Imperio durante siete años, dándose cuenta de que el día de su muerte era inminente, a una con el parecer de la emperatriz Sofía eligió para el Imperio a Mauricio, del linaje de los capadocios, hombre valiente, y le entregó a su hermosa hija engalanada con las joyas reales, diciéndole: “Séaos concedido mi Imperio con esta doncella. Disfrutadlo feliz acordándoos de complaceros siempre en la equidad y la justicia”. Acabado de decir esto pasó de esta vida a la patria eterna, dejando a los pueblos sumidos en llanto por su muerte; pues tuvo suma bondad, estuvo siempre pronto para las limosnas, justo en los juicios, cautísimo para juzgar; no despreciaba a nadie, por el contrario a todos los recibía con benevolencia; a todos amaba, él, a su vez fue amado por todos. Una vez que él hubo muerto, vestido de púrpura, coronado con la diadema, acercóse al lugar donde se desarrollaban los espectáculos circenses, con aclamaciones de alabanza para él y otorgóle sus obsequios al pueblo; fue el primero del linaje de los griegos confirmado en el Imperio.

16. Por su parte los longobardos, después de haber estado bajo la potestad de duques durante diez años, finalmente con el consentimiento de todos nombraron rey a Autaro, hijo de Clef, príncipe anteriormente mencionado; a quien también lo llamaron Flavio por su dignidad, título que felizmente usaron todos los

que posteriormente fueron reyes de los longobardos. En su época, para restaurar el reino, los duques que aún había, entregaron la mitad de todos sus bienes para usufructo real, a fin de que, de esos bienes pudiese vivir el rey y los servidores inmediatos así del rey como de los miembros de su corte en los diversos cargos. Pero los pueblos, por el contrario, agobiados por los longobardos, soportan los administradores fiscales. No obstante, esto era admirable en el reino de los longobardos: no había ningún tipo de violencia, no se urdían asechanzas; nadie obligaba injustamente a prestar servicio de transporte; nadie saqueaba; no había robos ni latrocinios; cada uno iba seguro sin temor a donde quería.

17. En este tiempo, el emperador Mauricio le mandó cincuenta mil sueldos al rey de los francos, Childeberto, por medio de sus legados, para que cayera sobre los longobardos con su ejército y los echara de Italia. Él se introdujo rápidamente en Italia con una innumerable multitud de francos. Pero los longobardos, que se habían fortificado en las ciudades, habiendo intercambiado legados y ofrecido sus presentes, firmaron la paz con Childeberto. Habiendo regresado él a las galias, enterado el emperador Mauricio que había hecho un pacto con los longobardos, volvió a pedirle los sueldos que le había entregado en perjuicio de los longobardos. Pero él, confiado en el poder de sus fuerzas, no quiso darle, siquiera, una respuesta.

18. Concluido lo cual, el rey Autaro intentó apoderarse de Bersello, ciudad ubicada sobre la margen del Po; en la cual se había refugiado huyendo de los longobardos, el duque Droctulfo, y, pasándose a la facción del emperador, aliado con sus soldados, resistía tenazmente al ejército de los longobardos. Éste era oriundo del pueblo de los suevos, o sea, de los alamanes; se había criado entre los longobardos, y había merecido el honor del ducado porque era apto por su norma de conducta; pero como

descubrió la ocasión de vengarse de su cautividad, en el momento levantó sus armas contra los longobardos. Los longobardos emprendieron violentas guerras contra él, y finalmente lo obligaron a retirarse de Ravena con los soldados en los que él confiaba. Bersello fue capturada; sus muros fueron destruidos hasta los cimientos. Después de esto, el rey Autaro firmó la paz por tres años con el patricio Smaracdo, que a la sazón gobernaba Ravena.

19. Con la ayuda de Droctulfo, de quien ya hablamos, los soldados de Ravena con frecuencia lucharon contra los longobardos, y reunida una flota, con su ayuda echaron afuera a los longobardos, que tenían la ciudad de Clase. Terminada su vida, tributándole honores con un sepulcro ante el templo del bienaventurado mártir Vital, ensalzaron sus glorias con este epitafio:

*“Se encierra en este sepulcro, tan sólo el cuerpo de Droctulfo;
pues vive en todo el mundo por sus méritos.
Él estuvo con los bardos, pues era de origen suave,
y por eso para todos los pueblos era suave.
Un rostro de terrible mirada, pero de sentimientos benignos,
y sobre su robusto pecho caía una larga barba.
Aunque amó siempre las insignias romanas y públicas,
como guerrero estuvo junto a su pueblo.
Postergó a sus padres queridos al amarnos,
considerando que esta patria, Ravena, era la suya.
Su primera gloria fue la captura de Bersello;
residiendo allí era el horror de todos los enemigos.
Siendo poderoso allí, pudo dedicarse después a las insignias romanas;
Cristo le concedió que obtuviera la primera insignia.
Desde allí también, mientras Farualdo retiene fraudulentamente a Clase,
prepara la armada con naves para liberar a Clase.
Luchando con pocas naves en el río Badrino,
él venció a innumerables tropas de los bardos.
Y de nuevo, en territorios orientales superó al Ávaro,
conquistando grandes palmás para sus señores.
Amparado con la protección del mártir Vital,*

*alcanzó estos triunfos siendo ovacionado como vencedor muchas veces;
y deseó que sus restos yacieran en su templo;
estos lugares se complacen de tener su cadáver después de su muerte.
Él mismo, a punto de morir, se lo pidió al sacerdote Juan,
por cuya piadosa caridad volvió a estas tierras”.*

20. Posteriormente, después del papa Benedicto fue ordenado pontífice de la Iglesia Romana, Pelagio, sin el consentimiento del príncipe, porque los longobardos asediaban a Roma y nadie podía salir de allí. Pelagio le envió una carta de mucha utilidad a Elías, obispo de Aquilea, que se negaba a aceptar los tres capítulos del sínodo de Calcedonia. La carta la redactó el bienaventurado Gregorio, siendo aún diácono.

21. Entre tanto, Childeberto, rey de los francos, que estaba en guerra contra los hispanos, los venció con su tropa. Esta fue la causa de la guerra. El rey Childeberto había concedido en matrimonio a su hermana, Ingunde, a Hermenegildo, hijo de Leovigildo, rey de los hispanos. Por la predicación de Leandro, obispo de Hispalis, y por consejo de su esposa, Hermenegildo se había convertido a la fe católica, abandonando la herejía Arriana en la que languidecía su padre. A él lo había asesinado su impío padre con un golpe de hacha, el mismo día sagrado de Pascua. Pero Ingunde, después del funeral de su marido y mártir, huyendo de los hispanos, mientras intentaba volver a las galias, cayó en manos de los soldados que estaban apostados en la frontera para defenderla de los hispanogodos, fue apresada con su hijito y confinada a Sicilia, y allí terminó sus días. Pero su hijo fue enviado a Constantinopla, al emperador Mauricio.

22. De nuevo, enviándole sus legados a Childeberto el emperador Mauricio, lo persuadió para que mandara su ejército a Italia contra los longobardos. Childeberto, creyendo que su hermana aún vivía en Constantinopla, satisfaciendo a los legados de

Mauricio para poder recobrar a su hermana, dirigió nuevamente el ejército de los francos a Italia contra los longobardos. Yendo contra ellos, mientras las tropas de los longobardos se aprestaban a luchar, los francos y los alamanes, que entre sí mantenían discordias, regresaron a su patria sin haber logrado ningún lucro.

23. En ese tiempo hubo un diluvio de agua en los territorios de las Venecias y de Liguria, o en las restantes regiones de Italia cual después de la época de Noé se piensa que no hubo otro igual. Se produjeron aludes, inmensa destrucción de posesiones o villas, y paralelamente, de hombres y animales. Se destruyeron caminos; quedaron deshechos los senderos, y tanto creció en esa ocasión el río Adige, que cerca de la basílica del bienaventurado mártir Zenón, que está ubicada extramuros de la ciudad de Verona, el agua llegó hasta las ventanas superiores; si bien, como también escribió el bienaventurado Gregorio, después papa, el agua no entró en la misma basílica. También se derrumbaron los muros de la ciudad de Verona, en parte, a causa de la inundación. La misma sucedió el diecisiete de octubre. Tantos relámpagos y truenos se sucedieron, como suelen darse apenas en época de verano. Dos meses después, la ciudad de Verona fue destruida en una gran parte por un incendio.

24. Durante la caída de este diluvio, tanto creció el río Tiber en la ciudad de Roma, que sus aguas corrieron sobre los muros de la ciudad y ocuparon extensas regiones. Entonces, por el cauce del mismo río, con una multitud de serpientes, descendió hasta el mar atravesando la ciudad, un dragón de maravillosa magnitud. A la inundación, enseguida siguió una gravísima peste, que llaman inguinal. La misma diezmó al pueblo de un modo tan calamitoso, que quedaron apenas unos pocos de una innumerable multitud. Y al primero que atacó fue al papa Pelagio, venerable varón, que murió de inmediato. Después, muerto el pastor, se

extendió por los pueblos. En esta calamidad tan grande fue elegido papa por consenso general de todos, el bienaventurado Gregorio, que entonces era levita. Habiendo ordenado que se cantara la septiforme letanía, en el término de una hora, mientras ellos oraban a Dios, ochenta de entre ellos exhalaban su espíritu cayendo súbitamente a tierra. Se llama septiforme letanía, porque todo el pueblo de la ciudad fue dividido por el bienaventurado Gregorio en siete partes para rogar al Señor. En el primer coro, pues, estuvo todo el clero; en el segundo, todos los abades con sus monjes; en el tercero, todas las abadesas con sus congregaciones; en el cuarto, todos los niños; en el quinto, todos los laicos; en el sexto, todas las viudas, y en el séptimo, todas las mujeres casadas. Más como hemos compuesto ya hace unos años, con la ayuda de Dios, una biografía del bienaventurado Gregorio, por eso omitimos decir mucho sobre él. En esa biografía hemos descripto cuanto se debe decir, según la debilidad de nuestras fuerzas.

25. En este tiempo, el mismo bienaventurado Gregorio envió a Britania a Agustín, Melito y Juan, y por su predicación convirtió a los anglos a Cristo.

26. En esos días, muerto el patriarca Elías de Aquilea, después de haberse desempeñado en el sacerdocio durante quince años, gobernó la iglesia su sucesor Severo; a quien el patricio Smaracdo viniendo de Ravena a Grado y sacándolo por sí mismo de la basílica, lo condujo injuriosamente a Ravena con los otros tres obispos de Istria, esto es: Juan Parentino, Severo y Vindemio, y también Antonio, ya anciano, defensor de la Iglesia; a los cuales, amenazándolos con el exilio y atacándolos, los obligó a entrar en comunión con Juan, obispo de Ravena, que había desaprobado los tres artículos; él había estado apartado de la comunión de la Iglesia Romana desde el tiempo del papa Vigilio o Pelagio. Más, transcurrido un año, volvieron de Ravena a Grado. El pueblo no quiso entrar en comunión con ellos, ni los demás obispos los

recibieron. El patricio Smaracdo, arrebatado no injustamente por el demonio, recibiendo como su sucesor al patricio romano, regresó a Constantinopla. Después de esto, se realizó un sínodo en Mariano, donde recibieron al patriarca Severo de Aquilea que presentaba el libelo de su error, porque en Ravena había estado en comunión con los que habían desaprobado los tres artículos. La nómina de los obispos que se apartaron de este cisma es ésta: Pedro de Altino, Clarísimo, Ingenuino de Seben, Agnello de Trento, Junior de Verona, Horacio Vicentino, Rústico de Tarviso, Fonteio Feltrino, Agnello de Asolo, Lorenzo Bellunense, Majencio de Zuglio y Adriano de Espoleto. Estuvieron en comunión con el patriarca estos obispos: Severo, Juan Parentino, Patricio, Vindemio y Juan.

27. En esta época, el rey Autaro envió su ejército a Istria, al que lo comandó Evin, duque de Trento. Éstos, después de obtener buen botín y de provocar incendios, concertada la paz por un año, le llevaron mucho dinero a su rey. Asimismo, otros longobardos, en la isla Amacina, sitiaban a Franción, general del ejército, que aún pertenecía al partido de Narsés, y, que se mantenía en el puesto desde hacía veinte años. Franción, después de seis meses de sitio, entregó la isla a los longobardos; pero él, como deseaba, perdonado por el rey, se apresuró a marchar a Ravena con su mujer y enseres. En aquella isla se hallaron muchas riquezas, que allí le habían sido confiadas por parte de las ciudades.

28. El rey Flavio Autaro envióle sus legados a Childeberto, rogándole que su hermana se uniera a él en matrimonio. Y recibidos los obsequios de parte de los legados longobardos y habiéndoles garantizado Childeberto que concedería su hermana a su rey, sin embargo, al hacerse presentes los legados de los godos venidos desde Hispania, volvió a prometerles a éstos su misma hermana, por el hecho de que sabía que aquel pueblo se había convertido a la fe católica.

29. Entre tanto, envió una embajada al emperador Mauricio, haciéndole saber que aquello que anteriormente no había realizado, ahora lo emprendería, declarando la guerra contra el pueblo de los longobardos, y que con su parecer, los echaría de Italia. Él, sin demora condujo su ejército a Italia para aniquilar a los longobardos. A su encuentro marchan rápidamente el rey Autaro y las tropas de los longobardos y combaten con valentía por conservar su libertad. En esa batalla, los longobardos obtienen la victoria; los francos son muertos cruelmente; algunos son capturados; muchos, salvados mediante la huída, apenas pueden volver a su patria. Allí se realizó una matanza tan grande del ejército de los francos, como jamás se recuerda en otra parte. Por cierto es admirable el hecho de que Segundo, que escribió algo sobre las hazañas de los longobardos, haya omitido esta victoria tan importante, cuando estas cosas de las que hemos hablado antes, sobre el desastre de los francos, en su historia se leen escritas casi con estas mismas palabras.

30. El rey Flavio Autaro, después de esto, envió legados a Baviera para que pidieran en matrimonio para sí, a la hija de su rey, Garibaldo. Él los recibió benévolamente; les prometió que daría su hija Teodelinda a Autaro. Regresaron los legados y le comunicaron estas cosas a Autaro; deseando él mismo conocer a su esposa, con pocos soldados armados a la ligera seleccionados de entre los longobardos, y llevando consigo un solo fidelísimo y noble acompañante, sin pérdida de tiempo se dirigió a Baviera. Fueron introducidos a presencia del rey Garibaldo, según costumbre de los legados, y cuando aquel que había ido con Autaro como jefe, después del saludo les dirigiera la palabra, como es costumbre, Autaro, que no fue reconocido por ninguno de ese pueblo, acercándose más aún al rey Garibaldo le dijo: “Mi señor, el rey Autaro me envió expresamente para observar atentamente a vuestra hija, su esposa, que será nuestra señora, y comunicarle con certeza a mi señor cuán bella sea”. Oyendo

esto el rey, ordenó que viniera su hija, y Autaro la contempló consintiendo tácitamente con su cabeza, puesto que era de una belleza considerable, y, como le agradase plenamente en todo, le dijo al rey: “Como vemos que es tal la persona de vuestra hija, que merecidamente deseamos que sea nuestra reina, si place a vuestra potestad, mucho deseamos tomar la copa de vino de su mano, como después lo hará para nosotros”. Y como el rey diera su asentimiento con la cabeza para que se llevara a cabo, ella, una vez recibida la copa de vino, le dio de beber en primer lugar a aquel que parecía más noble. Luego que Autaro se hubo reclinado, sin que reconociera que fuera su esposo, después que bebió y devolvió la copa, sin que nadie lo advirtiera, tocó con su dedo la mano de ella y acarició con su derecha la frente, la nariz y la mejilla. Ella se lo contó llena de rubor a su nodriza, que le dijo: “Si éste no fuera el mismo rey y tu esposo, en absoluto se hubiera atrevido a tocarte. Pero entre tanto callemos, para que esto no sea sabido por tu padre. Pues en verdad, es una persona digna la que deba poseer un reino y unirse contigo en matrimonio”. A la sazón el rey Autaro estaba en la edad florida de la juventud; era de estatura normal, cubierto de cabello rubio y de aspecto muy elegante. Ellos, luego de recibir permiso del rey, toman el camino de regreso a su patria y se alejan rápidamente de los territorios de los nóricos. La provincia de los nóricos, en la que habita el pueblo de los bávaros, tiene del lado oriental a Panonia, del occidental a Suevia, del sur a Italia, del norte a los afluentes del Danubio. Cuando Autaro ya se acercaba al territorio de Italia y aún tenía consigo a los bávaros que lo escoltaban, se irguió cuanto pudo sobre el caballo que conducía y clavó la pequeña hacha, que llevaba en su mano, con toda su fuerza en el árbol que estaba más próximo, y la dejó clavada, agregando, además, estas palabras: “Tal herida suele hacer Autaro”. Después de decir esto, los bávaros que lo acompañaban entendieron que él era el mismo rey Autaro. Después de algún tiempo, cuando por la invasión de los francos, al rey Garibaldo le sobrevino un desorden público,

Teodelinda, su hija, con su hermano de nombre Gundualdo, huyó a Italia y le avisó a su esposo Autaro que ella estaba próxima a llegar. Él, de inmediato, salióle al encuentro para celebrar con gran suntuosidad las bodas en el territorio de Sarde, que está antes de Verona; reuniéndose con ella la tomó en matrimonio, el quince de mayo, con la alegría de todos. En esa oportunidad estaba allí, entre los demás duques longobardos, Agilulfo, duque de la ciudad de Turín. En ese lugar, estando el cielo nublado, habiendo sido alcanzado por un rayo con gran estruendo de truenos un leño que estaba en las dependencias privadas del rey, a la sazón Agilulfo tenía un criado de los suyos, agorero, quien, mediante arte diabólica, interpretaba qué pronosticaba la caída de los rayos. Éste, cuando Agilulfo se sentó para cumplir con las necesidades naturales, en secreto le dijo: “Esta mujer, que ha poco se desposó con nuestro rey, no mucho tiempo después será tu esposa”. Al oír esto, él lo amenazó con cortarle la cabeza si decía algo más sobre ese asunto. Él le respondió: “Por cierto, yo puedo ser muerto, pero en verdad, esta mujer llegó a esta tierra para unirse contigo en matrimonio”. Lo que así sucedió después. En este tiempo, si bien es difícil determinar la causa, en Verona fue asesinado Ansul, cuñado del rey Autaro.

31. También en esta época, Gripo, legado de Childeberto, rey de los francos, habiendo vuelto de Constantinopla y comunicado a su rey cómo había sido recibido honoríficamente por el emperador Mauricio, y que el emperador había asegurado que castigaría a satisfacción del rey Childeberto las injurias sufridas en Cartago: Childeberto, al punto, por segunda vez condujo a Italia el ejército de los francos con veinte duques, para aniquilar al pueblo de los longobardos. De estos duques, los más destacados fueron Audualdo, Olo y Cedino. Olo, empero, habiendo atacado inoportunamente el fuerte de Bilitión, herido por una flecha debajo de la tetilla, cayó y murió. Los restantes francos, cuando salían a saquear el territorio, en cada lugar eran

abatidos por los longobardos que los sorprendían por todas partes. Por su parte Audualdo y seis duques francos llegando a la ciudad de Milán, lejos de allí, en las llanuras colocaron sus campamentos. Hasta ellos fueron los legados del emperador para comunicarles que su ejército estaba cerca para socorrerlos, y les dijeron: “Dentro de tres días llegaremos. Ésta será la señal para vosotros: cuando veáis que la casa del poblado que está al pie del monte es consumida por el fuego y el humo del incendio se eleve hasta el cielo, sabréis que nosotros, con el ejército que os prometimos, nos acercamos”. Pero habiendo esperado los duques francos durante seis días, según lo acordado, vieron que no había llegado ninguno de los que los legados del emperador habían prometido que se presentarían. Pero Cedino con trece duques, ingresando a Italia por el lado izquierdo, capturó cinco poblaciones, a las que también exigió juramentos. El ejército de los francos llegó hasta Verona y destruyeron múltiples poblados después de haber hecho los juramentos de paz; ellos les creyeron, pensando que no habría ningún engaño de su parte. La nómina de poblados que se destruyeron en territorio tridentino es ésta: Tesino, Male nel Val di Sole, Sermione, Apiano, Fagitana, Cembra, Vitiano, Brentónico, Volano, Enemáse, y dos en Valsugana, y uno en Verona. Al ser destruídas por los francos estas poblaciones, todos sus habitantes fueron llevados cautivos; más habiendo intercedido por el pueblo de Ferrugio los obispos Ingenuino de Savona y Agnello de Trento, se dio rescate de uno a seiscientos sueldos por cada uno de sus hombres. Entre tanto, como era el tiempo de verano, como consecuencia del clima no acostumbrado, empezó a atormentar al ejército de los francos, la enfermedad de la disentería, por lo cual muchos de ellos murieron. ¿Qué más? Puesto que durante tres meses el ejército de los francos anduvo recorriendo Italia, y nada pudo avanzar ni vengarse de sus enemigos, porque éstos se habían acantonado en lugares firmemente defendidos, sin poder tampoco capturar al rey, de quien pudieran vengarse, el

cual se había protegido en la ciudad de Pavía, como dijimos, extenuado por la inclemencia del tiempo y abatido por el hambre, se ordenó al ejército volver a sus reales. Al regresar a su patria, ellos padecieron tanto la penuria del hambre, que para comprar alimentos primeramente daban sus ropas, luego también sus armas, para comprar el sustento que les permitiera llegar hasta su tierra natal.

32. Alrededor de estos tiempos se cree que sucedió lo que se refiere acerca del rey Autaro. Existe la creencia de que entonces el mismo rey llegó a Benevento atravesando Espoleto, y que conquistó esa región, y llegó también hasta Reggio, extrema ciudad de Italia, vecina a Sicilia; se dice que allí se halla colocada una columna entre las olas del mar, y que hasta ella, montado en su caballo, se acercó y la tocó con la punta de su lanza diciendo: “Hasta aquí se extenderán los territorios de los longobardos”. Cuéntase que esta columna persiste hasta hoy, y se denomina columna de Autaro.

33. El primer duque Longobardo que vivió en Benevento, de nombre Zotto, gobernó en ella por espacio de veinte años.

34. Entre tanto, el rey Autaro envió una embajada en términos pacíficos a Gunthramno, rey de los francos, o sea, el tío paterno del rey Childeberto. Los legados fueron recibidos con gusto por él, pero, a su vez, fueron enviados a Childeberto, que era su sobrino de parte de su hermano, a fin de que por su consentimiento se firmara la paz con los longobardos. Gunthramno, de quien hablamos, era un rey pacífico y notable por su bondad; uno de cuyos hechos dignos de admiración, nosotros queremos añadir brevemente a nuestra historia, sobre todo, sabiendo que no se halla relatado en la historia de los francos. En cierta ocasión, habiéndose escapado hacia el bosque un venado, y, como suele suceder, yendo de aquí para allá sus compañeros, se quedó él solo

con uno que le era muy fiel, y abatido por un profundo sueño, con la cabeza reclinada entre las rodillas de su fiel compañero, se durmió profundamente. Un animalito, como un reptil, salido de su boca, intentó cruzar un angosto riachuelo que corría junto a él; entonces aquél, en cuyo regazo descansaba, puso su espada desenvainada sobre el riachuelo, sobre la cual, el reptil del que hablábamos, pasó al otro lado. Cuando hubo entrado no lejos de allí en un claro del bosque, y pasado un tiempo volviendo sobre la misma espada hubo atravesado el mencionado riachuelo, de nuevo se introdujo en la boca de Gunthramno, de donde había salido. Después de esto, despertando del sueño Gunthramno contó que había tenido una visión maravillosa. Refirió que le había parecido ver en sueños, que alguien había atravesado un río por un puente de hierro, y que había entrado en un bosque, donde había visto muchas libras de oro. Por su parte, aquel en cuyo regazo había apoyado su cabeza cuando dormía, le contó ordenadamente lo que había visto con referencia a él. ¿Qué más? Se cavó ese lugar y fueron hallados tesoros inestimables, que habían sido ocultados allí desde antiguo. Posteriormente, de ese oro el mismo rey mandó elaborar un copón macizo de admirables proporciones y de mucho peso y decorado con muchas preciosísimas gemas; quiso enviarlo a Jerusalén, al sepulcro del Señor; más como no pudo hacerlo, mandó colocarlo sobre el cuerpo del bienaventurado mártir Marcelo, que se halla sepultado en la ciudad de Chalon-sur-Saône, sede de su reino; y allí está hasta el día de hoy. No existe ninguna otra obra realizada en oro que pueda comparársele. Pero nosotros, contadas brevemente estas cosas dignas de mención, retomemos la historia.

35. Entre tanto, mientras los legados del rey Autaro permanecían en Francia, éste murió, habiendo ingerido veneno, según dicen, en Pavía, el cinco de septiembre, después de reinar durante seis años. De inmediato fue enviada una embajada de parte de los longobardos a Childeberto, rey de los francos, para anunciarle la

muerte del rey Autaro y pedirle ansiosamente la paz. Aquél, al oír esto, por cierto recibió a los legados, pero prometió que firmaría la paz, más adelante. No obstante, después de algunos días despachó a los mencionados legados con la promesa de la paz. Por su parte, los longobardos permitieron que la reina Teodelinda, que mucho les agradaba, se constituyera en la dignidad real, aconsejándole que eligiera para sí un esposo, el que ella quisiera de entre todos los longobardos, que pudiera gobernar provechosamente el reino. Ella, teniendo un consejo con los sabios del reino, eligió a Agilulfo, duque de Turín, como esposo y rey del pueblo de los longobardos; pues era un hombre valiente, buen guerrero y tanto física como espiritualmente apto para gobernar el reino. De inmediato, la reina lo mandó venir a su presencia, y ella misma salióle a su encuentro en el castillo de Lumello. Cuando él se presentó, después de algunas palabras ella se hizo servir vino. Habiendo bebido primero, le dio a beber el resto a Agilulfo. Cuando él, tomando la copa, besó con mucho respeto la mano de la reina, ésta le dijo sonriendo con rubor que no debía besarle la mano a quien era más conveniente dar un beso en la boca. Y de inmediato haciéndolo incorporar para que la besara, descubrióle lo de sus bodas y lo de su dignidad real. ¿Qué más? Se celebraron las bodas con gran alegría. Agilulfo, que había sido cuñado del rey Autaro, recibió la dignidad real a comienzos del mes de noviembre. Sin embargo, reunidos en un mismo lugar todos los longobardos, posteriormente, en el mes de mayo, fue elevado al trono con el consentimiento de todos, en Milán.

Fin del Libro III

LIBRO IV

1. Agilulfo, también llamado Agón, confirmada su dignidad real, envió a Francia a Agnello, obispo de Trento, a causa de los que habían sido llevados cautivos por los francos desde los castillos de Trento. Al volver de allí, trajo consigo a algunos cautivos que Brunihilda, reina de los francos, había rescatado con su dinero. También se dirigió a las galias para lograr la paz, Evin, duque de Trento; regresó una vez que la hubo alcanzado.

2. Ese año hubo una sequía muy grande, desde el mes de enero hasta el mes de septiembre, y hubo una gran hambruna. También llegó al territorio tridentino una gran plaga de langostas, mayores que las demás langostas; y cosa digna de mencionar, devoraron las hierbas y juncos, más las mieses de los campos apenas las tocaron. También, al año siguiente, volvieron del mismo modo.

3. En esos días, el rey Agilulfo mató a Mimulfo, duque de la isla de San Julián, porque desde tiempo atrás se había entregado por traición a los duques francos. Por su parte, Gaidulfo, duque de Pérgamo, que se había rebelado en su ciudad, se fortificó para luchar contra el rey; pero habiendo entregado rehenes, firmó la paz con el rey. De nuevo Gaidulfo se encerró en la isla Comacina, pero el rey Agilulfo invadiendo esa misma isla Comacina, expulsó de allí a los hombres de Gaidulfo, y transportó a Pavía el tesoro que allí había descubierto y que había sido ocultado por los romanos. Más Gaidulfo, huyendo por segunda vez a Pérgamo y siendo allí alcanzado por el rey Agilulfo, nuevamente fue recibido en su gracia. También se rebeló en Treviso el duque Ulfari contra el rey Agón, y fue sitiado y capturado por él.

4. Ese año hubo una peste inguinal muy grave, nuevamente en Ravena, Grado e Istria, como había sucedido treinta años atrás.

También en este tiempo el rey Agilulfo firmó la paz con los ávaros. A su vez, Childebarto estuvo en guerra con su primo-hermano, hijo de Hilperico; en esa guerra sucumbieron unos treinta mil hombres. Entonces sobrevino un invierno muy frío como apenas alguien podía recordar que se hubiera dado anteriormente. Asimismo, en la región de los abruzos, de las nubes llovió sangre; y un riachuelo de sangre corrió entre las aguas del río Reno.

5. En esos días, el ilustrísimo y muy bienaventurado Gregorio, papa de Roma, después de haber escrito muchas otras obras de utilidad para la santa Iglesia, compuso también cuatro libros sobre la vida de los santos; a este código lo llamó diálogo, esto es locución entre dos, porque lo elaboró conversando con su diácono Pedro. El mencionado papa envió estos libros a la reina Teodelinda, de la que sabía que se había entregado a la fe de Cristo y que era notable por sus buenas obras.

6. Por intermedio de esta reina, también la Iglesia de Dios obtuvo mucho provecho. Pues los longobardos se apoderaron de casi todos los bienes de las iglesias, cuando aún militaban en el error del paganismo. Pero el rey, movido por la súplica saludable de ésta, no sólo adoptó la fe católica, sino también repartió pródigamente muchas posesiones a la Iglesia de Cristo, y a los obispos, sumidos en abyecto abatimiento, los restableció en el honor de su acostumbrada dignidad.

7. En esos días Tasilón fue designado rey de los bávaros por Childebarto, rey de los francos; éste, luego de haber invadido la provincia de los eslavos, alcanzada la victoria, regresó a su suelo natal con un gran botín.

8. También en esta época, Romano, patricio y exarca de Ravena, se dirigió con celeridad a Roma. Al regresar a Ravena, recuperó

las ciudades que poseían los longobardos, cuya nómina es la siguiente: Sutri, Bomarzo, Orte, Todi, Amelia, Perugia, Luceolli y algunas otras ciudades. Cuando se comunicó lo sucedido al rey Agilulfo, de inmediato saliendo de Pavía con un poderoso ejército, atacó la ciudad de Perugia, y allí, por algunos días, asedió a Maurisión, duque de los longobardos, que se había entregado por traición al partido de los romanos, y sin demora, capturado, le quitó la vida. Ante la llegada del rey, el bienaventurado papa Gregorio se aterrorizó tanto que desistió de su exposición en el templo sobre lo que se lee en Ezequiel, como él mismo también lo cuenta en sus homilías. Solucionados los problemas, el rey Agilulfo regresó a Pavía. No mucho tiempo después, especialmente por sugerencias de la reina Teodelinda, su esposa, como se lo había aconsejado a ella frecuentemente en sus cartas el bienaventurado papa Gregorio, pactó una paz firmísima con el mismo santísimo varón, el papa Gregorio y con los romanos. El mismo venerable sacerdote le envió esta carta a la reina para agradecerle:

9. *“Gregorio a Teodelinda, reina de los longobardos. Hemos sabido por el anuncio de nuestro hijo, el abad Probo, que vuestra excelencia se dedicó íntegramente, con empeño y de buena gana a conseguir la paz. No de otro modo se debió esperar de vuestro cristianismo para que en la causa de la paz les mostraseis a todos vuestra labor y bondad. Por lo cual damos gracias a Dios omnipotente para que guíe con su piedad vuestro corazón, de modo que, así como os otorgó la verdadera fe, así también os conceda obrar siempre lo que a Él le plazca. Pues, excelentísima hija, no creáis que hayáis conseguido una pequeña merced por la sangre que debía ser derramada de una y otra parte. Por esta causa, dando gracias a vuestra benevolencia, rogamos a la misericordia de nuestro Dios que os compense, aquí y en el futuro, en el cuerpo y en el alma, el destino de vuestros bienes. Saludándoos, además os exhortamos con paterno amor que ante vuestro excelentísimo esposo hagáis lo necesario para que no se*

aparte de la sociedad de la república cristiana. Pues, como creemos que vos lo sabéis, es sumamente provechoso que él conserve su amistad. Por lo tanto vos, según vuestra costumbre, ocupaos constantemente de aquello que corresponde a obtener la gracia de los bandos, y cuando hubiere lugar a vuestra intervención, trabajad para que cada vez más vuestras buenas obras luzcan ante los ojos de Dios omnipotente”. También una carta del mismo al rey Agilulfo: “Gregorio a Agilulfo, rey de los longobardos: Damos gracias a vuestra excelencia porque, oyendo nuestro ruego, ordenasteis, como lo esperábamos firmemente de vos, la paz que será provechosa para ambas partes. Por eso mucho alabamos la prudencia y la bondad de vuestra excelencia, porque amando la paz, vos demostrasteis que amáis a Dios, cuyo autor es. Pues si, lo que jamás suceda, no hubiese sido lograda, ¿qué hubiera sucedido, sino que con el pecado y peligro de los bandos, se derramara la sangre de los pobres campesinos, cuya labor es provechosa a unos y a otros? Más, para que disfrutemos esa paz, lograda por vos, saludándoos con amor paterno os rogamos que en vuestras cartas, cuantas veces se presente la ocasión, ordenéis a vuestros duques que se hallan en distintas partes, y principalmente los que están en estos territorios, que guarden con rectitud esta paz, como fue prometido, y no se busquen ocasiones de donde surjan, ya alguna rivalidad, ya algún descontento, a fin de que podamos agradecer a vuestra benevolencia. A los mensajeros de las presentes cartas, hombres vuestros, los hemos recibido con afecto, como era debido, porque era justo que recibiéramos y despidiéramos con caridad a estos hombres sabios que anunciaron la paz lograda con la ayuda de Dios”.

10. Entre estos acontecimientos, en el siguiente mes de enero apareció un cometa, de mañana y de tarde, durante todo el mes. En ese mes, también, murió Juan, arzobispo de Ravena. Mariano, ciudadano Romano lo sucedió en su lugar. Asimismo, muerto el duque Evin en Trento, se le concedió ese mismo puesto al duque

Gaidoaldo, hombre bueno y que profesaba la fe católica. Por esos mismos días, los bávaros, en número de hasta dos mil hombres, mientras caían de improviso sobre los eslavos, a su vez, sorprendiéndolos el kan, fueron todos muertos. Entonces, por primera vez, fueron causa de admiración para los pueblos de Italia, los caballos salvajes y los búfalos que llevaron allí.

11. Asimismo, en esta época, Childeberto, rey de los francos, como se refiere, murió envenenado con su mujer, a los veinticinco años de edad. A su vez, los hunos, también llamados ávaros, habiendo entrado desde Panonia a Turingia llevaron a cabo una feroz guerra contra los francos. La reina Bruniquelda, a la sazón gobernaba las galias con sus sobrinos, aún niños, Teodiberto y Teodorico. Los hunos se volvieron a sus territorios después de haber recibido el pago de aquellos. También murió Gunthramno, rey de los francos, y le sucedió en el reino Bruniquelda con sus sobrinos, aún niños, los hijos de Childeberto.

12. Por la misma época, el kan, rey de los hunos, envió sus legados a Agilulfo en Milán, y con él firmó la paz. A su vez, murió el patricio romano, a quien le sucedió Gallicino, e inició los tratados de paz con Agilulfo.

13. También en este tiempo, Agilulfo firmó una paz perpetua con Teodorico, rey de los francos. Posteriormente, el rey Agón mató al duque de Verona, Zangrulfo, porque se había rebelado contra él. También mató a Gaidulfo, duque de Pérgamo, a quien había perdonado ya dos veces. De igual modo, ejecutó a Warnegadio en Pavía.

14. Tiempo después, de nuevo una gravísima peste devastó a Ravena y a los que estaban cerca de la costa del mar. Asimismo, al año siguiente, una atroz mortandad abrumó a los pueblos de Verona.

15. En esa ocasión, también parece que en el cielo apareció una señal sangrienta y como lanzas sanguinolentas, y una luz resplandeciente durante toda la noche. En ese tiempo el rey de los francos, Teodiberto, que estaba en guerra con Clotario, su tío paterno, destruyó cruelmente su ejército.

16. Al año siguiente muere el duque Ariulfo, sucesor de Farualdo en Espoleto. Cuando Ariulfo estuvo en guerra contra los romanos, en Camerino, una vez lograda la victoria, comenzó a indagar quién de entre sus hombres había sido al que, en la batalla llevada a cabo, él lo había visto luchar tan valientemente. Sus hombres le respondieron que en esa ocasión no habían visto a nadie que luchara más valientemente que el mismo duque; a lo cual él les contestó: “Por cierto, en ese momento vi a otro muy superior a mí en todo, que cuantas veces alguien del bando contrario quería herirme, ese hombre valiente siempre me protegía con su escudo”. Cuando el duque hubo llegado cerca de Espoleto, donde se encuentra la basílica del bienaventurado obispo y mártir Savino, en la cual descansan sus venerables restos, preguntó de quién era esa tan importante mansión. Sus vasallos les respondieron que en ese lugar descansaba el mártir Savino, a quien los cristianos tenían la costumbre de invocar en su ayuda, cada vez que salían a luchar contra sus enemigos. Más Ariulfo, aún pagano, respondió de este modo: “¿Y puede ser que un hombre muerto le preste alguna ayuda a uno que vive?”. Dicho esto, saltando de su caballo entró para ver mejor la basílica. Entonces, mientras otros oraban comenzó a mirar las pinturas. Al ver la imagen pintada del bienaventurado mártir Savino, de inmediato afirmó con juramento que ese hombre en todo poseía el porte exterior y vestimenta de aquel que lo había protegido durante la batalla; entonces se dio cuenta de que era el bienaventurado mártir Savino quien le había dado su ayuda en la batalla. Muerto Ariulfo, uno de los dos hijos de Farualdo, el

duque anterior, que luchaban entre sí por el ducado, y que fue coronado con la victoria, de nombre Teudelabio, asumió el gobierno del ducado.

17. Cerca de esta época fue atacado de noche por los longobardos el monasterio del bienaventurado padre Benito, que está ubicado en Monte Casino. Ellos destruyeron todo, pero no pudieron apresar a ninguno de los monjes, para que se cumpliera la profecía del venerable padre Benito, que lo había previsto mucho antes, en la cual dice: “Ante Dios, apenas pude obtener que de este lugar se me concedieran las vidas”. Al huir de ese lugar los monjes se encaminaron hacia Roma, llevándose consigo el libro de la santa regla, que había compuesto el mencionado padre, y algunos otros escritos; además una libra de pan, una medida de vino y lo que de los enseres habían podido sacar a escondidas. Después del bienaventurado Benito gobernó esa misma congregación, Constantino; después de éste, Simplicio, y detrás de él, Vital, por último Benito, durante cuyo mandato sucedió la destrucción.

18. Muerto Zotto, duque de Benevento, lo sucedió en su puesto Arigio, que había sido enviado por el rey Agilulfo; él había nacido en Friul y había educado a los hijos de Gisulfo, duque de Friul; era pariente del mismo Gisulfo. Hay una carta del bienaventurado papa Gregorio dirigida a Arigio de este modo:

19. *“Gregorio al duque Arigio: Nos sentimos incitados a pedirnos con confianza algunas cosas, porque del mismo modo confiamos de vuestro honor como si fuerais nuestro hijo, creyendo que de ningún modo consentiríais que nosotros fuéramos contristados, sobre todo en este asunto, con el que vuestra alma mucho podría favorecerse. Os hacemos saber, pues, que nos son necesarios muchos dinteles para las iglesias de los bienaventurados Pedro y Pablo, y, por ello ordenamos a nuestro subdiácono Savino los cortara en cierta cantidad de la región de los abruzos y que los llevara hasta el mar, a*

un lugar seguro. Y porque en este asunto necesitará ayuda, saludando con paterno amor a vuestra nobleza os pedimos que designéis a vuestros agentes, que están en aquel sitio, para que los hombres que tuvieran a sus órdenes, con sus bueyes lo ayuden a transportarlos, a fin de que con vuestra cooperación él pueda cumplir mejor lo que le hemos ordenado. Nosotros, pues, os prometemos que, cuando haya concluido este asunto, os enviaremos un regalo digno de vos, que no os será agravante; pues sabemos nosotros considerar y responder a nuestros hijos que nos demuestran su benevolencia. Por eso, de nuevo os pedimos, ilustre hijo, que actuéis de modo que nosotros podamos ser deudores de un beneficio superior, y vos tengáis la gracia por las iglesias de los santos”.

20. En esos días fue capturada la hija del rey Agilulfo con su esposo, de nombre Gudescalco, de la ciudad de Parma por el ejército del patricio Gallicino, y fueron conducidos a la ciudad de Ravena. También en esta época el rey Agilulfo le envió al kan, rey de los ávaros, unos artesanos para que le fabricaran naves, con las que el kan se apoderó de cierta isla en Tracia.

21. También, por la misma época, la reina Teodelinda inauguró la basílica del bienaventurado Juan Bautista, que había mandado a construir en Mó dica, lugar que dista doce millas de Milán, y la adornó con muchas joyas de oro y plata, enriqueciéndola con holguera de heredades. También en ese lugar, Teodorico, rey de los godos, en cierta ocasión construyó un palacio, por el hecho de que en verano ese lugar es templado y sano por estar cercano a los Alpes.

22. Allí también, la mencionada reina se hizo construir un palacio, en el que hizo pintar algunas hazañas de los longobardos. En esa pintura se muestra claramente cómo los longobardos se cortaban su cabellera, qué vestimentas tenían y cuál era su porte exterior. Puesto que tenían afeitada la

cabeza hasta la nuca y sus cabellos desparramados desde la frente a la boca, que en la frente misma dividían en dos partes. Llevaban vestimentas amplias y sumamente rectas como las que suelen usar los anglosajones, bordadas con guarniciones bastante anchas tejidas de color vario. Tenían calzados casi abiertos hasta el dedo mayor del pie, y atados alternativamente con cordones; pero posteriormente comenzaron a usar calzas sobre las que los jinetes se colocaban polainas de lana. Esto lo tomaron de las costumbres de los romanos.

23. Para esta época, con la resistencia vigorosa de sus soldados, la ciudad de Padua se rebeló contra los longobardos. Pero al cabo, iniciado un incendio, fue consumida por devoradoras llamas, y por orden del rey Agilulfo fue destruida hasta sus cimientos. No obstante, a los soldados que habían estado en ella, se les permitió regresar a Ravena.

24. En esta época, los emisarios de Agilulfo, de regreso desde donde se encontraba el kan, le comunicaron que habían firmado una paz perpetua con los ávaros. El emisario del kan, que también había venido con ellos, continuó su viaje a las galias, para anunciarles a los reyes de los francos que, como tenían firmada la paz con los ávaros, del mismo modo la tuvieran con los longobardos. Entre tanto los longobardos con los ávaros y los eslavos invadiendo territorios de Istria devastaron todo mediante incendios y robos.

25. A la sazón al rey Agilulfo le nació un hijo de la reina Teodelinda en el palacio de Módica; se llamó Adaloaldo. Tiempo después los longobardos invadieron el fuerte de Monte Sílico. Por la misma época, expulsado Gallicino de Ravena, regresó Smaracdo, que antes había sido patricio de Ravena.

26. Así pues, el emperador Mauricio, después de gobernar el Imperio durante veintiún años, fue asesinado con sus hijos: Teodosio, Tiberio y Constantino, por Focas, el condestable del patricio Prisco. Sin embargo, fue de utilidad para la república, pues con frecuencia luchando contra los enemigos logró la victoria. Los hunos, que también se llaman ávaros, fueron vencidos por su valor.

27. Ese año, Gaidoaldo, duque de Trento, y Gisulfo de Friul, habiendo estado anteriormente en desacuerdo con la alianza del rey Agilulfo, fueron recibidos en paz por él. Entonces, también fue bautizado el mencionado niño Adaloaldo, hijo del rey Agilulfo, en San Juan en Módica, y fue tomado de la fuente baptismal por Segundo, siervo de Cristo de Trento, de quien frecuentemente hemos hecho mención. Aquel año, la fiesta pascual fue el día siete de abril.

28. En esos días aún había discordia entre longobardos y romanos a causa del cautiverio de la hija del rey. Por ese motivo el rey Agilulfo, saliendo de Milán en el mes de julio, puso sitio a la ciudad de Cremona con los esclavos, que le había mandado para socorrerlo el kan, rey de los ávaros; tomó la ciudad el veintiuno de agosto y la arrasó hasta sus cimientos. Del mismo modo, también se apoderó de Mantua, horadando sus murallas con arietes; concedióles permiso a los soldados que estaban adentro, para que regresaran a Ravena. Entró en ella el trece de septiembre. En esa ocasión, también se entregó por traición a los longobardos el fuerte llamado Valdoria; más los soldados de Bersello huyeron incendiando la fortaleza. Después de estos hechos fue devuelta la hija del rey por el patricio Smaracdo, junto con su esposo e hijos y todos sus bienes; se firmó la paz desde el mes de noviembre hasta el primero de abril de la octava indicción. La hija del rey luego regresó de Ravena a Parma; enseguida murió afectada por problemas de parto. Ese año, Teodiberto y Teodorico, reyes de los

francos, lucharon contra Clotario, su tío paterno. En esa lucha murieron muchos miles de ambas partes.

29. En esa época también volvió a Cristo el bienaventurado papa Gregorio, cuando Focas ya reinaba, en el segundo año de la octava indicción. En su reemplazo fue ordenado para el cargo apostólico, Saviniano. En esa ocasión hubo un invierno muy frío y se helaron las vides casi en todas partes. Las mieses, en parte fueron devastadas por los ratones, en parte se perdieron atacadas por la quemadura. Entonces, pues, el mundo debió padecer de hambre y sed, cuando invadió a las almas de los hombres la penuria del alimento espiritual y la aridez de la sed, al ausentarse un doctor tan excelso. Es de mi agrado insertar en esta obrita, una carta del bienaventurado papa Gregorio, para que sea conocido más claramente qué humilde fue este hombre y de cuán gran pureza y santidad. Habiendo sido acusado ante el emperador Mauricio y su hijo, de haber matado por dinero a Malco, un obispo bajo su custodia, le escribió por esta razón una carta a Saviniano, su embajador, que se hallaba en Constantinopla, en la que, entre otras cosas, dice: “Es preciso que brevemente sugieras a nuestros serenísimos señores, que, si yo, su siervo, hubiese querido mezclarme en la muerte de los longobardos, hoy el pueblo de los longobardos no tendría ni rey, ni duques, ni condes, y se hallaría dividido en una gran confusión; pero, porque temo a Dios, tengo miedo de mezclarme en la muerte de cualquier hombre. El mismo obispo Malco no estuvo en prisión, ni fue castigado de ningún modo, sino que, el día en que expuso su causa y se entregó, sin que yo lo supiera, fue conducido a su casa por el notario Bonifacio; allí le dio de comer y fue tratado honrosamente por él, y esa misma noche súbitamente murió”. ¡Ved cuán gran humildad tuvo este hombre, quien siendo sumo pontífice se llamó a sí mismo, siervo! ¡Ved cuánta pureza, que no quiso mezclarse en la muerte de los longobardos, quienes, no sólo eran infieles, sino también, todo lo devastaban!

30. Así pues, en el verano siguiente, durante el mes de julio, en Milán fue elevado al trono de los longobardos, en la plaza pública, Adaloaldo, en presencia de su padre, el rey Agilulfo, estando también presentes los emisarios de Teodiberto, rey de los francos; y la hija del rey Teodiberto se desposó con el joven rey, y se firmó una paz perpetua con los francos.

31. En la misma época, luchando los francos con los sajones, se produjo una masacre en ambas partes. En Pavía, también, el cantor Pedro fue alcanzado por un rayo, en la basílica del bienaventurado apóstol Pedro.

32. Al siguiente mes de noviembre, el rey Agilulfo firmó la paz por un año, con el patricio Smaracdo, recibiendo de los romanos doce mil sueldos. Fueron invadidas por los longobardos las ciudades de Toscana, esto es, Bagnarea y Orvieto. También entonces, en los meses de abril y mayo, apareció en el cielo la estrella que llaman cometa. Después, el rey Agilulfo firmó nuevamente la paz con los romanos por tres años.

33. En esos días, muerto el patriarca Severo, en su reemplazo fue ordenado el abad Juan, patriarca de Aquilea la antigua, con la aprobación del rey y del duque Gisulfo. También en Grado fue ordenado obispo por los romanos, Candidiano. Nuevamente durante los meses de noviembre y diciembre apareció el cometa. Muerto también Candidiano, en Grado es ordenado patriarca por los obispos que estaban bajo el gobierno Romano, Epifanio, que había sido primicerio de los notarios. Desde ese tiempo comenzó a haber dos patriarcas.

34. En esta época Juan Consino invadió Nápoles. De esa ciudad, no muchos días después, lo expulsó el patricio Eleuterio y lo mató. Después de esto, el mismo patricio Eleuterio, eunuco,

recibió los poderes del Imperio. Él, cuando marchaba de Ravena a Roma, fue asesinado por sus soldados en el fuerte Luceoli, y su cabeza fue enviada a Constantinopla al emperador.

35. También en esta época, el rey Agilulfo envió a su notario Establiciano a Constantinopla, al emperador Focas. Al volver aquél con los emisarios del emperador, firmada la paz anual, los emisarios le presentaron regalos imperiales al rey Agilulfo.

36. Así pues, muerto Mauricio y su hijo, como ya se dijo, Focas, apoderándose del reino de los romanos, gobernó por el término de ocho años. Éste, por pedido del papa Bonifacio estableció que la sede de la Iglesia romana y apostólica fuese la cabeza de todas las iglesias, porque la Iglesia de Constantinopla afirmaba que ella era la primera de todas las iglesias. Él mismo, también por pedido del papa Bonifacio, ordenó que el antiguo templo llamado panteón, quitadas las inmundicias de la idolatría, se convirtiera en iglesia de la bienaventurada siempre Virgen María y de todos los mártires, a fin de que, donde alguna vez se celebrara el culto, no digamos de todos los dioses sino de todos los demonios, allí mismo se recordara en adelante la memoria de todos los santos. En su época, los prasinios y venecianos llevan a cabo una guerra civil por Oriente y Egipto, y se abaten mutuamente. También los persas que estaban en guerra sangrienta contra la república, le arrebataron muchas provincias a los romanos y la misma Jerusalén. Al destruir las iglesias y profanar los vasos sagrados, quitan el emblema de la cruz del Señor entre los adornos de los lugares santos o comunes. Eracliano, que gobernaba África, se rebeló contra Focas; yendo con su ejército le quitó la vida y su reino, y para gobernar la república Romana asumió el poder su hijo Eraclio.

37. Por esta época, el rey de los ávaros, que en su lengua llaman kan, presentándose con una innumerable multitud, invadió

los territorios de Venecia. El duque de Friul, Gisulfo, con los longobardos que pudo reunir, le salió al encuentro audazmente; pero aunque con mucho entusiasmo luchó con unos pocos contra esa inmensa multitud, no obstante, asediado por todas partes, fue muerto con casi todos sus hombres. Sin embargo, la esposa de Gisulfo, de nombre Romilda, con los longobardos que habían podido escapar, y con las mujeres e hijos de los que habían perecido en la batalla, se refugió dentro de las murallas del fuerte Friul. Ella tenía hijos ya adolescentes, Taso y Caco, y Radualdo y Grimualdo aún en edad infantil. Además tenía cuatro hijas, una de las cuales se llamaba Apa y la otra Gaila; no tenemos los nombres de las otras dos. Los longobardos asimismo se fortificaron en las demás ciudades que estaban cercanas a ellos, esto es, en Cremona, Nimis, Ossopo, Artegna, Ragogna, Gemona; asimismo en Iplis, cuya posición era absolutamente inexpugnable. Del mismo modo se fortificaron en los restantes caseríos, para que los hunos, es decir los ávaros, no tuvieran botín. Pero los ávaros, que andaban libremente por todos los territorios del Friul y devastaban todo con incendios y robos, sitiaron el fuerte de Friul e intentaron expugnarlo con todas sus fuerzas. En el momento en que su rey, esto es el kan, caminaba cerca de las murallas, armado y con una gran escolta de caballería para averiguar de qué lado podría tomar la ciudad más fácilmente, viéndolo Romilda desde las murallas y advirtiéndole que estaba en la flor de la edad juvenil, como malvada meretriz lo deseó con pasión, y al punto le mandó a preguntar por un emisario, diciéndole que, si la tomaba en matrimonio, ella misma le entregaría la ciudad con todos los que estaban dentro. Al oír esto el rey bárbaro, con engañosa maldad le prometió que cumpliría lo que le había mandado averiguar, y dióle palabra de tomarla como esposa. Sin tardanza ella abrió las puertas de la ciudad de Friul e introdujo al enemigo para su propia perdición y la de todos los que allí estaban. Una vez adentro de Friul los ávaros con su rey, roban todo lo que encuentran a su paso y entregan a las llamas la ciudad; a todos los que encontraron los llevaron

cautivos, prometiéndoles engañosamente que los ubicarían en los territorios de Panonia de donde habían salido. Una vez que llegan a la patria, a la comarca llamada Sacro, ordenan que los longobardos adultos mueran por la espada, en tanto que mediante el cautiverio separan a las mujeres y los niños. Pero los hijos de Gisulfo y de Romilda, Taso, Caco, y Radualdo, enterados del engaño de los ávaros, montando a caballo de inmediato emprenden la huida. Uno de ellos quiso matar a su hermano, el niño Grimoaldo, creyendo que, como no podría mantenerse sobre su caballo a la carrera porque era niño, era mejor matarlo con su espada que soportar el yugo de la cautividad. Levantada la lanza para atravesarlo, el niño, llorando exclamó: “No me hieras porque puedo mantenerme sobre mi caballo”. Él, tomándolo del brazo con la mano levantada, lo puso sobre el lomo desnudo de su caballo, y lo animó a que se mantuviera montado si podía. El niño, tomando el freno del caballo con su mano, siguió a los hermanos que huían. Al descubrir esto, los ávaros montando de inmediato sus caballos los persiguieron; el niño Grimoaldo fue capturado por uno de aquellos que corría más velozmente, en tanto que los demás se libraron en veloz carrera. Su captor no se atrevió a herirlo con la espada, por ser de corta edad, sino lo reservó para que lo sirviera. Cuando al regresar al campamento lo llevaba de la rienda de su caballo, y estaba contento de haber obtenido tan buen botín –pues era un niño de aspecto elegante, de ojos brillantes, cubierto de una cabellera blanca como la leche–; doliéndose de que fuera llevado cautivo, revolviendo grandiosos pensamientos en su pequeño corazón, sacó de su vaina la espada que a esa edad podía llevar e hirió al Ávaro, que lo llevaba, en la coronilla de la cabeza con toda la fuerza que pudo. Llegando de inmediato su golpe al cerebro, su adversario cayó derribado del caballo. El niño Grimoaldo, dando vuelta con su caballo emprendió la fuga muy alegre, se juntó después con sus hermanos y les dio una inmensa alegría por su liberación, contándoles además la muerte de su enemigo. Por su parte, los ávaros pasan por las armas a todos los

longobardos de edad viril, en tanto que condenan al yugo de la esclavitud a las mujeres y a los niños. A Romilda, empero, que fue la causa de todo este mal, el rey de los ávaros túvola como si fuera en matrimonio durante una noche, según se lo había prometido por juramento, pero después se la entregó a doce ávaros para que la vejaran con su sensualidad, alternándose durante toda la noche. Finalmente, ordenando que se pusiera una estaca en medio del campo, mandó que fuera clavada en su punta, reprochándola, además, con estas palabras: “Tal marido mereces tener”. Tal muerte tuvo pues, la pérfida traidora de la patria, que procuró más su sensualidad que la salvación de los ciudadanos y consanguíneos. Más las hijas no siguieron las costumbres sensuales de su madre, sino por el contrario, consagradas al amor de la castidad, para no mancharse con los bárbaros colocaron carnes crudas de pollos entre sus mamás debajo del sostén, que al podrirse por el calor echaban un olor hediondo. Cuando los ávaros deseaban abrazarlas, no soportando ese hedor, pensaban que naturalmente ellas tenían ese mal olor; se alejaban de ellas con maldiciones y decían que todas las Longobardas eran hediondas. Con este ardid las jóvenes nobles se libraron de la sensualidad de los ávaros y se mantuvieron castas, dándoles un ejemplo provechoso a otras mujeres para conservar la castidad si algo semejante les sucediera. Posteriormente ellas, al ser vendidas por distintas regiones se hicieron acreedoras a bodas dignas según su nobleza; pues una de ellas se dice que se casó con el rey de los alamanes, la otra, con un príncipe de los bávaros.

Dejando de lado por un instante la historia general, este es el lugar adecuado para revelar algunas cosas en particular sobre mi genealogía, siendo yo quien escribe esta historia, y, pues así lo exige el asunto, será necesario retomar el orden de la narración un poco anterior. Desde la época en que el pueblo de los longobardos llegó a Italia desde Panonia, junto con ellos vino mi tatarabuelo Leupichis, de la misma estirpe de los longobardos, el

cual, después de vivir durante algunos años en Italia, al término de sus días dejó cinco hijos, aún niños, engendrados por él; a ellos tocóles vivir esta época de cautiverio, de la que ya hablamos, y fueron conducidos como desterrados desde el fuerte Friul a la patria de los ávaros. Habiendo sufrido durante muchos años la desgracia del cautiverio en la misma región, al llegar a la edad viril, en tanto permanecían los otros cuatro, cuyos nombres no recordamos, en la angustia de la cautividad, el quinto de los hermanos, llamado Lopichis, que después fue nuestro bisabuelo, inspirándolo, según creemos, el Autor de la misericordia, determinó librarse del yugo del cautiverio y se empeñó en volver a Italia, donde recordaba que residía el pueblo de los longobardos, para volver a gozar de los derechos de la libertad. Cuando él emprendió la huída llevando consigo solamente la aljaba, un arco y un poco de comida para el camino, no sabiendo en absoluto a dónde dirigirse, se le apareció un lobo que fue su compañero de camino y su guía. Al ver que aquél iba delante de él, y frecuentemente miraba hacia atrás, se paraba cuando él se detenía e iba delante cuando él continuaba su camino, se dio cuenta de que le había sido concedido aquel animal de un modo maravilloso para mostrarle el camino que desconocía. Siguiendo su camino de este modo por algunos días a través de las soledades de los bosques, a este viajero le faltó totalmente el pan. Saliendo al camino en ayunas y desfalleciente debilitado por el hambre, tendió su arco y quiso atravesar con una flecha al lobo para poder comérselo; pero el lobo, previendo el ataque del que lo quería herir, instantáneamente se desvaneció de su vista. Al retirarse el lobo, no sabiendo él a dónde ir, se sintió muy débil a causa del hambre, y cuando ya desesperaba de la vida se durmió arrojándose a tierra; vio en sueños un varón que le decía estas palabras: “¡Levántate! ¿Por qué duermes? Toma el camino en dirección adonde tienes los pies, pues por allá está Italia a donde te diriges”. Él se levantó de inmediato y comenzó a caminar hacia el lugar que había escuchado en sueños; sin demora llegó a

la morada de unos hombres. En esos lugares habitaban los eslavos. Al verlo una mujer anciana, de inmediato comprendió que era un fugitivo y que padecía hambre. Movida a misericordia por él, lo escondió en su casa, y en secreto y de a poco le daba alimento, para que no perdiera totalmente su vida si le daba comida hasta saciarlo. De este modo, adecuadamente le fue dando alimento hasta que él, al cabo recuperado, pudo tener fuerzas. Y cuando lo vio sano como para retornar al camino, le dio víveres y le aconsejó hacia dónde debía encaminarse. Él, después de algunos días, entró en Italia y llegó a la casa donde había nacido, que estaba deshecha; no sólo no tenía techo, sino que estaba repleta de zarzales y abrojos. Una vez que hubo cortado estos arbustos, descubrió un gran olmo entre las paredes, y colgó en él su aljaba. Posteriormente recibió obsequios de familiares y amigos, reedificó su casa y se casó; pero no pudo recuperar ninguno de los bienes que había poseído su padre, privado de ellos por quienes los conservaban por una durable y larga posesión. Como antes dije, éste fue mi bisabuelo; él engendró a mi abuelo Arichis; Arichis, a su vez, a mi padre Warnefrido; por su parte, Warnefrido, de su esposa Teodelinda me engendró a mí, Pablo, y a mi hermano Arichis, que conservó el nombre de nuestro abuelo. Dichas estas pocas cosas sobre nuestra genealogía, volvamos ahora a la trama de la historia general.

38. Muerto, como dijimos, Gisulfo, duque de Friul, Taso y Caco, sus hijos, se hicieron cargo del ducado para gobernarlo. En su época éstos poseyeron la región de los eslavos, llamada Celje, hasta el lugar llamado Windisch Matrei. Por lo cual hasta los tiempos del duque Ratchis, los eslavos pagaron un tributo a los duques friulanos. El patricio de los romanos, Gregorio, hizo perecer mediante engañoso ardid a estos dos hermanos, en la ciudad de Oderzo. Pues le prometió a Taso que le cortaría la barba, según es costumbre, para reconocerlo como su hijo; el

mismo Taso con Caco y otros jóvenes selectos se encaminó hacia Gregorio sin tener ningún temor. Después que hubo entrado él con los suyos a Oderzo, de inmediato el patricio de la ciudad ordenó que se cerraran las puertas, y envió soldados armados contra Taso y sus compañeros. Dándose cuenta de esto, Taso y sus compañeros se prepararon para luchar con audacia; se despidieron con el saludo de paz y se dispersaron por aquí y por allá, por las plazas de la ciudad, matando a todos los que se les ponían delante, y después de haber hecho una atroz matanza de romanos, finalmente también ellos fueron muertos. Por su parte, el patricio Gregorio, ordenando que le llevaran la cabeza de Taso, por el juramento que había dado, como perjurio cortóle su barba, según lo había prometido.

39. Muertos de ese modo éstos, como duque de Friul se constituyó Grasulfo, hermano de Gisulfo. Más Radoaldo y Grimoaldo, pensando que vivirían menospreciados bajo la potestad de su tío paterno, Grasulfo, y estando ya cerca de la edad de la juventud, subieron a una barca y remando llegaron al territorio de Benevento, y desde allí se apresuraron a llegar a presencia de Arichis, duque de Benevento, que en otro tiempo había sido su ayo, y siendo recibidos por él con mucha alegría, fueron tratados como hijos. En esa época, muerto Tasilón, duque de los bávaros, su hijo Garibaldo fue vencido por los eslavos en Innichen y los territorios de los bávaros fueron asolados. Sin embargo, recobrando éstos sus fuerzas, no sólo les arrebataron el botín a sus enemigos, sino también los arrojaron de sus tierras.

40. Por su parte el rey Agilulfo, al firmar la paz con el emperador por un año, y luego por otro más, también renovó el acuerdo de paz con los francos por segunda vez; sin embargo, ese año lamentablemente los eslavos asolaron Istria matando a todos los soldados; en el siguiente mes de marzo, también murió en Trento el siervo de Cristo, Segundo, de quien ya hemos hablado,

que escribió una historia sucinta sobre las hazañas de los longobardos, que abarca hasta sus días. En ese tiempo, el rey Agilulfo renovó el tratado de paz con el emperador. Fue asesinado en esos días, Teodiberto, rey de los francos, y hubo una lucha sangrienta entre ellos. También, en ese mismo tiempo, pereció atravesado por una flecha, sin que nadie supiera quién fue el autor de su muerte, Gundualdo, hermano de la reina Teodelinda, que era duque de la ciudad de Asti.

41. Así pues, el rey Agilulfo, también llamado Agón, después de reinar durante veinticinco años, llegó a su último día, dejando en su reino a su hijo Adaloaldo, muy niño aún, con su madre Teodelinda. Durante su gobierno, las iglesias fueron restauradas y se dieron muchas donaciones a los lugares sagrados. Pero, mientras Adaloaldo enloquecía con su mente trastornada, luego de reinar con su madre durante diez años, fue expulsado del reino, y los longobardos pusieron en su lugar a Arioaldo; de cuyas hazañas reales no ha llegado nada a nosotros. Por esta época, el bienaventurado Columbano, de origen escocés, después de haber levantado un monasterio en la Galia, en el lugar que llaman Luxeuil, yendo a Italia fue recibido con alegría por el rey de los longobardos, y edificó el monasterio llamado de Bobbio, en los Alpes Cóticos, que dista cuarenta millas de la ciudad de Pavía; allí, los príncipes longobardos le donaron con prodigalidad muchas posesiones, y se reunió una gran congregación de monjes.

42. Después de reinar durante doce años sobre los longobardos, murió Arioaldo; ascendió al trono de los longobardos Rothari, de la familia de los Arodo; fue valiente por sus fuerzas, siguiendo el camino de la justicia, pero, por no sostener la rectitud de la fe cristiana, se manchó con la infidelidad de la herejía arriana. Puesto que los Arrianos afirman, para su perdición, que el Hijo es menor que el Padre, y a su vez, que el Espíritu Santo es menor

que el Padre y el Hijo; mientras, nosotros, los católicos, confesamos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo y verdadero Dios en tres personas, de igual poder y con la misma gloria. En su tiempo, en casi todas las ciudades del reino, había dos obispos, uno católico y el otro arriano. Aún hoy, en Pavía, se muestra el lugar donde el obispo arriano, que residía en la basílica de San Eusebio, tenía su bautisterio, puesto que en la iglesia católica residía el otro obispo; este obispo arriano, que estuvo en la misma ciudad, de nombre Anastasio, convertido a la fe católica después gobernó la Iglesia de Cristo. El rey Rothari redactó, en una serie de escritos, las leyes de los longobardos, las cuales se conservaban únicamente de memoria y por costumbre, y mandó que este código se llamara edicto. Habían transcurrido ya setenta y siete años desde la llegada de los longobardos a Italia, como el mismo rey lo atestigua en el prólogo de su edicto. El duque de Benevento, Arichis, envió a presencia de este rey a su hijo Aión; al cual, llegado a Ravena de paso hacia Pavía, le fue proporcionada por maldad de los romanos una poción que le hizo perder la razón, y desde entonces, no tuvo el juicio plenamente sano.

43. El duque Arichis, padre de éste, de quien hablamos, próximo al último día de vida, siendo ya entrado en años y sabiendo que su hijo Aión no estaba en su sano juicio, encomendóles a los longobardos, allí presentes, a Radoaldo y Grimoaldo, que estaban en la flor de la juventud, como si fueran sus propios hijos, y les dijo que éstos los podrían gobernar mejor que su hijo Aión.

44. Muerto Arichis, que había gobernado el ducado cincuenta años, su hijo Aión fue designado duque de Benevento, a quien Radoaldo y Grimoaldo obedecieron en todo como a hermano mayor y señor. Cuando hacía un año y cinco meses que Aión gobernaba el ducado de Benevento, llegaron los eslavos con

innumerables naves y establecieron su campamento no lejos de la ciudad de Seponto. Construyeron fosos ocultos alrededor de su campamento; y cuando Aión irrumpió sobre ellos para abatirlos, ausentes Radoaldo y Grimoaldo, su caballo cayó en uno de esos fosos; lo atacaron los esclavos y fue muerto con algunos otros. Cuando se dio aviso de esto a Radoaldo, vino prontamente y les habló en su lengua a los esclavos; y cuando éstos volvieron, por este motivo, más lentamente a la lucha, los atacó de inmediato y los abatió con una feroz matanza vengando así la muerte de Aión, y obligó a los enemigos, que se habían asentado en aquellos territorios, a emprender la retirada de allí.

45. El rey Rothari capturó todas las ciudades de los romanos desde la ciudad toscana de Spezia, todas las que están situadas en la costa, hasta el territorio de los francos; también se apoderó y destruyó la ciudad de Oderzo, entre Treviso y Friul. Entabló la guerra con los romanos de Ravena junto al río de la Emilia, llamado Escultenna (Tanaro). En esa batalla murieron ocho mil, de parte de los romanos, sin contar los que volvieron las espaldas. En esa época hubo un tremendo terremoto en Roma, y también, una gran inundación. Después de lo cual vino la peste de la sarna, de modo que nadie podía reconocer a su familiar muerto, debido a la gran inflamación del tumor.

46. En Benevento, muerto el duque Radoaldo, que había gobernado el ducado durante cinco años, fue designado duque su hermano Grimoaldo y gobernó el ducado de los samnitas durante veinticinco años. Él engendró un hijo, Romualdo, y dos hijas, de una joven cautiva pero noble, cuyo nombre era Ida. Siendo como era muy buen guerrero y famoso en todas partes, al llegar los griegos en esa época para destruir el oratorio del Santo Arcángel, situado en el monte Gargano, irrumpiendo sobre ellos con su ejército los abatió con violenta matanza.

47. Por su parte, el rey Rothari, después de reinar durante dieciséis años y cuatro meses, próximo a abandonar la vida, dejó el reino de los longobardos a su hijo Rodoaldo. Habiendo sido enterrado junto a la basílica del bienaventurado Juan Bautista, después de algún tiempo, alguien movido por una inicua codicia, abrió de noche su sepulcro y quitó todas las joyas que halló en su cuerpo. Se le apareció a este último el bienaventurado Juan en una visión y aterrorizándolo profundamente le dijo: “¿Por qué te has atrevido a profanar el cuerpo de este hombre? Aunque no haya sido un buen creyente, no obstante se encomendó a mí; pues, porque has osado hacer esto, en adelante nunca más tendrás entrada en mi basílica”. Y así sucedió, pues, cuantas veces quiso entrar al templo del bienaventurado Juan, de inmediato, como si hubiera sido herido su cuello por un poderosísimo púgil, inmediatamente rodaba arrojado hacia atrás. Digo la verdad en Cristo; esto me lo refirió el mismo que presencié este hecho con sus propios ojos. Al asumir el reino de los longobardos después del funeral de su padre, Rodoaldo se unió en matrimonio con Gundiperga, hija de Agilulfo y Teodelinda. La reina Gundiperga a semejanza de su madre, como aquella lo había hecho en Módice, así también ésta construyó en la ciudad de Pavía una basílica en honor del bienaventurado Juan Bautista, a la cual decoró admirablemente con oro y plata y ricos ornamentos, y la dotó abundantemente de bienes particulares; en ella descansa su cuerpo sepultado. Habiendo sido acusada de adulterio ante su esposo, su propio servidor de nombre Garelo, le pidió al rey que le permitiera luchar en combate singular por la castidad de su señora con quien sostuviera el crimen de la reina. En combate singular con el acusador, lo venció ante todo el pueblo presente. La reina, por su parte, después de esto volvió a gozar de su prístino honor.

48. Asimismo Rodoaldo, según se cuenta, mientras violaba a la esposa de un Longobardo, fue muerto por él, después de reinar

cinco años y siete días. En el trono le sucedió Ariberto, hijo de Gundualdo, que había sido hermano de la reina Teodelinda. En Pavía construyó el templo del Señor Salvador, que está ubicado fuera de la puerta occidental de la ciudad, llamada Marenca; lo decoró con muchos adornos y lo enriqueció con muchos bienes.

49. En esos días, muerto el emperador Eraclio en Constantinopla, su hijo Heraclones, con su madre Martina, recibió los poderes del reino y gobernó el Imperio dos años. Al abandonar él la vida, lo sucedió en su lugar su hermano Constantino, otro hijo de Eraclio, y gobernó durante seis meses. Asimismo al morir este último, su hijo Constantino ascendió a la dignidad del reino manteniéndose en el gobierno durante veintiocho años.

50. Por esta época, la esposa del rey de los persas, de nombre Cesara, partiendo de Perside con algunos pocos servidores leales, en carácter privado, llegó a Constantinopla por amor a la fe cristiana. Recibida honoríficamente por el emperador, después de algunos días, como deseaba, recibió el bautismo, y fue ayudada a salir de la sagrada fuente por la emperatriz. Enterado de esto su esposo, el rey de los persas, envió emisarios a presencia del emperador en Constantinopla, para que le restituyera su esposa. Llegados ante el emperador, le dan a conocer las palabras del rey de los persas, que reclamaba a su esposa. Oyendo esto el emperador, e ignorando totalmente el asunto, les dio esta respuesta: “Sobre la reina que buscáis, os confesamos que nosotros no sabemos nada, excepto el hecho de que aquí llegó ante nosotros una mujer en hábito particular”. Los legados, por su parte le respondieron diciendo: “Si place a vuestra dignidad, quisiéramos ver a esa mujer de la que habláis”. Al presentarse ella por orden del emperador, después de mirarla los emisarios se arrojaron a sus pies y le dijeron con respeto que su esposo la reclamaba. Ella les respondió: “Id y decidle a vuestro rey y señor que si no creyere como yo he creído, jamás podrá

tenerme como consorte”. ¿Qué más? Al regresar los emisarios a su patria le anunciaron a su rey todo lo que habían oído. Él, sin pérdida de tiempo, marchó pacíficamente a Constantinopla ante el emperador, con sesenta mil hombres; por quien fue recibido gustosa y dignamente. Como creyó en Cristo Señor con todos sus hombres, juntamente con ellos fue lavado con el agua del bautismo, y fue ayudado a salir de la fuente por el emperador, y fue confirmado en la fe católica; honrado por el emperador con muchos regalos, tomando a su esposa, alegre y feliz regresó a su patria. Por esa época muerto en Friul el duque Grasulfo, Agón asumió el gobierno del ducado friulano. Asimismo en Espoleto, muerto Teodilaupo, fue designado duque de la ciudad, Atto.

51. Así pues, habiendo gobernado Ariberto a los longobardos en Pavía durante nueve años, al morir dejó el gobierno del reino a sus dos hijos, aún adolescentes, Perctarit y Godeberto. Godeberto tuvo la sede del gobierno en Pavía; por su parte, Perctarit la tuvo en la ciudad de Milán. Entre los dos hermanos surgió la chispa de la discordia y odios por causa de hombres malvados, tanto que intentaban invadir sus reinos el uno al otro. Por este motivo Godeberto envió al duque de Turín, Garibaldo, a la corte de Grimoaldo, por esa época poderoso duque de Benevento, invitándolo para que, cuanto antes, fuera y le prestara su apoyo contra su hermano Perctarit, prometiéndole que le concedería en matrimonio a la hija del rey, su hermana. Pero el emisario, obrando de un modo fraudulento contra su señor, aconsejó a Grimoaldo para que fuera, y él mismo se apoderara del reino de los longobardos, que estaban destruyendo los hermanos adolescentes, porque él era de edad madura, de prudente juicio y de robustas fuerzas. Al oír esto Grimoaldo, de inmediato alentó la idea de apoderarse del reino de los longobardos; y dejando como duque a su hijo Romualdo en Benevento, él con una selecta tropa tomó el camino para dirigirse a Pavía; por todas las ciudades, por donde pasaba,

reunía amigos y partidarios para tomar el reino. Envió a Transemundo, conde de Capua, a Espoleto y Toscana, para que con su participación preparara a los longobardos de su región; él cumpliendo perfectamente lo que le había ordenado, salió a su encuentro en la Emilia con muchos partidarios. Habiendo llegado Grimoaldo cerca de Placencia con una poderosa multitud de fuerzas, envió delante de sí a Pavía a Garibaldo, el emisario que le había sido enviado por Godeberto, para que avisara al mismo Godeberto de su llegada. Al llegar ante Godoberto le dijo que Grimoaldo se aproximaba con rapidez, y al preguntarle Godeberto en qué lugar debía prepararle hospedaje a Grimoaldo, Garibaldo le respondió así: que sería conveniente que Grimoaldo, que había venido por su causa y que tomaría a su hermana en matrimonio, tuviera hospedaje dentro del palacio. Y así se hizo. Pues al llegar Grimoaldo, tomó un aposento en palacio. El mismo Garibaldo, causante de toda esta maldad, aconsejó a Godeberto para que, cuando Grimoaldo fuera a hablarle, se presentara vestido con la loriga debajo de sus vestimentas, diciendo que Grimoaldo quería matarlo. A la vez, el mismo artífice de este engaño yendo a Grimoaldo le dijo que, si no se preparaba con firmeza, Godeberto lo mataría con su espada, diciendo que aquél llevaría loriga debajo de sus vestiduras cuando fuera a hablar con él. ¿Qué más? Cuando al día siguiente fueron a hablar y Grimoaldo, después del saludo, abrazó a Godeberto, advirtió de inmediato que traía loriga debajo de su vestimenta. Sin demora, con la espada desenvainada, le quitó la vida. Apoderándose del reino y de todo su poder, lo sometió todo a su autoridad. A la sazón tenía Godeberto ya un hijo pequeño de nombre Reginberto, que fue llevado y criado ocultamente por fieles servidores de Godeberto. Grimoaldo no lo persiguió porque aún era un infante. Al enterarse Perctarit, que reinaba en Milán, de que su hermano había muerto, con la prontitud que pudo, emprendió la huida y llegó a presencia del kan, rey de los ávaros, abandonando a su esposa Rodelinda y su hijo pequeño de

nombre Cunicberto; a quienes Grimoaldo mandó al exilio en Benevento. Una vez que pasaron estas cosas, Garibaldo, por cuya instigación y esfuerzo se consumaron éstas –no sólo había hecho esto, sino también había cometido fraude en su misión al sustraer algunos de los obsequios que debía llevar a Benevento–; por ello, el causante de tales hechos no vivió feliz por mucho tiempo. En la ciudad de Turín había un hombre de pequeña estatura, oriundo de la misma familia de Godeberto; sabiendo éste que el duque Garibaldo iría a la basílica del bienaventurado Juan a orar el mismo día sagrado de Pascua, subiéndose sobre la fuente sagrada del bautisterio, y sujetándose con la mano izquierda de la pequeña columna del baldaquín por donde debía pasar Garibaldo, teniendo bajo sus ropas la espada desenvainada, al pasar Garibaldo junto a él, levantó la ropa para herirlo con todas sus fuerzas, le atravesó el cuello y al instante le cortó la cabeza. Los que venían con Garibaldo cayeron sobre él y lo mataron con innumerables golpes y heridas. Aunque haya quedado muerto, con todo, él vengó honrosamente la injuria de su señor Godeberto.

Fin del Libro IV

LIBRO V

1. Asegurado su reino en Pavía, después de no mucho tiempo Grimoaldo tomó como esposa a la hija del rey Ariberto, que le había sido prometida hacía tiempo, y, a cuyo hermano Godeberto había asesinado. A la vez, habiéndole otorgado muchos obsequios, hizo regresar a sus reales al ejército de Benevento, con cuya ayuda había obtenido el reino. Sin embargo, retuvo a algunos de aquellos hombres para que vivieran con él, concediéndoles muy extensas posesiones.

2. Cuando advirtió que Perctarit, prófugo, se dirigía a Escitia para habitar cerca del kan, mandóle a decir por medio de sus legados al mismo kan, rey de los ávaros, que, si protegía a Perctarit en su reino, en adelante no podría mantener la paz que hasta el momento tenía con los longobardos y con él. Al enterarse de esto el rey de los ávaros, llamado a su presencia Perctarit, le preguntó a qué lugar deseaba marchar, a fin de que por su causa, los ávaros no se enemistaran con los longobardos. Por su parte, al oír esto Perctarit volvió nuevamente a Italia para regresar junto a Grimoaldo; pues había oído que era muy humano. Al llegar a la ciudad de Lodi, envió delante de sí, a presencia del rey Grimoaldo, a Unulfo, un hombre que le era muy fiel, para que le anticipara su llegada. Llegando a presencia del rey, Unulfo le comunicó que Perctarit se acercaba para ponerse bajo su protección. Enterado de esto, aquel prometió firmemente que ningún daño sufriría quien se acercara confiando en su protección. Habiendo llegado entre tanto Perctarit, y habiendo ingresado en la corte de Grimoaldo, al intentar arrojarle a sus pies, el rey lo detuvo bondadosamente y lo levantó para besarlo. Perctarit le dijo: “Soy tu servidor; sabiendo que eres muy cristiano y piadoso, pudiendo vivir entre los paganos, confiado en tu clemencia he llegado a postrarme a tus pies”. El rey, como acostumbraba, volvió a prometerle con juramento diciendo: “Por

Aquel que me creó, después de venir a ponerte bajo mi protección, no sufrirás ningún daño; por el contrario, dispondré todo con respecto a ti, de modo que puedas vivir convenientemente”. Entonces le dió hospitalidad en una espaciosa casa y le mandó que descansara de las molestias del viaje; disponiendo que del tesoro público se le suministrara con generosidad el sustento y todo lo que fuera necesario. Habiéndose instalado Perctarit en la residencia que le había sido preparada por orden del rey, poco después empezó a afluir una muchedumbre de ciudadanos de Pavía a fin de verlo o saludar a quien conocían por antiguo trato. Más ¿qué cosa no puede quebrantar una lengua maliciosa? Poco después, presentándose ante el rey ciertos pérfidos aduladores le advirtieron que si no le quitaba la vida prontamente a Perctarit, al punto él perdería la suya con el reino, asegurándole que, por ese motivo, toda la ciudad concurría a visitarlo. Al oír esto, Grimoaldo mostrándose muy crédulo y olvidándose de lo que había prometido, arde de inmediato en deseos de muerte contra el inocente Perctarit, y empieza a tramar de qué modo le quitaría la vida al día siguiente, puesto que ya era tarde. Luego, por la tarde le mandó diversas comidas, vinos finos y variados tipos de bebidas para poderlo embriagar, de manera que esa noche, relajado por la mucha bebida y anegado en vino, no pudiera pensar en salvarse. En esa ocasión, alguien que había sido del servicio de su padre, al llevarle la vajilla real, poniendo la cabeza bajo la mesa como para saludarlo, le comunicó, en secreto, que el rey había dispuesto matarlo. Por su parte, Perctarit ordenó de inmediato a su copero que en su copa de plata no le diera a beber más que un poco de agua. Cuando los que le traían bebidas de diverso tipo de parte del rey, y en su nombre le pedían que se bebiera toda su copa, él les prometía que la bebería totalmente en honor del rey, pero tomaba sólo un poco de agua de su cáliz de plata. Cuando los servidores le comunicaron al rey que aquel bebía insaciablemente, el rey satisfecho les respondió: “Que beba ese borracho; mañana derramará el vino mezclado con su

sangre”. Por su parte, Perctarit llamó urgentemente a su lado a Unulfo y le comunicó la determinación del rey sobre su muerte. De inmediato, él envió un criado a su casa para que le trajera unas colchas, y ordenó que se armara su lecho junto a la cama de Perctarit. Sin demora el rey Grimoaldo mandó su guardia para que custodiara la casa, donde Perctarit descansaba, de manera que de ningún modo pudiera escapar. Terminada la cena, y habiendo salido todos, quedaron solamente Perctarit, Unulfo y el guardarropa de Perctarit, porque ambos le eran muy fieles; le descubren su idea y le ruegan con insistencia (que aceptara la propuesta), para que al huir Perctarit, uno simulara, mientras pudiera, que aquél descansaba en su dormitorio. Cuando él prometió que lo haría, Unulfo puso sobre la espalda y la cabeza de Perctarit sus cubrecamás, el colchón y una piel de oso, y, según lo planeado, comenzó a empujarlo fuera de la puerta como si fuera un rústico criado, gritándole muchas injurias, y, además, no dejaba de apremiarlo y golpearlo con un palo; de modo que, empujado y golpeado varias veces, caía a tierra. Cuando las guardias reales, colocadas para su custodia, le preguntaron a Unulfo qué era eso: “Este criado, respondió, me armó un lecho incómodo en el aposento de ese borracho, Perctarit, que está tan repleto de vino que duerme acostado como un muerto. Pero ya es suficiente que haya soportado su locura hasta ahora; en adelante, en vida de mi señor, el rey, permaneceré en mi propia casa”. Ellos oyendo esto y creyéndolo que era verdad, se mostraron contentos, y, a la vez, abriéndole paso, permitieron que Perctarit, quien tenía la cabeza cubierta para que no lo reconocieran, saliera, pensando ellos que era un criado. Al retirarse aquellos, el fiel guardarropa permaneció solo adentro con la puerta bien cerrada. Por su parte Unulfo descolgó con unas cuerdas a Perctarit por el lado del muro que da al río de Pavía, e hizo que se reuniera con algunos compañeros que pudo hallar. Ellos, tomando caballos que habían encontrado en el campo, esa misma noche llegaron con rapidez a la ciudad de Asti, donde

vivían los amigos de Perctarit, y que aún resistían como rebeldes a Grimoaldo. Posteriormente se dirigió, Perctarit, lo más pronto posible a la ciudad de Turín, y habiendo atravesado las fronteras de Italia, llegó a la patria de los francos. De ese modo, Dios omnipotente, por disposición de su misericordia, salvó de la muerte a un inocente y preservó de la ofensa, al rey, que según su entender, deseaba hacer el bien.

3. El rey Grimoaldo, pensando que Perctarit descansaba en su residencia, a uno y otro mandó apostar, desde esa residencia hasta su palacio, grupos de hombres armados a fin de que en medio de ellos fuera traído Perctarit sin que pudiera escapar. Los enviados del rey llegaron para conducir a palacio a Perctarit, y después golpearon la puerta donde creían que aquél descansaba; el guardarropa que se hallaba adentro les rogaba diciendo: “Sed misericordiosos con él y permitidle descansar un poco más, porque, cansado por el viaje, aún está sumido en profundo sueño”. Habiéndoselo asentido, le comunicaron al rey que Perctarit aún descansaba sumido en profundo sueño. Entonces él dijo: “Ayer por la tarde tomó tanto vino que todavía no puede estar despierto”. No obstante les ordenó que, apenas se despertara, lo condujeran a palacio. Al llegar a la puerta del aposento, donde esperaban que Perctarit descansara, comenzaron a golpear con más fuerza. El guardarropa les rogó nuevamente que le permitieran dormir aún un poco más a Perctarit. Ellos, gritando airados que el borracho ya había descansado bastante, al punto rompen la puerta del aposento a puntapiés, y, entrando, buscan a Perctarit en el lecho. Como no lo encontraron, sospecharon que estuviera ocupado en cumplir con las necesidades naturales. Como allí tampoco lo encontraron, preguntan al guardarropa qué había sucedido con Perctarit. Él les respondió que había huido. De inmediato sujetándolo de los cabellos y azotándolo, enfurecidos, lo llevan arrastrando hasta el palacio. Al conducirlo a presencia del rey, le dicen que él estaba

enterado de la fuga de Perctarit, y por lo tanto, era merecedor de la muerte. El rey mandó dejarlo en libertad y trató de averiguar de él, punto por punto, cómo había logrado huir Perctarit. Él le refirió al rey todo como había sucedido. Al respecto el rey indagó a los circunstantes diciéndoles: “¿Qué os parece este hombre que hizo estas cosas?”. Todos a una voz le respondieron que merecía perecer atormentado con muchos suplicios. Pero el rey les respondió: “Por Aquel que me creó, este hombre es digno de estar bien, porque no rehusó entregarse a la muerte por fidelidad a su señor”. Inmediatamente mandó que estuviera con sus guardarropas, advirtiéndole que conservara con él, la misma fidelidad que había tenido para Perctarit, prometiéndole que le otorgaría muchos beneficios. Cuando el rey preguntó qué había sucedido con Unulfo, le comunicaron que había buscado asilo en la basílica del bienaventurado arcángel Miguel. Mandó a buscarlo inmediatamente, prometiéndole espontáneamente que ningún mal padecería, en tanto fuera a ponerse bajo su protección. Por su parte Unulfo, al enterarse de la promesa del rey, de inmediato fue a palacio, y, arrojado a los pies del rey, fue interrogado por él de qué modo había podido huir Perctarit. Después de haberle contado todo en detalle, el rey elogió mucho su fidelidad y prudencia, y le concedió clementemente todos sus poderes y cuanto había poseído.

4. Cuando, después de algún tiempo, el rey le preguntó a Unulfo si deseaba pasar sus días con Perctarit, él le respondió con juramento que deseaba morir con Perctarit antes que vivir rodeado de muchos placeres en otra parte. Entonces el rey le preguntó también al guardarropa si, para él, sería mejor permanecer en palacio o vivir en el destierro con Perctarit. Habiéndole contestado él de un modo semejante al de Unulfo, el rey escuchándolos con benevolencia y alabando mucho su fidelidad, le permitió a Unulfo que tomara lo que deseaba de su casa; es decir, criados, caballos y diversos utensilios, y se

marchara ileso junto a Perctarit. Del mismo modo dejó en libertad al guardarropa. Ellos, tomando todas sus cosas en cantidad suficiente, de acuerdo con la benevolencia del rey, con la ayuda del mismo rey se dirigieron a la patria de los francos junto a su amado Perctarit.

5. En esa época, el ejército de los francos, saliendo de Provenza, ingresó a Italia. Al marchar contra ellos Grimoaldo con los longobardos los engañó con un ardid; puesto que simulando que huía de su ataque, abandonó el campamento dejándolo totalmente vacío de hombres, juntamente con sus tiendas de campaña, y repleto de diversos bienes, especialmente, de gran cantidad de muy buen vino. Cuando las tropas de los francos llegaron allí, pensando que Grimoaldo con los longobardos habían abandonado el campamento aterrados de pavor, al punto se alegran, se apoderan con empeño de todo y disponen preparar una cena muy abundante. Mientras ellos descansaban sobrecargados de distintos manjares, mucho vino y sueño, cayendo Grimoaldo sobre ellos después de media noche los abatió con una derrota tal, que escapándose apenas algunos pocos de ellos pudieron volver a la patria. El lugar donde se desarrolló la batalla, hasta el presente se denomina Riachuelo de los francos, y no está muy distante de las murallas de la pequeña ciudad de Asti.

6. En esos días, el emperador Constantino, también llamado Constante, deseando liberar a Italia del poder de los longobardos, saliendo de Constantinopla y tomando el camino de la costa, llegó a Atenas, y desde allí, atravesando el mar, llegó a Tarento. Sin embargo, él, ante todo, fue a ver a un solitario, que, se decía, poseía el espíritu de profecía, para averiguar precisamente si podría vencer y conquistar al pueblo de los longobardos que habitaba en Italia. El siervo de Dios le pidió con insistencia el término de una noche para rogarle al Señor por esto; a la

mañana siguiente le respondió así al emperador: “El pueblo de los longobardos no puede ser vencido de ningún modo, porque cierta reina, que provenía de otra provincia, hizo construir la basílica del bienaventurado Juan Bautista en territorio de los longobardos, y, por eso el mismo bienaventurado Juan intercede de continuo en favor del pueblo de los longobardos. Pero tiempo vendrá en que se burlen de este oráculo; entonces, perecerá este pueblo”. Nosotros hemos comprobado que así sucedió, puesto que antes de la ruina de los longobardos hemos visto que esta basílica del bienaventurado Juan, situada en el lugar denominado Módica, era administrada por personas viles, a tal punto que ese lugar venerable se le otorgaba a los indignos y adúlteros, no por el mérito de su vida sino por soborno.

7. Por lo tanto, según dijimos, habiendo llegado a Tarento el emperador Constante, partió de allí e invadió los territorios de los habitantes de Benevento capturando casi todas las ciudades de los longobardos a su paso. Se apoderó, también, con gran fuerza de la sometida Lucernia, opulenta ciudad de Apulia; la arrasó y destruyó hasta los cimientos. No pudo apoderarse de Acerenza por la posición muy fortificada del lugar. Luego, con todo su ejército, asedió a Benevento y comenzó a expugnarla con violencia; lugar en el que poseía su ducado, en ese momento, Romualdo, muy joven aún, el hijo de Grimoaldo. Éste, de inmediato, como supo la llegada del emperador, envió a su ayo, de nombre Sesualdo, a ver a su padre Grimoaldo, al otro lado del Po, para suplicarle que, cuanto más pronto pudiera, fuera a socorrer con todo su poderío a su hijo, que él había criado, y a los habitantes de Benevento. Al oír esto el rey Grimoaldo, de inmediato marchó a Benevento con su ejército, para prestarle ayuda a su hijo. Muchos de los longobardos lo abandonaron en el camino y regresaron a sus reales, diciendo que ya había expoliado el palacio y no volvería a reclamar Benevento. Entre tanto, el ejército del emperador expugnaba violentamente Benevento con

diversas máquinas de guerra; Romualdo con los longobardos resistía con valor. Siendo tan grande la multitud enemiga, él no osaba atacar frontalmente con su tropa al otro ejército por el corto número de los suyos; sin embargo, atacaba con frecuencia cayendo sorpresivamente sobre el campamento enemigo llevando jóvenes soldados con armamento liviano, y les infería grandes pérdidas. Como Grimoaldo, su padre, se acercaba presurosamente, envióle a su hijo el mismo ayo, del que hemos hablado, para que le comunicara su llegada. Cuando éste se aproximó a Benevento, capturado por los griegos, fue llevado ante el emperador. Al ser interrogado por aquel, de dónde venía, contestóle que venía de parte del rey Grimoaldo, y le hizo saber que el mismo rey estaba muy próximo a llegar. De inmediato el emperador, lleno de pavor, trató de tomar una decisión con los suyos para convenir un pacto con Romualdo, de modo de poder regresar a Nápoles.

8. Tomada como rehén la hermana de Romualdo, de nombre Gisa, hizo la paz con él. Por el contrario, a su ayo Sesualdo mandó que lo llevaran a las murallas, amenazándolo con la muerte si le comunicaba algo a Romualdo o a los habitantes, sobre la proximidad de Grimoaldo; mandóle que dijera, más bien, que aquel no podía llegar. Él prometió que haría como se lo ordenaba, pero habiendo llegado junto a las murallas, dijo que quería ver a Romualdo. Cuando con celeridad Romualdo se hizo presente, así le habló: “Has de ser constante, señor Romualdo, y no te turbes manteniendo la confianza, porque tu padre se presentará con prontitud para prestarte su ayuda. Pues has de saber que él, esta noche, ha acampado junto al río Sangro con un poderoso ejército. Sólo te pido que te muestres misericordioso con mi mujer e hijos, puesto que esta gente perversa no permitirá que yo viva”. Dicho esto, por orden del emperador le fue cortada la cabeza, y con la máquina de guerra, que llaman catapulta, fue arrojada contra la ciudad. Romualdo ordenó que le trajeran su

cabeza, y, llorando, la besó y mandó que fuera enterrada en un sepulcro digno.

9. Temiendo, pues, el emperador, la pronta llegada del rey Grimoaldo, abandona el asedio de Benevento y se marcha a Nápoles. No obstante, el conde de Capua, Mitola, destruyó violentamente su ejército junto a las corrientes del río Calore, en el sitio que hasta hoy se denomina Pugna.

10. Luego que el emperador volvió a Nápoles, uno de sus nobles, de nombre Saburro, pidióle, según refieren, veinte mil soldados y prometió solemnemente que pelearía con Romualdo y lo vencería. Tomando su ejército y habiendo llegado al lugar llamado Forino, asentó su campamento allí; enterado de esto Grimoaldo, que ya había llegado a Benevento, quiso marchar contra él. Su hijo Romualdo le dijo: “No es necesario; sólo danos una parte de vuestro ejército. Yo, con la ayuda de Dios, pelearé con él, y, cuando lo haya vencido, una gloria extraordinaria, ciertamente, se sumará a vuestro poder”. Así ocurrió; tomando una parte del ejército de su padre juntamente con sus hombres marcha contra Saburro. Antes de empezar la batalla contra él, ordenó que hicieran sonar las trompetas desde los cuatro puntos cardinales, y enseguida cayó sobre ellos intrépidamente. Como ambos ejércitos luchaban valientemente, uno del ejército del rey, de nombre Amalongo, que solía portar el estandarte real, golpeó fuertemente con el estandarte que sostenía con ambas manos a un griego, y lo arrancó de la silla sobre la que cabalgaba, levantándolo por los aires sobre su cabeza. Al ver esto el ejército de los griegos, súbitamente lleno de terror, se vuelve para huir, destrozado por el exterminio escapa a la muerte y ofrece así la victoria a Romualdo y a los longobardos. De este modo, Saburro, que había prometido a su emperador rendirle el trofeo de la victoria sobre los longobardos, regresando con unos pocos, le llevó la derrota; por el contrario, Romualdo, finalizada la lucha

con la victoria sobre los enemigos, regresó triunfante a Benevento, y llevó el gozo a su padre, y, a todos, la seguridad, quitando el temor de los enemigos.

11. El emperador Constante, como se diera cuenta de que nada había podido hacer contra los longobardos, volvió contra los suyos, esto es, los romanos, todas las amenazas de su crueldad. Pues saliendo de Nápoles se dirigió a Roma. Salióle a su encuentro, seis millas antes de la ciudad, el papa Vitalino con sus sacerdotes y el pueblo Romano. Cuando el emperador llegó al templo del bienaventurado Pedro, ofreció allí un palio tejido de oro; permaneciendo en Roma doce días, quitó todas las obras de bronce que habían sido construidas desde la antigüedad para embellecer la ciudad, a tal punto que, al descubrir también la basílica de la bienaventurada María, que en otro tiempo se llamaba panteón y había sido erigido en honor de todos los dioses, y, ahora, por concesión de los príncipes precedentes era el lugar consagrado a todos los mártires, mandó a quitar de allí las tejas de bronce y las envió a Constantinopla juntamente con todos los otros tesoros. Habiendo regresado el emperador a Nápoles, se dirigió por tierra a la ciudad de Reggio. Entrando a Sicilia en la indicción séptima, habitó en Siracusa e impuso tal tipo de aflicciones al pueblo de Calabria, Sicilia, África y Cerdeña como nunca se supo que antes hubiera sucedido; de modo que hasta las esposas eran separadas de sus maridos o los hijos, de sus padres. Muchas otras cosas inauditas soportaron también los pueblos de estas regiones, de manera que para nadie quedaba ya esperanza de vida. Puesto que, por orden imperial y avaricia de los griegos fueron quitados los vasos sagrados y objetos preciosos de las santas iglesias de Dios. Por su parte, el emperador permaneció en Sicilia desde la indicción séptima hasta la duodécima; más, al fin, expió las penas de tantas iniquidades, ya que fue asesinado por los suyos mientras se lavaba en el baño.

12. Asesinado, pues, el emperador Constante en Siracusa, Mececio se apoderó del reino en Sicilia, pero sin el consentimiento del ejército oriental. Yendo a Siracusa contra él los soldados de Italia, unos por Istria, otros por la región de Campania, otros de las regiones de África y Cerdeña, lo mataron. Muchos de sus nobles fueron enviados degollados a Constantinopla, con quienes fue deportada también la cabeza del falso emperador.

13. Enterándose de esto el pueblo de los sarracenos, que ya se había extendido por Alejandría y Egipto, llegando súbitamente con muchas naves, invaden Sicilia, ingresan a Siracusa y hacen gran matanza de gente, librándose apenas algunos pocos que se habían refugiado en ciudades muy fortificadas y en las alturas de los montes. Se llevaron, asimismo, muchos despojos y todo adorno de bronce y demás objetos preciosos que el emperador Constante había sacado de Roma; y así volviéronse a Alejandría.

14. Además, murió la hija del rey, yendo a Sicilia; ella había sido sacada de Benevento, según dijimos, en condición de rehén.

15. En esta época hubo tantas lluvias y truenos como ningún hombre recuerda que los haya habido antes, de modo que innumerables miles de hombres y animales fueron muertos alcanzados por los rayos. Ese año, las legumbres, que a causa de las lluvias no pudieron cosecharse, renacieron nuevamente y llegaron a madurar.

16. Por su parte, el rey Grimoaldo, liberados de los griegos los habitantes de Benevento y sus provincias, mientras se disponía a regresar a su palacio en Pavía, después de Atón designó duque de Espoleto a Transamundo, que no hacía mucho había sido conde de Capua y que con mucha valentía había estado a sus órdenes para conquistar el reino; entrególe, además, su hija en matrimonio, otra hermana de Romualdo; y luego regresó a Pavía.

17. Como habíamos dicho anteriormente, muerto el duque de Friul, Grasulfo, sucedióle en el ducado Agón, de cuyo nombre hasta el día de hoy una de las dinastías fundadoras del Friul se denomina casa de Agón. Muerto Agón, Lupo fue duque de Friul. Lupo entró a la isla de Grado, que no dista mucho de Aquilea, con un ejército de caballería por un camino que había sido construido anteriormente a través del mar, y asoló la ciudad robando de allí los tesoros de la iglesia de Aquilea que llevó consigo. Cuando Grimoaldo marchó a Benevento, le encomendó su palacio a Lupo.

18. Mientras el rey estuvo ausente, Lupo cometió muchas tropelías en Pavía, porque no creía que aquél fuera a regresar; al volver el rey, sabiendo que le disgustaría lo que había hecho incorrectamente, dirigiéndose a Friul, consciente de su maldad, se rebeló contra su rey.

19. Entonces, no queriendo provocar una guerra civil entre los longobardos, Grimoaldo mandóle a decir al kan, rey de los ávaros, que fuera con su ejército a Friul contra el duque Lupo y lo destruyera. Lo que ocurrió. Puesto que llegando el kan con un gran ejército al lugar llamado Flovio, según nos lo contaron los ancianos que estuvieron en la batalla, el duque Lupo con los friulanos combatió contra el ejército del kan durante tres días. El primer día derrotó a su poderoso ejército, teniendo pocos heridos de su parte. El segundo día, con algunos de los suyos heridos y muertos, de igual modo aniquiló a muchos ávaros. El tercer día, ya con muchos de los suyos agotados o muertos, destruyó, no obstante, al poderoso ejército del kan y se apoderó de un gran botín. Pero el cuarto día se dieron cuenta de que caería sobre ellos una inmensa multitud de enemigos, de modo que apenas podrían escapar huyendo.

20. Y así, muerto el duque Lupo en esas circunstancias, los que subsistieron se fortificaron en los castillos. No obstante los

ávaros recorriendo todos los territorios se apoderan de todo robándolo y prendiéndole fuego. Como hicieran esto durante algunos días, les fue mandado a decir de parte de Grimoaldo que cesaran de devastar el territorio. Ellos envían sus emisarios a Grimoaldo para decirle que no abandonarían el Friul que habían conquistado con sus armas.

21. Entonces Grimoaldo, apremiado por la necesidad, reunió su ejército, a fin de echar a los ávaros de sus territorios. Colocando juntos en mitad del campo su campamento y el albergue de los ávaros, como tenía una parte poco numerosa de su ejército, a intervalos hizo pasar ante los ojos de los emisarios durante algunos días a esos mismos hombres que tenía, provistos de diversa vestimenta y distintas armas, como si continuamente se acercara un nuevo ejército. Por su parte, los emisarios ávaros, al ver pasar delante, de diversos modos, ese mismo ejército, creyeron que había una inmensa multitud de longobardos. Grimoaldo les habló de este modo: “Con todo este numeroso ejército, que acabáis de ver, de inmediato caeré sobre el kan y los ávaros, si no salen rápidamente de los territorios del Friul”. Al ver y oír esto, luego que los emisarios ávaros le comunicaron las noticias a su rey, éste con todo su ejército regresó de inmediato a su propio reino.

22. Por último, muerto Lupo, según dijimos, su hijo Arnefrido quiso obtener el ducado de Friul en lugar de su padre. Pero temiendo las fuerzas del rey Grimoaldo, huyó al pueblo de los eslavos, a Chartres, que erróneamente llaman Charente. Posteriormente, al regresar él con los eslavos, como para apoderarse con sus fuerzas del ducado, fue muerto cuando cayeron sobre él los friulanos cerca del fuerte Nimis, que no dista mucho de Friul.

23. Luego fue designado duque de Friul Wectari, oriundo de la ciudad de Vicenza, un hombre afable, que gobernaba el pueblo benévolamente. Habiéndose enterado el pueblo de los eslavos de que él se dirigiría a Pavía, reuniendo un poderoso ejército quisieron irrumpir sobre el fuerte de Friul; acamparon en el lugar llamado Brojas, no lejos de Friul. Pero de acuerdo con la disposición divina, ocurrió que el duque Wectari regresara de Pavía la tarde anterior, sin que lo supieran los eslavos. Cuando sus condes, como suele suceder, regresaron a sus reales, al enterarse él de la novedad acerca de los eslavos, con unos pocos hombres, esto es, veinticinco marchó contra ellos. Viendo los eslavos que se aproximaba con tan pocos hombres, se rieron diciendo que contra ellos se acercaba el patriarca con sus clérigos. Cuando ellos se aproximaron al puente del río Natisión, que está ubicado allí mismo donde acampaban los eslavos, quitó de su cabeza el yelmo y mostróles su rostro a los eslavos; pues era calvo. No bien los eslavos reconocieron que era Wectari, súbitamente confundidos gritan desaforadamente que está presente Wectari, y, llenándolos Dios de terror, piensan más en la fuga que en pelear. Cayendo entonces sobre ellos Wectari con los pocos hombres que tenía los abatió produciendo un estrago tan grande que de cinco mil hombres, apenas sobrevivieron algunos pocos que escaparon.

24. Después de Wectari, obtuvo el ducado de Friul Landari; muerto también éste, sucediólo en el ducado Rodoaldo.

25. Muerto el duque Lupo, según habíamos dicho, el rey Grimoaldo le dio en matrimonio a la hija de aquél, de nombre Teoderanda, a su hijo Romualdo que gobernaba Benevento. Ella engendró tres hijos, esto es, Grimoaldo, Gisulfo y Arichis.

26. Asimismo el rey Grimoaldo se vengó de sus injurias respecto a todos aquellos que lo abandonaron cuando partió a Benevento.

27. Pero a Forlimpópoli, ciudad romana, cuyos ciudadanos le ocasionaron algunas dificultades cuando partía a Benevento, y, frecuentemente herían a sus mensajeros que iban y venían de Benevento, la destruyó de este modo: Entrando a Toscana por los Alpes de Bardi en tiempo de cuaresma, sin que se dieran cuenta en absoluto los romanos, el mismo Sábado Santo, en el momento en que se administraba el bautismo, cayó sobre la ciudad repentinamente e hizo tanto estrago de muertos que también perecieron en la fuente sagrada los diáconos que bautizaban a los infantes. Y arruinó esa ciudad de tal modo que hasta hoy hay muy pocos habitantes que moran en ella.

28. Por cierto, Grimoaldo les tenía mucho odio a los romanos, por el hecho de que cierta vez habían engañado en su buena fe a sus hermanos Taso y Caco. Por esa razón destruyó hasta sus cimientos a la ciudad de Oderzo, donde ellos fueron asesinados, y los territorios en los cuales habían habitado los repartió entre los friulenses, tarvisienses y cenetenses.

29. Por esta época, el duque de los búlgaros, de nombre Alzeco, saliendo de su pueblo por causas desconocidas, y, entrando pacíficamente en Italia, se presentó ante el rey Grimoaldo con todo el ejército de su ducado y le prometió que se pondría a su servicio y que habitaría en su patria. Lo envió a Benevento junto a su hijo Romualdo, y le mandó a éste que le otorgara a él y a su pueblo lugares donde habitar. El duque Romualdo los recibió con alegría y les concedió lugares espaciosos que hasta entonces estaban desiertos, donde pudieran habitar, a saber, Sepino, Boviano e Isernia y otras ciudades con sus respectivos territorios, y le ordenó a Alzeco que cambiara el nombre de su dignidad de duque y se llamara administrador de la hacienda real. Los que hasta hoy, según dijimos, habitan esos lugares, aunque hablan latín, sin embargo no perdieron el uso de su propia lengua.

30. Según dijimos, muerto en Sicilia el emperador Constante y castigado el tirano Mececio, que lo había sucedido, ascendió al trono para gobernar el reino de los romanos, Constantino, hijo del emperador Constante; reinó sobre los romanos diecisiete años. Asimismo, en tiempo del emperador Constante, el arzobispo Teodoro y el abad Adriano, varón igualmente muy docto, enviados por el papa Vitaliano a Bretaña, fecundaron con la semilla de la doctrina eclesiástica muchas iglesias de los anglos. De las cuales, el arzobispo Teodoro determinó los juicios de los que pecaban, con admirable y discreta consideración; a saber, los años que uno debía hacer penitencia por cada uno de los pecados.

31. Inmediatamente después, en el mes de agosto apareció el cometa desde oriente con rayos muy resplandecientes, el cual girando sobre sí mismo desapareció. Enseguida una violenta peste proveniente de oriente devastó al pueblo Romano. En esos días el papa Dono, de la Iglesia romana hizo recubrir maravillosamente con grandes mármoles blancos el lugar llamado Paraíso, a la entrada de la basílica del bienaventurado apóstol Pedro.

32. En esa época, en las galias, el reino de los francos lo gobernaba Dagiberto, con quien el rey Grimoaldo había hecho un pacto de paz muy firme. Temiendo Perctarit, también en la patria de los francos, las tropas de Grimoaldo, parte de la Galia y decide dirigirse apresuradamente a la isla de Bretaña junto al rey de los sajones.

33. Por su parte, Grimoaldo, nueve días después de su sangría, estaba en su palacio, y, al intentar herir una paloma con su arco y flecha, se le cortó una vena de su brazo. Según dicen, los médicos lo privaron para siempre de esta vida suministrándole medicamentos envenenados. Éste agregó al edicto, que Rothari

había promulgado, algunos capítulos de la ley, que le habían parecido de utilidad. Tuvo un cuerpo robusto; fue el primero por su audacia; de cabeza calva, de abundante barba; adornado, no menos de prudencia que de fuerza. Su cuerpo fue enterrado en la basílica del bienaventurado confesor Ambrosio, que él había mandado a construir, no hacía mucho tiempo, dentro de la ciudad de Pavía. Él, después de la muerte de Ariberto, pasado un año y tres meses, se apoderó del reino de los longobardos y reinó durante nueve años, dejando al morir, como rey a Garibaldo, su hijo que había engendrado la hija del rey Ariberto, un niño aún de corta edad. Así pues, como empezamos a decir, partiendo Perctarit de Galia, se embarcó en una nave para trasladarse a la isla de Bretaña junto al rey de los sajones. Cuando ya había comenzado a navegar un poco por el mar, desde la costa se oyó un grito preguntando si Perctarit estaba en esa nave. Como se le respondió que Perctarit estaba allí, el que gritaba añadió: “Decidle que vuelva a su patria porque hoy hace tres días que Grimoaldo se ha ido de esta vida”. Al oír esto Perctarit regresó de inmediato, y, llegando a la orilla, no pudo hallar a la persona que le había comunicado la muerte de Grimoaldo; por lo cual se creyó que no había sido un hombre sino un mensajero divino. Desde allí se dirigió a su patria, y, cuando hubo llegado a las fronteras de Italia, halló esperándolo todo el séquito palatino, y todas las dignidades reales con un gran número de longobardos. Habiendo regresado a Pavía y echado del trono al niño Garibaldo, fue ascendido al trono con el consentimiento de todos los longobardos, tres meses después de la muerte de Grimoaldo. Era un hombre bondadoso, católico por su fe, tenaz defensor de la justicia, que alimentaba a los pobres con mucha prodigalidad. Inmediatamente envió mensajeros a Benevento y luego mandó a buscar a su esposa Rodelinda y a su hijo Cuniberto.

34. Luego que obtuvo los derechos del reino, en el lugar que da al río Tesino de donde tiempo atrás había huido, construyóle a

su Señor y Libertador el monasterio, denominado Nuevo, en honor de la santa virgen y mártir Águeda. En él congregó a muchas jóvenes y paralelamente enriqueció ese lugar con objetos diversos y joyas preciosas. Por su parte la reina Rodelinda erigió, con maravillosa construcción, la basílica de la santa Madre de Dios, fuera de las murallas de la ciudad de Pavía, la cual se denomina “Junto a las pértigas”, y la embelleció con magníficos decorados. Ese lugar se denomina “Junto a las pértigas”, porque, tiempo atrás, allí se hallaban clavadas hacia arriba pértigas, esto es, vigas, que solían colocarse de acuerdo con la costumbre de los longobardos por esta razón: si alguien había muerto en alguna parte, en la guerra o en cualquier otro lugar, sus familiares clavaban una vara dentro de sus sepulcros, en cuya parte superior ponían una paloma tallada en madera, que estaba colocada en dirección al lugar donde su familiar querido había muerto, para que por medio de éstas se pudiera saber en qué lugar descansaba el muerto.

35. Habiendo reinado Perctarit solo durante siete años, en el octavo admitió como copartípe en la dirección del reino a su hijo Cuniberto, con quien reinó juntamente durante diez años.

36. Cuando vivían en abundante paz, y, por todas partes a su alrededor, tenían tranquilidad, se levantó contra ellos el hijo de iniquidad, de nombre Alahis, por quien, perturbada la paz en el reino de los longobardos, se realizaron grandes destrucciones de pueblos. Éste, mientras era duque de la ciudad de Trento, luchó y venció admirablemente al conde de los bávaros, a quien ellos denominan Grafión, el cual gobernaba Bolzano y demás castillos. Engreído por esta razón, alzó también su mano contra su rey Perctarit, y, rebelándose, se fortificó dentro del castillo de Trento. Cuando el rey Perctarit, al dirigirse contra él, lo asediaba por el exterior de las murallas, saliendo inesperadamente de la ciudad Alahis con sus hombres destruyó el campamento real y

obligó al rey en persona a emprender la huida. Sin embargo, posteriormente por intercesión de Cuniberto, hijo del rey, quien ya lo estimaba desde tiempo atrás, volvió a congraciarse con el rey Perctarit. Queriendo una vez el rey mandarlo a matar, su hijo Cuniberto impidió siempre que lo hiciera, pensando que en adelante sería fiel vasallo; y no dejó que su padre se apoderara del ducado de Brescia, antes por el contrario se lo otorgara a aquél; su padre con frecuencia le advertía lo que Cuniberto hacía para su ruina concediéndole a su enemigo poderes para gobernar. Al cabo, Brescia siempre tuvo una gran multitud de nobles longobardos, con cuya ayuda temía Perctarit que Alahis se hiciera más poderoso. En esos días, en la ciudad de Pavía, el rey Perctarit hizo revestir con maravillosos decorados la puerta contigua al palacio, llamada Palatina.

37. Perctarit, habiendo reinado durante dieciocho años, primero solo y luego con su hijo, se retiró de esta vida y su cuerpo fue sepultado junto a la basílica del Señor Salvador, que había mandado a construir su padre Ariberto. Tuvo una estatura normal, fue de cuerpo perfecto, afable en todos los aspectos, y apacible. Por su parte el rey Cuniberto se casó con Hermelinda, de la raza de los anglosajones. Habiendo ella visto en el baño a Teódota, una jovencita procedente de una familia romana muy noble, de cuerpo elegante y adornada con rubios y largos cabellos que le llegaban casi hasta los pies, ponderó su belleza ante su esposo, el rey Cuniberto. Él, disimulando que escuchaba con placer esto de su mujer, sin embargo, se abrasó en un intenso amor por la jovencita; sin pérdida de tiempo salió a cazar a la selva, llamada Orbe, y mandó venir consigo a su esposa Hermelinda. Por la noche salió de allí, volvió a Pavía, mandó a buscar a la jovencita Teódota y se acostó con ella. No obstante, a ella la envió posteriormente al monasterio que en Pavía se llamó con su nombre.

38. Poniendo en evidencia su iniquidad, concebida desde tiempo atrás, Alahis, con el apoyo de los ciudadanos de Brescia, Aldo y Grauso, y también de muchos otros longobardos, y olvidándose de todos los beneficios que le había concedido el rey Cuniberto, como así también del juramento por el que había prometido su fidelidad solemnemente, cuando Cuniberto se ausentó, invadió su reino y se apoderó del palacio de Pavía. Al enterarse de esto Cuniberto, inmediatamente huyó a la isla que está en el lago de Lario, no lejos de Como, y allí se fortificó con todas sus fuerzas. Hubo una gran tribulación para todos los que lo estimaban, y, principalmente para los sacerdotes y clérigos, a quienes Alahis aborrecía. En ese tiempo era obispo de la iglesia de Pavía Damiano, un hombre del Señor, señalado por su santidad, suficientemente versado en las artes liberales. Viendo éste que Alahis se había apoderado del palacio, para que no perpetrara nada contra él o su iglesia, le envió a Tomás, su diácono, es decir, un hombre sabio y piadoso, y por medio de él le mandó a Alahis la bendición de su santa iglesia. Le fue avisado a Alahis que el diácono Tomás estaba ante sus puertas y que le había traído la bendición del obispo. Entonces Alahis, que, según dijimos, odiaba a todos los clérigos, así les habló a los suyos: “Id y decidle que entre si tiene las bragas limpias, de lo contrario, que mantenga sus pies afuera”. Tomás, por su parte, después de escuchar estas palabras le respondió así: “Avisadle que tengo las bragas limpias porque hoy me he vestido con bragas lavadas”. A quien Alahis le mandó a decir por segunda vez: “Yo no hablo de las bragas, sino de aquellas cosas que están dentro de las bragas”. A esto Tomás le respondió de este modo: “Id y decidle: Dios solo puede encontrar motivo de reproche en mí y en mis cosas, más él, de ninguna manera lo puede hacer”. Y cuando Alahis hizo entrar ante sí al diácono, habló con él de un modo bastante áspero reprendiéndolo. Entonces se apoderó de todos los clérigos y sacerdotes el miedo y odio hacia el tirano, creyendo que ellos no podrían soportar en absoluto su crueldad.

Tanto echaron de menos a Cuniberto como maldecían al soberbio usurpador del reino. Pero la crueldad y la barbarie desvergonzada no conservó por mucho más tiempo el reino usurpado.

39. Finalmente, cuando cierto día contaba sueldos sobre una mesa, de ella se le cayó un tremís, que el hijo de Aldo, aún niño, recogió del suelo y se lo devolvió a Alahis. Éste, pensando que el niño entendía poco, le habló así: “Tu padre tiene muchos de éstos, y pronto, si Dios quiere, me los dará”. Cuando el niño regresó por la tarde a su casa junto a su padre, éste le preguntó si ese día el rey había hablado algo con él, le hizo saber a su padre todo lo que había sucedido y lo que había dicho el rey. Al oír esto, Aldo temió mucho y, haciendo venir a su hermano, le comunicó todo lo que el rey había dicho maliciosamente. Éstos deliberan de inmediato con sus amigos y con aquellos en quienes podían confiar, de qué modo podrían privarlo del reino al tirano Alahis antes de que él les pudiera hacer algún daño. Yendo de mañana temprano a palacio le hablaron así: “¿Por qué permanece en la ciudad? Mira que toda la ciudad y todo el pueblo te es fiel, en tanto que el borracho aquel, Cuniberto, es tan disoluto que jamás podrá tener fuerzas. Sal y ve a cazar; ejercítate con tus jóvenes amigos; nosotros con los demás fieles ciudadanos te defenderemos esta ciudad. Más aún, te prometemos que muy pronto te traeremos la cabeza de tu enemigo Cuniberto”. Él, persuadido por sus palabras, saliendo de la ciudad se dirigió a la inmensa selva de Orbe, y allí comenzó a divertirse y cazar. Por su parte Aldo y Grauso, yendo al lago de Como y embarcándose en una nave, se dirigieron a donde estaba Cuniberto. Cuando llegaron a su presencia, de rodillas a sus pies, confesaron que ellos no habían obrado mal contra él, y le hicieron saber lo que Alahis había dicho maliciosamente contra ellos y el consejo que le habían dado para su perdición. ¿Qué más? Lloraron juntos y mutuamente se juraron fidelidad, fijando el día en que Cuniberto iría, para que

ellos le entregaran la ciudad de Pavía. Lo que así ocurrió. Yendo Cuniberto a Pavía el día fijado, entró en su palacio y fue recibido por ellos con mucho agrado. Entonces todos los ciudadanos, y, especialmente el obispo, también los sacerdotes y el clero, jóvenes y viejos, concurrieron a porfía ante él, trataban de abrazarlo todos con lágrimas, gritaban llenos de inmenso gozo y daban gracias a Dios por su regreso; él besó a todos los que pudo. Un mensajero fue prontamente a donde estaba Alahis y le comunicó que Aldo y Grauso habían cumplido con lo que habíanle prometido: que habían llevado la cabeza de Cuniberto, y no sólo la cabeza, sino también todo su cuerpo, y que él se hallaba en palacio junto con ellos. Al oír esto Alahis se entristeció en su espíritu; colérico e irritado lanzó múltiples amenazas contra Aldo y Grauso; saliendo de allí regresó a Autria por Placencia y se atrajo, como aliadas, a cada una de las ciudades, en parte con halagos, en parte por la fuerza. Pues al llegar a Vicenza, saliendo contra él sus pobladores, se prepararon a luchar, pero posteriormente, al ser vencidos, se convirtieron en sus aliados. Partiendo de allí, atravesó Tarvisio, del mismo modo también las demás ciudades. Cuando Cuniberto reunía un ejército contra él y los friulanos, de acuerdo con el juramento de fidelidad, deseaban acudir en su auxilio: el mismo Alahis, cerca del puente del río Livenza, que dista cuarenta y ocho millas de Friul y está en el camino de los que se dirigen a Pavía, oculto en la selva llamada Capulano, cuando el ejército de friulanos marchaba de a grupos, a todos ellos según iban llegando los obligó a que le juraran fidelidad, procurando con cuidado que ninguno volviendo atrás les comunicara esto a los otros; de ese modo todos los que venían de Friul estuvieron obligados a él por juramento ¿Qué más? Llegando Alahis con toda Austria, en tanto que Cuniberto con los suyos, asentaron sus campamentos en el campo llamado Corná.

40. Cuniberto le envió un mensajero a Alahis, desafiándolo para que luchara con él en combate individual, sin que fuera necesario agobiar a ambos ejércitos. Alahis no aceptó estas palabras. Cuando uno de los suyos, de origen toscano, lo persuadía llamándolo buen guerrero y hombre vigoroso a fin de que saliera a pelear con osadía contra Cuniberto, Alahis le respondió con estas palabras: “Aunque Cuniberto es un borracho y de corazón insensato, sin embargo, es audaz y de una fortaleza admirable. Pues en tiempo de su padre, cuando nosotros éramos muchachos, había en el palacio unos carneros de admirable magnitud, y él, sujetándose de la lana sobre su lomo los levantaba del suelo con su brazo extendido; lo que por cierto, ya no podía hacer”. Al oír su contestación, el toscano le replicó: “Si tú no te atreves a luchar en combate singular con Cuniberto, ya no me tendrás como aliado para prestarte mi ayuda”. Y acabado de decir esto se retiró y huyó de inmediato junto a Cuniberto y le hizo saber esto mismo. Así pues, los dos ejércitos concurren al campo Corná, y, cuando ya se hallaban cerca, de modo que necesariamente debían enfrentarse, Senón, diácono de la iglesia de Pavía, guardián de la basílica del bienaventurado Juan Bautista, que está dentro de la ciudad, y que en otro tiempo había mandado a construir la reina Gundiperga, como estimaba mucho a su rey y temía que muriera en la batalla, así le habló: “Señor rey, toda nuestra vida se apoya en tu seguridad personal; si tú perecieres en la lucha, el tirano Alahis matará a todos nosotros con diversos suplicios. Séate grato mi consejo. Dame tus armas y yo iré a luchar con este tirano. Si muriere, tú podrás recobrar tu derecho, pero si por el contrario, venciere, te adjudicarás una gloria mayor por haberlo vencido por medio de un siervo”. Y como el rey se negara a hacer esto, los pocos fieles servidores presentes, con lágrimas comenzaron a pedirle insistentemente que asintiera a lo que había dicho el diácono. Por último, convencido por sus ruegos y lágrimas, ya que era de corazón bondadoso, le dio su

loriga, su yelmo, ocreas y demás armas al diácono, y lo mandó a luchar en su reemplazo. El diácono era de su misma estatura y aspecto exterior, de modo que cuando salió armado de la tienda de campaña, todos creyeron que era el rey Cuniberto. Luego comenzó la lucha y se peleó con todas las fuerzas. Alahis se dirigía preferentemente hacia donde pensaba que estaba el rey, y, creyendo matar a Cuniberto, dio muerte al diácono Senón. Habiendo mandado a cortar su cabeza, a fin de dar gracias a Dios, suspendida su cabeza de una pica, al quitarle el yelmo se dio cuenta de haber matado a un clérigo. Entonces enfurecido gritó: “¡Ay de mí! Nada hemos hecho cuando luchamos para esto, para matar a un clérigo. Por eso, en este momento hago voto de que, si Dios nuevamente me concede la victoria, llenaré un pozo con testículos de clérigos”.

41. Viendo Cuniberto que los suyos iban perdiendo, de inmediato se hizo ver de ellos y reconfortó los corazones de todos dejando el terror para confiar en la victoria. Nuevamente los ejércitos se ponen en orden de batalla, y, desde aquí Cuniberto, desde allí Alahis se preparan para luchar. Cuando ya estaban cerca como para que ambos ejércitos se enfrentaran para luchar, Cuniberto le mandó a decir nuevamente estas palabras a Alahis: “¡Mira qué cantidad de gente hay de ambas partes! ¿Por qué es preciso que perezca esta multitud? Enfrentémonos tú y yo en combate singular, y a quien Dios quisiere de nosotros otorgarle la victoria, que posea a todo este pueblo sano e ileso”. Como los suyos le exhortaban que hiciera lo que Cuniberto le había sugerido, él respondió: “Yo no puedo hacer esto, porque entre sus picas veo la imagen de San Miguel Arcángel, donde yo le juré fidelidad”. Entonces uno de ellos le dijo: “Por miedo ves lo que no es; ya es tarde para ti para pensar ahora estas cosas”. Y de esta manera los ejércitos haciendo sonar las trompetas se enfrentan y se realiza una gran matanza de gentes sin que de ninguna de las dos partes cedieran terreno. Finalmente el cruel tirano Alahis fue muerto, y

Cuniberto, con la ayuda de Dios, obtuvo la victoria. Asimismo, el ejército de Alahis, convencido de su muerte, se amparó en la huida. De ellos, a quien no lo mató la espada, le quitó la vida el río Adda. El cuerpo de Alahis fue decapitado y también sus piernas fueron destrozadas, quedando su cadáver deforme y mutilado. El ejército de los friulanos no estuvo presente en esta batalla, porque, como habían jurado fidelidad a Alahis contra su voluntad, no le prestaron su auxilio ni a Cuniberto ni a Alahis; por el contrario, después de haber comenzado la batalla, ellos regresaron a sus reales. Muerto de este modo Alahis, el rey Cuniberto ordenó sepultar con todos los honores fúnebres el cuerpo del diácono Senón ante las puertas de la basílica del bienaventurado Juan, que él había administrado; por su parte, el soberano, con la alegría de todos y el triunfo de la victoria volvió a Pavía.

Fin del Libro V

LIBRO VI

1. En tanto suceden estas cosas entre los longobardos del otro lado del Po, Romualdo, duque de Benevento, reuniendo todo su ejército tomó por asalto y capturó a Tarento, y del mismo modo a Brindis; sometió también a su autoridad toda aquella extensísima región que se extiende a su alrededor. En la misma época, su esposa Teoderata mandó construir la basílica en honor del bienaventurado Pedro, fuera de las murallas de la ciudad de Benevento; en ese lugar fundó un convento para muchas siervas de Dios.

2. Romualdo se fue de esta vida después de haber gobernado el ducado durante dieciséis años. Después de él, su hijo Grimoaldo gobernó por tres años a los pueblos samnitas. Se casó con él Wigilinda, hermana de Cuniberto, la hija del rey Perctarit. Al morir también Grimoaldo, su hermano Gisulfo fue designado duque, y gobernó a Benevento diecisiete años. Con él se casó Winiperga que le engendró a Romualdo. Por esta época, aproximadamente, como en Montecassino, donde descansa el sagrado cuerpo del bienaventurado Benito, pasados ya algunos años, hay un gran yermo, los francos que vinieron de la región de Le Mans o de Orleáns, simulando que pasaban la noche en oración junto al cuerpo amado, se llevaron los restos del querido padre juntamente con los de su santa hermana Escolástica trasladándolos a su patria; allí construyeron dos monasterios separados en honor de cada uno de ellos; esto es, el del bienaventurado Benito y el de santa Escolástica. No obstante, es cierto que nos ha quedado su boca venerable y más suave que el néctar, y sus ojos que contemplaban constantemente el cielo; además, otros miembros aunque convertidos en ceniza. Pues sólo el cuerpo del Señor no vio la corrupción; los cuerpos de todos los demás santos, que serán renovados posteriormente para la

gloria eterna, están sujetos a la corrupción, exceptuando a aquellos que por milagro divino se conservan sin deformarse.

3. Entre tanto, habiéndose ausentado de la ciudad Rodoaldo, de quien dijimos que era duque de Friul, Ansfrido, del castillo de Ragogna, devastó su ducado sin el consentimiento del rey. Enterado de esto, Rodoaldo huyó a Istria, y luego por Ravena en una nave llegó a Pavía a presencia del rey Cuniberto. Más Ansfrido, no contento de gobernar el ducado de Friul, rebelándose además contra Cuniberto, resolvió invadir su reino. Pero, apresado en Verona y conducido ante el rey, se lo echó al exilio después de arrancarle los ojos. Luego de estos hechos, Adón, hermano de Rodoaldo, gobernó por un año y siete meses el ducado de Friul, con el título de lugarteniente.

4. En tanto en Italia suceden estas cosas, en Constantinopla se originó una herejía que sostenía que en Nuestro Señor Jesucristo había una sola voluntad y una sola operación. Esta herejía la propalaron el patriarca de Constantinopla Georgio, Macario, Pirro, Pablo y Pedro. Por esta razón, el emperador Constantino hizo que se congregaran ciento cincuenta obispos; entre los cuales, también asistieron los legados de la santa iglesia Romana, enviados por el papa Agatón, el diácono Juan y el obispo Juan Portuense; todos ellos condenaron la herejía. En ese momento cayeron en medio del pueblo tantas telarañas, que todos se maravillaron; y, por este hecho, se dio a entender que las inmundicias de la deformación herética fueron disipadas. Y por cierto, el patriarca Georgio fue castigado; los demás que perseveraron en su defensa fueron condenados con la pena de la excomunión. En ese tiempo, Damiano, obispo de la iglesia de Pavía, con la aprobación de Mansueto, arzobispo de Milán, por este motivo compuso una carta muy provechosa para la verdadera fe, que en el mencionado sínodo aportó argumento no mediocre. La doctrina correcta y verdadera es ésta: que se crea

que en Nuestro Señor Jesucristo, así como existen dos naturalezas, esto es, la de Dios y la del hombre, así también se crea que en Él hay dos voluntades u operaciones. ¿Deseas saber algo acerca de lo que es propio de la divinidad? “Yo” –dice– “y el Padre somos uno”. ¿Deseas oír algo específico de la humanidad? “El Padre es mayor que yo”. Míralo durmiendo en la nave, según su naturaleza humana; advierte su divinidad, cuando el evangelista dice: “Entonces, incorporándose mandó a los vientos y al mar, y se hizo una gran calma”. Este fue el sexto concilio universal celebrado en Constantinopla, y, redactado en lengua griega, en tiempos del papa Agatón, asistiendo y sumándose al mismo el príncipe Constantino dentro del recinto de su palacio.

5. En esos tiempos, por la indicción octava, la luna sufrió un eclipse. Casi en la misma época, también hubo un eclipse de sol, alrededor de la hora décima, el día tres de mayo. Siguió luego una gravísima peste por tres meses; esto es, julio, agosto y septiembre; y tan grande fue el número de los que se morían, que aun los padres con sus hijos, y los hermanos con sus hermanas, colocados ambos en los féretros eran llevados al sepulcro en la ciudad de Roma. Del mismo modo también la peste asoló a Pavía, tanto que, habiendo huido todos los pobladores a las cimás de los montes o a distintos lugares, aparecían hierbas y arbustos en la plaza y avenidas de la ciudad. En esa oportunidad, ostensiblemente a muchos se les mostró que el ángel bueno y el maligno, de noche, atravesaban la ciudad y, según la orden del ángel bueno, el malo, que parecía llevar un venablo en su mano, cuantas veces tocaba con su venablo las moradas de cualquiera de sus adversarios, tantos hombres de esa misma casa morían al día siguiente. Entonces a alguien le fue anunciado por revelación que esa peste no cesaría antes de que en la basílica del bienaventurado Pedro, llamada “Junto a la Prisión”, se erigiera el altar del mártir san Sebastián. Así se hizo, y, una vez

trasladadas las reliquias del bienaventurado Sebastián desde la ciudad de Roma, y luego que en la ya mencionada basílica se levantó el altar, cesó la peste.

6. Después de esto, mientras el rey Cuniberto en la ciudad de Pavía tomaba una resolución con su mariscal, que en su idioma se dice “*marpahis*”, de cómo quitarles la vida a Aldo y Grauso, de repente, en la ventana junto a la cual estaba se posó una mosca enorme; queriendo hierirla Cuniberto con su cuchillo para matarla, sólo le cortó una pata. Por su parte, mientras Aldo y Grauso iban al palacio, ignorando la resolución del rey, al aproximarse a la basílica del mártir san Román, situada cerca del palacio, súbitamente les salió a su encuentro un cojo con un pie amputado; él les dijo que el rey Cuniberto los mataría si llegaban a su presencia. Al oír esto, se apoderó de ellos un gran temor y se refugiaron detrás del altar de la basílica. Luego se le dio aviso al rey Cuniberto de que Aldo y Grauso se habían refugiado en la basílica del mártir san Román. Entonces Cuniberto empezó a recriminar a su mariscal que de nada había servido su consejo. Su mariscal le respondió así: “Mi señor rey, tú sabes que después que resolvimos esto, yo no me retiré de tu presencia, ¿cómo, pues, pude avisarle esto a alguien?”. Entonces el rey mandó a preguntarles a Aldo y Grauso por qué se habían refugiado en lugar santo. Ellos le contestaron diciendo: “Porque se nos avisó que el señor rey deseaba darnos muerte”. Nuevamente el rey mandó a averiguar quién había sido el que les había avisado, advirtiéndoles que, si no denunciaban al delator, no podrían obtener su gracia. Entonces ellos hicieron saber al rey todo lo que había ocurrido, diciéndole que les había salido a su encuentro un hombre cojo, que tenía un pie amputado y una pierna de madera hasta la rodilla, y que él les había avisado de su muerte. Al instante el rey se dio cuenta de que la mosca a la que le había cortado la pata, había sido el espíritu maligno y que él había manifestado sus intenciones secretas. De inmediato tomó

bajo su protección a Aldo y Grauso desde la basílica; les perdonó su culpa, y, en adelante los tuvo entre sus fieles servidores.

7. En ese tiempo floreció en el arte de la gramática, Félix, tío paterno de mi maestro Flaviano, a quien tanto estimó el rey, que le regaló un cetro decorado con adornos de oro y plata, entre otros regalos de su munificencia.

8. También por esa misma época vivió Juan, obispo de la iglesia de Bérgamo, hombre de admirable santidad. Mientras conversaban en un banquete, él ofendió al rey Cuniberto; entonces el rey mandó preparar para éste, que regresaría a su residencia, un caballo salvaje e indómito, que, con estrepitoso relincho, tenía costumbre de arrojar a tierra a los que lo montaban. Cuando el obispo lo montó, se mostró tan manso que a paso suave lo llevó hasta su casa. Enterándose de esto el rey, desde ese día trató al obispo con el honor debido y le obsequió como regalo el mismo caballo que le había destinado que montara.

9. En esa época, una noche, apareció una estrella junto a las Pléyades, en un cielo sereno, entre las fiestas de la Navidad del Señor y la Epifanía, totalmente cubierta como cuando la luna aparece detrás de una nube. Después de esto, en el mes de febrero, a mediodía, la estrella se levantó desde occidente, y, con brillo intenso, se puso hacia las regiones de oriente. Posteriormente, en el mes de marzo, el Bebio se puso en erupción durante algunos días, y toda la vegetación de su alrededor se perdió a causa de su polvo y de su ceniza.

10. Entonces, el pueblo de los sarracenos, infiel y enemigo de Dios, partió desde Egipto hacia el África con una inmensa multitud de gente; se apoderó de Cartago asediándola, y, una vez capturada, la saqueó con crueldad y la derribó hasta sus cimientos.

11. Entre estos acontecimientos, muere en Constantinopla el emperador Constantino, y su hijo menor, Justiniano, ascendió al trono de los romanos, cuyo gobierno mantuvo durante diez años. Éste les arrebató el África a los sarracenos, y, con ellos firmó la paz terrestre y marítima. Habiendo enviado a su protospatario Zacarías, ordenó que el pontífice Sergio fuera deportado a Constantinopla por no haber querido apoyar ni ratificar lo establecido en el sínodo, que, acerca de aquel error, se había realizado en Constantinopla. Pero las tropas de Ravena y de las comarcas vecinas, desafiando las impías órdenes del príncipe, echaron fuera de la ciudad de Roma al mismo Zacarías con ultrajes e injurias.

12. Rebelándose León contra Justiniano y arrebatándole su dignidad imperial, le quitó el reino, y mantuvo a Justiniano desterrado en el Ponto, mientras gobernó el reino de los romanos por tres años.

13. De nuevo, Tiberio, levantándose contra León, se apoderó de su reino, y lo mantuvo preso en la misma ciudad durante el tiempo que él reinó.

14. En este tiempo, el sínodo realizado en Aquilea, por desconocimiento del dogma, no prestó su confianza para aceptar lo establecido en el quinto concilio universal, hasta que instruido con los saludables consejos del bienaventurado papa Sergio, lo aprobó juntamente con las restantes iglesias de Cristo. Este sínodo se realizó en Constantinopla en tiempo del papa Vigilio, siendo emperador Justiniano, contra Teodoro y todos los herejes que afirmaban que la bienaventurada María había engendrado solamente a un hombre, no a Dios y hombre. En este sínodo se estableció universalmente que la bienaventurada siempre Virgen María sería llamada “teotocos”

(Madre de Dios), porque, como sostiene la fe católica, engendró no al hombre solo, sino verdaderamente al Dios y hombre.

15. En estos días, Cedoal, rey de los anglosajones, que había emprendido muchas guerras en su patria, convertido a Cristo, se apresuró a llegar a Roma. Al atravesar las posesiones del rey Cuniberto, fue recibido por él magníficamente. Cuando llegó a Roma, fue bautizado por el papa Sergio recibiendo el nombre de Pedro, y, todavía vestido con las vestimentas blancas del bautismo, se fue al reino de los cielos. Su cuerpo fue sepultado en la basílica del bienaventurado Pedro, y encima tiene escrito este epitafio:

“La dignidad real, riquezas, descendencia, poderosos reinos, triunfos, el botín de la victoria, próceres, murallas, fortalezas, su hogar, todo lo que el poder de sus padres y él mismo había acumulado, Cedoal, poderoso con sus armas, lo abandonó por amor de Dios, para observar como huésped, siendo rey, a Pedro y su cátedra, de cuya fuente, feliz pudiera tomar las aguas puras, y la estrella esplendorosa en un sorbo centellante, de la que fluye por doquier un fulgor vivificador; y dispuesto ya a recibir los premios de la vida triunfante, como gozoso convertido a la fe, cambió la furia bárbara y luego su nombre; el pontífice Sergio dispuso que fuera llamado Pedro, de modo que, a quien el mismo padre purificó con la gracia de Cristo en la fuente del que renace, emseguida lo condujo a la ciudad celestial, aún vestido de blanco.

¡Maravillosa fe del rey, inmensa clemencia de Cristo, cuyo designio nadie puede descubrir!

Pues llegando a salvo desde el alejado país de los Britanos a través de distintos pueblos, por mares y caminos terrestres, vio la ciudad de Rómulo y contempló el venerado Templo de Pedro, trayendo simbólicos dones.

Vestido de blanco marchará entre las ovejas de Cristo, pues se halla con su cuerpo en el sepulcro; con su alma, en los cielos.

Debes creer que, quien ves que mereció el reino de Cristo, simplemente cambió las insignias de los cetros”.

16. En las galias, en este tiempo, al caer en decadencia los reyes francos respecto a su acostumbrada fortaleza y sabiduría, los que parecían ser los mayores dignatarios de la casa real, comenzaron a administrarle al rey su poder y lo que es costumbre que hagan los reyes; porque había sido dispuesto por el cielo que el reino de los francos pasara a la descendencia de éstos. En ese tiempo fue mayordomo en el palacio real, Arnulfo, un hombre, como después mostró serlo, agradable a Dios y de excelsa santidad. Consagrándose al servicio de Cristo, después de abandonar la gloria del siglo, fue excelente en su episcopado; por último, eligiendo la vida de ermitaño y dando todos sus bienes a los leprosos, vivió en perfecta continencia. En la iglesia de Metz, donde desempeñó su episcopado, hay un libro de sus excelsos hechos, que contiene sus milagros y su casta vida. También yo, en el libro que escribí sobre los obispos de esa ciudad por encargo de Angelramno, hombre muy bondadoso y singular por su santidad, arzobispo de la mencionada iglesia, conté algunos de los hechos extraordinarios de este santísimo varón Arnulfo, que ahora creí superfluo repetir.

17. Entre tanto, Cuniberto, el más agradable de todos los príncipes, después de haber reinado solo sobre los longobardos durante doce años después de su padre, finalmente se alejó de esta vida. En el campo de Corona, donde luchó contra Alahis, mandó construir un monasterio en honor del bienaventurado mártir Gregorio. Fue un hombre sobresaliente, notable por su bondad y audaz guerrero. Con muchas lágrimas de parte de los longobardos, fue sepultado junto a la basílica del Señor Salvador, que en otro tiempo había mandado a construir su abuelo

Ariberto. Dejó el reino de los longobardos a su hijo Liutperto, niño aún, a quien le dio como tutor a Ansprando, un hombre prudente y preclaro.

18. Después de transcurridos ocho meses, el duque de Turín, Ragimberto, a quien en otro tiempo el rey Godiberto al ser muerto por Grimoaldo le había dejado encomendado un pequeño, de quien ya hablamos anteriormente, presentándose con una poderosa tropa luchó en Novara contra Ansprando y Rothari, duque de Bérgamo, y venciéndolos en el campo de batalla, se apoderó del reino de los longobardos. Pero murió el mismo año.

19. Entonces, su hijo Ariberto, se preparó nuevamente para la guerra y luchó con el rey Liutperto cerca de Pavía, y también con Ansprando, Atón, Tatzón y además, con Rothari y Faraón. Además de vencerlos a todos ellos en la lucha, apresó con vida en el campo de batalla al niño Liutperto. Ansprando, emprendiendo la huida se fortificó en la isla de Como.

20. Por otra parte, el duque Rothari regresó a su ciudad de Bérgamo y se apoderó del reino. Saliendo a luchar contra él con un gran ejército el rey Ariberto puso sitio a Bérgamo, después de haber asediado primero y luego capturado la ciudad de Lodi, y atacándola con arietes y diversas máquinas de guerra, sin ninguna dificultad la tomó luego, y apresó al falso rey Rothari, le rasuró la barba y la cabeza y lo echó mandándolo al exilio en Turín; allí mismo, después de algunos días fue muerto. Del mismo modo le quitó la vida a Liutperto a quien había apresado.

21. También envió un ejército a luchar contra Ansprando, a la isla de Como. Al enterarse de esto, Ansprando huyó a Chiavenna; desde allí, a través de la ciudad de los Retios, Curia, llegó a presencia del duque de los bávaros, Teoberto, y estuvo con él

durante nueve años. No obstante, el ejército de Ariberto, invadiendo la isla donde había estado Ansprando, destruyó su fortaleza.

22. Consolidado en el gobierno, el rey Ariberto mandó quitarle los ojos a Sigisprando, hijo de Ansprando, y atormentó de distintos modos a todos los que habían sido consanguíneos suyos. También tuvo en prisión al hijo menor de Ansprando, Liutprando; como vio que era persona para no tener en cuenta y aún adolescente, no sólo no cometió ninguna venganza en su físico, sino que le permitió que se fuera para dirigirse junto a su padre. No hay duda de que esto sucedió con el consentimiento de Dios omnipotente, puesto que lo preparaba para gobernar el reino. Yendo Liutprando a Baviera, junto a su padre, con su llegada le produjo un gozo inmenso. Mas a la esposa de Ansprando, de nombre Teodoranda, el rey Ariberto la hizo apresar. Como ésta se jactara de que sería reina por su voluntad femenina, amputadas su nariz y orejas, fue desfigurada en la belleza de su rostro. Del mismo modo, también fue desfigurada la hermana de Liutprando, de nombre Aurona.

23. En las galias, en esta época, administraba el reino de los francos, con el título de mayordomo, Anschis, hijo de Arnulfo, el cual, se cree, se llamaba así con el nombre del troyano Anquises de otro tiempo.

24. Muerto también Adón en Friul, que, según habíamos dicho, había sido gobernador lugarteniente, asumió el ducado Ferdulfo, que provenía de las regiones de Liguria; un hombre lascivo y orgulloso. Como deseaba lograr la gloria de la victoria sobre los eslavos, se atrajo grandes desgracias para sí y los friulanos. Les concedió privilegios a algunos eslavos a fin de que enviaran hacia esa misma provincia el ejército eslavo. Lo que ocurrió en efecto. La causa de la ruina en la provincia friulana fue ésta: Sobre los

rebaños de los esclavos y pastores de ovejas que pacían en su cercanía, cayeron unos rateros y le robaron su ganado. Los persiguió el gobernador de aquel lugar, a quien llaman en su idioma “*sculdahis*”, un hombre noble y poderoso física y espiritualmente; sin embargo no pudo alcanzar a los rateros. Al regresar de allí, le salió a su encuentro el duque Ferdulfo. Al preguntarle qué había sucedido con los rateros, Argaido, pues así se llamaba, le respondió que habían logrado escapar. Entonces Ferdulfo, indignado, le habló así: “¿Cuándo ibas a hacer algo con firmeza, si tienes el nombre de Argaido, que deriva de *arga* (holgazanería)?”. Él, movido de intensa ira como era un hombre robusto, así le respondió: “Quiera Dios, duque Ferdulfo, que ni tú ni yo partamos de esta vida antes que otros sepan quién de nosotros es más inútil”. Después de haberse dirigido uno al otro en términos vulgares, sucedió, no muchos días después, que el ejército de los esclavos, por cuya venida el duque Ferdulfo les había otorgado donativos, se aproximaba con muchas tropas. Apostaron su campamento en la cima del monte, y era casi imposible de todas partes llegar hasta ellos. El duque Ferdulfo, acercándose con su ejército, comenzó a rodear el monte para poder irrumpir sobre ellos por lugares más llanos. Entonces Argaido, de quien antes hablamos, así le dijo a Ferdulfo: “Recuerda, duque Ferdulfo, que dijiste que yo era un incapaz e inútil, y en términos vulgares me llamaste '*arga*'. Ahora, la ira de Dios caiga sobre aquel de nosotros que suba en segundo lugar hasta los esclavos”. Y diciendo esto y haciendo girar su caballo comenzó a trepar hacia el campamento de los esclavos por lo escarpado del monte, por donde era más difícil la subida. Más Ferdulfo, que se vería deshonrado si no atacaba a los esclavos por los mismos pasajes difíciles, lo siguió por lugares escabrosos e impracticables. Su ejército, juzgando que era vergonzoso no seguir al jefe, comenzó a subir detrás. Viendo los esclavos que los atacaban viniendo por caminos en pendiente, se prepararon para luchar valientemente, y, peleando contra ellos más con piedras y

segures que con las armas, los derribaron de sus caballos y los mataron a casi todos. Así lograron la victoria, no por las fuerzas sino por azar. Allí pereció toda la nobleza friulana; allí sucumbió el duque Ferdulfo; también fue muerto allí el que lo había provocado. Allí fueron vencidos por causa de la riña y la imprevisión tantos hombre vigorosos como los miles de adversarios que hubiesen podido derribar mediante el común acuerdo y un plan razonable. Sin embargo, uno de los longobardos de nombre Munichis, que luego fue el padre de los duques Pedro de Friul y Orso de Caneta, quedando solo allí, actuó con fortaleza y valentía. Al ser derribado de su caballo y al atarle las manos con una cuerda uno de los esclavos que súbitamente se arrojó sobre él, le quitó la lanza de la diestra al esclavo, estando él aún con las manos atadas, lo hirió y escapó precipitándose por lugares escabrosos. En este relato expusimos estas cosas principalmente, a fin de que a otro no le suceda algo similar a causa de reñir.

25. Muerto el duque Ferdulfo de este modo, en su lugar fue designado Corvolo; el cual, conservando por poco tiempo el ducado, como había ofendido al rey, vivió deshonorado habiéndole sido arrancados sus ojos.

26. Posteriormente el ducado lo obtuvo Penmo, que fue un hombre sagaz y útil a la patria. Éste era hijo de Billón, oriundo de la ciudad de Belluno, pero que a causa del motín que había organizado allí, se fue después a Friul donde vivió pacíficamente. Penmo tuvo una esposa de nombre Ratperga, que como tenía un rostro de campesina, frecuentemente le rogaba a su marido que, abandonándola tomara otra mujer que fuera digna esposa de un duque. Pero él, como era un hombre prudente, decía que le agradaban más sus costumbres, su humildad y su honestidad recatada que la belleza corporal. De esta esposa engendró Penmo tres hijos, esto es, Ratchis, Ratchaido y Aistulfo, hombres valientes.

Cuyo nacimiento engrandeció la humildad de su madre. El duque, reunidos los hijos de todos los nobles que había muerto en la guerra de la que hablamos, los crió juntamente con sus hijos como si hubieran sido engendrados por él.

27. Finalmente en esta época, el duque de Benevento Gisulfo tomó a Sora, ciudad de los romanos, y, del mismo modo, las fortalezas de Hirpino y Arce. En tiempo del papa Juan, Gisulfo llegó con toda su tropa a Campania provocando incendios y devastaciones; tomó muchos prisioneros, y, llegando hasta el lugar que llaman Horrea, asentó su campamento. El pontífice le envió sus sacerdotes con las ofrendas apostólicas y redimió a todos los cautivos de sus manos, consiguiendo, además, que el mismo duque con su ejército se replegara a sus territorios.

28. En este tiempo, Ariberto, rey de los longobardos, restituyó la donación del patrimonio de los Alpes Cóticos, que en otro tiempo había sido propiedad de la Sede Apostólica, pero que por mucho tiempo habíale sido quitada por los longobardos, y envió a Roma la carta de donación escrita con letras de oro. También en esos días, dos reyes de los aajones, que habían llegado a los pies de los Apóstoles, murieron con presteza como lo deseaban.

29. A la sazón también llegó a Roma Benedicto, arzobispo de Milán, y trató la causa en favor de la iglesia de Pavía; pero fue derrotado porque desde tiempos antiguos los obispos de Pavía habían sido consagrados por la iglesia romana. El venerable arzobispo Benedicto fue un varón de insigne santidad, cuya fama sobre su buena opinión se extendió por toda Italia.

30. Muerto Transamundo, duque de Espoleto, fue designado, en el lugar del padre, su hijo Farualdo. Por último, Wachilabo, hermano de Transamundo, juntamente con él gobernó el mismo ducado.

31. Por otra parte, Justiniano, que estaba desterrado en el Ponto habiendo perdido su principado, al recibir nuevamente su reino con la yuda de Terebello, rey de los búlgaros, hizo matar a los patricios que lo habían exiliado. Asimismo, a León y a Tiberio, que habían usurpado su puesto, los apresó y mandó degollar en medio del circo ante todo el pueblo; más a Gallicino, patriarca de Constantinopla, habiéndole hecho arrancar sus ojos, lo envió a Roma y designó obispo, en reemplazo de Gallicino, al abad Ciro que lo había ayudado cuando estuvo desterrado en el Ponto. Él, mandando a llamar a su presencia al papa Constantino, lo recibió honoríficamente y lo dejó volver, y, pidiéndole que intercediera por sus pecados postrado en tierra, le renovó todos los privilegios de sus iglesias. Cuando mandó su ejército al Ponto para capturar a Filípico, a quien había apresado, el mismo venerable papa insistentemente le prohibió que lo hiciera; con todo no pudo impedirlo.

32. El ejército que había sido enviado contra Filípico se pasó al bando de éste y lo designó emperador. Yendo a Constantinopla contra Justiniano, luchó con él a doce millas de la capital, lo venció y lo mató, y obtuvo su reino. Por su parte Justiniano gobernó el Imperio con su hijo Tiberio por segunda vez durante seis años. Cuando León lo mandó al exilio, le mutiló la nariz; al asumir el Imperio por segunda vez, todas las veces que debía limpiar su mano humedecida por el humor que caía de su nariz cortada, casi siempre mandó degollar a alguno de los que habían estado contra él.

33. Por último, muerto el patriarca Pedro en esos días, Sereno asumió la dirección de la iglesia de Aquilea; fue un hombre dotado de sencillez y dedicado al servicio de Cristo.

34. Por otra parte, Filípico, llamado también Bardanes, después de haber sido confirmado en la dignidad imperial, ordenó que

Ciro, de quien habíamos hablado, expulsado de su pontificado, regresara al Ponto para dirigir su monasterio. Filípico le envió al papa Constantino una carta de una creencia errónea, que éste rechazó mediante un concilio en la Sede Apostólica; y por causa de este asunto, hizo pintar en el pórtico de San Pedro escenas que incluyen los hechos destacados de los seis santos sínodos universales. Pues Filípico había ordenado que se quitaran las pinturas de este tipo que había en la ciudad real. El pueblo Romano dispuso que los sueldos no llevaran el nombre del emperador hereje, ni sus documentos, ni su imagen. Por ello su imagen no fue introducida en la iglesia, ni su nombre, pronunciado en la liturgia de las misas. Después de haber gobernado el reino durante un año y seis meses, al rebelarse contra él Anastasio, llamado también Artemio, lo expulsó del reino y lo privó de la vista, pero no lo mató. Anastasio envió una carta a Roma, al papa Constantino por medio de Escolástico, patricio y exarca de Italia, en la que declaró ser protector de la fe católica y difusor del sexto santo concilio.

35. Después de haber estado exiliado entre los bávaros durante nueve años completos, Ansprando, finalmente en el décimo, ayudado por Teuberto, duque de los bávaros, regresó con un ejército a Italia y combatió con Ariberto, y de una y otra parte resultó una gran matanza de pueblos. Pero, aunque al cabo de la noche la lucha hubo terminado, sin embargo, es cierto que los bávaros volvieron sus espaldas y el ejército de Ariberto regresó victorioso al campamento. No queriendo Ariberto permanecer en el campamento sino más bien entrar en la ciudad de Pavía, por este hecho les ocasionó desesperación a los suyos, y, a sus adversarios mostróles atrevimiento. Después de regresar a la ciudad y habiendo advertido que por este hecho tenía ofendido a su ejército, aceptando el consejo de huir a Francia se llevó cuanto le era útil y sustrajo el oro del palacio. Mientras cargado con el oro intentaba cruzar el río Tesino, cayéndose allí murió ahogado

por las aguas. Su cuerpo fue hallado al día siguiente; fue preparado en palacio y desde allí trasladado y sepultado en la basílica del Señor Salvador, que antiguamente había construido Ariberto. Éste, en los días en que poseyó el reino, saliendo de noche y yendo de un lugar a otro, por sí mismo averiguaba qué decían sobre él cada uno de los ciudadanos, e investigaba diligentemente qué tipo de justicia impartían a su pueblo los distintos jueces. Cuando llegaban a su presencia los legados de pueblos extranjeros, frente a ellos usaba ropas despreciables o de pieles para que no codiciaran a Italia; jamás les ofrecía exquisitos vinos o manjares. Reinó con su padre Regimberto o solo, hasta el año duodécimo. Asimismo fue un varón piadoso, dedicado a hacer limosnas, y fue amante de la justicia; en sus tiempos la fecundidad de la tierra era muy grande, pero la época, de barbarie. Su hermano Gumberto huyendo a Francia en ese tiempo permaneció allí hasta el día de su muerte. Éste tuvo tres hijos; el mayor de ellos, de nombre Ragimberto, en nuestros días gobernó la ciudad de Orleáns. Después de la muerte de Ariberto, Ansprando apoderándose del reino de los longobardos, reinó solamente tres meses; varón sobresaliente en todo y cuya sabiduría pocos han de igualar. Al advertir su muerte, los longobardos elevan al trono real a su hijo Liutprando; oyendo esto Ansprando, aún con vida, se alegró mucho.

36. En este tiempo el emperador Anastasio mandó su flota a Alejandría contra los sarracenos. Su ejército, cambiando de opinión a mitad de camino regresó a la ciudad de Constantinopla, y, requiriendo al ortodoxo Teodosio, lo eligió emperador y, obligándolo, lo confirmó en el trono imperial. Teodosio venció a Anastasio en una violenta batalla cerca de Nicea. Habiendo prestado juramento, hizo que se convirtiera en clérigo y fuese ordenado presbítero. Él, por su parte, tan pronto como asumió el reino, de inmediato repuso en su lugar original, en la ciudad real, el cuadro venerable en el que estaban pintados

los santos sínodos y que había sido quitado por Filípico. En esos días, el río Tíber se inundó de tal modo que saliendo de cauce produjo muchos males a la ciudad de Roma; de manera que en la ancha Avenida había crecido una estatura y media (de la altura humana), y desde la puerta de San Pedro hasta el Puente Milvio se juntaron las aguas que descendían hacia él.

37. En esos tiempos muchos nobles y villanos del pueblo de los anglos, varones y mujeres, duques y particulares, impulsados por el amor divino se acostumbraron a venir de Britania a Roma. En el reino de los francos a la sazón gobernaba Pipino. Fue un varón de maravillosa audacia, que aniquilaba a sus enemigos atacándolos de inmediato. Atravesando el Rin con uno solo de sus guardias irrumpió sobre uno de sus adversarios y lo asesinó cuando estaba con los suyos en su cubículo. Asimismo emprendió muchas guerras con dureza contra los aajones, y principalmente contra Rabodo, rey de los frisonos. Éste también tuvo otros hijos; pero el más destacado de ellos fue Carlos, quien posteriormente lo sucedió en el gobierno.

38. Por otra parte, al ser confirmado el rey Liutprando en el reino, su pariente Rothari quiso matarlo. Le preparó, pues, un banquete en su casa, en Pavía, donde ocultó unos hombres muy robustos para que asesinaran al rey que asistía al convite. Habiéndole sido avisado esto a Liutprando, ordenó que aquél fuera citado a comparecer a palacio. Palpándolo con su mano, descubrió que, como se lo habían dicho, bajo su ropa vestía su loriga. Al advertir Rothari que había sido descubierto, saltando enseguida hacia atrás, desenvainó su espada para herir al rey. Por su parte, el rey sacó también su espada de la vaina. Entonces uno de los guardias reales, de nombre Subo, al sujetar a Rothari por la espalda, fue herido por él en la frente, precipitándose entonces las otras guardias sobre Rothari lo asesinaron allí mismo. Sus cuatro hijos, ausentes en ese momento, fueron asesinados donde los

hallaron. El rey Liutprando fue un hombre de mucha audacia, de manera que, cuando sus dos escuderos pensaban asesinarlo y esto le hubo sido avisado, penetrando él solo con ellos en una selva espesa, al punto con la espalda desenvainada los reprendió porque habían pensado asesinarlo, y los incitó a que hicieran lo que debían. Arrojándose inmediatamente a sus pies ellos le confesaron todo lo que habían maquinado contra él. Con respecto a otros asuntos también obró de un modo semejante; sin embargo, luego perdonó a los confesos de una maldad tan grande.

39. Muerto Gisulfo, duque de Benevento, asumió el poder para gobernar el pueblo Samnita, su hijo Romualdo.

40. Por esta época, Petronaj, habitante de la ciudad de Brescia, movido por el amor divino llegó a Roma, y por consejo de Gregorio, entonces papa de la Sede Apostólica, se dirigió a Monte Cassino; llegó junto al cuerpo del bienaventurado padre Benito y allí habitó con algunos varones sencillos que ya antes residían en el lugar. Poco después, con la ayuda de la misericordia divina y por la intercesión de los méritos del bienaventurado padre Benito, transcurridos ya casi ciento diez años desde que aquel lugar había sido abandonado como habitación para los hombres, él se convirtió en padre de muchos monjes, nobles y de clase media, que llegaban hasta él. Restauradas las celdas, empezó a vivir bajo el yugo de la santa regla y la orden del bienaventurado Benito, y erigió en el estado en que hoy se ve este santo monasterio. En tiempo subsiguiente, el más preclaro de los sacerdotes y amado de Dios, el pontífice Zacarías, le otorgó mucha ayuda a este venerable varón Petronaj; a saber, los libros de la Santa Escritura y algunas otras cosas que son menester en el monasterio; además, con paterna piedad le concedió la Regla, que el bienaventurado padre Benito había escrito con sus santas manos. Los escritos señalan que el monasterio del

bienaventurado mártir Vicente, situado cerca del manantial del río Volturno, y que actualmente reluce con una gran congregación, ya entonces había sido edificado por tres nobles hermanos, esto es, Tato, Taso y Paldo, como se indica en el volumen de Autberto, erudito varón, abad del mismo monasterio, que compuso sobre este asunto. Viviendo aún el bienaventurado Gregorio, papa de la Sede Romana, Cumás fue devastada por los longobardos de Benevento; pero al llegar la noche, algunos longobardos fueron capturados y otros, muertos por el duque de Nápoles. La misma ciudad fue reconquistada por los romanos. Para recuperarla, el pontífice entregó setenta libras de oro, como en principio había prometido.

41. Entre tanto, muerto el emperador Teodosio, que había gobernado el Imperio solamente un año, fue designado en su lugar el emperador León.

42. También en el pueblo de los francos, Pipino privado de la vida, su hijo Carlos, de quien antes habíamos hablado, por medio de muchas guerras y luchas, arrebató el principado de mano de Raginfrido. Pues estando en prisión, librado por voluntad divina huyó y entró en combate, primeramente contra Raginfrido muchas veces teniendo pocos hombres, y al cabo, lo venció en una gran batalla cerca de Vincy. Sin embargo le concedió una ciudad donde habitara, esto es, Angers; pero él asumió el gobierno de todo el pueblo de los francos.

43. En ese tiempo, el rey Liutprando confirmó la donación del patrimonio de los Alpes Cóticos a la Iglesia romana. Y no mucho después, el mismo soberano, se casó con Guntrada, la hija de Teuberto, duque de los bávaros, junto a quien había vivido como desterrado; de ella, sólo engendró una hija.

44. Por estos tiempos, Farualdo, duque de Espoleto, invadió a Classe, ciudad de Ravena; pero por orden del rey Liutprando fue devuelta a los romanos. Contra el duque Farualdo se rebeló su hijo Transamundo, y se apoderó de su territorio convirtiéndolo a aquél en clérigo. En esos días, Teudo, duque de los bávaros, fue a Roma a los pies de los bienaventurados apóstoles para orar por su pueblo.

45. En Friul, entre tanto, alejado de los asuntos humanos el patriarca Sereno, con el consentimiento del príncipe Liutprando, se encargó de gobernar la iglesia de Aquilea Calisto, hombre notable, que era archidiácono de la iglesia de Tarvisio. En esta época, como dijimos, Penmo gobernaba a los longobardos friulanos. Cuando él ya había educado hasta llegar a la edad juvenil a los hijos de los nobles que había criado con sus hijos, repentinamente le llegó la noticia de que una inmensa cantidad de eslavos se había aproximado al lugar llamado Lauriana. Lanzándose por tres veces contra los eslavos con aquellos jóvenes, los abatió con una gran derrota. De parte de los longobardos, allí no sucumbió ningún otro más que Sigualdo, que era ya de edad avanzada. Este último, en una batalla anterior, realizada en tiempo de Ferdulfo, había perdido dos hijos. Éste, cuando en el primer y segundo ataque, según su voluntad se había vengado de los eslavos, la tercera vez, con la prohibición del duque y de los demás longobardos, no pudo ser contenido, sino que les respondió así: “Ya es suficiente”, dijo, “vengué la muerte de mis hijos, y si me sobreviniere la muerte, contento la recibiré”. Y así sucedió; él solamente murió en la batalla. Por su parte, Penmo, habiendo derrotado a muchos enemigos, temiendo perder a alguien más de los suyos en la lucha, en el mismo lugar hizo un acuerdo de paz con los eslavos; y desde aquel tiempo, los eslavos temieron más y más las armas de los friulanos.

46. En ese tiempo, el pueblo de los sarracenos, atravesando el mar desde África, desde el lugar llamado Ceuta, invadieron toda España. Luego, después de diez años, yendo con sus esposas y niños llegaron hasta Aquitania, provincia de la Galia, con la intención de habitarla. Ya que, a la sazón Carlos estaba en desacuerdo con Eudón, príncipe de Aquitania. No obstante, uniéndose todos de común acuerdo, combatieron contra los sarracenos con la misma resolución. Pues cayendo los francos sobre ellos, mataron a trescientos setenta y cinco mil sarracenos; más, de parte de los francos, allí sólo murieron mil quinientos. Asimismo, irrumpiendo Eudón con los suyos sobre el campamento de aquellos, todo lo devastó matando a muchos del mismo modo.

47. También en este tiempo, el mismo pueblo de los sarracenos, yendo con un inmenso ejército, rodeó a Constantinopla y de inmediato le puso sitio por tres años, hasta que, por el ruego incesante de sus habitantes que clamaban a Dios, muchos de ellos mueren de hambre y frío, por la guerra y la peste, y de este modo cansados del sitio, se retiran. Saliendo de allí, atacan al pueblo de los búlgaros, que está a la orilla del Danubio, y, vencidos también por este pueblo, se refugian en sus naves. Cuando se hacían al mar, muchos, al sobrevenir una súbita tempestad, perdidas sus naves perecieron ahogados. Pero dentro de Constantinopla murieron por la peste trescientos mil hombres.

48. Al oír Liutprando que los sarracenos, asolada Cerdeña, se habían establecido en aquellos lugares donde, desde hacía tiempo por causa de la invasión de los bárbaros habían sido trasladados y colocados honrosamente los huesos del obispo san Agustín, envió por ellos, y, pagado un alto precio, los recibió y trasladó a la ciudad de Pavía, donde los reinstaló con el honor

debido a tan gran padre. En esos días fue devastada por los longobardos la ciudad de Narnia.

49. En ese tiempo, el rey Liutprando sitió a Ravena, invadió a Classe y la destruyó. Entonces el patricio Pablo, desde Ravena envió a algunos para que asesinaran al pontífice; pero oponiéndose los longobardos en defensa del pontífice, ofreciendo resistencia los de Espoleto en el puente Salario, y en otras partes los longobardos toscanos, fue abandonada la resolución de los de Ravena. En esta época, el emperador León, retiradas las imágenes de los santos, las quemó en Constantinopla y ordenó al Romano Pontífice que hiciera lo mismo, si quería tener el favor imperial. Pero el pontífice rehusó hacer eso. Todo el ejército, también el de Ravena o el de las Venecias resistieron tales órdenes de común acuerdo, y, a no ser que el pontífice se lo hubiera prohibido, tuvieron la intención de nombrar sobre sí un nuevo emperador. El rey Liutprando también se apoderó de las ciudades de Emilia: Feroniano, Montebello, Busseta y Persiceto, Bolonia, Pentápolis y Osimo. Del mismo modo, también se apoderó entonces de Sutri. Pero después de algunos días, nuevamente fue devuelta a los romanos. Por la misma época, el emperador León llegó a cosas peores, de modo que obligó a todos los habitantes de Constantinopla, ya por la fuerza, ya por halagos, a que retiraran, donde las hubiere, las imágenes tanto del Salvador como de su santa Madre, o de todos los santos, y con un incendio las hizo quemar en medio de la ciudad. Y porque la mayor parte del pueblo impedía que se hiciera tal crimen, varios de ellos fueron decapitados, otros fueron mutilados en parte de su cuerpo. Como el patriarca Germán no consintiera este error, fue expulsado de su sede, y, en su lugar, fue ordenado el presbítero Anastasio.

50. Por último, Romualdo, duque de Benevento, eligió como esposa a una de nombre Gamperga, que fue hija de Aurona, la

hermana del rey Liutprando. De ella engendró un hijo que lo llamó Gisulfo, con el mismo nombre de su padre. Después de ésta, tuvo nuevamente otra esposa de nombre Ranigunda, hija de Gaidualdo, duque de Brescia.

51. Por el mismo tiempo, entre el duque Penmo y el patriarca Calisto surgió una grave disputa de desacuerdo. La causa del desacuerdo fue ésta: Tiempo atrás, al llegar de la ciudad de Julia Carnica el obispo Fidentio, con el consentimiento de los duques anteriores, habitó dentro de los muros de la ciudad de Friul, y allí estableció la sede de su obispado. Al morir éste, en su reemplazo en el episcopado fue elegido Amator. Hasta ese día, pues, los patriarcas anteriores tenían su sede, no en Friul sino en Cormones, porque no podían habitar en Aquilea a causa de la incursión de los romanos. Esto disgustó mucho a Calisto, que era ilustre por su nobleza: que en su diócesis el obispo habitara con el duque y los longobardos, y solamente él transcurriera su vida junto al pueblo. ¿Qué más? Actuó contra el obispo Amator y lo expulsó de Friul, estableciendo su morada en la casa de aquél. Por esta causa el duque Penmo con muchos nobles longobardos tomó una resolución contra el mismo patriarca, y, arrestándolo, lo condujo a la fortaleza de Pocio, que está a la orilla del mar, y desde allí intentó arrojarlo al mar; sin embargo, no lo hizo por impedirlo Dios; no obstante, reteniéndolo en la cárcel, lo sustentó con el pan de la tribulación. Al oír esto el rey Liutprando se enardecó con gran ira, y quitándole el ducado a Penmo, designó en su lugar a su hijo Ratchis. Entonces Penmo con los suyos decidió huir a la patria de los esclavos; pero su hijo Ratchis le suplicó al rey y reestableció a su padre el favor real. Y así Penmo, aceptada la promesa solemne de que no padecería ningún mal, se dirigió al rey con todos los longobardos, con los que había tomado la resolución. En esa ocasión, el rey, que presidía el juicio, concediéndole a Ratchis Penmo y sus dos hijos, Ratchaido y Aistulfo, les ordenó que se situaran juntos

detrás de su trono. El rey, en voz alta mandó arrestar a todos aquellos que expresamente se habían adherido a Penmo. Entonces Aistulfo, no pudiendo soportar el dolor, con la espada casi desenvainada intentó herir al rey, si no se lo hubiese impedido su hermano Ratchis. De este modo, arrestados estos longobardos, Herfemar, uno de ellos, defendiéndose virilmente con su espada desenvainada al ser perseguido por muchos, se refugió en la basílica del bienaventurado Miguel, y luego, con el perdón del rey, sólo él mereció la impunidad, siendo los demás atormentados por largo tiempo en prisiones.

52. Por último, en Friul Ratchis fue designado duque, como habíamos dicho; invadiendo con los suyos a Carniola, la patria de los eslavos, devastó todas sus posesiones matando una gran multitud de ellos. Tan pronto como los eslavos súbitamente se precipitaron sobre él, que aún no había tomado la lanza de mano de su escudero, le quitó la vida al primero que le salió al encuentro, hiriéndolo con la maza que esgrimía en su mano.

53. Aproximadamente en estos tiempos, el príncipe de los francos Carlos envió a su hijo Pipino a la corte de Liutprando, para que, según costumbre, tomara su cabello. Él fue su padrino al cortarle su cabellera, y lo hizo regresar a su padre enriquecido con muchos obsequios reales.

54. Por la misma época, el ejército de los sarracenos, ingresando nuevamente en la Galia, realizó gran devastación. Carlos, iniciando la lucha contra ellos no lejos de Narbona, los arrolló con una gran derrota como la primera vez. Al invadir los sarracenos los territorios de los galos por segunda vez, llegaron hasta Provenza, y, capturada Arlés, fueron arrasados todos sus alrededores. Entonces Carlos, enviándole sus legados con presentes al rey Liutprando, le pidió ayuda contra los sarracenos; él, sin demora se apresuró a socorrerlo con todo el ejército de los longobardos. Al

descubrir esto el pueblo de los sarracenos, inmediatamente huyó de esas regiones; más Liutprando con todo su ejército regresó a Italia. El mismo soberano llevó a cabo muchas guerras contra los romanos, en las que siempre fue vencedor; excepto una vez en que, estando él ausente, en Rímini fue abatido su ejército; y otra vez, cuando en la villa de Pilleo, al detenerse el rey en Pentápolis, una multitud de los que llevaban al rey obsequios, o las exenias, o las bendiciones de las iglesias particulares, fue muerta o apresada por los romanos que irrumpieron sobre ellos. Nuevamente, cuando Hildebrando, sobrino del rey, y Peredeo, duque de Vicenza, gobernaban Ravena, al caer súbitamente sobre ellos los venecianos, Hildebrando fue apresado, y Peredeo cayó muerto luchando virilmente. Tiempo después, también los romanos, envanecidos con el orgullo acostumbrado, unidos en su totalidad y teniendo por jefe al duque de Perugia, Agatón, vinieron a apoderarse de Bolonia, donde a la sazón moraban en su campamento Walcari, Peredeo y Rotcari. Éstos, cayendo sobre los romanos, hicieron una gran matanza de ellos y a los demás los obligaron a huir.

55. En esos días, Transamundo se rebeló contra el rey. Al marchar contra él el rey con su ejército, Transamundo emprendió la huida a Roma. En su lugar fue designado Hilderico. Por otro lado, muerto Romualdo, el menor, duque de Benevento, que había gobernado el ducado veintiséis años, quedó su hijo Gisulfo, aún niño. Levantándose algunos contra él, tramaron exterminarlo; pero el pueblo de Benevento, que siempre fue fiel a sus duques, los mataron, preservando de este modo la vida de su duque. No siendo Gisulfo idóneo aún, por su edad infantil, para gobernar un pueblo tan grande, yendo entonces a Benevento el rey Liutprando, lo retiró de allí y designó duque de Benevento a su sobrino Gregorio, con quien se unió en matrimonio su esposa de nombre Giselperga. Solucionados de este modo estos asuntos, el rey Liutprando

regresó a su trono; y, educando a su sobrino Gisulfo con piedad paterna, lo unió en matrimonio con Escauniperga, oriunda de una noble progenie. El mismo rey, al caer enfermo en ese tiempo, se acercó a la muerte. Pensando los longobardos que éste abandonaría la vida, elevaron al trono como rey, a su sobrino Hildebrando, fuera de los muros de la ciudad, en la basílica de la Santa Madre de Dios, denominada Junto a las Pértigas. Al entregarle el estandarte, como es costumbre, se posó en la punta del mismo un cuclillo que andaba volando. Entonces a algunos hombres prudentes, este portento les pareció que significaba que su reinado no sería provechoso. Por su parte, el rey Liutprando, al enterarse de esto, no lo aceptó con ánimo sereno; sin embargo, reponiéndose de su enfermedad, lo tuvo como corregente del reino. Transcurridos ya algunos años, al regresar a Espoleto Transamundo, que había huido a Roma, asesinó a Hilderico, y de nuevo emprendió audazmente la rebelión contra el rey.

56. Después de haber gobernado el ducado siete años en Benevento, Gregorio abandonó la vida. Después de su muerte designado duque Godescalco, gobernó a los de Benevento tres años; con él se unió en matrimonio su esposa de nombre Ana. En consecuencia enterándose el rey Liutprando de tales cosas, tanto de Espoleto como de Benevento, nuevamente se dirigió a Espoleto con su ejército. Al llegar a Pentápolis, cuando iba de Fano a Fossombrone, en la selva que se halla a mitad de camino, los de Espoleto aliándose con los romanos le infirieron grandes bajas al ejército real. El rey con los friulanos estableció como duque en el último lugar mencionado, a Ratchis y a su hermano Aistulfo. Irrumpiendo sobre ellos los de Espoleto y los romanos, hirieron a algunos. Sin embargo, Ratchis con su hermano y algunos varones muy fuertes, que soportaron todo el peso de la lucha y se batieron virilmente, habiendo matado a muchos, ellos y los suyos se salvaron,

excepto, como dije, quedando algunos heridos. Allí, uno, el más robusto de los de Espoleto, de nombre Berto, desafiando expresamente a Ratchis se lanzó contra él, preparado con sus armas. Ratchis, atropellándolo súbitamente lo arrojó del caballo, y cuando sus compañeros querían ultimarle, él, con su acostumbrada clemencia, permitió que huyera. Éste se escapó entrando en la selva arrastrándose con pies y manos. A su vez, en un puente dos de Espoleto, muy robustos, se acercaban contra Aistulfo por la espalda. Éste arrojó desde el mismo puente a uno de ellos hiriéndolo con la lanza de revés; al otro, vuelto hacia él rápidamente, lo arrojó al agua, muerto después de su compañero.

57. Por su parte, Liutprando yendo a Espoleto, expulsó del ducado a Transamundo, y lo obligó a que se hiciera clérigo. En reemplazo de éste, estableció a su sobrino Agiprando. Cuando se dirigía apresuradamente a Benevento, con la noticia de su llegada Gotscalco se dispuso a embarcarse en una nave y huir a Grecia. Después de haber ubicado a su esposa y todos sus enseres en la nave, y por último queriendo embarcarse él, fue muerto cuando irrumpieron sorpresivamente los de Benevento, fieles a Gisulfo. Su esposa, por cierto, fue llevada a Constantinopla con todas las cosas que tenía.

58. Entonces el rey Liutprando yendo a Benevento, a su sobrino Gisulfo nuevamente constituyó duque, en el lugar que le correspondía. Dispuestas así las cosas, regresó a su palacio. Este rey gloriosísimo mandó construir muchas basílicas en honor de Cristo en cada uno de los lugares por donde solía pasar. Fundó el monasterio del bienaventurado Pedro, que está ubicado fuera de las murallas de la ciudad de Pavía, y, que se llama Cielo Áureo. También edificó el monasterio llamado Berceto, en la cima del Alpe Bardón. En Olonna, igualmente su dominio, erigió un edificio de admirable construcción a Cristo, en honor del

mártir san Anastasio, en el que también hizo un monasterio. Del mismo modo, también levantó templos divinos por muchos lugares particulares. Asimismo, dentro de su palacio edificó el oratorio del Señor Salvador, y lo que no había tenido ninguno de los otros reyes, estableció sacerdotes y clérigos, para que todos los días le cantaran los divinos oficios. En tiempos de este rey, en el lugar denominado Foro, junto al río Tanaro, vivió un varón de admirable santidad, de nombre Baudolino, que se destacó por sus muchos milagros con el favor de la gracia de Cristo. Él con frecuencia predijo acontecimientos futuros; asimismo, anunció cosas ausentes como si estuvieran presentes. Al fin, habiendo salido a cazar a la selva Orbe el rey Liutprando, uno de sus acompañantes intentando alcanzar a un ciervo con su saeta, sin querer hirió al sobrino del mismo rey, esto es, el hijo de su hermana, de nombre Aufuso. Al ver esto el rey -pues amaba mucho al joven- comenzó a lamentar con lágrimas su desgracia, y, de inmediato envió a uno de sus caballeros para que corriera hasta el hombre de Dios, Baudolino, y le rogara que suplicara a Cristo por la vida de ese servidor. Cuando aquél se dirigía hasta el siervo de Dios, el joven murió. El siervo de Cristo le dijo así al que se acercaba a él: “Sé por qué causa vienes; pero eso por lo que fuiste enviado a pedirme ayuda, ya no puede realizarse, porque el joven está muerto”. Cuando el enviado le hizo saber al rey lo que había oído de parte del siervo de Dios, el rey, aunque lamentó no haber podido obtener la gracia de su súplica, con todo reconoció abiertamente que el varón del Señor, Baudolino, poseía el espíritu de profecía. En la ciudad de Verona vivió también alguien semejante a éste, de nombre Teodelabio, quien entre las cosas maravillosas que realizaba, con su espíritu profético también predijo muchos acontecimientos que sucederían. También en esa época, floreció por su vida y obras, Pedro, obispo de la iglesia de Pavía, que había sido castigado con el exilio en Espoleto, en otro tiempo, por el rey Ariberto, por ser

pariente del rey. A éste, que frecuentaba la iglesia del bienaventurado mártir Savino, el mismo venerable mártir le anticipó que sería obispo en Pavía. Posteriormente cuando hubo sido nombrado, construyó una basílica al bienaventurado mártir Savino en un solar propio, en la misma ciudad. Éste, entre las demás virtudes que tuvo en su excelente vida, brilló también adornado con la flor de la virginidad. Nosotros pondremos en el lugar apropiado algún milagro suyo, que sucedió tiempo después. Por su parte, Liutprando, después de haber poseído el reino durante treinta y un años y siete meses, terminó la carrera de su vida, ya de edad avanzada. Su cuerpo fue sepultado en la basílica del bienaventurado mártir Adrián, donde también descansa su padre. Fue un hombre de mucha prudencia, de opinión sagaz, muy piadoso y amante de la paz, muy poderoso en la guerra, clemente con los delincuentes, casto, púdico, dado a la oración vigilantemente, dadivoso en sus limosnas, por cierto ignorante de las letras, pero que ha de ser comparado con los filósofos, educador del pueblo y el que acrecentó el número de sus leyes. Éste, al principio de su reinado, tomó muchas ciudades de los bávaros, confiando siempre más en las oraciones que en las armas, y conservando con mucho cuidado la paz con los francos y con los ávaros.

Fin del libro VI.

Historia

Andrés de Bérghamo

1. Hemos encontrado las gestas de los longobardos narradas ordenadamente en seis libros contenidos en un solo volumen por el filósofo Paulo. Hemos procurado resumirlas en un breve compendio, tratando de exponer, con el auxilio de Dios, sumariamente esa misma historia.

En la región septentrional de Europa, en los confines de Germania, hay una península llamada Escandinavia. Leemos que su población está dividida en tres partes. Una tercera parte corresponde a los llamados vándalos. Tenían como jefes a los hermanos Ibor y Agio, con su madre Gambara. Partiendo de Escandinavia llegaron a una región llamada Scoringa. Allí se asentaron por algunos años. Los vándalos eran jóvenes de barba florida y, al parecer, numerosa; las mujeres usaban sus largos cabellos sueltos sobre su frente de modo que parecía que también tuviesen barba. Por esta razón fueron llamados longobardos. Allí lograron su primera victoria contra los vándalos. Por causa de una hambruna se marcharon de Sconinga y entraron en Maurinda. Después se dirigieron a Gotolandia, donde permanecieron un tiempo. Muertos Ibor y Agio los longobardos nombraron como su primer rey a Agilmundo. Este gobernó a los longobardos por treinta y tres años. Luego llegaron hasta un cierto río donde Lamisio luchó con una amazona y la venció. Atravesaron este río. Habiendo llegado a las tierras del otro lado del río por excesiva confianza o negligencia fueron sorprendidos de noche por los búlgaros que cayeron sobre ellos matando a muchos incluso al rey Agilmundo. Los sobrevivientes se reunieron y eligieron por rey a Lamisio, deseando vengarse de los búlgaros. Así lo hicieron. Desde ese momento los longobardos se hicieron más audaces.

Muerto Lamisio, reinó Leto por cuarenta años. Muerto este le dejó el reino a su hijo Hildeoc. Una vez muerto también este, tomó el reino Godioc. Se trasladaron luego a Rugulandia y allí permanecieron por un cierto tiempo porque era un lugar fértil. Muerto Godioc lo sucedió Clafo, su hijo. Muerto éste, ascendió al trono Tato, su hijo. Marchándose de Rutulandia se establecieron en campos abiertos por tres años. Allí lucharon contra los hérulos y consiguieron vencerlos. De esta forma se desvirtuó el poder de los hérulos que desde entonces no tuvieron un rey. Muerto Tato, reinó Wacho, que cayó sobre los suevos y los sometió a su dominio. Muerto Wacho le dejó el reino a su hijo Walthar. Una vez muerto éste, reinó en su lugar Audoin. Este tenía un hijo llamado Alboin. Cuando los gépidos irrumpieron contra los longobardos, este los derrotó con una gran carnicería. Muerto Audoin lo sucedió en el reino su hijo Alboin, que tomó en matrimonio a Clodicinda, hija de Lotario, rey de los francos. Firmó una paz perpetua con los avaros y venció a Cunimuindo, rey de los gépidos; consiguieron un botín muy grande y así acumularon una gran riqueza. Los gépidos quedaron sometidos a los longobardos. Estos habitaron también Panonia y su nombradía se extendió ampliamente. Narsés, que por entonces gobernaba en Roma e Italia, estaba preparando la guerra contra Totila, rey de los godos y le envió legados a Alboin para que le prestase auxilio contra los godos. Alboin, entonces envió por el Adriático tropas elegidas. Llegados allí y asociados con los romanos, se trabaron en lucha con los godos. Estos fueron llevados a un exterminio total junto con su rey Totila y los longobardos regresaron victoriosos con honores y obsequios a su propia tierra. Durante todo el tiempo que los longobardos residieron en Panonia ayudaron a los romanos.

Narsés, patricio de los romanos, siempre los defendió en la guerra. Los romanos, por envidia, lo acusaron ante el emperador Justiniano; el emperador y Sofía, su esposa, como

era eunuco, le ordenaron que acudiese a ellos para repartir las lanas en el gineceo. El patricio Narsés contestó que no solo repartiría las lanas sino que urdiría una tela tan grande que Sofía no podría deshacerla en toda su vida. Narsés envió legados a los longobardos con diversas clases de frutos y otros obsequios valiosos para lograr su favor, invitándolos a instalarse en Italia y disfrutar esas riquezas sin lucha alguna. Los longobardos se alegraron mucho al oír esto. Le encomendaron Panonia a sus amigos, el pueblo de los avaros; la habían poseído por cuarenta y dos años; salieron de Panonia con sus hijos, sus esposas y todos los bienes que tenían, en el mes de abril, en la primera indicción, al día siguiente de la Pascua del Señor, que fue en la calenda de abril, habiendo ya transcurrido quinientos sesenta y ocho años después de la encarnación del Señor. Los longobardos entraron así en Italia a través de los límites del Friuli. Alboin le entregó Friuli a su nieto Gisolfo y a otros nobles longobardos. En esos días los longobardos invadieron Italia, y tomaron Vicenza, Verona y las otras ciudades de las Venecias. Ticino resistió por tres años. Alboin invadió todo el territorio hasta Tuscia, excepto Roma y Ravena. Los habitantes del Ticino, que habían resistido por tres años, merced a la entrega de rehenes, viendo que a su alrededor todos estaban sometidos, se entregaron a los longobardos. Voy a narrar solo unos pocos hechos entre los muchos que ocurrieron. El rey Alboin, después de reinar en Italia por tres años y seis meses, fue muerto por insidias de su cónyuge. Los longobardos en asamblea unánime eligieron como rey a Clefi, varón nobilísimo, en la ciudad de Ticino. Reinó por un año y seis meses; fue muerto por un guardia con una espada que había sido un obsequio suyo. Después de su muerte, durante diez años, los longobardos no tuvieron rey y estuvieron bajo la potestad de duques. Después de esos diez años eligieron a Autanr, hijo de Clefi. Autar contrajo matrimonio con Teodelinda, hija de Garibaldo, rey de los bávaros, mujer santa y

muy noble, que edificó la iglesia de san Juan en Monza. El rey Autro, en Tiicino muere tras haber bebido veneno, según narran, después de haber reinado seis años. Los longobardos, por decisión común le dieron licencia a su reina Teodelinda para que constituyese como rey a quien ella decidiese tomar como marido. ¿Qué más decir? Tomó a Agiluldo, duque de Turín. Este reinó veinticinco años y murió. Reinó en su lugar su hijo Adaloaldo por diez años y fue expulsado del reino. Tomó el reino en su lugar Arioaldo; reinó por doce años y murió. En su lugar reinó Rotario, que compuso el edicto de los longobardos; todos los hechos de su gobierno y las guerras que sostuvo están suficientemente mencionados en la crónica de los longobardos. Rotario reinó dieciséis años y murió; le dejó el reino a su hijo Rodoaldo. Rodoaldo abusó de la esposa de alguien y su marido lo mató, después que hubo reinado cinco años y siete días. A este lo sucedió en el reino Ariperto; este reinó nueve años y murió. Les dejó el reino a dos hijos suyos, Pertario y Gudiperto. Hombres malos sembraron discordia entre los hermanos de modo que estos se disputaron mutuamente el reino; Grimoaldo, duque de Benevento, envió fraudulentamente un legado que asesinó con su espada a Gudiperto, después de un año y seis meses de la muerte de su padre. Pertario se dio a la fuga y Grimoaldo asumió el reino. Su historia registra muchos hechos, pero en este resumen voy a mencionar unos pocos. Compuso nueve capítulos en el edicto de los longobardos; reinó nueve años y murió. Le dejó el reino a su hijo Garialdo. Pertario, que como ya dijimos se había dado a la fuga, dejó la Galia y tomando una nave se trasladó a la isla de Britania, al reino de los sajones. Cruzado el mar y llegando a la costa un nuncio divino lo recibió diciendo: “Regresa, Pertario, a tu tierra, porque hace tres días que murió Grimoaldo”. ¿Qué más? Regresó y fue recibido gratamente por los longobardos; en el tercer mes después de la muerte de Grimoaldo le otorgaron el gobierno del reino. Pertario reinó diecisiete años y murió. Le

dejó el reino a su hijo Cuniberto. Encontramos muchos escritos sobre sus hechos. Sostuvo una larga lucha con el tirano Alahis; Cuniberto, con la ayuda de Dios, obtuvo la victoria y reinó en Italia por doce años después de la muerte de su padre. En Coronate, donde combatió contra Alahis, construyó un monasterio en honor del bienaventurado mártir Jorge. Le dejó el reino a su hijo Liutperto. Contra él se levantó Ariperto, que lo apresó y después de no muchos días le quitó la vida en un lugar de baños. Ariperto reinó por doce años y se ahogó en las aguas del Ticino. Ausprando se apoderó del reino y reinó por tres meses. Le dejó el reino a su hijo Liutprando. Liutprando fue muy sabio, clemente, púdico, buen orador, vigilante, generoso en las limosnas. Amplió las leyes de los longobardos y ordenó inscribir las nuevas en el edicto. Reinó treinta y un años y siete meses y murió. El que considere que este resumen no le basta, lea la historia completa; allí va a encontrar que son verdaderas todas las cosas escritas aquí; muchas más se narran allí referentes a la nobleza y las guerras victoriosas que sostuvieron.

2. Este resumen lo escribí, lo mejor que pude, haciendo un extracto yo, Andrés, presbítero aunque indigno, de la historia de los longobardos. De la historia de los hechos siguientes no hemos encontrado escrita ninguna noticia; voy a escribir aquí lo que ha llegado a mi conocimiento por medio de cartas y relatos de personas de esos tiempos.

3. Muerto Liutprando, Rachis fue elegido rey por los longobardos; reinó cuatro años e incluyó ocho capítulos en el edicto. Muerto éste, le dejó el reino a su hermano Aistolfo. No tenemos documentos de sus hechos pero, por lo que hemos oído, ambos fueron audaces y en su tiempo los longobardos no debieron tener temor de ningún pueblo. Reinó ocho años e incluyó trece capítulos en el edicto y murió. Le dejó el reino a Desiderio. Habiendo este reinado por tres años, nombró rey a su

hijo Adelchis, con el consentimiento de los longobardos y bajo su protección; en este tiempo hubo bastante paz. A su hija, de nombre Berterada, la dio en matrimonio a Carlos, hijo de Pipino, rey de los francos; y a otra hija, Liuperga, la casó con Tasilón, rey de los bávaros. Firmaron una paz muy duradera por ambas partes, pero esto no se cumplió. Esta fue la causa de la discordia. Carlos tenía un hermano mayor de nombre Carlomán, furibundo y pésimo; se levantó iracundo contra Carlos y le hizo jurar que Bertera no seguiría siendo su esposa. ¿Qué más? La devolvió a Ticino, de donde la había tomado. Habiendo oído la madre de ellos acerca de esta separación, lo condenó a su hijo Carlomán; este fue cegado y murió.

4. En estos tiempos regía la iglesia romana el papa León y padecía una gran presión por parte de los longobardos; desde su sede se dirigió a Francia con muchos artistas de las letras y especialmente del canto. El pueblo de los francos oyó acerca de esto con mucha alegría. Carlos salió a su encuentro a pie con los suyos y le concedió un óptimo alojamiento en la ciudad de Metz. Permanecieron los cantores allí por tres años y lograron tanta fama que en muchas ciudades de Francia e Italia hasta el día de hoy son ornamento de las iglesias. El papa, a la más fiel nobleza de los francos les sugirió que se lanzaran contra los longobardos y ocuparan Italia; él, por su parte, regresó a su sede de la iglesia romana. Carlos, con el apoyo de los suyos, olvidó toda la benignidad que le había brindado el rey Desiderio. Reunido un numeroso ejército de francos, por orden del señor apostólico consideraron írritos sus juramentos; Italia se alzó contra los longobardos y, por juicio divino los aterrorizó. Sin gran resistencia el ejército franco invadió Italia, en el año decimoctavo de Desiderio y decimoquinto de Adelchis, en la indicción 12, después de haber transcurrido doscientos cinco años de la llegada de los longobardos a Italia. Por ese mismo tiempo murió Desiderio. Adelchis, su hijo, partió navegando al

otro lado del mar. Fueron muy grandes las tribulaciones en Italia; algunos murieron por la espada, otros por hambre y otros, devorados por las fieras; pocos permanecieron en las villas y las ciudades. En ese tiempo Rotcauso era duque de Friuli y Gaido de Vicenza. Estos, oyendo sobre la devastación causada por los francos y sabiendo que se acercaban a Friuli, se congregaron en la mejor forma posible y fueron a su encuentro en el puente llamado Livenza y allí produjeron una gran carnicería entre los francos. Carlos, oyendo esto, les mandó decir que los recibiría fielmente y con honores. Los duques Rotcauso y Gaido, según el consejo de los nobles de Friuli, decidieron resistir virilmente. Había entre ellos uno a quien los regalos de Carlos ya le habían cegado el corazón. Que dio este consejo: “¿Qué haremos? ¿Cómo podemos resistir? No tenemos un jefe. El rey que nos amparaba ya fue vencido. Vayamos y con la fidelidad nos va a ir bien”. ¿Qué más? Se hizo lo que deseaban. Carlos, por otra parte, los trató honorablemente.

5. Subyugada y ordenada Italia se dirigió a Roma y allí construyó un palacio. Una vez pacificada la tierra y dados los juramentos, le concedió a su hijo Pipino el gobierno de Italia; Carlos, después de algún tiempo, regresó a Francia, llevando consigo doscientos rehenes de entre las personas de más alto rango y mayor nobleza de Italia. Después de no mucho tiempo merecieron ser honrados por Carlos, regresando a su patria. Pipino murió aún en vida de su padre. Dejó un hijo, llamado Bernardo, al que Carlos le concedió Italia. Apenas Bernardo asumió el reino, Italia que estaba asolada por la penuria una hambruna, recobró una digna abundancia, que se extendió durante todo su reinado. Carlos, que había reinado seis años en Francia y cuarenta y un años más después de entrar en Italia, murió en paz, anciano y pleno de días, habiéndose expando, gracias a él, el nombre de los francos, como sucede hasta el día

de hoy. Dejó su sede en Francia a su hijo Ludovico. Este comenzó a ser llamado emperador de los francos.

6. La esposa de Ludovico, Ermengarda, se constituyó en enemiga de Bernardo, rey de los longobardos, y ordenó que por el bien de la paz se dirigiera hacia ella. Él recibió de los legados los juramentos de fidelidad y prometió ir a Francia. La reina, apenas pudo, sin conocimiento de su esposo, lo cegó a Bernardo. Bernardo, por esta causa, murió, habiendo reinado cinco años, dos bajo Carlos y tres bajo Ludovico. El emperador Ludovico tenía una gran sabiduría y era muy prudente, misericordioso y amante de la paz; gozaba de una gran tranquilidad gracias a ese reinado de la paz. Amaba a los lectores, a los cantores y todos los servidores y ministros de la iglesia. Tuvo tres hijos, a saber, Lotario y Ludovico, de Ermengarda y Carlos, de Judit, que se unió en matrimonio con el emperador después de la muerte de Ermengarda. El mencionado emperador Ludovico, aun en vida a su hijo Lotario lo constituyó en la sede imperial, bajo su mandato. Lotario tuvo un hijo, llamado Ludovico, al cual su abuelo Ludovico le concedió Italia; a su hijo Ludovico le concedió Baviera y a Carlos, Aquitania. Lotario acrecentaba cada día su honor con el cargo imperial. Ciertos enemigos le aconsejaron que se apoderase de su madrastra Judit, apartándola del padre y la llevase a Italia. Fue mantenida bajo custodia en Tortona. ¿Quién podrá describir el furor que esto provocó en su padre? Pero Lotario tenía controlada fuertemente a toda Italia. Después de no muchos días Lotario reconoció haber sido mal aconsejado y le envió su madrastra a su padre, e inflamado de ira contra aquellos que le habían dado tan mal consejo, a algunos los mató y a otros los envió al exilio.

7. En esos días regía la iglesia de Milán el arzobispo Angelberto. El emperador le mandó decir que deseaba que estuviese

presente en el concilio y los nobles enviados a él lo invitaron. Cuando lo llevaron ante el emperador, él solo hizo una inclinación de cabeza y le dirigió las correspondientes palabras de saludo; pero no quiso postrarse a sus pies por reverencia al honor de la iglesia. Entonces el emperador dijo: “¡Te comportas como si fueras san Ambrosio!”. El arzobispo respondió: “Ni yo soy san Ambrosio ni tú eres el señor Dios”. Y el emperador le contestó: “Ve hasta mi padre, que hiciste que me tuviese odio y haz que me devuelva su prístina gracia”. Oyendo esto, el arzobispo marchó a Francia. El emperador Ludovico lo recibió con todos los honores. Mientras ambos se encontraban comiendo en la mesa, el emperador, levantándose, preguntó: “Buen arzobispo, ¿qué debe hacer un hombre con su enemigo?”. Él respondió: “El Señor dijo en el evangelio: Amad a vuestros enemigos y haced el bien a aquellos que os odian” Dijo el emperador: “¿Y si no hago esto?”. El arzobispo respondió: “Si no haces esto no tendrás la vida eterna si mueres con ese odio”. El emperador, airado, dijo: “Si me vengo de mi enemigo ¿no tendré la vida eterna?”. Y añadió al instante: “Mira, Angelberto, cómo puedas sostener esas palabras”. Y decidieron esperar hasta el día siguiente. A la mañana siguiente el emperador reunió a algunos sabios para que trataran de resolver el conflicto sobre esas palabras con el arzobispo. El arzobispo en presencia de ellos dijo: “¿Sabéis que todos somos hermanos en Cristo?”. Ellos respondieron. “Sabemos que hay uno solo en el cielo a quien llamamos padre”. Y él dijo: “Por lo tanto, sabéis que somos hermanos, libres o esclavos, padres o hijos; el apóstol Juan dijo: El que odia a su hermano es homicida, y ningún homicida tiene la vida eterna permaneciendo en sí mismo. Por lo tanto, si el que odia es considerado homicida, ¿cómo va a poseer la vida eterna?”. Ellos, convencidos, estuvieron de acuerdo con estas palabras. El emperador puso su mano en el suelo, pidió perdón y le devolvió la gracia a su hijo. Fue emperador en soledad y con

su hijo por veintisiete años y Lotario, bajo el padre, lo fue por veintiún años. En la tercera indicción el sol se oscureció para el mundo y solo brillaban tres estrellas, en las nonas de mayo a la hora nona, en las letanías del Señor, por el espacio de media hora. Hubo una gran tribulación. Muchos en el pueblo creían que se acercaba el fin del mundo. Pero mientras estaban en esa angustia, reapareció el sol como queriendo huir de la sombra que lo había atrapado. A la noche siguiente, ya cerca del amanecer se hizo una luz como de pleno día. Los doctores interpretaron estos signos en el cielo como advertencias. Dijeron: “Hermanos, estad preparados, porque se está cumpliendo lo que dijo el Señor en el evangelio: Cuando veáis estos signos saber que está cercano el día grande y manifiesto de Señor”. En el siguiente mes de junio falleció el emperador Ludovico, terminando sus días en paz. —Después de su muerte surgió la discordia entre los tres hermanos, Ludovico y Carlos por una parte y Lotario por la otra. Como ninguna parte estaba dispuesta ceder, decidieron encontrarse en un lugar llamado Fonteroy donde se enfrentaron los ejércitos de ambas partes y se produjo una gran carnicería, principalmente entre los nobles de Aquitania; muchos varones fuertes aquitanos lucharon entre sí por rivalidades y falta de previsión, cuando podrían, con concordia y saludable consejo haber luchado contra los paganos. Por eso [hasta hoy] quedó tan debilitada la nobleza de los aquitanos que sus tierras son poseídas por los normandos y no tienen una fuerza que pueda resistir [e incluso pagan tributos]. Lotario, después de la muerte de su padre, reinó tanto solo como con su hijo Ludovico, por quince años y murió. Dejó tres hijos, a saber, el ya mencionado Ludovico, que bajo su padre gobernó durante seis años en Italia, Lotario en Francia y Carlos en Provenza. Carlos murió después de no muchos días. Lotario, saliendo de su sede propia, se dirigió a Italia en son de paz para ver a su hermano y se entrevistó con él en el límite de Benevento y Venosa. Pero en su marcha de ida y regreso causó

una gran devastación en casas de los pobres, mereciendo un gran descrédito. En el viaje de regreso cayó enfermo y murió en la ciudad de Piacenza, donde fue sepultado su cuerpo; lo mismo ocurrió con muchos de sus hombres.

8. Poco me voy a referir a los hechos de los hijos de los reyes, pues mi ánimo se inclina hacia otros acontecimientos. Los longobardos sufrieron muchos acosos y opresión por parte de los esclavos hasta que el emperador lo constituyó al príncipe Eberardo en los límites de Friuli. Muerto éste, asumió el principado su hijo Unhroch.

9. En Borgoña surgió alguien llamado Huperto, que por un cierto tempo se profesó muy fiel al emperador Ludovico. Después de un cierto tiempo, unido a los borgoñeses, se rebeló dentro de sus confines, olvidando los grandes beneficios que el emperador le había otorgado así como los juramentos empeñados. El señor Ludovico, oyendo esto, lo envió a Cumrath con otros servidores fieles y Huberto fue apresado y muerto; muchos de sus partidarios también fueron muertos.

10. Antes de que ocurriera esta rebelión, había caído tanta nieve en Italia, que se mantuvo cubriendo por cien días los lugares llanos; el hielo hizo que se perdieran muchos sembrados; las viñas se secaron y el vino se congeló en sus envases; nada salía por la canilla; había que romper el envase a golpes. Esto sucedía en el año décimo del emperador Ludovico, en la octava indicción.

11. Después que hayas leído brevemente sobre estos hechos verdaderos, retomemos el orden del comienzo.

12. El señor Ludovico augusto resistió la opresión de los sarracenos en los confines de Benevento y le dio muerte a

Amelmaster, su príncipe, junto con muchos sarracenos. El emperador, con el resto de los suyos y francos y longobardos, se fortificó en el lugar llamado Bari, y allí estuvo por cinco años, contando además con la fidelidad de otras naciones. Allí estuvo además su esposa Angelberga.

13. Por ese tiempo el pueblo de los búlgaros se sintió encendido por inspiración divina para hacerse cristiano y adorar a Cristo. Fue tan grande el ardor de caridad que inflamó a su rey que él personalmente acudió a la iglesia del bienaventurado Pedro en Roma a ofrecer allí sus dones; fue instruido en la fe católica por el papa Nicolás con la ciencia divina; fue bautizado y confirmado en la santa fe; recibió a los doctores de parte del señor apostólico y regresó a su patria.

14. Mientras el señor Ludovico, con los suyos, estaba fortificado en Bari, llegaron hasta él mensajeros de los confines de Calabria diciendo: “Señor emperador, querernos ser vuestros y confiamos en ser salvos por vuestra defensa. Llegaron hasta nosotros los sarracenos y asolaron nuestras tierras, destruyendo nuestras iglesias; solo os pedimos que nos deis jefes que nos ayuden y conforten. Os damos juramentos y os ofrecemos tributos”. Entonces el señor emperador, movido misericordiosamente, no tanto con alegría por las promesas hechas como con dolor por sus males, eligió varones fuertes y nobles, Otón de Bérgamo, y los obispos Oschis y Gariardo, y los confortó diciendo: “Id en paz, fieles de Cristo; el buen ángel del Señor os acompañará para que yo mismo vea vuestros problemas y merezca las recompensas que os impongo”. Marcharon entonces acompañando a los enviados y recibieron los firmes juramentos reuniendo cada vez una mayor cantidad de fieles del pueblo. Los sarracenos estaban en un cierto valle, haciendo su botín con confianza y sin ningún temor, custodiando a sus cautivos. Los cristianos cayeron sobre ellos y

mataron a cuantos sarracenos encontraron, liberando a los cautivos. Cuando oyó esto su príncipe Cincimo, salió a su encuentro desde la ciudad de Amantea, virilmente preparado; allí enfrentaron a los francos y se produjo una gran carnicería de sarracenos; los que emprendieron la fuga fueron perseguidos y muertos, llegando hasta las puertas de la ciudad. Otón, con los mencionados obispos y los que los seguían regresaron triunfantes ante el señor emperador. El emperador experimentó una gran alegría y los honró dignamente. Cincimo y los suyos recibieron refuerzos desde su patria y tomaron el camino a Bari con una multitud de sarracenos con muchos recursos de auxilio de Soldano. Tenían conocimiento de que los cristianos celebraban un gran día festivo, es decir, la natividad de nuestro señor Jesucristo. Decían: “En ese día adoran a su Dios: no van a pelear y ni siquiera tomar las armas, Carguemos sobre ellos, sorprendiéndolos en medio de su descuido”. El emperador fue informado de este propósito. Advertidos de esto, al canto del gallo y a la primera luz del día, los obispos y sacerdotes celebraron las misas y el pueblo recibió la comunión y la bendición. Y sucedió que los sarracenos y los francios se enfrenaron en un lugar..... Se produjo un gran resonar de tromperas, relinchos de caballos, el clamor de la gente. Cuando ya estaban frente a frente, los fieles de Cristo rezaban diciendo: “Señor Jesucristo, tú que dijiste: El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él, si tú estás con nosotros, ¿quién podrá contra nosotros?”. Inmediatamente se inició el combate. Luchando arduamente, el arma celestial ayudó a los cristianos. Los paganos dieron la espalda y comenzaron a huir. Los cristianos no cesaban de perseguirlos, hasta que mataron una gran cantidad de ellos, y se apoderaron de los bagajes de Soldano. Al oír esto, Soldano comenzó a sentir una gran tristeza y mucho temor. En el siguiente mes de febrero, cumplido el quinto año desde que el señor emperador tenía su residencia en

Bari, capturó a Soldano y dio muerte a los demás sarracenos que estaban allí, en el año vigésimo primero, en la cuarta indicción.

15. Oyendo esto los sarracenos que están en su tierra, eligieron los varones más fuertes en número de veintiún mil. Decían: “Ha sido ignominiosa la muerte de los nuestros. Vayamos allá”. Prepararon naves, se embarcaron, navegaron y desembarcaron en las cercanías de Benevento. Jactándose audazmente dijeron: “¿Por qué debemos confiar en nuestras naves? Destruyámoslas. Los francos nada pueden contra nosotros. Y si nos superan, de este modo no podrán llegar a nuestro reino. Hecho esto, comenzaron a dirigirse hacia los francos. Esto le fue informado al señor emperador y este envió a sus príncipes, Hunroch, Agefrido y Boso, con una selecta tropa de francos y longobardos y de otras naciones. Se encontraron en un lugar llamado san Martín, en el camino de Capua a Volturmo. Ambos ejércitos iniciaron una fuerte lucha. Con la ayuda de Dios misericordioso los sarracenos fueron vencidos a pesar de que eran una gran multitud. Los que no fueron muertos por la espada se ahogaron en el río Volturmo y el resto apenas pudo salvarse huyendo. Así se cumplió el juicio de Dios; los que llegaron enorgullecidos, fueron humillados.

16. Tras esta victoria el emperador se estableció en el palacio de Benevento. Por entonces tenía el principado de Benevento Adelchis, a quien el emperador le confiaba todo y entre ambos reinaba una mutua caridad. El antiguo enemigo, que siempre busca enemistad contra el afecto, hizo que aparecieran hombres malos que entre sí secretamente decían: “¿Por qué nos encontramos tan pesadamente gravados por los francos?”. Los beneventanos decidieron fraudulentamente devolver mal por bien. Donde encontraban quienes eran muy fieles al emperador, trataban de que se apartasen de esa fidelidad al emperador. Los francos estaban separados por castillos y ciudades, confiados sin temor

alguno, creyendo en la fidelidad de los beneventanos... Este disenso duró treinta y cinco días, desde los idus de agosto hasta el día decimoquinto antes de la calenda de octubre, en la quinta indicción. Pero Dios, que había destinado el timón imperial al señor emperador, estaba con él, como se lee: El corazón del rey está en las manos de Dios. Hizo que sus fieles vinieran a él. Hizo caer sobre los beneventanos un temor celestial. Apenas lograron mantener unos pocos de los que alegremente regresaron a la fidelidad del emperador.

17. Transcurrido ese año, aparecieron muchos signos. El vino de la reciente vendimia, apenas colocado en los envases, comenzó a tener turbulencia. En la misma Pascua del Señor parecía que de los árboles y las hojas lloviese tierra. En el día cuarto antes de las nonas de mayo, hubo una helada que hizo secar muchas vides en las llanuras y racimos de uvas en los valles y lo mismo ocurrió con los cultivos tiernos. En el siguiente mes de agosto llegaron langostas desde la región de Vicenza hasta Brescia y luego hasta Cremona y posteriormente alcanzaron Lodi y Milán. Volaban en grandes mangas, como dijo Salomón: Las langostas no tienen un rey y salen todas por cuadrillas. Devastaron muchos sembrados de semillas pequeñas, como el mijo. Se completó el año centésimo desde que los francos entraron en Italia en el año vigésimo tercero y cuatro meses del emperador Ludovico, terminada la indicción sexta, al comienzo de la séptima, en el año de la encarnación de nuestro señor Jesucristo 873.

18. El emperador regresó desde Benevento después de obtener grandes victorias sobre los sarracenos. Un año después, en la indicción octava, una estrella cometa apareció en el cielo, luciendo sus rayos candentes durante todo el mes de junio, por la mañana y por la tarde. En el mes de julio vinieron los sarracenos e incendiaron la ciudad de Comacchio. En el siguiente

mes de agosto falleció el emperador Ludovico el día anterior a los idus de agosto en los confines de Brescia. Antonio, obispo de Brescia tomó su cuerpo y lo sepultó en la iglesia de santa María, donde descansa el cuerpo de san Filástrio. Ansperto, arzobispo de Milán por medio de su archidiácono le ordena entregar ese cuerpo; pero él se niega. Entonces ordena que Garibaldo, obispo de Bérgamo y Benedicto, obispo de Cremona, acudieran con sus sacerdotes y todo el clero, como lo hacía el mismo arzobispo. Así lo hicieron los obispos y llegaron a ese lugar. Desenterraron el cuerpo y lo prepararon magníficamente en el día quinto después de su tránsito; lo colocaron en un féretro y con todo honor y, cantando himnos, lo llevaron a Milán. Digo toda la verdad en Cristo: Estuve allí y por un tiempo ayudé en la portación del féretro y caminé con los que lo portaban, desde el río Oleo hasta el río Adua. Llegados a la ciudad, entre honores y lágrimas, lo sepultaron en la iglesia del bienaventurado confesor Ambrosio, en el día en que se cumplía la semana del fallecimiento. Estuvo en el Imperio por veintiséis años [seis en vida de su padre y veinte después de su muerte].

19. Después de su fallecimiento sobrevino una gran tribulación en Italia. En la ciudad de Ticino se reunieron los mayores de edad con la reina Angelberga [en el mes de setiembre en la indicción novena] tomaron una mala decisión, mandando la noticia a los dos reyes, Carlos de Francia, y Ludovico, de Baviera. Carlos llegó sin saber nada de Ludovico. Ludovico, ignorando que Carlos había acudido, envió a su hijo Carlos, a quien llamaban Carlitos. El rey Carlos llegó a Pavía y Carlitos a las cercanías de Milán. Cuando se enteró que su tío estaba en Pavía, los hombres de Carlitos comenzaron a intrigar con malicia; Berengario con una gran cantidad de hombres llegó a las cercanías de Bérgamo, parando en el monasterio de Fara por una semana, devastando casas, cometiendo adulterios y provocando incendios. Los bergameses abandonaron sus casas

dejando el vino y los víveres, y solo con sus esposas y la ropa indispensable se retiraron a la ciudad o a los montes. Enterado de esto el rey Carlos llegó con gran cantidad de gente tras los malhechores desde los confines de Bérgamo a Brescia, luego a Verona y hasta Mantua. Carlitos regresó a Baviera. Entonces Carlomán, su hermano, vino al encuentro de Carlos, su tío, junto al río Brenta, donde se saludaron con palabras de paz hicieron un pacto hasta el mes de mayo. Carlomán se marchó a Baviera. Carlos se dirigió a Roma y ofreció donativos a la iglesia del bienaventurado Pedro y fue ungido por el apostólico Juan y coronado con el honor imperial. Regresó a Pavía en el mes de enero en la mencionada indicción novena.

20. Cuando el emperador Carlos se encontraba en Pavía, habiendo dejado Roma, oyó que venía contra él Carlomán, hijo de Ludovico. Estaba reuniendo su ejército para la lucha pero algunos de los suyos, en los que tenía depositada gran confianza, defecionaron y se unieron a Carlomán. Viendo esto se dio a la fuga y se dirigió a la Galia y en ese viaje murió. Carlomán tomó el reino de Italia y después de no mucho tiempo regresó junto a su padre en Baviera. Mientras ocurría esto el rey Ludovico.....

Historia de los longobardos de Benevento *de Etchemperto*

1. La marcha de los longobardos y la constitución de su reino, es decir, su origen y su partida de la isla de Escandinavia hasta Panonia y luego su migración hasta Italia, donde instalaron su reino, fue narrada en forma compendiosamente breve pero con razonable prudencia, por Paulo, varón muy perito, extendiéndose esta historia desde Gamara y sus hijos hasta el reino de Ratchis. No en vano dio término allí a su narración porque en ese tiempo dejó de existir el reino de los longobardos. Es, en efecto, costumbre de los historiógrafos, máxime de los que se ocupan de esta clase de comentarios, de exponer solamente los hechos que configuran alabanzas. Últimamente fui invitado por algunos yo, Etchemperto, a narrar la historia de los longobardos residentes en Benevento, prácticamente desde su comienzo, principalmente desde Adelgiso, varón insigne y sagaz, pues de ellos nada digno y laudable se menciona en estos días que merezca ser descrito por un estilete veraz, o sea, no su régimen sino su destrucción, no su felicidad sino su miseria, no sus triunfos sino su ruina, no cómo prosperaron sino como decayeron, no cómo superaron a otros sino cómo fueron superados y vencidos por otros, exhalando grandes suspiros desde el fondo del corazón, para ejemplo de la posteridad, utilizando un estilete sucinto e incierto. Cediendo a esta demanda, confieso que me atrevo a exponer lo que he conocido no tanto con mis ojos sino a través de mis oídos, imitando solo parcialmente a los evangelistas Marcos y Lucas que escribieron sus evangelios no tanto narrando lo que habían visto sino lo que habían oído.

2. Capturada y subyugada Italia por Carlos, constituyó allí como rey a su hijo Pipino y este con un ejército muy numeroso se

acercó a Benevento para capturarla. En ese tiempo Arichis, yerno del ya mencionado Desiderio, ejercía el ducado de Benevento. Era un hombre ilustre, muy cristiano, y experto en cuestiones militares. Oyendo que los francos se acercaban a él, les concedió la paz a los napolitanos, que estaban sufriendo una larga opresión por parte de los longobardos, distribuyéndoles a los habitantes de Liguria y Cimiterio las porciones alimentarias cotidianas, misericordiosamente dispensadas, buscando, como puede conjeturarse, que por medio de su astucia no encontrasen los francos un camino fácil hacia Benevento. Estando ya el ejército galo sobre Benevento, Arichis, con todas las fuerzas de que pudo disponer, trató de resistir fuertemente, pero finalmente, después de una ardua lucha, arrasando los francos todo de raíz como si fueran langostas, pensando más en la vida de los ciudadanos que en su libertad, le entregó sus dos hijos al César en prenda, es decir, Romoaldo y Adelquisa, juntamente con todo su tesoro. Adelquisa, después de muchos ruegos, fue devuelta a su padre y Gromoaldo fue llevado por el César con él a Acqui, concedida la paz a Arichis tras el pacto de un tributo.

3. Aprovechando la ocasión o, por mejor decir, por temor a los francos, Arichis construyó un castillo fuertemente amurallado, entre Lucania y Nocera, contiguo al mar salado y al río Lirino, que derivó de ambos el nombre de Salerno, para ser en el futuro refugio de los príncipes, unido al ejército de Benevento. Dentro de los muros de Benevento le levantó al Señor un corpulentísimo templo, que en griego se llama Agía Sofia, es decir, dedicado a la santa sabiduría, rodeado de varios predios y estableció allí un cenobio de monjas, que debía permanecer perpetuamente bajo la regla de san Benito. Del mismo modo, en ese territorio, Alifano, varón amado por Dios, erigió una iglesia en honor del señor Salvador y construyó un monasterio de mujeres, dedicado al santísimo mártir Vicente.

4. Muerto Arichis se celebró una asamblea y se enviaron a Carlos como legados a magnates de Benevento, para rogarle insistentemente que se dignase conceder que el ya mencionado Grimoaldo, que había sido recibido como rehén de parte de su padre, los presidiese. El rey accedió a sus peticiones y envió al mencionado varón, otorgándole el principado para que los rigiera. Pero antes lo ligó con juramento de que debía hacer rasurar las barbas de los longobardos, y siempre debía ordenar que se inscribiera el nombre del emperador en todos sus documentos y monedas. Concedido el permiso del regreso, fue recibido con gran alegría por los beneventanos. Se aceptó que su nombre figurase en las monedas de oro. Del mismo modo se ordenó que por un cierto tiempo los documentos fuesen así marcados. Las restantes órdenes no creyeron que fuesen dignas de observarse; pero pronto tuvo lugar una rebelión.

5. Por ese mismo tiempo Grimoaldo tomó en matrimonio a la sobrina del rey de los aqueos, llamada Wantia; no se sabe por qué no llegó a dar fruto. El primer intenso amor se trocó en un odio muy grande, con la oposición de los francos que lo rodeaban, y al modo de los hebreos la despidió, dándole libelo de repudio y enviándola por la fuerza a sus propios lares. Aunque esto lo hizo con astucia, no consiguió calmar de ninguna manera la ferocidad de esas bárbaras gentes. Las ciudades y tierras de los teatenses fueron apartadas del dominio de los beneventanos hasta el presente y la ciudad de Niceria fue capturada, pero rápidamente reconquistada por Grimoaldo, siendo capturado en ella Guichisio, duque de Spoleto con todos los guerreros allí encontrados.

6. Con frecuencia Carlos, con todos sus hijos, a los que ya había constituido como reyes, con un inmenso ejército, se acercaba agresivamente a Benevento; pero de nuestro lado luchaba Dios,

de cuyo favor todavía gozábamos, y así muchos de los suyos murieron por la peste y debieron regresar sin gloria con unos pocos. Sucedió que reinando Pipino en Ticino y teniendo Grimoaldo la presidencia en Benevento, los beneventanos se veían agobiados por frecuentes hechos de guerra, de modo que no tenían ni un momento de paz. Ambas partes eran de edad juvenil, propensa a las conmociones e inclinada a la guerra. Pipino, con la protección de sus guerreros, lo acosaba a Grimoaldo con combates continuos; y este, fortificado en sus ciudades y sostenido por muchos jóvenes, estimaba en poco y hasta despreciaba las persecuciones de Pipino, y no cedía en nada. Pipino obraba por medio de sus legados: “Quiero e intento imponer por la fuerza que así como su padre Arichis estuvo sujeto al rey Desiderio de Italia, del mismo modo Grimoaldo esté bajo mi mando”. Grimoaldo, por su parte afirmaba: “He nacido libre por parte de ambos progenitores; siempre seré libre, así lo creo, con la protección de Dios”.

7. Habiéndose Grimoaldo marchado de esta luz, otro Grimoaldo se hizo cargo de tutelar los derechos de Benevento; había sido tesorero del anterior Grimoaldo de divina memoria; este era un hombre manso y tranquilo, que no solo estaba dispuesto a firmar un pacto de paz con los galos sino también con todos los pueblos circundantes y les concedió la gracia y la paz a los ya mencionados napolitanos. Pero el enemigo antiguo envidia a los hombres pacíficos y piadosos y procura sembrar en ellos las semillas de guerras y discordias. Encendió su malicia en un cierto varón llamado Dauferio que, con algunos hijos de Belial, logró que se tomara una horrenda decisión contra el mencionado príncipe. Ocurrió de este modo. Se pusieron insidias en el camino para que cuando saliera por un puente de la ciudad de Vietri para dirigirse hacia Salerno, los miembros de Satanás lo sumergieran en lo profundo de las aguas marinas para ser pasto de las bestias. Por revelación de Dios, conocedor

de las cosas ocultas, protegido por los suyos, pudo atravesar el puente permaneciendo incólume. Apresó a sus enemigos y los envió a la cárcel. Dauferio, que no había estado allí, conocido esto, se dio a la fuga y fue recibido en Nápoles.

8. Una vez descubierto ese hecho Grimoaldo obró sin tardanza y marchó rápidamente hacia Nápoles, seguido por su ejército. Cuando ya se encontraba cerca de la mencionada ciudad, los jóvenes de la misma salieron armados audazmente a su encuentro, dispuestos a combatir. Cuando Grimoaldo advirtió esto, primeramente intentó que se retiraran, pero finalmente decidió cargar sobre ellos. Comenzada la lucha, causó entre ellos tantos estragos por mar y por tierra, que el estrecho vecino por siete días y más aún estuvo cargado de sangre; en la tierra aún hoy se pueden ver los túmulos de los cadáveres. Algunos habitantes me informaron que casi cinco mil hombres murieron en ese combate. El mismo Dauferio, que estaba al mando, junto con el jefe de las tropas, debieron huir y buscar refugio dentro de los muros de la ciudad y ni siquiera allí hubo tranquilidad. Porque salieron las esposas de los maridos fallecidos esgrimiendo espadas y diciendo: “¡Hombres despreciables, devolved a nuestros lechos a los varones que inicualemente matasteis!”. Añadían: “¿Por qué salisteis a luchar contra ellos, si sabíais ciertamente que eran invencibles?”. Grimoaldo los persiguió ferozmente hasta la puerta llamada de Capua, golpeándola con su propio bastón. No había nadie que pudiera resistir. Solo quedaron protegidos los que estaban dentro de los muros con las puertas bien cerradas, Grimoaldo, regresó al campamento con su ejército incólume. El jefe profugo, por los daños producidos y los muertos, entregó al príncipe como compensación ocho mil monedas de oro. Este le devolvió a Dauferio su prístina gracia. De acuerdo con su acostumbrada actitud misericordiosa, Grimoaldo aceptó oficialmente la donación y le devolvió al mencionado varón su

primitiva gracia y familiaridad. — Entre tanto Redecís, conde de Cosenza, y Sicón, castellano de Agrigento, a quienes Grimaldi recientemente les había concedido muchos honores, se alzaron dolosamente contra él y lo eliminaron por la espada cuando ya exhalaba su último suspiro.

9. Muerto este inocentemente, Radechi puso en su lugar como príncipe a su hijo Sicón. Él, no mucho después, por temor de la gehena, abandonó todos los negocios mundanos y se acogió a la protección del bienaventurado Benito, y como poniendo una cadena a su cuello, se dirigió al cenobio para militar para Cristo, confesándose reo e impío y clamando que había obrado mal y cruelmente, adoptó el hábito monacal y se sometió a tan estricta restricción de su cuerpo y su ánimo ante los ojos de los árbitros internos en el mismo monasterio, que a nadie le quedó la menor duda de que había merecido el perdón de todos sus crímenes. El diablo daba vueltas alrededor de los muros del monasterio y en alta voz, ante muchos oyentes, clamaba: "Ay, Benito, ¿por qué me combates "Primero me expulsaste de aquí y ahora me robas mis súbditos?"".

10. Sicón, asumido el principado, renovó la alianza con los francos, persiguiendo a los beneventanos con ferocidad bestial. Aún en vida nombró a su hijo Sicardo como heredero del principado, un hombre lúbrico, inquieto y petulante e hinchado de soberbia. Por ese mismo tiempo, los napolitanos, a quienes ya me he referido, sufrieron frecuentes ataques de Sicón. La ciudad fue fuertemente sitiada por tierra y por mar y atacada con flechas y escorpiones, y faltó muy poco para que fuese capturada. En efecto, ya totalmente destruido el muro frente al mar por la fuerza de los arietes y máquinas de guerra, cuando ya las tropas se preparaban para entrar masivamente, el jefe de la ciudad entregó como rehén a su madre y a dos hijos, rogando astutamente, por medio de nuncios, de esta manera: "Tuya es

la ciudad con todo lo que hay en ella; que tu piedad haga que no sea tomada como presa; mañana podrás entrar victorioso tomando posesión de nosotros y nuestros bienes”. Con estas palabras de promesa de fidelidad, se preparó para esperar el día siguiente. En esa noche la ciudad fue protegida con un muro muy firme. A la madrugada del día en que había prometido entregarse él con todos los suyos y la ciudad, tomó las armas y se preparó para enfrentar a los enemigos en un gran combate. — Oprimidos duramente por el padre y el hijo durante dieciséis años continuos, habiendo llegado ya al extremo de sus posibilidades, se confiaron a la custodia de los francos. En esos días estaba a su frente el César Ludovico Pío, hijo de Carlomagno, que había constituido a su hijo Lotario para compartir el Imperio con él. Por él fue capturado junto con su esposa y puestos bajo custodia. Pero fue liberado por sus nobles y restituido a la gloria. Con su protección, mientras tanto, los asedios se vieron aliviados.

11. Por esos tiempos, el pueblo agareno, desde Babilonia y África, a manera de un enjambre de abejas, Salió fuertemente armado y se dirigió a Sicilia, devastándolo todo a su paso. Capturaron la insigne ciudad de Palermo, como hasta hoy se recuerda; destruyeron en la isla otras numerosas ciudades y poblaciones y prácticamente toda la isla quedó gimiendo bajo el dominio de esas gentes. En ese tiempo murió en la Galia Ludovico, el segundo en ostentar el título de Augusto emperador. El ya mencionado Lotario fue el heredero de ese reino, pero entonces todo el reino de los francos quedó dividido: Lotario regía Aquisgrán e Italia; Ludovico, Baviera; Carlos, nacido de otra madre, Aquitania.

12. Retrocediendo algo en la narración consigno que, muerto Sicón, quedó solo Sicardo al frente de la monarquía, que ya con su padre Sicón, mencionado varias veces, había reinado felizmente por varios años. Por liviandad del ánimo comenzó a

perseguir y dañar cruelmente con bestial voracidad al pueblo a él encomendado. Entre otras cosas, así como Asuero lo había puesto al frente de todos a Amán, este lo puso al frente de todos a un cierto Rofrido, hijo de Dauferio, por sobrenombre “Profeta”, con cuyo consejo tramaba muchas acciones sacrílegas y blasfemas. En los asuntos mundanos era un hombre prudente y muy hábil y más astuto de lo que pueda creerse. Hasta tal punto había dominado a su jefe con sus falacias, que incluso estando él ausente, no se atrevía a hacer nada. De tal modo quedó engañado y atrapado que a su hermano Sicomolfo lo condenó a exilio perpetuo sin ninguna culpa y a todos los ciudadanos beneventanos destacados los condenó a muerte o los puso bajo custodia. A causa de esto, estando privado de la solidaridad de los nobles, fácilmente podía ser eliminado con la efusión de su sangre y la de los suyos. Ordenó que su consanguíneo Maión fuese tonsurado y recluido en un monasterio y ordenó que fuese ahorcado Alfano, hombre ilustre, muy fuerte y más fiel que nadie. Se produjo entonces un gran perjurio en Benevento, por lo cual se conjeturaba que se provocaría la ira de Dios para castigar esa tierra.

13. Mientras estaba envuelto en esas acciones, fue alcanzado por la justicia divina, pues cuando intentaba eliminar a otro inocente, tras hacerlo padecer, fue golpeado desde el cielo en su espíritu y su cuerpo y falleció. Antes de morir, para acrecentar más justamente el cúmulo de su perdición, por amor del dinero, con su poder secular y sin razón alguna depuso de su cargo pastoral al frente de los monjes y colocó bajo custodia a Deusdedit, varón respetable y digno ante Dios, conspicuo por su santidad, vicario del bienaventurado Benito. Gracias a sus cenizas, en el lugar de su sepulcro, se sabe que algunos que padecen fiebre o son oprimidos por diversas enfermedades, son muy a menudo curados cuando van a rogar con fe. ¿Qué más podré decir de las maldades de este hombre cuando, después de

despojar los predios de las iglesias y cenobios y sustraer violentamente los bienes de los nobles y de clase media, según los cálculos de días de un año de embolismo, enriqueció opulentamente su palacio? Poco después este príncipe fue muerto por la espada por un hijo de Adelferio de nombre Sicardo. Fue una retribución justa de Dios, que a menudo castiga la iniquidad de los padres en los hijos, aplicando su venganza solo en la carne. Así como Sicón, su padre, había matado indebidamente a su superior, Grimoaldo, por venganza de Dios, él fue muerto por un súbdito. Muerto este de tal modo, no pudo alegrarse por largo tiempo; poco después el homicida fue asesinado por un bastardo de Sicón llamado Albo; para que se cumpliera la palabra de Señor, o sea, que el que traspasare el cuerpo de un prójimo con la espada, según la justa ley del talión, va a experimentar en sí el mismo castigo.

14. Habiendo partido Sicardo de esta luz corpórea, asumió Radelgisio el cargo del principado; había sido tesorero del anterior; en su elección, por así decir, estuvo de acuerdo toda la provincia de Benevento; era un hombre amable y de buenas costumbres. Cuando estaba por asumir el principado, Sicomolio, que como ya mencioné había sido anteriormente condenado al exilio, había huido de la cárcel buscando un escondite. Permaneció oculto por algún tiempo con la ayuda de Urso, conde de Conza. Por ese mismo tiempo los hijos de Dauferio, a saber, Romoaldo, Archis y Grimoaldo, y también Gualferio, dejando los muros de Benevento, invadieron Salerno y encontraron a Siconolfo en su escondite y unánimemente lo constituyeron como su jefe. Se produjo así en Benevento el mayor disenso desde que habían llegado allí los longobardos. Antes de la llegada de Siconolfo a Salerno, el mencionado príncipe Radelgisio había enviado a Adelmario para que convirtiera a su fidelidad a los hijos de Dauferio. Este, una vez

que había partido, abandonó dolosamente al príncipe y se unió con los hijos de Dauferio incitándolos aún más al mal.

15. Por ese mismo tiempo era prefecto de Capua Landolfo, hombre muy propenso a la guerra. Reviviendo una antigua amistad con algunos de la estirpe de los Seductores, más cruel que una víbora, hizo matar a siete de sus nobles, y a uno de ellos hizo que le cortaran las manos. Los demás buscaron salvarse huyendo a Benevento junto a Radelgisio, pariente de ellos. Landolfo entró a Palombara y, apartándose de Radelgisio, se unió a Siconolfo, pactándose la paz con los napolitanos. Con esta ayuda y la de los hijos de Dauferio, sometió a su servidumbre a toda la Calabria y a la mayor parte de Apulia. Luego intentó llevar la lucha a Benevento. Consiguió que se apartaran de su dominio muchas ciudades y algunas villas y las sometió a su mandato. Como era un hombre muy belicoso, por miedo era seguido por una gran parte del pueblo. Antes de que Siconolfo se apoderara de Salerno, Radelgisio fue invitado por Adelmario y, persuadido por los miembros de su caballería se dirigió a Salerno con la intención de capturarla. Habiendo llegado, con gran audacia montó allí el campamento. Súbitamente salió de la ciudad una turba dirigida por ese hombre junto con los hijos de Deuferio y produjeron una gran matanza, apoderándose de todos los bienes. Radelgisio, humillado, apenas pudo huir con unos pocos y ya nunca más intentó acercarse a los confines de Salerno.

16. En esos días Bari era gobernada por Pando, que obedecía las órdenes de Radelgisio, y había llamado en auxilio a falanges de sarracenos, ubicándolas junto a los muros de la ciudad y junto al mar. Estos, que son astutos por naturaleza y más hábiles que la mayoría para hacer el mal, analizaron sutilmente las defensas de la ciudad y una noche, inesperadamente, mientras los cristianos descansaban, penetraron en la ciudad por sitios

ocultos y a la gente indefensa en parte la pasaron por la espada y en parte los hicieron cautivos. Al mencionado traidor del pueblo y de la patria, lo sometieron a diversos suplicios y finalmente, como merecía, lo sumergieron en las aguas del mar. Enterado de esto Radelgisio, como de ninguna manera podía expulsarlos de la ciudad, comenzó a tratarlos como amigos familiares, invitándolos amablemente a que le fuesen de ayuda. Primeramente les propuso asaltar a la ciudad de Canosa juntamente con su hijo Urso. Lo intimaron a Siconolfo; con una mínima demora este se apresuró a combatirlos, cayendo audazmente sobre ellos y pasando por las armas a todos los que no lograron huir. Fue tan grande el trofeo de esta victoria que de la innumerable tropa de los paganos, solo pudieron salir con vida unos pocos para entregar la ciudad a los sobrevivientes. Su rey, Calfo, huyó desdorosamente; abandonó en el camino su caballo cansado y finalmente, agotado, entró a pie a la ciudad.

17. Entre tanto Siconolfo acosaba gravemente a Benevento con frecuentes ataques. Suele decirse: “A un árbol malo se lo sostiene con un mal soporte”. Contra los agarenos Radelgisio convocó a libios ismaelitas hispanos, que luchaban con guerras internas y externas y tenían a su servicio a cautivos nuestros de ambos sexos, en regiones de ultramar. Un cierto día se enfrentaron ambos ejércitos en las Horcas Caudinas y se produjo un gran combate. En un primer ataque la parte de Radelgisio resultó vencedora y todo el ejército de Siconolfo se dio a la fuga. Siconolfo con unos pocos de los suyos se estableció en un lugar seguro y atacó a los triunfantes beneventanos que los perseguían y con viril ánimo les produjo no pocas muertes. Conseguida la victoria pasaron a muchos por la espada, capturaron a algunos y pusieron a los demás en fuga. Confiado con estas frecuentísimas victorias sacó del dominio de Radelgisio todos los castillos y ciudades, menos Siponto, y

sitió a Benevento para atacarla. Estando afectado no poco por las flechas y por el hambre le ordenó a Guidón que se acercara a la ciudad. Por entonces Guidón era duque de Spoleto. Era pariente de Siconolfo, pero, sin embargo, llevado por la codicia, ya que estaba muy apremiado por entregas de dinero a los francos, posponiendo el vínculo de parentesco, marchó prestamente en auxilio de Radelgisio y por medio de nuncios le sugirió a Siconolfo, que estaba sitiando la ciudad, que regresase a su tierra, añadiendo entre otras cosas: “Permíteme hablar con Radelgisio porque así podré ser de más favor a tu parte”. Siconolfo se retiró de ese sitio. Guidón entró en la ciudad y recibió de Radelgisio un predio silla de un valor de setenta mil monedas de oro, rompiendo todos los pactos arregló con su pariente y regresó por el mismo camino por el que había llegado.

18. Después de esto el mencionado Guidón persuadió a Siconolfo que entregara cincuenta mil monedas de oro para conseguir la provincia benaventana, Le dijo: “Haré que la consigas totalmente, como si la tuvieras en tu mano”. Aceptó este consejo, fue a Roma, entregó las monedas de oro, prestó los juramentos y los recibió y se marchó sin haber logrado nada. Todavía ocurrían frecuentes combates entre Siconolfo y Radelgisio y disputas cotidianas. Tenían continuos disensos por la justicia y ocurrían frecuentes rapiñas, y fornicaciones incestuosas. Todos eran propensos al mal y andaban errantes como fieras en la selva. Continuamente estallaban guerras civiles, perniciosas para todos, y, por así decir, para perjuicio de las almas y de los cuerpos, principalmente porque los sarracenos residentes en Benevento, cuyo rey era Massari, todo lo devastaban adentro y afuera, menospreciando a los nobles hasta el punto de castigarlos como a toros inservibles.

19. Por esos días, muerto Lotario, el reino de la Galia fue dividido en cinco partes: Ludovico y su hermano Carlos, gobernaban Baviera y Aquitania; Ludovico, su hijo primogénito, gobernaba Italia; el segundo hijo, Lotario, Aquisgrán; el tercer hijo, Carlitos, la Provenza. A este Ludovico augusto le fue llevada una súplica por medio de Landón, conde de Capua, hijo del ya mencionado Landolfo y también por medio del ya mencionado Adelmario. Aunque el rey era aún menor, por celo de Dios, prestó oídos a estas humildes preces y dio su consentimiento. Acudió prontamente y todos los miembros del pueblo profano fueron expulsados con la fuerza de las lanzas o muertos. En presencia de todos los longobardos repartió equitativamente bajo juramento toda la provincia de Benevento entre los dos varones mencionados. Hecho esto, Siconolfo no sobrevivió por mucho tiempo, pagando el debido tributo a la muerte y dejando como heredero a su hijo, todavía lactante. Este lo sobrevivió muy poco. A su muerte fue elegido para el principado Radelgario, hijo suyo, varón de fortaleza física, de alma piadosa y porte elegante.

20. En ese tiempo los agarenos residentes en Bari comenzaron a devastar y depredar toda la Apulia y la Calabria, despoblando a Benevento y Salerno. Se elevó entonces una súplica de queja al ya varias veces mencionado augusto por medio de Basacio, hombre venerable, vicario de san Benito, y de Jacobo, abad de san Vicente, para que se dignara acudir prontamente a auxiliar a los que ya antes misericordiosamente había liberado. Le dijeron: “Somos vuestros fidelísimos servidores y puede considerarnos como los últimos de los suyos”. Sin demora acudió a Bari con una increíble multitud. Pero los capuanos olvidaron su anterior promesa, se refugiaron en las ciudades y sostuvieron solo a su obispo Landulfo. El César advirtió esta falacia y no viendo para sí ningún provecho, se retiró. Habiendo asumido el principado de Salerno, Ademario, hombre muy fuerte

e ilustre, ordenó el exilio del hijo de Siconolfo. Entre tanto en Benevento murió Radelgario. Lo sucedió su hermano Adelchis, hombre amable y de tanta mansedumbre que hasta era apreciado por los de afuera. Pero, lamentablemente, estando la provincia dividida en varias partes, estaba siendo llevada por sus conductores más a la destrucción que al bienestar.

21. Habiendo fallecido Landulfo, conde de Capua, (retrocediendo en el tiempo), había dejado cuatro hijos: Landón, ya mayor, Pandón, Landonolfo y Landolfo, futuro pontífice, hombres de singular prudencia, virtud y capacidad. De ellos, Landón gobernaba en Capua, Pandón era jefe de la caballería, Landonolfo gobernaba en Teano y Landolfo, todavía adolescente, residía en el palacio. Este era el menor de todos pero más tarde quedó en claro lo que iba a llegar a ser. Cuando todavía estaba en el útero de la madre, esta se encontraba un día durmiendo junto a su marido y soñó que había dado a luz una tea encendida. Soñó que la tea caía al suelo y producía un enorme incendio que consumía todo el territorio de Benevento. Despertó aterrorizada y le contó el sueño a su marido. El padre, después de oír esta visión, sintetizó lo que serían las acciones futuras del vástago en estos versos: *¡Ay de mí, dulce amor, qué males nos aguardan! / Tu cruel visión nos muestra un doloroso augurio. / El niño que se encuentra encerrado en tu vientre / No va a amar a nadie y esparcirá la sangre sus allegados. / Va devorar finalmente a los ciudadanos con boca viperina. / Como un fuego voraz consumirá a los gobernantes.* Lo que se predijo aquí en un vuelo de la mente, lo hemos constatado con nuestros propios ojos habiendo visto caer bajo el fuego de la espada a innumerables inocentes. El fuego representaba en imagen la sangre del género humano que iba a ser derramada. Si a alguien esto le parece increíble, tengo casi tantos testigos como habitantes hay en la ciudad. Estas acciones se van a narrar en el capítulo siguiente.

22. El padre de todos ellos, aproximándose a su último día, como escuché de boca de referentes, llamó a sus hijos y les dio la orden siguiente: que nunca, en cuanto dependiera de ellos, permitieran que Benevento hiciera la paz con Salerno. Les dijo: “Eso no será provechoso para vosotros”. Oyendo los hijos esta advertencia la pusieron por obra y tal como la habían recibido del padre la legaron en herencia perpetua a sus descendientes. Dejaron así un gran mandato hereditario para su descendencia, contra el precepto divino que les dejó Jesús a sus discípulos: “Mi paz os doy, mi paz os dejo”. Recibido el derecho al reino, de ningún modo obedecen a Siconolfo, desconociendo sus mandatos. Más que los otros, Landolfo se mostró contrario a él e ingrato, hasta el punto de que a la hija de su hijo, llevado por la necesidad, la empeñó. En ese tiempo, Paulino, hombre digno y agradable a Dios, gobernaba en Capua, lejano a esas heces carnales. Oponiéndose virilmente a Landón, instaló como obispo a su hermano Landolfo. Pero, después de la muerte del padre, les impuso a los hijos una indigna condena, tratándolos como durísimos enemigos y enviándolos a distintos lugares de exilio.

23. Por lo tanto, muerto Siconolfo, obrando cada uno como mejor le parecía, nombraron en su lugar a su hijo menor, que aún no había cumplido un año. Comenzaron sus hermanos a perseguir a sus conciudadanos en parte con artimañas y en parte infundiéndoles miedo, oprimiéndolos con codicia ferina o poniéndolos bajo custodia. Con engaños le arrebataron Sessola a su pariente Pandolfo, anexándola a su ambicioso dominio, dejándolo sin hogar a él y a sus hijos, de los cuales más tarde a uno lo mataron por la espada y a otro por el fuego, y a dos sobrevivientes los condenaron a un exilio perpetuo. Sessola, más adelante, fue tomada por Landolfo, hijo de Landón, asociando a Sergio, su suegro, prefecto, y aún la retiene.

24. En ese tiempo, por casualidad o por juicio superno, sucedió que la ciudad de Sicópolis se incendió por completo, de modo que ninguna casa quedó intacta salvo la residencia episcopal. Con ocasión de esto Landolfo, jefe de gobierno, y Landonolfo, su hermano, tomaron la decisión de abandonar la residencia en lo alto del monte y establecerse en la amplia y extensa llanura. Decían: “No somos un rebaño de cabras para refugiarnos en cavernas entre las piedras; descendamos a los lugares más bajos para mostrarnos altos nosotros ante quienes nos miren”. Landón de ninguna manera dio su consentimiento, porque consideraba delirante y frívolo, en medio de tantas tormentas, abandonar una ciudad muy fortificada para ubicarla en el cieno de los puercos.

25. En medio de estos altercados los dos hombres mencionados comenzaron a edificar un muro sobre el puente vulgarmente llamado Casilino. Cuando Landón vio esa obra comenzó en forma admirable la edificación de la ciudad. Cuando estuvo fortificada y comenzó a ser habitada, acudió Guidón con todos los de Tuscia y le puso sitio acosándola por todas partes, porque no querían estar sometidos al ya mencionado Ademario, debido a la improbidad del gobernante Landolfo y de Landonolfo porque a este le prodigaba con preferencia el afecto fraterno, dejando relegados a los otros. Adentro se veía afligido por las luchas cotidianas y afuera eran destrozados los sembrados; finalmente fueron vencidos por los violentos ataques y se sometieron a la servidumbre, excepto Landonolfo. Sora y las poblaciones vecinas le fueron quitadas a Landonolfo y entregadas a Guidón, según lo prometido. Esto le causó tanta tristeza al hombre mencionado, que al poco tiempo entregó su espíritu.

26. Por ese mismo o tiempo Ademario, deseando vengar una antigua enemistad, se apoderó dolosamente del hijo de Marino, de Amalfi, pariente de Pandón, y se lo entregó como exiliado a

Sergio, prefecto, con el que tenía una alianza. Y por esta causa el mismo Marino fue fraudulentamente capturado por Sergio. De aquí nació un eterno conflicto entre Ademario y Pandón. Y sucedió que, sin saberlo Landón, el obispo Landolfo y Pandón persuadieron a Guaiferio, hijo de Dauferio Balvo e hicieron apresar al príncipe Ademario, y voluntariamente eligieron como su jefe a Guaiferio bajo un muy grave juramento; pero pronto recayeron en los vicios de siempre e inmediatamente después de la muerte de Landón, su suegro, lo abandonaron.

27. Finalmente, muerto Landonolfo, no mucho después Landón fue afectado por una cruel parálisis y tuvo que guardar cama por un año íntegro. Sabido esto, Sergio, prefecto, a cargo de la seguridad de Ademario, (recordando algo ya dicho), quebró el juramento pactado con Landón e inició la guerra contra su hijo. En el día octavo antes de los idus de mayo, en que celebramos la solemnidad de san Miguel Arcángel, y también leemos que en dicho día en tiempos antiguos muchos napolitanos fueron muertos por los habitantes de Benevento. Precisamente en ese día, sin rendirle ningún honor a Dios, envió a dos hijos suyos, Gregorio, prefecto y Cesáreo, y a Landolfo, de Sessola, su yerno, y con ellos un ejército de casi siete mil hombres, de napolitanos y amalfitanos, tanto de infantería como de caballería, con la orden de sitiar a Capua. Salió audazmente a su encuentro como un ardoroso león, Landón, el menor, y los encontró cuando cruzaban el puente de Teodemundo, y los atacó firmemente. Cargó contra ellos con toda su fuerza y, quebrando su formación, los combatió con la espada; lo capturó a Cesáreo y a otros casi ochocientos, poniendo a los demás en fuga. Regresó triunfante. Pandón, su tío, temiendo la llegada de Ademario, mantenía la vigilancia donde en otro tiempo había estado el monumento de Trasarico. Después de esto Pandón, liberado Marino, le dio la libertad a Cesáreo y a todos los demás.

28. También por esos mismos días Landón, el mayor, agravándose su dolencia, llegó a un punto extremo. Convocó a sus dos hermanos, Pandón y el obispo Landolfo, y a su hijo Landón y se encomendó a ellos en forma suplicante, diciéndoles: “Pongo a Dios por testigo y a su santa iglesia de que pido que en el juicio futuro seáis juzgados como vosotros lo hagáis en el presente”. Dicho esto, murió. Tras su muerte no duró mucho el juramento fraterno. Con dolo y por codicia el prefecto expulsó de la ciudad a Landón y a los otros hermanos y fueron apartados por Gualferio, a quien recientemente le habían jurado fidelidad, principalmente Landolfo, que lo había hecho por los evangelios y en la solemnidad de la misa y que más de una vez lo había hecho por sus manos consagradas. Después de esto, Landón entró en Gaeta y allí fue capturado Aiodaldo, que había sido enviado allí por los mencionados varones para custodiarla. Entre tanto Landolfo, hermano de Landón, se apoderó de Caserta; pero llegando Pandón lo apresó junto con cuarenta nobles; entregados estos, recibió Gaeta; y los hijos de Landón fueron recibidos por Gualferio y Landolfo, hermano de ellos, en Sessola. Destruído este sitio, no se calmó la rabia, sino que comenzaron a perseguirlos en las cercanías de Sessola. El príncipe Gualferio los ayudaba sin descanso y muchas veces cedía para que no se derramara en vano sangre de cristianos. Pero Landolfo juzgaba que eso no era por virtud religiosa sino por debilidad e impulsaba a su hermano a luchar contra otros cristianos. Los tres hermanos, Maión, Maienolfo y Radelgisio, hijos del príncipe benaventano Adalgisio, lo enviaron contra dicho príncipe; pero por juicio justo de Dios, de quien depende toda potestad y todo orden, este murió con anterioridad; muchos de ellos fueron capturados y los restantes huyeron.

29. Entre tanto Saugdan, perverso y criminal rey de los ismaelitas, devastaba toda la tierra benaventana con el fuego, la espada y cruel cautiverio, de modo que no quedara aliento

vital en ella. Por lo cual a menudo acudía el ejército de los galos para reprimir esa ferocidad y, sin resultado alguno, se retiraba por donde había llegado. Sucedió que Adelgisio, príncipe de Benevento, pactado un tributo y entregados rehenes, firmó la paz. Por entonces Maielpoto de Telese y Guandeleperto de Boiano, prefectos, con muchos riesgos llevaron al duque Lamberto de Spoleto y al conde Garardo, al encuentro de Saugda, cuando volvía de la devastación de Capua, cayendo sobre él en el campo de Arvio. Este atacó fuertemente a los beneventanos y a los francos, rompió sus líneas y mató a muchos de ellos, a algunos los tomó prisioneros y a otros los ejecutó. El conde Garardo, Maielpoto y Guandelperto, antes mencionados, murieron en ese combate. A raíz de eso creció su audacia y causó una completa destrucción en Benevento y sus confines, de modo que salvo las ciudades más importantes, nada escapó a su ferocidad. En esos días capturó Venafro y depredó el cenobio del mártir san Vicente, y recibió tres mil monedas de oro a cambio de no quemar los edificios. Del vicario de san Benito recibió otras tantas monedas.

30. Muerto Pandón, el obispo Landolfo fue el único sobreviviente. A su nieto Landonolfo, en el lugar de su padre Pandón, lo designó conde de Capua. Este había sido herido en el combate pero había salvado la vida. Este era familiar de Dauferio, pariente de Maión. Landolfo, temiendo sus engaños, lo instruyó a Pandonolfo para que, proporcionándole ayuda, lo destinase a Dauferio a otro lugar. No aceptó este consejo; los tres hermanos salieron secretamente de la ciudad de Potenza e invadieron varias poblaciones. Pandonolfo tomó Sessola; Landolfo, Caserta; Landonolfo, Gaeta, que ya había sido asolada por su progenitor. Entraron y comenzaron a depredar todo en los alrededores. A ellos Landolfo los engañó, como así también a los príncipes Guaiferio y Adelgisio. Y también a los hijos de Landón, sus nietos, a los que ya había despojado de su suelo propio, los impulsó dolosamente a depredar las tierras de sus hermanos e incendiarlas;

creciendo cada día la ruina en Capua, exhortó también a los hijos de Pandón. Con los hijos de Landón, pactada una alianza, entraron a residir en la ciudad. Ellos se unieron con juramento y fueron a la ciudad. Pero pronto el mencionado varón los volvió engañar con sus artes y los hizo perjurar y dividirse. Por esta causa lo envió a Pandonolfo a la autoridad imperial. No teniendo cartas con las correspondientes órdenes, no entró en la mencionada ciudad hasta la llegada de Ludovico, piadosísimo agosto, invitado por muchos en diversos momentos.

31. Landolfo, como ya dije, era prudente por naturaleza, pero astuto y muy lúbrico y petulante, más ambicioso que cualquier otro hombre y más soberbio de lo que pueda imaginarse; asolador y depredador de los monjes. Sobre ellos, sentado orgulloso en su tribunal, solía decir: “Cuando veo un monje siempre presiento tristes auspicios futuros”. Por justo juicio de Dios, de tener que recibir algún daño de parte de aquellos a quienes despreciaba y perseguía como a nefandos enemigos, en el futuro iba a ser atormentado por ellos. Menospreciador de su príncipe y perjuro de sus nietos, puesto que no amaba a nadie sino a los incentivos de su carne, no abrazó la paz ni siquiera en el día de su muerte. Donde veía gente unida por pactos se esforzaba enérgicamente para sembrar semillas de cizaña. Si a alguien esto le parece increíble, observe cuántas veces lo engañó a Guaiferio al cual por tres veces juró constituirlo príncipe. Mucho más deseaba cautivar las almas de hombres inocentes que tenerlo a él no digo como señor pero ni siquiera como par; en contra del precepto del apóstol, que dice: Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados. Y en otra parte: No hay potestad sino de Dios y el que resiste a la potestad resiste al ordenamiento de Dios. Dejando de lado los dogmas eclesiásticos y los derechos episcopales, solo amaba a los medios varones y los anteponía a todos, dando

cumplimiento a la profecía de Yavé que dice: Los dominarán los afeminados. Si quisiera explicar en detalle los hechos de este hombre, creo que se acabaría el tiempo antes de terminar la exposición. Si alguien desea conocerlos más detalladamente, pídame que escriba versos. Antes del día de su muerte, así dividió Capua entre sus tres hermanos, a fin de que entre ellos nunca cesasen las disputas con sus espadas. Si alguien no lo percibe con el corazón, véalo con los ojos.

32. Invitado el César Ludovico, como ya dije, en común por los beneventanos, capuanos y todos los comarcanos para la protección de la patria perdida —no por Guaiferio que estaba excluido por la captura de Ademario— atraviesa la frontera de Benevento por Sora y se dirige primeramente al monasterio del bienaventurado Benito; llegaron hasta él legados de diversas ciudades; entre ellos llegaron Landolfo y sus nietos de distintos lugares. Recibidos los augustos, es decir, el hombre y su esposa, fueron acogidos honorablemente por el venerable abad Bertario. Landolfo, con su habitual falacia, obligó a los capuanos, que había presentado al César, a retirarse.; permaneció solo con el César, como justificándose de no haber hecho nada malo. El Augusto César, demostrando poca estima por Landolfo, se dirigió a Capua, que estaba sitiada y en tres meses obtuvo la victoria; se entregaron a Lamberto, su conde; creyendo obrar rectamente, pero fueron perjudicados. Siendo despreciados fueron por todo un mes entregados como presa a diversos jueces. Después de todo esto, Guaiferio, sin ninguna compensación fue despojado de Salerno y luego de Benevento por parte de Adelquiso.

33. Al año siguiente, con muchas tropas auxiliares, marchó a Bari y allí el ejército imperial se trabó en lucha con el ya varias veces mencionado Saugdan. Este fue superado y huyó, habiendo perdido buena parte de sus guerreros y quemó muchos de los sembrados de los alrededores. Se dirigió a Materem, que capturó

e incendió. Luego fue a Venosa donde instaló el campamento, atacando fuertemente a Bari que fue destruida. Poniendo una guardia de guerreros en Canosa, atacaban con cuernos; aterrorizados, muchos acudieron a la clemencia del César. Pedían que les dieran las diestras, pero, en general, se les negaba misericordia. Después marchó a la ciudad de Orea y luego regresó a Benevento. Habiendo ya llegado los sarracenos, con la ayuda de Dios, a un punto extremo, el ejército se apoderó de Bari, donde fue capturado el feroz rey Saugdan con algunos de sus satélites. Luego ordenó sitiar a Tarento.

34. Después de estos hechos, continuó con la narración prometida. Viendo el diablo que los suyos eran eliminados y todo estaba siendo restaurado para Cristo, recordando sus orígenes y dolido por el castigo del infierno, por su inspiración los galos comenzaron a perseguir gravemente a los beneventanos vejándolos cruelmente. Por esa razón el príncipe Adelgis con los suyos se alzó contra el Augusto Ludovico, que residía dentro de los muros de Benevento y dolosamente se apoderó de ese varón santísimo, salvador de la provincia beneventana, y lo mantuvo bajo custodia. Se apoderó de sus bienes y también despojó a los hombres de su ejército, obligándolos a huir, quedándose con todo el botín. Se cumplió la palabra el Señor en la profecía: Golpea al pastor y se dispersarán las ovejas de la grey. Estando el César prisionero, Dios excitó el espíritu de los ismaelitas y los movió desde el África para vengar el oprobio del César así como Vespasiano y Tito vengaron la pasión del Hijo de Dios. Pero la defensa del Señor se dilató por cuarenta y dos años, según la profecía de Eliseo, cuando Dios entregó como comida para dos osos a los cuarenta y dos niños que se habían burlado de él. Pero esta humillación no fue demorada ni cuarenta días. Por lo que se entiende cuán grande y benemérito era este varón que tan rápidamente fue defendido por Dios.

35. Liberado el César, inocente, por orden del Señor, los sarracenos, en número de casi treinta mil, se dirigieron a Salerno. La asediaron fuertemente destruyendo sus defensas, matando a innumerables colonos. Devastaron parcialmente a Nápoles, Benevento y Capua. En ese tiempo, los dos condes de Lamberto, temiendo el furor del César, se marcharon de Benevento y fueron recibidos honoríficamente por Adelgisio. Con su ayuda cargó sobre los sarracenos, combatiéndolos virilmente. Murieron casi tres mil de ellos. En esos mismos días perecieron unos mil capuanos en las afueras de Sessola. Este asedio ocurría cuando se estaba llegando al fin del año y el César, por sugerencia de Landolfo —y esto es lo único bueno que hizo desde su nacimiento— envió su ejército que eliminó a casi nueve mil profanos en Capua. Después de esto se dignó acudir personalmente a Capua. Enterados de su llegada, los sarracenos dejaron Salerno y se dirigieron a Calabria, la dividieron entre sí y la devastaron por completo, quedando desierta como después de un diluvio. Antes de que esa nefanda gente, emprendiera la fuga, el Señor le hizo ver a muchos una señal desde el cielo: Una pequeña tea con normas llamas se precipitó velozmente en medio de las naves, y a continuación se desató una tempestad, que las destruyó a todas. Guaiferio, obsesionado, primeramente envió a Pedro, pariente suyo, y a Guaimario, su hijo, como legados ante el César; él, por consejo de Landolfo, los retuvo y los envió al exilio. Posteriormente recibió a dos de sus hijos como rehenes y los envió a Langobardia.

36. Por ese mismo tiempo el César contrajo familiaridad con Landolfo y lo constituyó tercero en el reino. Lleno de soberbia con esta designación, con gran avidez, solicitó el arzobispado de todo Benevento y que Capua fuese la metrópolis. Pero, no permitiéndolo el Señor, esto no se llevó a cabo. Ludovico quiso apoderarse de Benevento pero no habiéndolo conseguido, regresó a su tierra dejando a su esposa y su hija en Capua.

Aprovechando la ocasión Landolfo hizo apresar y mantener bajo custodia al príncipe Guaiferio, con el cual nuevamente se había comprometido con juramento. Pero como las cosas no sucedieron como esperaba, fue liberado, dando como rehenes a los hijos de Landón, a saber, Landón y Landonolfo, parientes suyos. Partió llevando consigo a la esposa del César, dejándola exiliada en Ravena; la hija, sin embargo, permaneció en Capua y no mucho después su padre Ludovico, de divina memoria, falleció y así los hijos de Guaiferio y Landón fueron liberados. Cuando regresaron a su propia tierra encontraron a los hijos de Landón exiliados fuera de la ciudad y se asociaron con ellos. Cuando Landolfo advirtió esta asociación se lamentó y llamó en su ayuda al príncipe Guaiferio que acudió sin demora y puso a los hermanos bajo su servidumbre.

37. ¿Por qué los beneventanos se han atrevido a inferirle, con anuencia de Dios, tal oprobio al augusto señor? De muchas razones voy a tomar dos: En primer lugar, cuando en cierto momento fue a Roma para restituir a su prístina dignidad a dos obispos condenados, el papa Nicolás, hombre pleno de Dios, se negó a ello, y según una antigua costumbre vino hacia él un conjunto de sacerdotes con vestiduras blancas. Él, con desprecio de todo temor de Dios, hizo flagelar al clero con varas, pisoteó cruces y otros objetos sagrados, depredó militarmente a Roma y hasta quiso privar de su ministerio, si Dios no lo hubiese impedido al vicario del bienaventurado Pedro, tratándolo como un esclavo. En segundo lugar, capturada Bari y el infame Saugdan, no se lo hizo ejecutar, como hubiera merecido y era la voluntad de Dios, olvidando lo que hizo Samuel en presencia de Saúl con el muy robusto Agag, rey de los amalecitas, al que lo hizo cortar en pedazos. Y como un profeta le dijo al rey de Samaria sobre un cierto hombre: Porque perdonaste a un hombre digno de muerte, entregarás tu alma por la de él.

38. Muerto el César Ludovico, Adelgis retuvo todo el tesoro y a Saugdan, Anoso y Abdelbaki. Los sarracenos recibieron refuerzos y marcharon lentamente hacia Tarento, que el César había recientemente capturado, devastando las tierras de Bari y Canosa. Por tres veces fue hacia ellos Adelgis, en los confines de Apulia. Se retiró ni vencido ni vencedor. Por ese entonces Utmagno, que había sido desterrado por Saugdan, volvió de África con Abnoso y fue a Tarento. Fue coronado rey y, saliendo, marchó a depredar ferozmente a Benevento. Telese y Allife. Fue tan grande su victoria que recibió de Adelgisio la potestad que tenía Saugdan. Ya a Anoso y Abdelbaki los había enviado como apocrisarios. Oyendo esto los residentes de Bari, lo llamaron a Gregorio, alguacil imperial de los griegos, que se encontraba en Otranto, con muchos soldados, y lo introdujeron a Bari por miedo a los sarracenos. Tomó prisionero al jefe de caballería y sus colaboradores y lo envió a Constantinopla ya que se había comprometido con juramento.

39. Entre tanto, los mismos griegos bastante a menudo enviaban legados con notas de pedido de auxilio contra los sarracenos a Benevento, Salerno y Capua. Pero estos unánimemente despreciaban los pedidos. Por entonces, Salerno, Nápoles, Gaeta y Amalfi, en paz con los sarracenos, asolaban gravemente a Roma causando devastaciones con sus naves. Pero cuando Carlos, hijo de Judit, recibió en Roma el cetro insigne, le dio al papa Juan como ayuda al duque Lamberto y a Guidón, su hermano, con los cuales partió hacia Capua y Nápoles. Guaiferio, obediente en todo, rompió la alianza y eliminó a muchos de ellos. En cambio Sergio, jefe de caballería, engañado por consejo de Adelgisio y Lamberto, no quiso alejarse de ellos. Fue inmediatamente anatematizado y comenzó a luchar con Guaiferio. Sucedió que en el día octavo de su anatema apresó a veinticinco soldados napolitanos y los hizo degollar. Así lo había aconsejado el papa. Sergio, castigado con el anatema, no mucho después fue

capturado por su propio hermano; fue cegado y enviado a Roma donde murió miserablemente. Su hermano se instituyó príncipe en su lugar. Adelgis, mientras asediaba a Triventi, de regreso a su propia ciudad, fue muerto por sus yernos, nietos y amigos. En su lugar fue nombrado Gaideris, hijo de Radelgario, nieto del extinto. Fueron expulsados Cailo y Dauferio, sus yernos. Este también quiso alcanzar el principado y por codicia mató a su suegro. Este fue recibido por Atanasio, obispo y prefecto.

40. En esos días Landolfo que ostentaba el poder, fue golpeado y muerto; en el día de su castigo estaba esperando caballos de todos los presbíteros de san Benito para no ir al infierno sin caballos; Viendo los nietos su muerte, habían dividido entre sí, con juramento, Capua, con un reparto equitativo. Pandonolfo tomó Pavía y Caserta; Landón, Barelais y Sessola; el otro Landón, Calino y Gaeta; Atenolfo comenzó a edificar un castillo en Cales; a Landolfo, todavía adolescente, hijo de Landón, unos con juramento y otros con simple asentimiento, lo constituyeron pontífice; pero por la pereza natural del propio padre, no fue consagrado. Pero el juramento fraterno no quedó intacto por largo tiempo, pues apenas duró desde el día cuarto antes de las idus de marzo hasta el día séptimo antes de las idus de mayo. Movidos por la codicia, los hijos de Landón capturaron dolosamente y pusieron bajo custodia a Landenulfo y Atenulfo, sus hermanos, hijos, a saber, de Landonulfo, apoderándose del castillo de Gaeta, que les habían dado espontáneamente bajo juramento.

41. Siguiendo brevemente con lo anterior, diré que los hijos de Landonolfo, unidos con los hijos de Landón, acudieron en ayuda del príncipe Guaiferio, por el cual alguna vez habían sido protegidos. Igualmente Pandonolfo a Gualterio le había enviado legados con diversas notas. Pero no fue recibido por él, favoreciendo a los hermanos mencionados anteriormente. El

mencionado varón, viéndose totalmente desamparado, invitó por medio de legados al príncipe Gaideriso y a Gregorio, alguacil de las tropas imperiales, que estaban reunidos en Nola con Guaiferio para deliberar, pidiéndoles ayuda por la vía más rápida y sometiéndose a ellos. Llegando ellos sin demora separadamente por Gaeta y por Sicópolis se asentaron esa tarde en las afueras de Capua. Guaiferio llegó por la mañana, se instaló en Barelais, es decir, el anfiteatro, quedando de este modo la ciudad vallada para los enemigos.

42. Entre tanto, Landonolfo se negó a someterse a Ganderiso, como había prometido, resistiéndose máximamente Landón, hijo de Landonolfo, pariente del mismo Gaideris. Por esta razón, el mencionado alguacil y el mismo Gaideris se apartaron de él. Más adelante algunos a través de la ciudad de Capua y otros, cruzando el río en botes hasta la otra parte, se asociaron con Guaiferio, y se unieron con los hermanos Landonulfo y Atenolfo, intentando que Pandonulfo se sometiera a Guaiferio, pero no lo consiguieron, porque no quería recibir a sus primos en la ciudad. Por lo tanto, se oponían a Guaiferio. Conociendo ellos las astucias de Pandolfo, regresaron a sus tierras. Guaiferio permaneció en la ciudad de Capua. Por ese entonces casi todos los capuanos ilustres y todo el vulgo con sus mujeres e hijos salieron de la ciudad con sus pertenencias, pero otros hijos de Landón y algunos de los hijos de Landolfo, permanecieron allí. Hubo entre ellos una firme concertación y una pésima desolación. Guaiferio, permaneciendo en actitud hostil junto al muro de la ciudad, la mantenía sitiada. Al otro lado del río lo estableció a Landón con los francos del conde Lamberto.

43. Al año siguiente el mencionado Guaiferio llegó con los amalfitanos en tiempo de las mieses y puso sitio por completo a dicha ciudad; los hermanos pactaron la paz entre sí con juramento de que ninguno de ellos cosecharía el trigo en sus

propios territorios antes de que la autoridad apostólica lanzara sobre ellos el anatema; para que ninguno de ellos, una vez dentro de la ciudad quisiera imponerse sobre los otros. Habiendo Guaiferio regresado a su propia tierra, Pandonolfo inmediatamente olvidó el juramento y se hizo perjuro; de ninguna manera envió legados a Roma como había prometido y obrando contra su palabra, recogió el trigo; inmediatamente se hizo sentir la justicia divina; cayó fuego del cielo y consumió por completo media ciudad.

44. Por ese entonces era prefecto en Nápoles Atanasio; este, como ya habíamos adelantado, habiendo desterrado a su hermano, pactó la paz con los sarracenos y primeramente construyó defensas en el puerto y puso un muro a la ciudad. Asolaron todas las tierras beneventanas y romanas y de la región de Spoleto y depredaron todos los monasterios e iglesias, castillos, villas, montes, colinas e islas; los ricos cenobios del santísimo Benito, venerados en todo el orbe, así como el monasterio del mártir san Vicente, fueron incendiados, al igual que otros innumerables sitios, excepto Sessola, que fue miserablemente contaminada con verdaderos fraudes de los cristianos. A él se asoció Pandonolfo; con su ayuda comenzó a perseguir más cruelmente a sus primos; primeramente devastó sus sembrados, y unido a los napolitanos, gaetanos y sarracenos luego por dos veces atacó y luego capturó el castillo de Pila; pero se retiró sin haber obtenido ningún provecho. Al año siguiente se movió con los suyos, los napolitanos y los sarracenos y se lanzó sobre el anfiteatro que ocupaban los hijos de Landón, pero, sin embargo, antes hizo que se apartaran, por dinero, los que ocupaban las termas en las arenas y los envió a Capua. A los hijos de Landón, rodeados en el anfiteatro, les concedió la paz, recibiendo de ellos la Liguria bajo juramento. Por ese mismo tiempo Pandonolfo nuevamente cargó improvisamente con los napolitanos sobre el castillo de Pila y

fraudulentamente lo capturó, por traición de los que moraban en su interior. Allí también yo mismo fui capturado y fui despojado de todo lo que había adquirido desde la niñez y fui llevado a pie, como exiliado, delante de los hombres de caballería a la ciudad de Capua, en el día décimo antes de la calenda de setiembre, en el año del Señor 881.

45. Pandonolfo prontamente marchó con un ejército hacia Cales, auxiliado por napolitanos y allí, habiendo construido fortificaciones, residía. Pero Ante la viril resistencia de los hijos de Landonolfo, se retiró súbitamente de allí, yendo a Sessola, que ya había sido dejada por los hijos de Landón, que la habían obtenido bajo juramento. Pero para volver con mi estilete a sucesos anteriores, diré que habiendo sido capturado Atanolfo por el mencionado varón, Landón, su hermano, no tardó en accionar. Comenzó a edificar con los suyos en Cales, por lo cual había sido capturado el mismo Atenulfo; pero una parte de los nobles estaba preparada para la lucha, y parte de la gente de ese valle construía murallas; y así se concluyó. Después de dos años de haber sido casi destruido por el fuego, el mencionado castillo fue reparado por Landón. Se instaló allí con todos los suyos, les dio viviendas a cada uno de ellos, vasijas, vituallas y vino, trabajando con gran diligencia. La pequeña ciudad quedó construida como en sus prístinos días.

46. No debo dejar de narrar que, en el comienzo de la riña, cuando Pandonulfo perseguía a sus primos con bestial ferocidad, al electo Landolfo, hijo de Landón, de quien ya hemos hecho mención, a quien él le había entregado bajo juramento la sede episcopal de san Esteban, lo expulsó del claustro episcopal y lo obligó a residir en una pequeña celda como cualquiera de los ministros inferiores, y él se instaló en la mansión episcopal. Todo esto sucedió. Viendo esto el mencionado elegido de Dios, temiendo las astucias de este hombre, salió de la ciudad y fue a la

sede episcopal propia del bienaventurado protomártir, para poder tener una vida tranquila. Entre tanto buscó la ocasión y a su hermano Landonulfo, que estaba casado lo hizo clérigo y lo envió al papa Juan a Roma pidiéndole que lo hiciera obispo; y en esto fue oído.

47. Consultados acerca de esta locura y esta riña fraterna y civil, el muy sagaz abad Bertar, del monasterio del muy santo Benito, y León, venerable gobernante de la ciudad de Tenense, acudieron a la ciudad y se acercaron a dicho pontífice, rogándole con súplicas que no fuera a cometer un pecado tan grande, que sin duda ocasionaría ruina y efusión de sangre en la tierra. Expresamente el mencionado abad le dijo: “Por cierto, si haces esto, encenderás un fuego tal que te va a quemar a ti mismo”. Prevaleciendo, sin embargo, la voluntad del pontífice, lo ordenó a Landonulfo como obispo. Esto sucedió porque previamente Pandonulfo se había sometido a dicho papa y su designación consta en documentos y monedas. Según lo previsto por el abad, se desencadenó tal incendio, que toda la tierra de Benevento y Roma fue totalmente devastada por los sarracenos. Por la razón mencionada el papa acudió dos veces a Capua; la primera vez se radicó junto a la ciudad en el lugar denominado Anteniano, adonde todos los longobardos acudieron a él hostilmente; por una parte estaban Atanasio con el obispo Pandonulfo y por otra parte habían llegado ambos primos con los príncipes Gaiderisio y Guaimario con gente griega. Ambos bandos discutían diariamente en presencia del papa. Ante esas presiones consagró como obispo al ya electo Landonolfo en la iglesia de san Pedro en Capua y ordenó que toda la función episcopal fuese dividida en partes iguales entre ambos. La mitad de la iglesia en la que se celebró la consagración fue dañada por el fuego de los sarracenos, llamados por Pandonolfo y enviados por Atanasio.

48. En ese mismo tiempo el príncipe Guaiferio se hizo monje; deprimido por una grave enfermedad, llegó al día de su muerte. Debido a la incursiones de los ismaelitas su cuerpo no pudo ser llevado al cenobio de san Benito; fue enterrado en la iglesia de la ciudad de Teanes, a la espera de alguna señal celestial para que pudiese tener su lugar de descanso en el lugar santo. En ese mismo tiempo, Sergna y Sessola en el mismo mes, y Bovio en el mismo año, fueron capturadas e incendiadas. También entonces Gaideris, abandonado por su pariente Landón se asoció a Pandonolfo y le entregó su hija a su hijo; pero poco después fue capturado por gente de Landón y puesto bajo custodia, y en su lugar fue constituido príncipe Radelgis, hijo de Adelgisio. Apenas después de tres años de gobierno fue depuesto por los beneventanos y en su lugar fue nombrado Aión, su hermano. Gaideris que estaba bajo custodia de los francos, se fugó y llegó a la ciudad de Bari, donde residían los griegos; estos lo enviaron al piadoso rey Basilio, por el cual fue honrado y colmado de dones imperiales y recibió la ciudad de Oria para residir en ella.

49. Por ese entonces, Atanasio, no soportando tener que dividir su función por mitad con Landonolfo, se unió en sociedad con Landón. En esos días ese mismo gobernante envió apocrisarios, a Sicilia, y a los sarracenos que residían al pie del monte Vesubio, pidiendo que acudiera hacia ellos el rey Sucaimo. Por justo juicio de Dios, levantándose el primero de todos contra él, comenzó a perturbar gravemente a Nápoles, destruyéndolo todo en las afueras y exigiendo por la fuerza mujeres, caballos y armas. Movidó por esta turbulencia y para tratar de sacarse de encima de sí mismo y de la ciudad el anatema con el que estaba cargado, llamó en su auxilio al príncipe Guaimario y a los capuanos de todas las ciudades y lugares marítimos y expulsó de ese lugar por la fuerza a los sarracenos. Estos se retiraron y acamparon en Agrópolis. Hecho

esto, no mucho después el mencionado gobernante, junto con los hijos de Landón y los de Landonolfo llegó a Capua para capturar a Pandonolfo y asediaba esa ciudad con ataques por uno u otro lado. Movidó por esta necesidad, Pandonolfo lo invitó al príncipe y pariente suyo Radelgisio a acudir en su ayuda. Sin demora llamó luego a su hermano Aión y tras un audaz ataque entró en Capua, en su condado, donde residía. Posteriormente Aión, saliendo con los beneventanos y los capuanos, inicia un combate con los hijos de Landonolfo que tenían a los amalfitanos; se luchó por un tiempo junto a la puerta de la ciudad. Como ninguna de las partes lograba imponerse, cada uno regresó a su posición propia.

50. Estando Radelgisio de regreso en su tierra, Atanasio, recurriendo a su arma habitual, simuló buscar la paz con todos los primos; los exhortó a que, con juramentos recíprocos, todos ingresaran a la ciudad para habitar en común. Pandonolfo, recibió el juramento del gobernante de que no se urdirían insidias; de este modo todos los hermanos se encontraron reunidos en Capua, habiéndose entregado el anfiteatro a Atanasio, para cohabitar con Guaiferio, ocasionando una perpetua disensión de los capuanos. Estando todos presentes, como dijimos, todos juraron que iban a convivir pacíficamente y sin disputas. Pandolfo los recibió con una ovación por parte del clero con vestiduras blancas. Una vez dentro lo capturaron a Pandonolfo y a su hermano Landonolfo, a quien ya mencionamos como obispo, con todos sus seguidores y partidarios; a los dos hermanos los enviaron a Nápoles; luego también fueron enviados allí las esposas, hijas e hijos.

51. Entre tanto los sarracenos saqueaban todas esas tierras anteriormente mencionadas, de modo que, despobladas de agricultores, estaban repletas de bestias salvajes y alimañas. Guaiferio, que residía en el anfiteatro, persuadido por Atanasio,

o, por mejor decir, siendo Atanasio obligado por él, comenzó a llevar la guerra contra los hermanos, acosándolos junto con los sarracenos y persiguiéndolos ferozmente. Entonces, por inspiración de Dios, de quien procede todo bien, llamó desde África a cierto agareno, de stirpe regia dentro de su raza, y lo envió a Agrópolis y luego a Gariliano, donde estaban los ejércitos de los ismaelitas. Este hizo enardecer sus almas. Exhortados por él, se unieron todos los sarracenos, tanto de Gariliano como de Agrópolis. Se dirigieron a Calabria, donde estaba el ejército de los griegos que acosaba a los sarracenos en Santa Severina y todos los griegos fueron muertos por la espada. Luego capturaron el castillo de Amantea. Posteriormente fue capturada Santa Severina.

52. Habiendo fallecido en esos días Basilio, serenísimo augusto, dos hijos fueron elegidos en el cargo imperial, a saber, León, el primogénito y Alejandro, el siguiente en edad. El tercero, de nombre Esteban, recibió el arzobispado de la ciudad, expulsado Focio, que ya había sido condenado con anatema perpetuo por Nicolás, pontífice de la primera sede, por invasión del episcopado de Ignacio mientras este aún estaba en vida, pero había sido restituido al grado prístino por el papa Juan que, por así decir, parecía desconocer el caso.

53. Entre tanto Atanasio, con sus habituales maniobras fraudulentas, con el deseo de que los hermanos se apartaran el uno del otro, a Landón, el mayor, hijo de Landón, ese tan destacado y singular varón, le dio en matrimonio a su nieta todavía lactante, a fin de que esto lo alejara de otras mujeres. Lo exhortó, con boca viperina, a que capturara a sus propios primos o, lo que deseaba aún más, que los matara; o sea, para que luchando entre sí o se eliminaran o decayeran totalmente y él pudiera apoderarse de Capua. Landón aunque estaba naturalmente entregado a la pereza, persistía, sin embargo,

con constancia en lo que emprendía. Advirtiéndolo Atanasio sintió preocupación. Adoptó una decisión que en ese momento le pareció muy delicada pero que con el tiempo iba a resultar muy pernicioso. Apresuradamente lo convocó a Atenolfo y secretamente le dijo: “De todo el pueblo de los longobardos elegí a Capua como más capaz y de toda la gente de Capua elegí a la vuestra, y entre todos tus hermanos te he elegido a ti, que siempre me has sido respetuoso y obediente; eres industrial; si prestas oídos a mis palabras, en todo tendrás prosperidad”. Este respondió que cumpliría todos los mandatos. Le dijo entonces: “Captura a los hijos de Landón y sé el único gobernante en Capua, como se sabe que tu abuelo fue gobernante único”. Él difundió este consejo con respecto a los hermanos. Más adelante les contó a sus hermanos la venenosa propuesta. Estupefactos, ellos se santiguaron diciendo: “Antes debemos morir o exiliarnos que pelear injustamente entre hermanos; en cuanto dependa de nosotros, nunca insidiaremos a nuestra propia sangre”. Unidos los hijos de Landolfo se cubrieron con un juramento horrible y casi inaudito con los hijos de Landón, en secreto y bajo grave amenaza de anatema. Partiendo inmediatamente Atenolfo, le transmitió a Atanasio que la voluntad de sus hermanos estaba ratificada para con los primos y en nada se movería. Este, recibiendo con dureza estas palabras, se apartó de ellos.

54. Por ese entonces el príncipe Guainario, sufriendo un fuerte acoso por parte del obispo Atanasio con los sarracenos, y estando ya su territorio totalmente desolado, de modo que hubiera sido ocupado por otros a no ser por la resistencia de la piedad divina, se dirigió por ayuda a los griegos. Estos noblemente se la prestaron. Le suministraron oro, trigo y tropas auxiliares para custodiar la ciudad y el pueblo. Lo que hasta hoy se mantiene, como hemos dicho. Aión, príncipe de Benevento, antes y después del principado se mostró parcialmente débil y parcialmente fuerte.

55. Retrocediendo un poco en el tiempo diré que habiendo ido los sarracenos a Calabria y muriendo allí, Decivilis, duque de Gaeta, reunió con él unos ciento cincuenta de ellos, para no quedar sin oficio sacerdotal. Al modo de los reyes judíos que, una vez dividido el reino en dos partes, como se narra, los levitas en su mayor parte se reunieron en Jerusalén, donde estaba el templo auténtico. De ese número de sarracenos, unos ciento veinte fueron a la ciudad de Teanes, como vieron que se había hecho anteriormente cuando eran unos dos mil quinientos. Landón se lanzó audazmente sobre ellos como un león, produciendo una carnicería de modo que de ese número solo pudieron huir unos cinco, siendo muertos los demás, o sea ciento quince, si no me equivoco.

56. Atanasio, viéndose defraudado por las respuestas de los dos hermanos, se puso más triste que de costumbre, pero pronto encontró una solución útil. Envio legados solicitando el auxilio de trescientos griegos, a cuyo frente estaba Chasano. Hecha astutamente la paz con los capuanos, al llegar el tiempo de la vendimia, estando Capua prácticamente despoblada, habiendo salido todos a vendimiar los ciudadanos de clase alta y media. Principalmente por sugerencia de Guaiferio, saliendo de sus escondites los griegos y napolitanos con los hombres de teatro, depredaron por entero a Capua, capturando a muchos ciudadanos de gran importancia y de buenas fortunas. Desde ese momento, devastándolo todo, reclamó para sí la Liguria. Secretamente llamó y envió a Capua a sarracenos de Agropolis, que habían matado a casi doscientos hombres de sus magnates, junto al río Clanio, no lejos de Sessola, donde él había perpetrado un nefando crimen. Los capuanos salieron y resistieron con fuerza. Tuvieron que regresar a su campamento sin ningún botín. Por entonces Landón el mayor, sufrió una apoplejía y murió.

57. El mencionado varón siempre concebía inauditas maquinaciones contra los capuanos, tanto que en tiempo de cuaresma, cuando todo el pueblo cristiano llora los males pasados y le pide a Dios que con su ayuda no cometa cosas que deba llorar, el domingo siguiente por la tarde, reunidos los griegos de Matera, de Egipto y de Nápoles, con conocimiento del duque Guaiferio, dirigidos por Chasano, intentaron invadir la ciudad de Capua, trepándose a los muros unos trescientos hombres con diversos tipos de armas. Pero, con la ayuda de Dios, algunos desistieron espontáneamente, otros fueron arrojados cabeza abajo, y algunos murieron por la espada. De los nuestros solo uno murió, de nombre Onerico, que, según parece, fue muerto por su propia gente. Esta guerra en la muralla el Juez supremo no la peleó por medio de guerreros armados sino que la condujo admirablemente para alabanza de su nombre por medio de cuatro impúberes. A pesar de estar quebradas sus fuerzas no abandonó de ninguna manera el plan concebido. Varias veces intentó tomar Salerno, primeramente por medio de los sarracenos y luego por medio de los griegos. Pero el Señor no se lo permitió.

58. Por ese mismo tiempo, volviendo atrás en mi relato, Guidón, hijo de Guidón, el mayor, atacó a los sarracenos acampados en Gariliano, y depredó su campamento, matando a algunos de ellos por la espada; otros se escurrieron como el agua por lugares ocultos del monte. Acercándose a Capua, pasaron el río y acamparon junto al puente llamado Teudemundo; permanecieron por algún tiempo; los capuanos se aprovisionaron con trigo y otras vituallas traídas de Liguria; no se aliaron con su duque; pero cuando este, de regreso, pasaba por la ciudad, se sometieron a él. Regresando a su tierra, Atanasio cargó a menudo fuertemente contra ellos, con ayuda de los griegos, apoderándose de sus sembrados y de todo lo que poseían en los alrededores de Capua. Eso se repitió. Después del regreso del mencionado duque estas cosas fueron realizadas por

medio de Chasano muchas veces más de lo que yo he comentado brevemente.

59. Después de estos hechos se le solicitó a este duque que acudiera cuanto antes para liberar a los que confiaban en él. Cuando se dirigía hacia Capua, al príncipe Aión que se acercaba hacia él desde Benevento, por pedido de los capuanos, lo detuvo y lo envió a Benevento bajo custodia. Entrando en la ciudad, la puso en orden. Partiendo de allí, entró a Siponto, dejándolo a Aión afuera en el campamento. Cuando se enteraron los sepontinos de que su señor Aión estaba prisionero, capturaron a algunos de los nobles del duque y los encerraron en el templo. Hubo enviados de uno y otro lado y Aión fue entregado a los suyos. Al día siguiente, prestado juramento, se retiró con cierto deshonor.

60. Chasano, entonces, marchó a Constantinopla y le enviaron al obispo Atanasio a un cierto estratega imperial, Juan, candidato, que en lengua pelásgica es llamado Ianniccio, con trescientos guerreros, con el cual, este mismo varón depredó Capua completamente. Pandonolfo fue liberado de la prisión y restituido a la libertad; fue recibido en Sessola por Magiperto; se unió con los griegos y todos los animales fueron eliminados de Capua. Por lo cual, Landón, hijo de Landonolfo y el obispo Landolfo, acudieron al mencionado duque en Spoleto para pedirle ayuda; Landolfo regresó de Spoleto; Landón, con el duque, regresó a Capua pasando por Siponto; se detuvo por algunos días en Atela y colmó Capua de trigo. Recibido un nuncio partió repentinamente hacia Roma, dejando a Capua en manos del gobernante mencionado. Este inmediatamente envió a los griegos y los napolitanos a san Erasmo; los atacaron por un tiempo y se apoderaron de los que estaban en las alturas y luego atacaron fuertemente a Capua por ambas partes; de modo que casi parecía estar sitiada. Junto a Sicópolis, los griegos con los napolitanos y

Pandonolfo lo arrasaban todo. Ochenta de ellos llegaron a Calímulo e irrumpieron cautelosamente sobre Teano. Contra ellos acudieron desde diversas partes Landón con los teanenses y Atenolfo con algunos capuanos hasta Santa Escolástica, cerca de Teano, pero fueron vencidos.

61. En esos días el monasterio de san Benito, destruido por los sarracenos en el año del Señor 884, se comenzó a reedificar por obra del venerable abad Angelario, en el mes de agosto del año 886. En el regreso desde allí hasta Capua, fuimos capturados y despojados por los griegos; despojados de los caballos y de todo el resto; los hombres fueron rescatados por plata. Pudimos recuperar cinco caballos. Yo solo permanecí a pie con un preceptor. Fuimos llevados a la ciudad por los capuanos. Pasamos a Nápoles sin conseguir nada. Sin fruto alguno regresamos a Capua. Más adelante, tres carros bien cargados con vituallas, en Anglena, donde antes habíamos sido asaltados, fueron tomados y saqueados.

62. Después de cometer estas crueldades, Atenolfo, dirigiéndose a Spoleto, contrató a Suabilo, prefecto de los maros, con otros socios y vasallos, sumando casi trescientos hombres armados. Con ellos tenía la intención de dar un refuerzo al prefecto de Capua. Habiendo entrado en Capua se negaron a cumplir con esa orden; dichos francos, despedidos por el mismo Atenolfo se retiraron por donde habían llegado. A ellos se había opuesto principalmente Landón, su hermano, a quien, de acuerdo con los otros hermanos, lo había constituido como jefe en todo lo referente a ellos. Entonces Atenolfo, tras deliberar con los suyos, envió dolosamente a Sadi, su pariente, ante Atanasio, solicitando su ayuda para ser nombrado conde en Capua. Oyendo esto se alegró mucho y prometió ayudarlo en todo. Esto le fue comentado por muchos y varias veces al mismo Landón, pero este, con su habitual pereza, parecía no darle importancia a la noticia.

63. Landón, aquejado por una fuerte fiebre, fue a Teano en busca de curación. Atenolfo no se movía ni corporal ni mentalmente en cuanto a su proyecto, pero deseando concretar lo que había concebido en el corazón estaba ansioso por ir rápidamente a Nápoles. Habiendo llegado esto a los oídos de Landón, a Adelciso y Adelfrido los envió prontamente a Capua para que hicieran que dicho varón se apartara del camino iniciado. Añadió: “Yo, oída la misa y terminada la comida, os seguiré”. Ellos partieron y encontraron al mencionado varón pero no pudieron retenerlo. Era un día domingo. Landón fue allá, pero no lo encontró, porque ya se había retirado. De regreso, Landón y sus hermanos le dijeron: “¿Qué hiciste allí?”. Él les respondió con palabras buenas y de consuelo, llenas de engaños. Demasiado crédulos, aceptaron sus explicaciones. Landón, advirtiendo el dolo fraterno, pero deprimido por el sueño y la negligencia, no advertía que había una flecha latente siendo agitada para atravesarle el hígado, fue a Teano en busca de curación. Landonolfo, su hermano, acudió a verlo, y el otro Landonolfo quedó solo en la ciudad.

64. Viendo esto Atenolfo y creyendo que ese era un tiempo oportuno para él, primeramente simuló retirarse de la ciudad con la esposa y los hijos para ir a vivir a Cales. Entre tanto, con los más jóvenes y calmando a los ambiciosos con dinero, habiendo prestado juramento y dado promesas de muchos donativos, rompiendo el juramento que les había dado por tres veces a los hijos de Landón, siendo la hora del sueño en el sábado siguiente a Epifanía, es decir, el día séptimo antes de las idus de marzo, llamados sus colaboradores, cargó contra los hijos de Landón. Estos se prepararon suficientemente contra esos intentos, pero siendo abandonados por aquellos en quienes confiaban, fueron duramente golpeados. Lo que más los conturbaba era pensar que Landón con todos sus hermanos

estaban comprometidos en este ataque. Viéndose abandonados por todos se rindieron a Atenolfo y. saliendo de noche, fueron a Teano. Landonolfo, Pandón y Gaiferio, nieto de ellos, les gritaban desde la ciudad a sus espaldas: “¡No vayáis a Teano porque seguramente vais a ser apresados!”. Al llegar a Teano, comenzaron a dudar, temiendo ser capturados por Landón. Conocida su llegada fueron honorablemente recibidos.

65. Atenolfo recibió en privado al jefe de caballería de Capua, e inmediatamente ordenó ser llamado conde y a su hijo se lo envió luego como rehén a Atanasio, tal como había prometido con juramento; le concedió con juramento Ligurtia y Capua. Atenolfo retuvo a este hijo hasta recibir el pacto prometido por el duque Guidón, y una vez aceptada la alianza gálica, el hijo fue devuelto; la paz se conservó entre ellos durante un año y tres meses. En ese mismo tiempo Atenolfo envió como legados a Roma al venerable abad Maión y al diácono Dauferio para someterse al papa Esteban y declararse su servidor; prometió devolver a los gaetanos que había capturado astutamente y ayudarlo contra los sarracenos residentes en Gariliano; de todo esto posteriormente se olvidó, no cumpliendo nada de lo que había prometido.

66. También en esos días el estratega Teofilacto desde Bari se acercó hostilmente a Teano en tiempo de invierno, con el intento de atacar a los sarracenos; no pudiendo lograrlo, se retiró sin fruto alguno. Marchando hacia Nápoles advirtió la presencia de Marino, jefe de caballería de Santa Ágata, rebelde contra Aión y yendo a Apulia se apoderó por las fuerzas de algunas fortificaciones del mismo Aión. Aprovechando la ocasión, el mismo Aión inició una rebelión contra el señor imperial, lo que se narrará en el lugar correspondiente.

67. Anteriormente el príncipe Guaiferio se había dirigido confiadamente a Constantinopla, a la sede imperial. Allí fue recibido honorablemente y honrado con el título de patricio; luego regresó a su tierra. Cuando todavía estaba este allá, Atanasio, poniendo por obra su dolor interior impulsó a los griegos y a los napolitanos y, en general, a todos los capuanos contra Avellino, gobernado entonces por Landolfo de Sessola. Antes de que llegase el ejército, fue capturado fraudulentamente por sus mismos residentes que apresaron a Landolfo y su hijo más joven con su nuera, es decir, la esposa de Landón, que había partido con Guaimario.

68. Después de esto, Landón fue persuadido por Adelgisio, juntamente con Guaiferio, que había llegado en un carruaje, entró en Capua y se dirigió a la residencia episcopal, donde se habían reunido unos pocos de los suyos. Llegó Adenolfo y comenzó la pelea. Muerto Valán, un varón ilustre, sintieron un gran dolor los partidarios de Landón y comenzaron a abandonarlo a él y seguirlo a Atenolfo. Entonces, aunque fingidamente, los hermanos se dieron un ósculo de paz, aunque en el corazón de ninguna manera lo sentían. Después de esto, Landón y Guaiferio regresaron a sus propios lugares. Sus partidarios fueron apresados y puestos en prisión. Entre ellos fue capturado Landón. Que era quien ejercía el gobierno y fue puesto bajo custodia. Después de no mucho tiempo todos fueron siendo liberados día a día.

69. En esos días, cuando el prefecto Atenolfo accedió al gobierno, todo lo que Benito poseía en la ciudad de Capua, con gran alegría de los hermanos, ordenó que fuese quitado. Por lo cual yo fui enviado por el venerable abad Angelario a la ciudad de Roma ante el sumo pontífice Esteban para rogarle acerca de la sustracción de nuestros bienes. De él Traje una bendición para nuestros hermanos con el privilegio de nuestro cenobio y una

carta de exhortación para el mencionado hombre. La propiedad del Señor que había sido sustraída fue devuelta, pero mis bienes personales no me fueron devueltos. La celda que me había concedido el abad me fue quitada.

70. Entre tanto, habiendo Atenolfo capturado a los capuanos y advirtiéndolo Atanasio que Capua se encontraba fuertemente golpeada, comenzó a buscar una oportunidad para actuar contra Atenolfo, solicitándole rehenes y restableciendo la paz. Transcurridos algunos meses, el mencionado abad Maión partió a Nápoles con Ausencio. Atanasio les ordenó ir al anfiteatro y también quiso que estuviese allí Atenolfo para que, firmado el pacto con el cónsul Guaiferio, enviar como rehén a su hijo con algunos de Capua. Mientras hacía esto, tendía ocultas insidias con los griegos y los suyos para capturarlos. Pero, según se deduce, aún no estaba completada la trama de esta malicia cuando poco después sería divinamente castigada; con una pequeña demora, encerró a su hijo en la ciudad y a los mencionados varones los envió al anfiteatro; habiéndose retirado el grupo de los griegos, apresó a los mencionados varones y a otros y depredó gravemente a Capua. Luego, sin dilación envió a todo el ejército de infantería y caballería e hizo arrasarse totalmente los sembrados de Capua.

71. Conociendo Dios de antemano la malicia del mencionado varón y queriendo mostrarse misericordioso con los capuanos, en una persecución tan cruel e impía, permitió que Atanasio llegase a tal grado de orgullo, que dos o tres veces hizo depredar las tierras de Benevento. Aión por entonces, residiendo en Bari, combatía a los griegos que lo atacaban. Oyendo esto, depuesta su pereza, acudió secretamente con casi tres mil guerreros a Abellino. Cuando supo que los griegos con los napolitanos se habían lanzado sobre Capua y la estaban devastando totalmente, decidió audazmente caer sobre ellos y para eso

tomó el camino más corto. Pero cierto sembrador de cizaña, llamado Dauferio, padre de nuestro Dauferio, salió de la ciudad de Benevento simulando seguir al príncipe; pero por otro camino se apresuró a llegar a Capua y le advirtió a dicho ejército sobre la llegada de Aión. Pero ellos, dejada Capua, regresaron rápidamente a Nápoles. Aión siguió por el camino emprendido y, sin encontrarlos, entró en Liguria. Con él estaba también Atenolfo. Incendiada y depredada casi toda la Liguria, dispersos hombres y animales y tapados los pozos con piedras, se dirigió al anfiteatro. Estando allí por algunos días, lo atacó con máquinas y armas arrojadas. Partiendo de allí marchó a Santa Ágata y se retiró recibiendo al prefecto Marino, que le había sido infiel pero que volvía hacia él. Se detuvo un tiempo en Benevento y luego marchó a Bari por Seponto.

72. Atenolfo, sometiéndose a Aión con juramento, recibió para su ayuda casi ciento veinte guerreros, con los cuales depredó gravemente toda la Liguria. Pero como a veces la desesperación suele generar un peligro, reunidos los materenses de Cales y algunos capuanos con los mencionados apulienses, rodeando la Liguria, depredaron a Sessola e iniciaron el regreso. Salió a enfrentarlos un ejército de griegos y napolitanos junto al río Lanio; los de Atenolfo estaban superando a los griegos, pero, como si fuera una escena teatral, atacados por la espalda y por el centro, fueron derrotados, en parte capturados y en parte pasados por la espada. Por esta causa, audazmente, Atanasio comenzó a buscar la guerra. Atenolfo, sin pereza, marchó inmediatamente con los suyos a Atella, y no encontrando enemigos, regresó a su tierra.

73. No mucho después, por instigación del enemigo del género humano, Atanasio, reunido un gran ejército de griegos, napolitanos e ismaelitas, de infantería y caballería y lo envió a luchar contra Capua. Atenolfo los enfrenta al otro lado del río Lanio

junto a San Carzio., contando en su fuerza con tropas auxiliares enviadas por Aión y con sarracenos. Los sarracenos de ambas partes estaban reunidos sin que otros les prestasen auxilio. Atenolfo, viendo esto, se lanzó enérgicamente contra sus enemigos, y con el ímpetu de la primera carga los superó, causando su completa destrucción, con el resultado de muchos muertos y muchos capturados. Los restantes fueron obligados a huir del lugar. Atenolfo, victorioso y triunfador regresó al campamento con todos los suyos alegre y cargado de botín. De los suyos perdió uno solo, llamado Alderico, que, según se dijo, fue muerto por los suyos. Desde ese día Atenolfo comenzó a ser realmente poderoso y Atanasio, impotente. Luego comenzó a depredar los sembrados de los que residían en el anfiteatro llevando a la ciudad en diversos vehículos todos los bienes que poseían.

74. Presten todos oídos a mi narración, como decía el Señor a sus seguidores: El que tiene oídos para oír, que oiga”. Para que todo hombre se sorprenda, sienta temor y vuelva a Dios, no sea que permanezca obstinado y le suceda lo que les ocurrió a Datán y Abirón ensoberbecidos, o lo que se sabe que le sucedió a Coré y sus secuaces. Guaiferio, prefecto del anfiteatro, que había tramado y efectuado casi todos los males que ocurrieron en su tiempo, por cuya influencia se despobló la tierra romana, y fue desolada la región de Benevento, tuvo aquí su comienzo y su fin. Por juicio de Dios, pagó duramente su crimen. Por inspiración de la gracia superna, de la que procede todo bien, fueron instigados aquellos que él creía que eran sus salvadores, cambiando su voluntad se levantaron contra él y lo apresaron; destruyeron todos sus bienes y al despreciable procónsul, con el consentimiento de Atenolfo, lo enviaron a Capua, para que comiera el pan de la tribulación y bebiera el agua de la angustia. Hecho esto, todos los que habían sido despojados de la propia sede, en forma soberbia, regresaron a ella obedientemente. Reinó gran alegría, paz y seguridad. Comenzaron a presidir a los que se habían

acostumbrado a estar sometidos, y los que habían gobernado por más de trescientos años comenzaron a regir con leyes a los que por algún tiempo habían vencido con los sarracenos. El pueblo longobardo, triunfante, comenzó a reinar sobre aquellos a los que siempre habían estado sometidos por las armas.

75. Entre tanto Atanasio, viéndose totalmente superado, por pudor pidió un pacto de paz. Lo consiguió y, con juramento, se estableció un pacto recíproco. El primer juramento establecía el mes y el año; este no duró ni hasta el día duodécimo. Los ismaelitas, trasladándose de aquí para allá, lo arrasan y lo consumen todo; se lanzan unánimemente contra Nápoles; hubieran atacado el mismo solio superno, ya que con ellos casi todo el pueblo cristiano había arreglado.; según dice Juan en el Apocalipsis, o mejor, el Señor, por medio de Juan, sobre Babilonia: Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble. Oyendo esto, no queráis pensar que Dios haya hecho esto por los méritos de algún prelado, sino movido por su misericordia ante la miseria de los hombres, como él mismo dice por el salmista: Invócame en los momentos de peligro: yo te libraré y tú me glorificarás. Y al pecador le dice: Porque tú narras mi justicia, etc. Hasta que dice: Hiciste esto y callé; lo juzgaste una iniquidad; ¿seré semejante a ti? Me mueve lo que dice el profeta: ¿Acaso el que saquea no será saqueado? ¿Qué será de aquellos que saquean a sus prójimos y mandan a las mujeres al prostíbulo? ¿Serán también saqueados? Los napolitanos son devastados y antes devastaron. Así tal vez seamos saqueados nosotros que ahora somos saqueadores. Bienaventurados aquellos que con la custodia del Señor viven apartados de las tormentas de este mundo, donde reina todo lo malo y nada bueno sin el Señor; y son remunerados en la vida eterna en la que florecen toda felicidad y la perenne bienaventuranza, por los siglos de los siglos. Amén.

76. Aión finalmente partió desde Benevento, por Seponto, hacia Bari. Allí encontró a Constantino, patricio y representante de los emperadores, luchando virilmente contra los rebeldes al Imperio. Contra él cargó audazmente Aión, con ayuda de los ismaelitas y contando con tropas de infantería de los apulienses. Teniendo éxito en el primer ataque mató a muchos de los enemigos. Más tarde, muy acosado por Constantino que con tres mil soldados de caballería se encontraba en un lugar seguro, apenas consiguió retirarse con algunos a la ciudad de Bari; los demás o murieron por la espada o quedaron cautivos. Rodeado por los griegos, se oculta dentro de la ciudad, esperando el auxilio de Atenolfo, a quien antes había protegido, sin recibirlo. Tampoco recibió ayuda de los galos y agarenos, a pesar de invitarlos con la promesa de monedas de oro.

77. Atenolfo y Atanasio mantuvieron la paz por apenas doce días; roto el pacto, ambas partes se lanzaron a la caza. Los capuanos prevalecieron y por sí mismos y con los sarracenos devastaron gravemente a Nápoles, consumiéndolo todo por el fuego. Por justo juicio de Dios, los que habían entre gado a los sarracenos a innumerables cristianos para ser pasados por la espada o quedar cautivos, enriqueciéndose con sus bienes, no inmerecidamente son flagelados, vencidos y depredados por ellos, como dice Salomón: ¿Quién curará al encantador una vez que fue mordido por la serpiente?

78. Atenolfo, después de la captura del obispo y el sometimiento de todo el clero bajo juramento, se dio al ejercicio de los recientes derechos de la ley; hizo jurar a los monjes de san Benito acerca de las cosas perdidas, que les habían sido entregadas por todos os príncipes y emperadores galos, que por sí mismos no darían a nadie ningún juramento a no ser por medio de los ostiarios;

mostrándose a sí mismo en este asunto más sabio y superior a sus predecesores.

79. Muerto Lamberto, hijo de Guidón, el mayor, le dejó Spoleto a su hijo. Muerto también este, Guidón el menor recibió Spoleto y Camerino, e hizo la paz con los sarracenos, acampados en Sepino, dándose rehenes recíprocamente. En esos mismos días los mencionados cenobios, ciudades y villas fueron todos tomados y quemados por los sarracenos. Enviando una legación regia a la ciudad, obrando contra la ley, recibió dinero. Por lo cual fue apresado por el emperador Carlos III, y si no se hubiese dado a la fuga hubiera sido condenado a muerte. Voy a narrar un hecho cumplido por él en Gariliano. Cuando se dirigía desde Seponto a Capua, acompañado por Atenolfo, en el lugar llamado Caudi, mató al ismaelita Arrán, muy cruel tirano, junto a casi trescientos de sus secuaces. Sabiendo Guidón que el emperador Carlos se encontraba en punto de muerte, dominado por la ambición de reinar y engañado por sus seguidores, dejando la provincia beneventana, que estaba sujeta a él y el ducado de Spoleto, partió a la Galia esperando obtener el reino. El territorio de Benevento es ocupado por los griegos. Spoleto es depredada por los agarenos. A él no se lo ve ni de él se tienen noticias. Lo que dijo cuando apareció y habló, a los que deseen saberlo se lo voy a contar ordenadamente.

80. Entre tanto Aión, sitiado en la ciudad de Bari por los griegos, reclamaba auxilio de los galos y los suyos. Atenolfo, temiendo las amenazas de Atanasio, envió sus legados al patricio Constantino, adonde estaba situado cerca de dicha ciudad; estableció con él un pacto de paz, apartando dolosamente las fuerzas de resistencia de Aión. Aión se sintió decepcionado ante estos engaños y se mostró muy dolido. Finalmente, forzado por la necesidad, hizo la paz con el mencionado patricio, se alejó de la ciudad y marchó a su propia tierra, amenazando en vano a

Atenolfo y al abad Maión, que habían desempeñado la anterior legación. Por ese mismo tiempo, mientras Atenolfo ponía en Tarento a Dauferio, nuestro diácono, para enviarlo desde allí a la ciudad regia, pues se había quejado ante él de escasez, surgida una disputa recíproca, se secuestraron mutuamente, y estando Atenolfo en Capua, Dauferio se apresuró a establecerse en Teano. Poco después, restablecida la concordia, regresó a aquel del que se había separado.

81. En ese tiempo los griegos llegaron con una escuadra desde Constantinopla hasta Reggio, al mismo tiempo que se acercaban ismaelitas desde África y Sicilia. Se enfrentaron entre Messina, en la isla de Sicilia y Reggio. Los griegos fueron vencidos y los sobrevivientes quedaron tan aterrorizados que hombres, mujeres y niños, dejando esas ciudades con todas sus vituallas, huyeron en busca de salvación. Voy a narrar muy brevemente cómo la equidad divina permitió tales cosas a esa gente feroz. Los griegos son semejantes a esas gentes bestiales aunque se llamen cristianos, pero tienen costumbres más tristes que los agarenos. Ellos depredaban a los fieles y vendían esas cosas a los sarracenos. A algunas de las víctimas las vendían al otro lado del océano y a otras las reservaban como esclavos o esclavas. Advirtiéndolo Dios esos hechos y otros semejantes, los entregó al oprobio para que pereciendo reflexionen y comprendan que con sus obras ofendieron a Dios. Esto sucedió en ese estrecho espacio de mar que divide a Reggio de Sicilia, Ese lugar en otro tiempo era tierra firme pero en los tiempos modernos fue ocupado por el mar... Estos hechos sucedieron en el año del Señor 888, en el mes de octubre.

82. En este mismo año, regresando Guidón a Italia donde deseaba conseguir el principado sin poder obtenerlo, entró en conflicto junto a la ciudad de Brescia con Berengario y con el duque. Allí se libró un cruel combate por ambas partes. Berengario recogió los despojos de los muertos. Hicieron un pacto entre ambos

hasta la Epifanía, que se celebraba el día octavo antes de las idus de enero. Cómo ambos hayan cumplido el pacto o combatido posteriormente, lo insertaré en el presente opúsculo.



ISBN 978-987-544-947-3

